

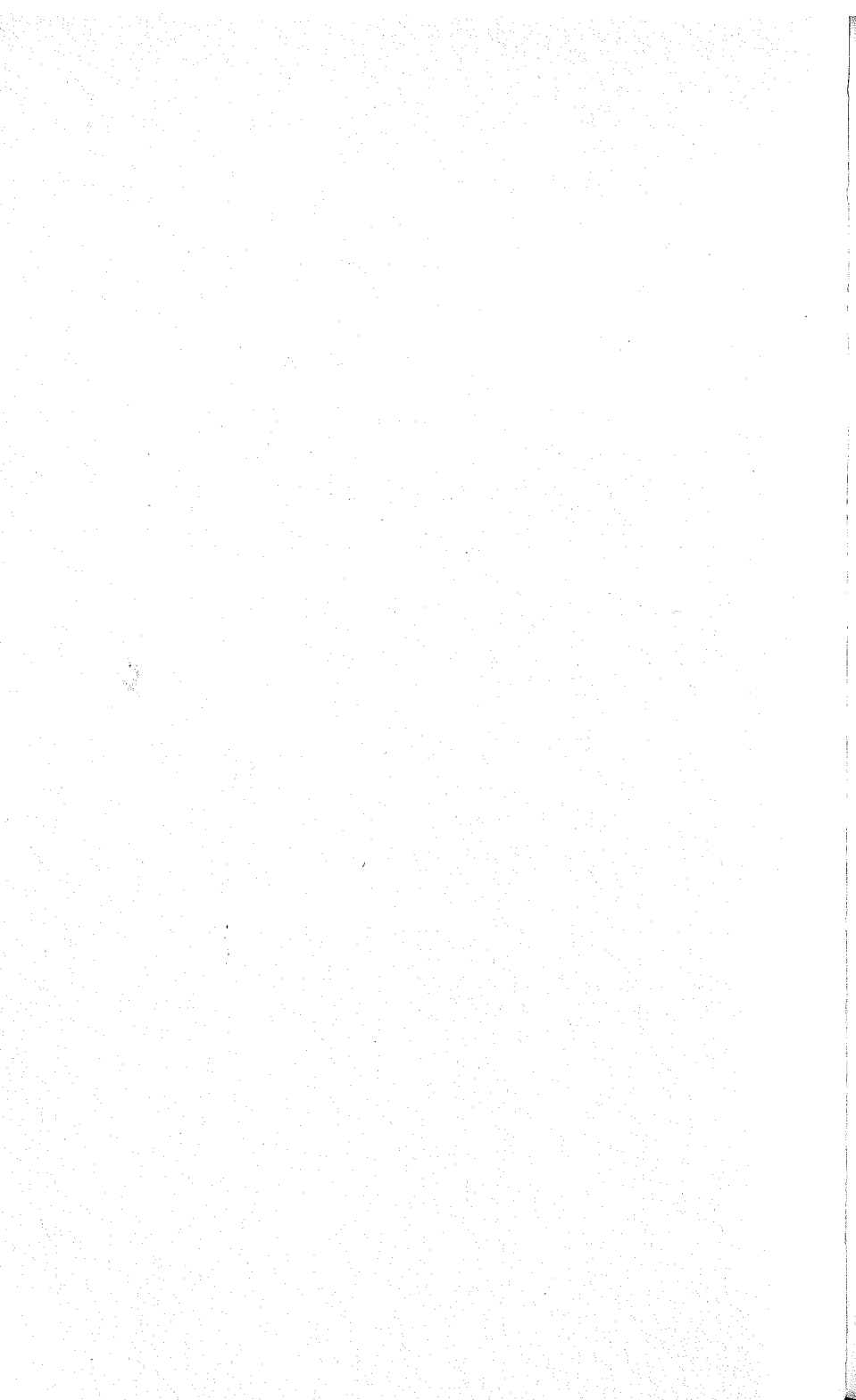
CUERPOS

PRÁCTICA MORTAL



MAX ROJAS





CUERPOS

Max Rojas

PRÁCTICA MORTAL



CUERPOS

Max Rojas



Primera edición: 2011

Edición: Dirección General de Publicaciones
del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

© Max Rojas

D.R. © 2011 de la presente edición
Dirección General de Publicaciones
Av. Paseo de la Reforma 175
Cuauhtémoc, C.P. 06500
México, D.F.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Dirección General de Publicaciones.

ISBN 978-607-455-750-3 *Cuerpos*

Impreso y hecho en México



Índice

Nota preliminar, <i>Max Rojas</i>	9
<i>Se deja la piedad</i>	15

MEMORIA DE LOS CUERPOS (CUERPOS UNO)

I	21
II	27
III	30
IV	36
V	39
VI	46
VII	54
VIII	59
IX	66
X	72
XI	79
XII	82

SOBRE CUERPOS Y ESFERAS (CUERPOS DOS)

XIII	89
XIV	93
XV	100
XVI	104
XVII	109
XVIII	114
XIX	121
XX	124

XXI	128
XXII	131
XXIII	136
XXIV	139
XXV	143
XXVI	157
XXVII	163
XXVIII	169
XXIX	172
XXX	173

EL SUICIDA Y LOS PÉNDULOS
(CUERPOS TRES)

I	187
-------------	-----

PROSECUCIÓN DE LOS NAUFRAGIOS
(CUERPOS CUATRO)

<i>Sonido forma cuerpos</i>	303
---------------------------------------	-----

LAS ESCRITURAS DEL SILENCIO
(CUERPOS CINCO)

<i>Como armamento en condiciones excepcionales de combate</i>	423
---	-----

SEPARACIÓN DE LOS AMANTES
(CUERPOS SEIS)

<i>Cuerpos como llegados en tiempos de borrasca</i>	561
---	-----

Nota preliminar

Cuerpos se comenzó a escribir en junio de 2003 y muy pronto amenazó en convertirse en un poema interminable. Para mediados de 2009 el libro terminó por hartarme, así que lo abandoné, lo que no quiere decir que esté terminado. Quien lo desee puede seguir escribiéndolo. *Cuerpos* fue pensado como un libro de poemas; sin embargo, me di cuenta de que se trataba de un solo poema, sobre todo al observar que en varios de los poemas que integran *Cuerpos uno* y *Cuerpos dos* no se alcanzaba el ansiado remate. A partir de *Cuerpos tres* el poema me hizo a un lado y me tomó como a un mero escribiente. De ahí en adelante, cada libro ni empieza ni termina, y sólo tiene como hilo conductor las obsesiones del poeta y una “lógica poética” que le da continuidad y ruptura a todo el libro. Sugiero al lector que, a partir del citado *Cuerpos tres* hasta *Cuerpos veinticinco*, último apartado del poema, realice una lectura en desorden, sin dejarse regir por los apartados en que está dividido el poema; para esto puede tomar como punto de referencia cualquier coma e iniciar su lectura o también concluirla en cualquier coma.

M.R.

Ixtapalapa, 4 de mayo de 2011.

Muy malas noticias escriben de todas partes, y muy rematadas, y lo peor es que todos las esperaban así. Esto, señor don Francisco, no sé si se va acabando o si se acabó. Dios sabe que hay muchas cosas que, pareciendo que existen y tienen ser, ya no son nada sino un vocablo y una figura.

(Carta de don Francisco de Quevedo a su amigo,
Francisco de Oviedo, escrita el 1 de agosto de
1645, pocos días antes de su muerte)

Cuerpos está dedicado en su totalidad a

*Tere,
Pablo Martín
y Marcela*

E igualmente a

*María Cruz,
Roxana Flores,
Inés Parra
y Gustavo Alatorre*

Se deja la piedad

y lo inmisericorde es lo que suena
como trombón hastiado.

Lo palpable es cemento,

asunto pedregoso.

Como trombar hastiado,

lo real

—o lo que dicen que es lo real—

se tromba en sus propias mismidades,

se cuece en el fríal

que desamor dejara.

Lo fundamento es gris

como pared con meningitis.

Rumórase que llueve

—pero no,

ni un chorro de agua cae

sobre el fogón para medio apagar la herida.

Cemento y el trombón,

tromboso,

tose,

carraspea,

amablemente obsequia misas de difunto,

cuerpo ausente de mujer amada,

pedacitos de cal,

buen ron para ir con gusto a los velorios.

Carraspea,

se crispa

—crispado el del trombón,
tromba
y enciende un cigarrillo,
mezcaleando, estropajeando,
monocorde,
tenso.

Lo tósesse que avanza
entre esternones lívidos,
lívida luz que deja cuerpo ausente,
lívida liviandad,
densa noche.

Tromba, el del trombón,
como fogón en llamas.
Luego de la impiedad,
lo impío que cae como un caldero hirviente.
Cuerpo que fue carne y que es
sólo una forma abstracta,
leve,
como trombón que certifica defunciones.

Cemento es cualidad de olvidos,
de desgajes,
cuerpo es cemento inventariado
—remembranzas.

El sonidazo del trombón que finiquita
callado y mustio
—y muere.

(1990)

MEMORIA DE LOS CUERPOS
(CUERPOS UNO)

A Sofía Rodríguez

I

Cuerpos

hay que abolir el tiempo,

regresar a la esfera.

Sólo el círculo salva

y no hay sino la urdimbre fantasmal

de los regresos y los viajes,

las huidas.

Se huye.

Uno se vuelve sombra fatigada y se disloca,

se cuarteala huesumbra,

el alma se acongoja y pierde su condición de almario

donde las penas y el amor que se extravió hace mucho

custodian su vigilia permanente a la espera del sueño,

del regreso corpóreo de lo ido.

Sombra ya

como caída y yerta,

como badajo de campana que suena y suena

sin sonido alguno,

como camión destartado y sin siquiera

pasaje funeral a los olvidos.

Sombra que ya perdió su propia sombra

en la búsqueda atroz de tantas sombras

—memoria fantasmal,

fantasmas al acecho y en fuga circular hacia la nada.

Sólo el círculo salva,

Cuerpos,

su peculiar demencia de formas despiadadas salva

y lo salvífico, después,

se expande en los infiernos,
se desarrolla y se machaca y clama
su condición desesperada de naufragio.
Sólo el círculo ofrece la certeza
de que lo huyente volverá algún día.

Fervor hacia los cuerpos,

las caídas.

La esfera es lo ejemplar de lo radiante,
la luz inmaculada y fría que se asesina
con mirada dura

—y mira,

los cuerpos tan amados que se abaten en la niebla
hasta volverse sed o agua apenas vislumbrada,
vislumbres que lo que ya dejó de ser

corpóreo

ofrece en gesto de piedad o desconsuelo.

(No se sabe o se sabrá jamás el peso de la noche

cuando todo cae encima de uno
y lo degüella.)

Palpa el demente nada pero palpa,

con avidez, la nada

y sorbe lo fantasmal que permanece de los cuerpos

cuando huyen

y sorbe entre los huesos el hueco que dejaron

y sorbe la caída

y sorbe los contornos de lo ido y lo quedado

—lo perenne,

lo fijo e inmutable,

pero también, lo que se pierde.

Lo que se deja abandonado o lo que se abandona

a sí mismo y desguarece,

lo extraviado, lo que se hizo a un lado

o se tiró porque ya no servía

pero de todos modos se quedó atorado
en la conciencia.

Conmiseración por el que yace perdido entre la bruma,
Cuerpos,
el que deambula en los jardines
como lunático perdido en su inocencia
(fe perdida, razón de la añoranza),
en su rotunda necedad de ser cuerpo cercado
por los cuerpos sombríos del recuerdo.

Fe en la contemplación de cuerpos de mujer
que organiza el espíritu, acechador de carne y de zarpazo,
para el descanso de su ánima tristona.

Fe en el descenso de las aguas
y fe en la limpieza de la carne
y en lo pecaminoso que, a veces, se guarda en el espíritu,
fe en la degustación de liquen y de pasto
entre lo impropio del perdón
que muy de cuando en cuando llega
y la impiedad que se resiste a irse.

Manías del extraviado en los espejos
que contempla los cuerpos congelados,
la salvación hecha un desastre
y envuelta en su envoltorio de cascajo,
la mortandad que avanza y que no cesa
de incrementar volumen.
Sólo el círculo salva,
Cuerpos.

No crujan,
no estampen la estampida en lo cuarteado,
lo que se desmorona y cae y se hunde sin remedio.
lo pasional escurre como un cilindro seco
y ya sin música,

y el que tocaba el instrumento falleció hace ya tiempo
de afónica nostalgia y ahora tartajea su adiós de cilindrero
ladrando en el silencio,
alma en crisis que se integra a la noche
y se sumerge en ella.

Sólo lo quieto salva y purifica,
Cuerpos,
lo móvil contamina y roe ácidamente
todo lo que semeja cuerpo
o imagen susceptible de volverse cuerpo.

(No hay salida.

Los muertos rondan los espejos y no cantan,
palpan lo que oscurece y silban mucho.)

No crujan.
La esfera es, dicho con toda propiedad, lo eterno,
lo cristalino y puro que endurece
lo que llamamos lo eternal
—morada fija

o duradera pasión de allí quedarse siempre
y sin mudanza alguna, vida y muerte quietas,
sombra ensimismada que se adentra en el cristal
y permanece intacta,
crepitante.

Crujan.

En lo eternal el tiempo no transcurre,
el devenir deviene en lentitud pasmada,
en detenida cualidad de nada,
en incorpóreo cuerpo de vidrio machacado.

No crujan,
pero chirrien,

cuerpos que están después de haberse ido,
como el aire,
como la luz,
inmóviles,
en detención suprema,
lejanos en el tiempo,
cautos,
a la espera de que algo los sostenga siempre
colgados de las sombras que salen de las lámparas,
fieles,
como estatua obligada a custodiar su sueño,
a ser eternamente igual que al tiempo de su origen.

Crujan,
pero no olviden que, a veces, chirrian las ovejas
y que el metal, tiernísimo, susurra vagamente
o bala sus pesares por su destino triste.
Chirrien o agiten las campanas
o cabalguen por el ancho mundo,
pero no olviden que el olvido es una cosa dura,
pegajosa,
difícil de olvidar aunque se quiera.

(Cuerpos,
la esfera es lo abisal,
la condición de la demencia,
la sensación de que la nada es todo
y el todo es un señor que muere vuelto nada.)

El círculo es la perfección palpable,
Cuerpos,
el tiempo que se va pero regresa siempre,
como agua que se estanca entre ladrillos viejos,
enmohecidos,
espejo de la sed de lo corpóreo

II

Así caídos pieza a pieza,
 bloque a bloque,
 como figuras desarmables o zapatos que caminan
 sin que nadie los conduzca,
 como materia neutra o vegetal al borde del colapso,
 levedad perfecta,
 corposidad más que admirada y admirable
 que conforma un vasto territorio inmaterial
 lamido por la lengua,
 recorrido siempre por la misma lengua fría
 que pasa y que repasa sobre los mismos cuerpos fríos,
 los cuerpos congelados por la ardiente frescura
 de la lengua fría
 que se hace y se deshace sobre cuerpo ardiente,
 cuerpos tan semejantes a freidoras
 o pequeños crematorios personales,
 urnas positivamente dulces o pérfidas variantes
 de un exilio en el que queda sólo la ceniza
 de un amor perdido,
 muerte adelantada o pasión que se sustrajo al fuego
 y cayo en carne tantas veces vislumbrada
 desnudada,
 auscultada,
 cuerpos así,
 cayentes perno a perno,
 como destrozo causado por la luna
 o labios semejantes a una degollación de las palomas
 cuando están dormidas,
 cuerpos estupefactos por la lumbre o por el ansia,
 por la desmesurada contención de lo quemante,

de lo aislado que se queda todo cuando ustedes huyen
o habitan las zonas despobladas del planeta,
las regiones hoscas que acabaron sumergidas
en una palidez casi absoluta
o señorita con capucha verde enviada por la muerte
y que agitaba los cencerros para avisar que llegaban
las visitas
los turbios invitados que se quitan sus enormes alas
y convencen a los cuerpos de que es mejor seguir huyendo
detenerse en lo neutral de las habitaciones que
demuestran una total indiferencia ante los fuertes ruidos
que llegan del silencio a perderse entre las aguas letales
en que deambulan los insomnes,
los pérfidos señores desvelados que acostumbran
beberse su mezcal a horas indebidas
y se visten con sudario blanco,
hablan ronco,
tosen o maldicen entre bronquiales tazas de café
o cigarrillos que estornudan como un hampón barato.

(Piérdanse,

Cuerpos,

y regresen,

aunque buscar la salvación carece de sentido
caigan en lo letal de la lujuria o restrinjan al máximo
su pésima costumbre de sacar ánimas del Purgatorio
y crean en las virtudes excelsas del pecado.)

Cuerpos,

tan caídos,

tan desmenuce de tabiques herrumbrados,
tan hermosos por ser ustedes derrama de la luz,
parte del agua,

sombra de aire,

reflejo vivo de un espacio inmenso que gira enloquecido de amor
por los reflejos que llegan desde ustedes,

abrasivos pero calmantes, a la vez

(musgo, refugio a la impiedad, agua sedente
o luna duramente conmovida por los sollozos
del cristal que no alcanza a comprender por qué
solloza o hay algo como un temblor en la
impiedad que cruza las paredes),

cautéricos

pero que queman

(¡cuánto!),

ardíferos,

ardientes cuerpos que arden y chamuscan.

Cuerpos que se revuelven en ceniza,

cuerpos que acaban convertidos en ceniza,
cuerpos ceniza pero enlamados por la lengua,
siempre la lengua que se atrabanca de ceniza,

lengua de ceniza,

lengua de hollín que masca lentamente la ceniza
en que son cuerpos que se palpan pero ya ceniza

lamida por ceniza,

sólo húmeda ceniza,

luz perdida,

aire purísimo,

o perfecto, por ser precisamente lo inhallable

o forma en que la Forma pierde toda percepción del mundo

y se mantiene sola,

aislada y determina su ser fundamental

sin nada que la atraiga o fuerce a derretir su cruenta esencia

que colapsa y queda como forma irreflexiva y desligada

de las restantes formas obligadas

a crispase en la forzada soledad que habitan los espejos.

(La Forma-Madre no solloza

pero muere

llenándose la calavera de huesitos

que son como recuerdo de mujer que se volvió penumbra

bajo una noche desesperadamente muerta.)

III

Se deshabita el tiempo,
pero lo informe es lo que queda
como cuerpos en ríspido estado de emergencia,
colocados en medio de abruptas consecuencias,
serias dudas,
interrogantes que pueden derivar en funestos resultados,
adversidades varias y poquísimas noticias favorables
a la navegación en los antiguos mapas,
los viejos cartapacios que señalan los cuerpos derrumbados
y, luego,
reconstruidos como cuerpos nuevos pero malamente,
como cuerpos que fueran desarmables y pudieran,
más después, reciclarse los diversos trozos,
las violentas partes furibundas por no estar donde suponen
que debieran verse bien,
estando como estaban en su hechura previa como tales cuerpos,
no completos, tal vez,
aunque sí los grandes trazos
los grandes lineamientos de sus formas contundentes
pero endebles,
poco firmes o, en algunas ocasiones, ligeramente
contrahechos,
algo informes o poco calibrados del motor,
o que hace que caminen lentos,
sin sonidos fuertes o cantos de sirena
que seduzcan a los náufragos,
los ínclitos ahogados que bracean con todo desespero
pero no llegan a ninguna isla
ni encuentran las botellas vacías de tequila con mensajes
que señalen rumbo,

dirección precisa para llegar adonde nadie se conmueva
con tanta imprecisión en el horario de los barcos
o tanto pasajero a bordo que no tiene ni idea
de que las cosas de color morado se arrepienten,
por regla general, de sus amores de antes.

Cuerpos sin su cuerpo, y poco contundentes,
con reciedumbre de ala o decisión definitiva de ser ave,
irse lejos,
cuerpos como en vuelo o pasión amortiguada
por las tantas ansias que no lograron enhebrarse,
se quedaron sueltas,
innombradas,
despegadas como carne no sujeta a decisiones firmes
que fluctúa entre querer y no querer entregarse
a los perpetuos goces,
las grandes calambrinas que la carne produce cuando hierve
y el tumulto de las aguas densas no deja percibir que faltan
los alambres que sostengan lo exquisito de las formas cárnica,
lo concreto perdido entre lo abstracto de la masa cárnica,
con lo ávido extraviado en la pureza impura de la carne,
pero impuros en toda su pureza,
como agua en el delirio de ser tromba o viento
que quisiera convertirse en clarísimo horizonte
de cuerpos que no cesan de llegar,
partir,
jugar,
bailar,
cuerpos que están como en estado
de emergencia siempre,
persecución a través de los espejos hasta el lugar
donde está la dinamita abandonada en espera
de que llegue su momento y todo estalla,
laceran las estrellas la piel de los quemados
y los cuerpos huyen con la infinita seriedad
de un barco que naufraga

o la sonrisa de un fantasma tenebroso que penetra más allá
de los susurros en que los cuerpos platican cuando sueñan
o piensan en los muertos como un manual de abstemios
que antaño se embriagaban diario pero, después, se arrepintieron
y se dan golpes de pecho y juran no beber del aguarrás

que beben los amantes densos, sino licores finos, delicados,
de honesto caballero ganado a la virtud por malas artes
del Demonio vestido de mujer y que ofrecía en barata

paraísos ubicados en zaguanes muertos,
lujurias a la orden, documentos falsos

para una identidad también falseada
y sin incómodos gemelos que lo estorban todo,

se entrometen en los asuntos familiares,
asedian a los cuerpos con la indebida pretensión
de asesinar a cualquiera de los otros que también acechan
a los cuerpos y ser el único dominador de cada cuerpo

entendido como atributo personal,
y de todos los cuerpos, aunque no en lo general,
sino discriminadamente, con un rigor estético
bastante intolerante con respecto a fallas de estructura

o humor ligeramente agrio
pero sí con belleza totalmente comprobable

a simple vista y desde una gran distancia,
arduamente examinada,
con la finura de los cuerpos que se espantan y huyen

o luna que se extingue —súbita,
perpleja ante cualquier catástrofe o derrumbe de lo dado,

lo no dado, también
en tanto lo espectral pueda asumir, sin mucho riesgo,
formas hechas que fueron ya formas deshechas y rehechas,
montables/desmontables que hablan por su cuenta.

Mundo en crisis,
paz que acaba convertida en guerra o se convierte francamente
en campo de batalla de cuerpo contra cuerpo
como enemigos que se aman.

Se destruyen
o rearmen los fragmentos de manera algo distinta
a como estaban antes conformados,
con otros órdenes de prioridad en lo que toca
al desempeño del espejo en recoger los rostros
perdidos en la noche y protegerlos,
cuerpos idos que habitan la otredad en donde el *Otro*
se reinventa y trata de explicar la inexplicable fuga del demente
que arguye su demencia como forma de amar
hacia regiones frías donde sólo el metal suena
y conmueve a los pivotes,
escarapela las paredes y las tiñe de un púrpura sombrío,
besa cuerpos o desenfunda su dolor entre estertores verdes
o muertos que regresan a bordo de flojas mariposas.

Suenan,
porque todo suena a tañido de lúgubre campana
o golpeteo de fábricas que producen un silencio espeso,
pero a grandes gritos,
enormes ruidazales que salen del vapor
que se consume en medio del chirriar de cuerpos que batallan
como un metal sonante o tronido que transcurre en los metales
cuando quedan sordos
y los cuerpos guardan un feroz silencio porque el tiempo corre
entre neblina y humo de señoras que hablan y hablan
y no permiten que la sombra tome la palabra o tosa, tan siquiera
o emita su opinión sobre los graves temas
que afectan a los cuerpos,
que se quedan bien dudantes acerca del futuro
con ciertos resquemores que asaltan sin piedad
sus pálidas figuras,
sus formas elegantes que concluyen en algo así
como un alcohol muy desusadamente incierto
en sus efectos alcoholíferos sobre el amante que cae en la locura
sin entender las causas del desastre que ocasionan
con tanto meditar sobre el amor profundo

donde todo se vuelve andamios crujidores
o maderas estropeadas por una fiebre espiritual intensa
que convierte en aserrín los cuerpos y los torna
de un color rojizo oscuro
que los hace tambalear a la hora de subir las escaleras,
bajar al precipicio en que ejecutan los suicidas
los últimos ensayos antes de dar

El Gran Salto Final

del trampolín que va del existir al tremenda del hueco
bellamente ornamentado con que la *Nada* intenta
explicitar su desdén hacia las cosas más o menos llenas
y conformes en ser parte de un *Todo* que propende
a aniquilarse por su propio exceso.

(Todo es madera que arde y se consume
en una atroz persecución de la ceniza,
todo sucede entre metales ebrios y cascajo,
entre caidales cuerpos y derrumbe
que se escurre de un modo exasperadamente lento.)

Lo informe es lo que queda,
pero suenan cuerpos que se van pero que no se van,
retrospectivamente vistos, sino se quedan fijos
en un tiempo que tampoco se va para ninguna parte
ni se decide a no tener memoria de ninguna cosa
o encantamiento posterior al invento de los cuerpos.

Todo comienza y termina al mismo tiempo
o acaba desde antes de empezar

o nunca empieza pero sí termina
y sólo es una perpetua fuga a lo magenta
o cavilante foco que no aprende a susurrar
el nombre de las cosas sacras y el tiempo lo comprime
en sus esparadrapos viejos
y hay una luz mortuoria que se agota en su derrumbe interno.

Se industrializa el tiempo
y hay un señor desesperado que corre mucho por las calles
pero no logra nunca darle alcance ni a su sombra
que
tampoco se alcanza
pero sí se destruye al entrar en colisión con su otra sombra
e inventa su falsa aparición en
los espejos.
que hacen de lo falso su única certeza.

(Habrà que irse,
aunque no haya razón para tener
que irse.)

IV

Como ceniza o próxima fabricación de espejos
o bebidas alcohólicas,
como extinción del fuego con agua de hojarasca,
como particular intento de atrapar las invioladas
regiones del olvido,
Cuerpos,
deshabiten su cuerpo y lleguen hasta la vaciedad
en que lo vasto se difumina y hunde.

Clamen por lo vacío,
Cuerpos,
y olviden la pureza de la esfera,
pero recuerden que lo lleno es propiedad de las distintas formas
de imaginar lo hueco.

(Los imagino tristes,
solos
—unidad fragmentada,
restos, más bien, de lo que ardió en la noche y arde aún,
pero indeterminado y flojo.

Los imagino así,
flotantes,
casi etéreos, espectrales,
con rostro encalacado y manos que no sujetan nada,
tristes,
cavilosos.)

Entonces lo cristal hace su ruido,
gorgorita

o meramente canturrea su dolor como dulcísima avecita
y su manera de avisar que está
como crispándose los dedos
o coruscar que está teniendo miedo
y lo cristal ruidera mucho y se escondrija
y vuelve silencio ensimismado,
luz violenta
(capacidad de lo entresijo y lo envidriado para no dar amor,
para dar frío).

Luz en claro,
deslumbrante,
hosca,
luz que asombra y da sombra a la sombra
de cuerpos errabundos,
cuerpos idos como tragados por el tiempo,
asimilados por el tiempo,
ruines,
inclementes,
nulos
como un vacío total repleto de vacíos,
una llenura de vacíos ahítos de despojos broncos,
arriscados,
con una cólera magenta o un bramido atroz
que desempolva las paredes con su miedo,
nulos,
profundamente nulos para ser palpados,
olisqueados,
absorbidos por una luz sombría que no cesa de alumbrarlos.

Cuerpos,
sean hogueras y fabriquen los alcoholes necesarios para aguantar
la sobrevida sin el canto suyo,
sin las tormentas que despliegan cuando queman
sus formas generosas y se escapan en corceles arduos
o lentas escafandras que se queman en vestidos negros,

guardianes escarlata que apretujan sombras y desmienten
todo intento por salvar el alma.

Duerman,
pero no confisquen el sueño del demente que los busca
y pierde aún más la poca sinrazón que lo acompaña
en sus últimos momentos.
Sosténganlo a pesar del derrumbe de las puertas
o en el mayor de los andamios que se alquilan en los circos
para los juegos malabares y dejen que él se venga abajo solo,
sin sus huesos
o tabiques que, acaso, quisieran detenerlo.

No hay sino armazones destrabadas o cánticos
de angustia que nadie oye
ni rehidrata sus botellas
con la pena máxima de emborracharse con lo seco
que quedó del agua cuando el polvo se extravió
en los dilemas que plantea la muerte,
el acertijo del final para el espectro que ya *no-es*
pero aún no lo comprende,
o no quiere aceptarlo y sigue en su batalla inútil,
su pleito inacabable contra él y sus secuaces
fraguantes de artimañas que lo arrastran,
como ceniza o doctrinaria habitación repleta de espejismos
o alcoholes que originan pesadillas que *sí están*
pero sólo después de que se acaba *todo*
y *Todo* empieza a circular de nueva cuenta.

Hay que abolir el tiempo,
Cuerpos,
encerrarlo en el círculo —perfecto— del agua que se extingue
y queda como enterrada para siempre
(carne viva, llaga, cicatriz sin cura),
en su ser propio,
su inmaculada sinrazón de ser tan sólo cuerpo de agua
que se mantiene en su total belleza de círculo quemante.

No hay remedio,

en una masa inútil,
sin substancia,
sin carga negativa para descomponer las cosas
y realzarlas de otro modo distinto al que tenían.

No a los cuerpos
que conforman un nudo problemático para guardarlos
en su estado puro,
la inocencia en pleno o la maldad apenas dando
sus primeros pasos,
pero sí la íntegra belleza deslumbrante con todo su alboroto,
jocunda algarabía que acaba de manera brusca,
cuerpos idos,
cuerpos expulsados de un jardín paradisiaco a otro
donde se quema la ceniza,
arde el polvo, y los cuerpos se consumen en sus tristes huesos.

Tristan cuerpos

(—clamo)

¡qué ardidera!,
qué zozobra de angélicas figuras que se extrañan
de que ojos no vislumbren cuerpos,
tacten niebla,
consecuenten ovejas trasquiladas con una saña escalofriante,
una frialdad extrema para cortar los ligamentos
que sujetan los cuerpos a su forma y los mantiene erguidos,
no yacentes,
para impedir que escapen, en forma de vapor,
de los círculos nocturnos que puedan fomentar
sus ansias de volver al mundo,
iluminarlo
—contemplación de los anafres cuando arden en la noche.

Tristan cuerpos

o carburan su pasión muy lentamente
o cintilan con los fuegos apagados por un rubor violento,

una como calma insospechada en elementos tan sutiles
 como pueden ser las cabelleras agitadas por el viento
 o las manos entusiastas
 que saludan a los diversos materiales componentes
 de un sistema de energía basado en la crueldad
 que despiden las hogueras cuando el agua
 las convierte en sombra,
 pero quedan los altos riesgos que se corren de morir quemado
 por la ardiente emanación que sale de las formas satisfechas
 con ser cuerpos que se toman perfectamente en serio,
 cuerpos altos,
 portentosos como una procesión de solemnes ditirambos
 que planean escaramuzas donde el cuerpo juega un papel
 preponderante,
 aunque no haya cuerpos o los cuerpos estén
 como producto de una magia infusa,
 un no-estar que levita alegremente y crea la confusa sensación
 de que los cuerpos están, en realidad, en un momento dado,
 pero hundidos en un sopor que sale del espejo
 y los hace mirar sin ver sino una masa de silencio oscuro
 que desvía su atención en torno a la dudosa exaltación
 que se hace de la esfera y la admirable discreción
 con que incrementa el fervor de los amantes
 a los objetos caídos de la luna,
 los metales fríos,
 las aristas puntiagudas que se clavan, de modo descuidado
 en los remotos escondijos de la carne,
 como formas capturadas por un dormir eterno
 o una forma perpetua en sus ardores.

No huyan,
 Cuerpos,
 pero congreguen las ovejas en los vastos campos
 que impiden la caída de la noche,
 con cierta sensación de ser tan sólo una pequeña parte

de lo que es, en verdad, cuerpo de ustedes.

O huyan,

conviértanse en la fuga permanente
pero no se entretengan en la terrible indecisión de irse,
sean volubles y piensen en las posibles formas del regreso,
las no-huidas que, a veces,
logran detener el tiempo o hacen que se vuelva a su estado
de nonato intemporal y no suceda nada
o alguien grite porque los agujones de la muerte
le disuelven el rostro en huecos que se asoman
a mirar los otros rostros huecos

que reposan en el hueco inmemorial
o se asumen en las formas aparentes en que el vacío
adquiere consistencia y da su paso lento de escorpión
que se estremece cuando cae al pasadizo
y da sus gritos de agonía que se jala los cabellos,
y enseña una rutilante calva,
una faz sombría,
unos dientes que se caen de viejos y un collar
de anciano vagabundo.

Huyan,

pero a manera del espejo que se cierra
y no permite que se escape la más pequeña imagen
o el menor atisbo de algún recuerdo triste,
pueden irse pero muy despacio
y con abrupta gentileza vayan yéndose sin las tremendas
dudas que acarrea la sinrazón que impele a las huidas
a volverse locas,
desquiciadas maneras de no ser nunca cuerpos amorosos.

Permanezcan,

y eleven devociones al amor que se complace
en no cumplir las normas

que exigen que el amante no propenda a disolverse
en los alcoholes de la noche.

(Eternidad se dice pronto,
pero dura toda una inmensidad de lluvias
gotea ácida sal y tasca hojaldras de aluminio añosas
[y espectrales.

Todo acaba o regresa, aunque no igual,
después de mucho tiempo y sin fluir o casi sin fluir,
como un enamorado tonto que acumula sus desastres
y sonríe beatamente, convencido de su buena suerte.)

Saturación de cuerpos
(—¡clamo!),
masa informe de aquello que parece o quiere ser un cuerpo
y es el destartale en su función de acabamiento o culpa
que se ahúma en el lejano vegetal que sueña
que el humo languidece y muere
y que los cuerpos se resanan solos los daños que se causan.

Es un clamor:
no huyan
ni despierten tan tarde que ya no encuentren los jardines
en la disposición amable del reposo y desguarezcan
las últimas disposiciones que deben de guardarse
con respecto a la iluminación de la penumbra,
estense ahí,
perfectos,
como forma elemental y básica
(principio de la vida),
quietos,
no se vayan aunque les digan los metales que se vayan,
desobedezcan las señales del semáforo y no avancen
pero tampoco retrocedan,
estense sosegados y eso basta,
mechero o quemazón agigantada,

dulce estopa o fusible a punto de llegar al éxtasis y huir,
despavorido,
cuerpo en la magnífica situación irregular de saber
que no es un cuerpo,
sí una elegante figura circular que no se inmuta
cuando alguien pregunta por los cuerpos
y no sabe descifrar el oculto lenguaje
en que se expresan/no se expresan,
dicen/se desdicen los círculos corpóreos,
las esferas que, con toda propiedad, giran alrededor
de lo sinuoso que hay en los cristales
que sólo se reflejan a sí mismos
y distorsionan todo rostro o aparición fantasmagórica
que use máscara de rostro o que recuerde
que hubo allí un rostro de verdad
y no una forma entelerida y excluyente de otras formas
que pudieran parecerse a la Forma-Madre que dio origen
al mundo de las formas reales,
pero siente envidia de las formas inventadas que simulan
estar hechas de materias grasas cuando, en verdad,
son sólo una desolación infame o una manera de expresar piedad,
pero al tamaño de una impertinencia breve.

Hay que abolir el tiempo,

Cuerpos,
o ponerlo de revés y acabar con las esferas
y dejar que sea la sombra de los cuerpos
la que se queme en los fogones y arda
hasta lograr la cremación del tiempo,
la vuelta hacia sí mismo y la siguiente vuelta
que tienda a devolverlo a su torsión extrema
y acabe por quebrarse de manera que sus ínfulas
no determinen su función de obstáculo
a la creciente perfección de la belleza de los cuerpos.
Regresen a la zona intemporal del sueño,
Cuerpos,

y ahí reposen,
sutiles,
afiebrados,
resguardados por la solicitud extrema del viajante
que necesita guarecerlos en su insomnio,
cremarse entre sus lumbres,
descuerparse entre los cuerpos suyos,
perder todo
—y escombrarse.

VI

Doble forma de huir,

gemelo encontronado con su doble.

(El heridor acecha y el *Otro* se escabulle

pero, a la vez, acecha y, tenso, muerde

y su doble, también tenso, se agazapa oculto en su sí-mismo

que es de igual estirpe,

pero es otro señor el que descuelga los paraguas de su sitio

o camina por los parques persiguiendo cuerpos

y listo a dar la dentellada por si hay alguno más

que asome su frialdad de uña desdentada

y grite que los cuerpos son sólo un reflejo de su imagen

y no existen por su propia cuenta.)

Lucha eterna,

doble del que en sí mismo se desdobra

pero se une de inmediato o se fragmenta en *otros-yo*

que se avorazan y destruyen a los que estaban, desde antes,

en pleito por ganar un sitio en el espejo

o vuelve a la unidad elemental y calma del nonato,

pero no soporta la quietud y escapa a perseguir

cuerpos o fantasmas en medio de una noche ebria,

una nocturna travesía en que el alcohol se vuelve barco en crisis

y el objeto del sujeto que da vueltas en torno de los postes,

se une y se dispersa, al mismo tiempo,

para concluir fragmentación que ni siquiera sabe

por donde comenzar la búsqueda del *Otro*,

el enemigo,

el acérrimo rival que es él mismo, que tampoco sabe

en dónde hallar los cuerpos idos a que lo empuja

su otredad vacía,

lo que los une y los separa sin ningún motivo
o por todos los motivos juntos,
ninguna afrenta en especial que los obligue a combatir con saña,
contra tanta frialdad que nos contempla
desde el revés de los espejos.

(La búsqueda de ustedes, Cuerpos,
tan herméticos,
imprescindibles como la isla necesaria para que el náufrago
no acabe en la ceguera del aciago capitán que ignora
en el fondo de qué mar yace su barco,
pero tan fuera de los mapas que el extravío se extiende
a las botellas de mezcal o las entradas del infierno,
como llamada de atención que nadie entiende,
gravísima emergencia a la que no socorre mano alguna
o formas del desgaste de querer llegar pero perderse
mucho antes de llegar a donde estaban, antes, las campanas
y ensordecen de los tañidos que no se oyen
y del ruido que llega de los cuerpos que tampoco se oyen
ni se ven,
mientras calibran los motores o las hélices
se corvan como cuervos negros,
cuervos que son pura oquedad que vuela
con prisa de llegar a cuáles puertas
o qué ventilas de los sectores enclaustrados del planeta
se abren para llorar a todo desconsuelo la idea de que los cuerpos
también parten o se oxidan seriamente,
guardan daños,
giran en círculos que se aproximan o se alejan del infierno,
pero nunca entran,
contraen un poco el rostro en gesto de dolor por los que penan
o empujan a sus muertos a lo más hondo del abismo,
pero no se abisman,
permanecen lejos, como cuidando las fronteras
ni crean jurisdicción sobre la luz ultravioleta
que, en ocasiones, se desprende de la luna y pone en claro

el afán dominador que ciertos cuerpos tienen sobre el sueño,
las miradas que se angustian de no ver sino su sombra
seguida muy de cerca por la angustia que las mira

con ojos destemplados,
risa de vieja desdentada que hace un ruido de tambor
que pasa fugazmente por los circos tristes
y acaba en un hospicio para orquestas aquejadas

por una crisis de fervores místicos,
una tenaz oposición a aceptar que la conciencia

podiera ser objeto de pleitos mercantiles,
manzanas de discordia poseídas por un furor calenturiento
que las hace consentir sus desvaríos
como si fueran hechos asombrosos de la historia

de los cuerpos sacros,
el sacro-iliaco cuerpo de mujer enamorada
que bajó en busca del amado a los sacrílegos infiernos,
pero fue enviada de regreso al Paraíso ante el temor
de los timbales aplastados por las formas ácidas
que llegan a las fiestas de un orate acorralado por su doble
que no acepta que los cuerpos deshielen la esperanza del gemelo
de encontrarse de vuelta en un tiempo sin noción

de cómo debe comportarse como tiempo,
ese enemigo,

esa pared que se anticipa a los próximos derrumbes y recoge
las cáscaras caídas de las figuras sublunares que se destruyen
a sí mismas antes que el tiempo las convierta en plastilina turbia,
una amalgama informe de pequeños payasitos fúnebres
que alientan, con todo su fervor, el desaliento hacia los cuerpos
que carecen de verdadera vocación para llegar al sacrificio,
el rito en que el Gemelo asesina a su rival, pero éste,
sin más, se vuelve y contraataca al similar

y los conexos sujetos que lo escoltan
y la impiedad lo cubre con sus ojos fríos.

Mundo como raído por una lama pegajosa
sobre un montón de cuerpos rotos,
desgajados.

Los amo, Cuerpos, pero prosigo mis desmanes,
mi peculiar rescate en medio de trombas y naufragios.

No hay salvación,
pero sí mustian las lechuzas los penares del anafre
que quedó en un estado parecido al del letárgico animal
que vio como posible su ascensión al cielo con sólo suponer
que las culpas se pagaban con ánimo contrito
y grandes tragos de mezcal bebidos como manera
de que el fuego se aposente en uno y no haya
modo de evitar que la pureza de las llamas
intente disminuir el tamaño de la mancha que el suicida
trae mal colocada,
en el mirar oscuro con que mira la procesión de cuerpos
que van hacia la noche en el ferrocarril que solamente
acepta llevar los trozos de cemento
que quedaron después que el inconforme con su mala suerte
equilibró con grácil salto a pésima actuación
de que hizo gala en vida,
no como el adepto a la existencia disociada que dividió
lo terrenal en múltiples cajones y habitó/deshabitó
las naves portentosas que los locuaces personajes
de las historias de ultratumba,
permiten evocar como una remembranza del tiempo
y su fatal designio.

Uno es el *Otro* que vive en las costumbres de lo dado,
el inquilino de los sórdidos parajes,
donde se oyen los pasos del cristal jadeante
y los espejos se limitan a no ser sino inútiles estorbos
que sólo sirven para recoger imágenes,
guardarlas como restos sacros que quedaron lisos

sobre un papel de estraza,
una lisura espeluznada que no hay forma
de que adquiriera consistencia alguna,
o solidez que haga innecesario el uso de instrumentos
para llegar hasta los cuerpos que requieran conocer
el paradero de sus cuerpos,
las formas nobilísimas que usaron sobre el mundo
y dieron fama a sus encantos,
en que el *Otro* señor que vive bastante más allá
de toda realidad posible,
asó su petición de mano en el aspecto exterior
de los problemas que plantea la existencia terrena de los cuerpos
y no consideró la práctica específica de una razón cualitativa
que suma y suma y solamente suma material ferroso
o cajas de cartón
y disimula el miedo guardándolo en cemento
mientras cuenta y cuenta el costo-beneficio
que cada cuerpo ofrece,
extrae la plusvalía de cada cuerpo paladeado,
la acelerada destrucción del cuerpo amado
por el constante desarrollo del progreso industrial
que es lo único que vale
y no se entiende nada de todo lo que falta.

(Lo dado es lo que es
y sin ninguna posibilidad de ser, al mismo tiempo,
su contrario,
lo monótono,
la aburrición cuando se pone su camisa negra
y visita los panteones,
lo que jamás será jardín o fuente o azucena,
pero sí es diluible en su pequeña prosapia,
su ínfima manera de verter el vino en copas rotas.)

Falta todo.
Lo metalífero que suena duro y raspa en serio

lo *no-dado*,

retorna a sus orígenes y concluye como tiempo,

profundamente impenetrable.

(o lo intuyo, más bien,

encauzan en la debida dirección nocturna).

Vuelvan,

Los amo como entonces,

Cuerpos,

como antes cuando fueron la exaltación de lo carnoso
en lo sublime de la carne,
no como ahora que son puras imágenes
o una substancia indefinida que no se sabe para qué se queda
en la memoria, sino entonces,
satisfactoria explicación de lo mundano
y básicos constituyentes del conflicto entre el yo y los *otros*,
las máscaras que juegan a ser constantes enemigos
y se emboscan, detrás de los espejos,
para verse las caras frente a frente,
testuz contra testuz
los inclementes alaridos con que los cofrades se embisten
atropellan cuerpos idos hace mucho tiempo,
cuerpos nuevos encontrados muy recientemente,
cuerpo de Gabriela-sombra de Gabriela,
sombra de Alejandra-cuerpo de Alejandra,
cuerpo helado de Elba-sombra de Elba,
sombra enorme de un mundo en la penumbra
y muchos mueren de amor apesumbrado,
muerte dura y línea divisoria de las aguas en raya quebradiza,
espejo que se cierra sobre formas mutiladas
en que la bruma humea,
se encorajina,
rasga las vestiduras de lo ahogado,
y jadea,
estertora,
clama desde un sonido inmenso,
destrozado,
cuerpo de Blanca ahogado en la pureza de la nada,
cuerpo blando,
desvalido a la mitad de la ceniza y a la mitad del fuego,
cuerpo de Elena,
forma pura o luz envuelta en caracol apurpurado.

Pureza del desnudo en la actitud con que el suicida asume
su ser oscilatorio

en actitud contraria al viento que llega de los cuerpos nuevos,
cuerpos reales,

carne en brama

o luna que arde en una magnífica explosión de ardores
o sueño como dormir en un extraño viaje que no termina nunca,
nunca empieza su sueño de galápago inmortal que se remonta
a las primeras formas que salieron del espejo

y dieron forma a las siguientes formas,
las diversas figuras que emprendieron, también, su propio viaje
y quedaron aleladas en un espejo carente

de todo hálito de vida y toda forma de expresión corpórea.

Cuerpo que es cuerpos pero sigue, al mismo tiempo, siendo uno,
cuerpo resonante de Ana,

cuerpo de María, cervata huidiza y siempre perseguida,

cuerpo de Roxana,

que son, también, espejo que se vuelve cuerpos

o cuerpos que se transforman en espejos y descienden

y son la leve suavidad como de cuerpo herido por el aire.

(Amor es taciturna y fija contemplación

hacia una cavidad ausente.)

VII

Ya no hay mundo, y la ahogación hace jadear a jalonazos
o se mal arman los andamios para afianzar, aunque sin éxito,
al mundo que se fue
o impedir que se desfonde, desde ahora, el mundo
que todavía no llega
(—ni llegará, rezonga un cuervo negro de pésimo talante,
malhumoriento hurón que socava la raíz de donde arrancan
las querencias).

Pérfido amor o cruel perfidia hiriente que desgasta
las añosas tuberías sanguíneas y las convierte en algo muy poroso
para significar amor eterno,
lo fugaz es lo único que dura y que perdura en el oficio
de tejer y destejer el tiempo,
contraerlo o hacerlo un poco más flexible
(tan rapaz, el tiempo,
tan pajarraco malhadado de tétricas costumbres funerarias
o sórdidos modales de arrancar la carne de los cuerpos
con las uñas).

Se desparraman llantos,
quemazones,
ruidos de diversa procedencia pero casi todos incapaces
de expresar algún sentido claro
de que amor es posible que se encuentre a la vuelta de la esquina,
pero es difícil arribar a una conclusión definitiva
sobre cuál esquina y eso nunca se lo dicen a uno,
porque el silbato del último tranvía avisa que se va
sin viaje de regreso
y hay tantas esquinas que debe ser difícil dar con la adecuada

y, a lo mejor, tampoco llega nadie y nadie está tampoco
en otra esquina esperando que uno llegue
y las trompetas celestiales anuncien que la felicidad
casi casi está llamando a nuestra puerta y los gemelos
fallezcan de alegría.

Clavos que arden,
que golpean sobre la forma terminal que asume la piedad
mucho antes de acabar exhausta por el tanto trabajal
que le causan los impíos que no cesan de pedir misericordia
a grandes gritos,
pero piedad es dama más dada a la crueldad
que a practicar los actos píos con sus suaves guantes,
que el amante requiere con urgencia cuando un soplo
de abandono pasa por las puertas
y alguien coloca a las linternas en un estado parecido al duelo
o hay una quemazón en los velorios donde el muerto
bebe el agua insubstancial que —dicen— sosiega las heridas,
no las cura,
sí las convierte en afiladas púas que se encargan
de hendir las lastimadas estructuras que sostienen
la poca fe que se quedó guardada
en el capuz del viejo fantasmón que aún recorre
los pasillos donde la luz acaba por darse por vencida y cesa
en su intención de pretender iluminar la parte más oscura
de una conciencia que se sabe perseguida
por las culpas que el gemelo acumuló a lo largo de una vida
dedicada por completo a hacer el bien,
aunque con pocos resultados positivos
o, más bien, una completa nulidad en cuanto a integración
de una conciencia realmente reflexiva en los asuntos
que una identidad que se plantea como una dualidad
irremediable en su visión del mundo,
puede o debe
permanecer eternamente como estando suspendida
por un hilo que acaba por romperse y el sujeto de la Historia

cae en un sinfín de actos contradictorios de principio a fin
conigo mismos,
que lo llevan a la terrible situación que no puede decidir
si se decide o no a decidirse por esto o por aquello
y se pierde en una confusión digna del mayor elogio,
un evidente estado de perplejidad en el que nadie sabe
si las cosas están realmente detenidas y visibles en alguna parte,
o una figuración recorre vacuamente el mundo
aparentando la creación de formas
que simulan ser un cuerpo que, en rigor,
es sólo la embozada sonrisa que la nada usa
para ocultar sus hendiduras.

No huyan,

Cuerpos,
o huyan, si así lo consideran necesario,
pero no modifiquen su estructura
queden sombra, o barco encobijado en sombra,
rostro o imagen que se queda después de que no hay
recuerdo de los rostros
pero hay cierta pasión por el vacío dejado por los rostros
en lo dual de lo vacío que coexiste con lo no-vacío,
el gemelo hueco y el hueco del gemelo que se vuelve
otro gemelo que se desprende de su hueco
y crea otro gemelo que se engendra de otro hueco
y se descrea y crea la necesaria atracción que la oquedad
debe tener para lograr que los cuerpos escapen de sus círculos,
no regresen.

(Huida de los dos,
del que me acecha y del que acecha al que me acecha
y del Yo siempre al acecho de tantas acechanzas que tienden
los oscuros cavadores que acechan todo intento de huir
o de no-huir, que es casi lo mismo,
o de quedarse resguardando las luces de los faros
—y del Otro, también, y su progenie de otredades,

que se despiertan tan temprano que siempre llegan tarde
a todas partes,
cuando se fueron las visitas y se llevaron sus tiendas
de campaña
y su disfraz de payasitos arrojados por un intenso frío,
mucho después de irse todo el mundo y cuando el muerto
levantó el velorio y escribe sus memorias
por la añoranza de los cuerpos.)

Huir de todo en fuga permanente de uno mismo hacia sí mismo,
errancia indetenible,
exilio en condición de sombra en busca de los cuerpos que ama,
cuerpos tan borrosos que ya no caben en ninguna parte,
no pueden circular como objetos materiales,
no bajan escaleras ni suben por los puentes
que permiten el paso de los ríos,
sólo nombres o registros bautismales, actas de nacimiento,
esqueletos en que anuncian las misas de difunto,
fechas desvaídas,
lugares que desaparecieron de improviso
arrazados por una furia destructora,
lentos camiones destartados por el tiempo
que aún circulan para transporte de los sueños.

(Juárez-Loreto Azcapotzalco-Jamaica-Merced
Penitenciaría-Niño Perdido-Álamos
Circuito Circunvalación Hipódromo-Rastro
Azcapotzalco-Coyoacán-Narvarte
Colonia del Valle-Coyoacán
Villa Obregón-Insurgentes-Bellas Artes
Santa María-Mixcalco
San Rafael-Roma-Nueva Santa María
San Angel-Tizapán.)
(Rueguen por nosotros. Rueguen por la
sed y rueguen porque el tequila fluya

eternamente y el bebedor de sombras
prosiga bebiendo eternamente y prosiga,
también eternamente, la búsqueda
de cuerpos idos, y su alma no descansa
nunca, pene siempre por el infierno y
sus anexos.)

Ciudad aniquilada y cuerpos al borde del destrozo,
o fantasmas que transitan como en trance espirita
sin movimiento alguno,
pasión así sea desconsolada pero con algo de furor
que avive el sentimiento que los cuerpos despertaron algún día
y que sigue estremeciendo el ánimo contrita del amante
que espera que regresen en formas fantasmales,
como acres ácidos que caen en medio de la nada
y hay una terrible profusión de cicatriz y herida,
delicadísimas gaviotas cubiertas de hojalata que musitan misas,
encantadoras avecillas que braman de tristeza y mueren,
quedan los signos del destierro y una sed inmensa.

(Cuerpos míticos,
solares,
vuelvan.)

Queda la absolutez que queda de la nada y sólo eso,
pura nada.

VIII

Lo quedado después de la ida del oscuro personaje
que llegó sin que nadie se enterara
y se empotró en un boquete abierto en la pared
con el sinuoso fin de observar el paso de los cuerpos
por una especie de devastación interna
que percude a los cuerpos y los hace mantener falsos contactos
con figuras de cera acalambradas por un sueño
que cayó de la escalera triturando cuanto había
y se puso a hablar en leguas estropeadas por el uso,
de manera que no se entiende el trabalenguas
en que expresan sus más hondos sentimientos,
las recónditas regiones en que guardan su calor nutricio,
la devoción, aunque muy poco exacerbada, por el fervor
hacia los goces terrenales,
la vida placentera,
ociosa
la santa vida dedicada al honesto disfrute de la carne,
don de dones,
excelsitud ante lo excelso que la carne ofrece
frente a lo pálido del mundo,
lo enfermizo de una realidad que pierde sus medidas y se angosta
en proporción al crecimiento del volumen
de los cuerpos en plena pubertad y vistos
desde una perspectiva cárnica
pero a distancia ósea del objeto mismo,
cuerpo vuelto sombra que huye en el espejo
y deja una infinita palpación de vidrios,
lo ahí quedado como manera de que nadie entienda
su sentido oculto.

Se resanan cuerpos

o regresan las múltiples visitaciones
que hay que hacer para que el cielo se apiade de nosotros
y se terminen de caer las bardas que especulan
con el incierto porvenir que enfrentan los espejos
como custodios de las formas que sólo levemente

requieren ser embalsamadas
o puestas al cobijo del calor de las estufas protectoras
como madres amantísimas que envían sus rayos caloríferos
en atención a las demandas que la frágil estructura
de las cosas pensativas hace en relación a sus pedidos
de no perderse en reflexiones muy profundas
acerca de cuestiones que, en verdad, no tienen ningún mérito
como sucede con el futuro de los cuerpos una vez

que decidieron irse
y nadie supo en dónde o quién podría o querría proporcionar
datos acerca de su actual estado civil
o domicilio al cual pudieran dirigírseles los breves textos
que un pretenso aprendiz de los misterios pendulares
estuviera, probablemente, interesado en hacer llegar
a ciertos cuerpos que él considera necesario sepan
que quedaron fijados en su sueño.

Se deshuecan cuerpos o lo quedado es solamente una manera
en la que el agua hierva y exprese su dolor

ante la ausencia de los cuerpos,
lo corporal que no aparece cuando hace tanta falta
que el lenguaje se queda atrabancado en su molleja

y sin su habla,
el alma apachurrada y sin almario y almario por su lado,
solo,
sin su alma que se queda afuera,

cabizbunda por el alto costo del amor,
el alto precio que se paga por amar y ser amado
y acabar bebiéndose los ácidos vitriólicos
que se alebrestan por la noche.

Lo quedado,
aunque las grúas ya hayan desmontado todo
y los camiones del servicio fúnebre recojan los desgastes
y no se pueda armonizar tanto segmento aislado
en forma parecida a la coherencia del demente cuando
aprende a balbucir los vocablos más complejos,
las estructuras fónicas enrevesadas con que el amor
edifica sus cimientos,
y hace crujir las escaleras cuando camina sobre el mundo.

(Es difícil amar.
Lo amante escalda y fomenta, más después,
una ardiente chamusquina que apavora
la coincidente ubicación de las calderas
a toda prisa y deja todo escalofriado
como freidora ornamental y un tanto sin substancia alguna
en sus gélidos adentros.
Amor es ahogación desde mucho antes del naufragio
o fallecer estando en lo mejor de la agonía.)

Quedan los posibles rostros añorados
como pendientes de una solución por parte de la amnesia,
pero el recuerdo insiste tercamente en no perder la huella
de la forma enardecida que se sumió en la oscura opacidad
de lo terrestre y vano,
carne que se encanija y se pelea consigo misma
como irritada por la sed o muy molesta
porque jamás le consagraron un trozo de silencio,
una de esas canciones que cantan las sirenas
cuando navegan con el viento en contra.

Huida de los rostros que quedaron fuera de sí
y ensimismados en la propia alteridad
que lo otro crea y conforma su condición específica
de huidiza figura que acelera el paso hasta perderse
entre los múltiples espejos que avorazan devorar,

cada cual, lo más que puedan de los cuerpos idos.
Isla que busca en el naufragio sus modos de salvarse
o se instala en la comodidad del Purgatorio
a meditar en la final crepitación de lo que ya es inviable,
la cruel indiferencia con que el agnóstico hace frente
a una misericordia que parece ventana que se cierra
sin ya efectuar ningún estruendo,
mustia,
silenciosa,
entontecida y con algo de tristeza raspando los cristales
cubiertos por la lama,
óxida cañería por la que alguna vez fluyera el agua
a la manera de un chorro de metal que fluye delicadamente
y se contempla como círculo encerrado en su propia impropiedad
y se contempla
—lejos, desde afuera—, en otros ojos,
yo contemplado en otros rostros que me miran
mirar entre los cuerpos las señales que indican que el espacio
se constriñe y muere.

Meditador de bóvedas profundas.
Lo dejado levita entre la sombra que quedó después
de que a la luz le dio por ponerse su capucha negra
y consiguió que los amotinados del jardín de enfrente
decidieran ponerse a canturrear bajo las lámparas
las desoladas letanías que celebran
que el amor sea un asunto peligroso.
Se muere en la batalla o las heridas nunca cierran,
surten siempre sangrada mercancía,
y cascarosa mortandad de ausencias,
muerte como de súbito servida como vino tinto,
alcohol anaranjado o silbatazo del señor que mezcla los brebajes
y argumenta en favor de que los cuerpos
no glorifiquen su hermosura
pero sí que brillen en lo más alto del espacio,
lo más profundamente lejos que pueda imaginarse que hay

y queda siempre iluminada,
una región donde los cuerpos cumplan, con aire apasionado,
su función salvífica,
sus ansias redentoras de naves salvavidas empeñadas
en sacar de los infiernos a las almas compungidas
por sus grandes culpas,
los enormes aspavientos que hacen los grotescos rostros
que se asoman por debajo de las máscaras
que sirven, con astuta perspicacia,
a los designios que obligan a los náufragos a comportarse
de manera extraña
y no atender los llamados de los cuerpos
para entender la salvación como un intento vano
de evitar que los suicidas carguen con el peso
que trae la soledad cuando acostumbra sentarse a meditar
sobre la mucha soledad que siempre trae consigo.

Amor ataca impío y fieramente arrasa
o destituye todo en sus endeble fundamentos
o meramente ve pasar las huecas extensiones en que el dolor
asienta sus empolvadas osamentas rotas
o hace crujir el escaso maderamen con que uno
se sostiene o finge sostenerse sobre el mundo
en equilibrio frágil,
lo inestable del sujeto que parece que lograra mantenerse
estable,
credulidad de los incrédulos que consideran poco loable
la hazaña del demente que consiste en juntar desequilibrios
que andan sueltos por el mundo
y ensamblarlos como ejemplo de mente equilibrada,
razón pluscuamperfecta que avizora un destello irracional
que se refleja en los espejos cuando niegan la existencia
de algún rostro que estuviera guardado en sus entrañas,
pero el rostro está, y nos mira, desde el fondo inmaterial
en que se abisman los abismos
y no hay ninguna posibilidad de que se alcancen

los límites previstos para el final del tiempo sacral
de las ofrendas expiatorias en que lo derretido cuaja
y es notoria la expectación por ver si los vinagres asumen
la forma de los cuerpos

o los cuerpos se avinagran por su propio gusto
y se transmutan en los metales pavorosos que se asfixian
cuando los *sí* y los *no* que vociferan los gemelos se conjuntan
y la capacidad de la batalla mengua

y el demonio intenta establecer una paz perturbadora,
un examen de conciencia a fondo que no arroje resultados
pero exhiba la violenta dispersión en que sucumben
los cofrades a las diversas tentaciones que se ofrecen
a manera de espejismo que compense las severas restricciones
que una vida un tanto beata impone a tanto cuerpo,
tanto anticuerpo que se cuela por todas las rendijas

y fomenta la extraña sensación de que un peligro enorme
nos acecha,

nos carcome el corazón a grandes tarascazos,
a botellada limpia asfalta la seriedad incólume
de las persianas que se abaten

y cierran para siempre la visión a las miradas indiscretas,
el círculo infernal que choca con la esfera y la deshace,
pero, amor (o desamor, según sea el caso) es quien formula
las condiciones imprecisas y fluctuantes

para el descenso del amante a los infiernos.

Lo infernizan a uno

y uno empieza a resentir las quemaduras que el fogón
traslada a los comales con el objeto principal
de que las manos se chamusquen y no insistan
en la manera ruin de acariciar los cuerpos
como si fueran sábanas augustas,
y no demonios de verdad de carne y hueso
que cómo roen a la infeliz conciencia,

cuerpos que lastiman
como mujer intolerante que reclama el pago por daños

y perjuicios causados en los acercamientos que el amante hace
para estar más cerca del objeto amado,
cuerpos, a veces, tan ausentes
como el vestíbulo vacío de un teatro abandonado
en el que flotan viejísimas actrices que actúan
como en un soplo deletéreo
o señora encanijada en busca de venganza,
no exactamente cuerpos
sino restos que el tiempo se llevó muy lejos
y que miran —desde lejos—, como pidiendo el fin final,
reprobación completa del réprobo sin esperanza alguna
de salvación a corto o largo plazo,
la tristísima verdad de que el olvido convirtió a los cuerpos
en esposas, madres, tiernas abuelitas
que gorjean muy dulcemente
o pían los nietecitos con acritud innecesaria,
como insulsos infantes mendicantes.

Ya no cuerpos,
sí dispersa colección de antiguos memoriajes.
Se infierniza y todo se transforma en un carburador
que arde y prende el frío.

Las catacumbas dan la bienvenida
a sus escasos huéspedes sonrientes.

IX

Crujan en lo inmutable,
Cuerpos,
lo ferroso que avanza sobre lo delicado de las cosas rotas
y las cuida para que sigan siendo siempre
pequeños desmenuces,
objetos fragmentarios, pero bellos,
con la belleza que da la permanencia,
estables,
calmos como las grúas en el instante en que fallecen
y caen sobre una suavidad de pernos y tornillos quietos,
ligeramente estrangulados por el tiempo pero hermosos, aún,
como cemento armado o grandes armazones
en que el tabique juega un papel preponderante
y causa un amoroso cataclismo que hace mucho ruido
pero reclama su victoria sobre las fuerzas de lo móvil,
o se vuelve esa ansiedad del aire por ser materia
más moldeable pero menos frágil,
más corpórea
(como ustedes, Cuerpos,
pura materia corporal sedente, fogosidad maravillosa),
casi como el espanto cuando se peina
y esboza una sonrisa delante del espejo
y se le caen los dientes del espanto de mirarse
sonriendo ante su imagen,
o el difunto que se acicala los bigotes para irse
de parranda,
suenan los trombones
tromban vitalmente con jolgorio inmenso
o cántico de júbilo
por la existencia de los cuerpos.

Tromben,
cuerpos corporales,
cuerpos como trombas de agua o delirios que se acercan
a la manera de un tumulto
o incrementan el ardor de los disturbios a efecto de que
a todos los prójimos lejanos del gemelo se les llague
la garganta
y se puedan escuchar los crujimientos con que el suicida
intenta escamotear sus culpas,
disfrazarlas con máscara de santidad o ritos en los que el agua
pareciera que disculpa todo.

Cuerpos,
sean signo de equilibrio entre las fuerzas antagónicas
del orden y el desorden,
el vicio y la virtud,
el Buen Samaritano y el desollado bebedor de cuerpos,
gemelos encontrados que pleitean
entre lo bello y lo que infama a la belleza
o la oculta a la mirada de los ojos que miran con furor
hacia la noche y ven tan sólo cataclismos
o las causales externas del derrumbe de los actos amorosos.

El *Bien* y el *Mal*,
Cuerpos,
grave tema, asunto delicado,
cuestión, sin duda, trascendente
y que se presta a la grandilocuencia y el tono alto,
contradicción que mete el acelerador a fondo
y choca con su propia esencia,
su ser mismo que está en contra de todo lo punible
pero cree, al mismo tiempo, que las culpas deben de pagarse
por completo
o vivir la eternidad expiándolas.

Infierno o paraíso
salvación o condena al réprobo que pasó sobre los cuerpos
como una exhalación jalada por el diablo
y no pudo detenerse a tiempo,
siguió en sus correrías como un tropel de búfalos
que ardieron en la niebla
o una demanda de violar espejos y convertirlos
en una masa neutra,
impávida ante un rostro que pasa y se transforma en cavidad
que no refleja sentimiento alguno,
vestimenta alguna o restos de pasión que se quedó
ardiendo en los calderos de una resistencia inmune a los halagos.

No hay castigo,
aunque la paz eterna no alcance a los suicidas
y la misericordia venga a cuentagotas con sus pies baldados,
su pelambrera oscura que olfatea las culpas
en las regiones graves que dominan los espejos negros,
pero todo hierve
o determina sus chispazos de mal modo y lucha contra cuerpos
o batalla en contra de su propio esfuerzo por llegar
antes que acabe la contienda
y encuentre todavía que hay alguien dispuesto a restaurar
el toque de campanas
o colgar de una distancia larga el hielo que se escapa
por la boca del suicida,
una calaca amarillenta que ilumina los rostros que nos ven
desde el principio de los pozos,
aunque no agregan nada de importancia a la confusa
descripción que se hace de la fatalidad
como un hecho irrelevante que acarrea, sin embargo,
dañosas consecuencias casi siempre,
rotura de los tórculos que imprimen un cierto aire
de excelsa gravedad a las personas que acostumbran
carecer de ideas profundas,

sentimientos a prueba de presión extrema
porque todo es dulce pero, a la vez, amargo.

Cuerpos,
vigilen los extremos en que la sombra ubica
las mañosas figuras de cera derretida que impelen al deseo
a jugar sus cartas muy a fondo y arrasar con todo,
cuiden mi alma, pero no en exceso,
descúidenla lo suficiente para que siga siendo lo que es
y no se vuelva un alma pesarosa y mustia,
protéjanla del desvarío (pero no mucho)
que lo pecaminoso de la carne provoca en los espíritus
que sólo ansían restablecer la vaciedad del mundo
e instalarse en la tranquila paz de que disfrutaban
los seres que buscan la inocencia en los perdidos paraísos
que aún funcionan o no han sido clausurados
por violar el orden que guardan las esferas.

Ya no chispen
pero tampoco dejen de chispar o lancen
las luciérnagas a alborotar la oscuridad
que amansa a los inquietos lobos que aúllan en la sombra
o sean tan turbulentos que la ceniza
resuelva demorar su ingreso en lo que arde o arderá
definitiva y muertamente
como un grito que termina en llaga
o soldadura que no acaba de encajar los dientes en materia grasa.

Chispen o no,
según prefieran poner o no en sobresalto a sus encantos
como los barcos que transportan carga y presienten
que se acercan los corderos a balar pidiendo apoyo a sus pesares
y la melancolía que dejan los naufragios
cae con sus sollozos ácidos sobre personas que se duermen
con cierta inclinación a despojarse de sus venas

y sentirse como los seres incorpóreos que deambulan
con rostro de fantasma inválido.

No sean,

pero prosigan siendo ubicuos,

transparentes,

gracia infusa,

escarapelo o donación de bienes de variado efecto,

pero prosigan siendo,

no importa si salvantes o signo de condena.

Sean y asciendan a los cielos e iluminen las últimas fogatas

que se apagan

y el viento se regresa, cabizbajo, a sus profundos huecos.

Sigan,

no importa la pastosa inconsistencia en que se torna lo disforme,

la imagen que se pierde en el estruendo de los muertos.

Mueran, pero renazcan de inmediato,

terminen pero no terminen nunca de estar siempre presentes,

sólidos,

compactos como materia primordial y básica para sentirse vivos.

Sigan,

entre lo inmóvil de las aguas lentas,

en lo veloz del agua detenida al borde del abismo

que se convierte en sólida certeza de que lo fluido no es,

por causas lógicas, agua que corre sino agua detenida,

pasmo de animal lentísimo o monstruo del fondo de los pozos

con ternura adjunta,

palpitación levísima contraria a todo uso de razón insana,

toda nocturna superficie que se aferra a su continuo desgajar

y cierra espacio al curso natural de cuerpos y de esferas

que se integran al fundamento original en que el Todo

comenzó a formarse y sigue en formación

sin encontrar la paz de los sepulcros,

siguen los cuerpos trastornando círculos,

ajando las pirámides desde sus altas cúspides

y abandonándolas en los lugares que se caen de un modo
casi clandestino,
de pura etereidad o gentileza de caer para que no se diga
que nada no se mueve o hace ruido
como los cuerpos cuando están saciados
y lo insaciable clama pidiendo un saciamiento más feroz,
más ardiente la terrible lengua bufadora que olisquea la carne
y lanza toneladas de carbón ardiente,
o manifiesta que el ardor debe ingerirse por la piel
como bebida con alto contenido alcohólico
y sin miedo a las terribles consecuencias
que el delirio suele atraer sobre los cuerpos,
convertirlos en objetos sacros
y situarlos en un pequeño nicho con su adecuada
veladora al frente,
venerarlos cotidianamente,
beber a su salud los tragos necesarios para que el mundo
acabe de arruinarse y los fantasmas sigan en su sitio
y la paz espiritual se instaure en lo que quede
del terráqueo globo cuando los cuerpos ya no ocupan
ninguna de sus partes y nada puede hacerse porque vuelvan,
excepto destazar el alma en varias partes
y echarse a caminar en busca de ningún consuelo,
ninguna consideración por las mayúsculas angustias
que escapan del espejo y ardicionan cuerpos,
círculos,
metales,
laberintos
—y se quiebra el alma,
repercute en noches porque sólo hay huecos,
estropicios,
sensación de nada
o sólo lo vacío que cubre todo.

X

Cuánta pasión

para que todo se consuma como herrajes viejos
o cochambres negras que desandan los caminos
con mirada dura
y listas a impedir que algo permanezca entero
o siga siendo ser a la manera más abstracta pero más espesa,
todo lo compacto que puedan permitirlo
los sólidos volúmenes corpóreos que vagan por el mundo
como manera adolorida de soltarse de la argolla y plañir arriba,
canturrear abajo,
quebrarse las juntas como un acabamiento de las formas
de lo puro que se angostan,
huyen o se arrancan los ojos sigilosos y se ven adentro
de otros ojos que se adhieren al papel carbón
en que se asientan las miradas idas,
los párpados como un acabamiento de las formas de lo espurio,
espejeidad de lo espejeante que se sabe que es mero reflejo,
falsa imagen,
zona oscura por donde no transita nadie
o sólo es el guardián de la impureza el que vigila los escombros,
los conduce con muchísimo cuidado a las habitaciones
que requieren de un frío extremo para sentirse hospitalarias,
los consuela en su mucho desamparo,
en sus forzadas estadías en los desvanes de la noche
o en los vagones lentos que parten al exilio.

No hay Historia,

Cuerpos,

lo real es un espejo vestido de morado y nada más
los muertos escrutan lo insondable

cuerpos ya sin cuerpo,
fantasmales.)

No hay regresos.

Los barcos tienen cierta propensión a hundirse
y pierden la noción del transcurrir del tiempo y sus desgastes,
se entretienen en búsquedas que no producen resultado alguno
y la hundición les llega tan de golpe,
que no hay manera de que el mar no manifieste irritación
ante la poca consistencia de los cuerpos
en sus ideas sobre el amor y los perjuicios que ocasiona
en las dañadas vías de comunicación que tienden,
por principio, a magullar los delicados hilos transmisores
de los códigos que los amantes usan
para que ni ellos mismos puedan entender lo que se dice

o no se dice, en realidad,
y sólo puede descifrarse a medias en los pasillos memoriosos
que no terminan nunca
de enrollar sus trepidantes voces misteriosas
y guardarlas debajo del sillón a donde nunca nadie

volverá a sentarse,
porque no hay regresos,
los cuerpos no regresan nunca y los navíos
se hunden fatalmente y sin lugar a dudas
o hay lamentos por una compasión que, si es que llega,
lo hace en muy maltrecho estado,
muy desvencijada y muy distorsionada la cara
del innoble tactador de cuerpos taraceados por el tiempo.

Hay una eternidad entre nosotros,

Cuerpos,
un contra-tiempo que reduce a lo más elemental
la medición de los cambiantes signos en que lo temporal
devana sus mañosas construcciones figuradas
al modo del festín de un mago que da a su público expectante
un toque de emoción

que desajusta cuerpos en buen funcionamiento pero un tanto
mayestáticos,
un sí es-no es ligeramente escéptico
en relación a los problemas de este mundo,
no del otro,
que es dudosamente por ellos concebido como
un ente fantasmático
producto de la mente alucinada de los seres divagantes
que entorpecen
el desfile marcial de la razón y sus cornetas destempladas
que terminan en una sinrazón profunda,
un devaneo con los lenguajes más insulsos
o los vocablos menos pertinentes para el amor
cuando se sabe que el amor forma parte insoluble
del misterio que persigue a los dementes
cuando entran al espejo y no ven ninguna luz prendida,
sí la sombra y su perpetuo movimiento
de señora quebradiza que se enreda con sus propios pasos
y levanta un paladeo de la ceniza inmemorial
que cae sobre los cuerpos
y los hace concebirse como lava ardiente,
fuego ambulatorio que fricciona los engranes que concentran
los huesos y la carne que son la forma grasa elemental
que da sustento a cuerpos y trapecios,
hipotenusas desvariantes del oficio de los círculos
que consiste en regresar al tiempo de su origen,
su no-tiempo en el que no había absolutamente nada
(igual que hoy)
digno de ser tomado en cuenta como objeto temporal
y sólo andaban por ahí los cuerpos que fueron siendo cuerpos
cuando el tiempo advino y los dotó de forma
y sólo estaba o todavía no estaba formándose
un espacio elemental o rudimentos de lo que iba a ser espacio
cuando alguien le tomara la medida al tiempo
e inventara el espacio en cantidades grandes
y un no-espacio lleno de muchísimos jardines

adornando la inmensa vastedad vacía del espacio
donde sólo hay cuerpos,
aunque hay, también, exceso de no-cuerpos,
en verdad, mucho no-cuerpo,
demasiado *no* de nada
y demasiado *sí* también de nada
y entraran en acción las escenas dilatorias necesarias
para que hubiera líneas curvas en diversos lugares del espacio
que todavía no estaba
y los cuerpos encontraran un lugar donde empezar a cocinarse,
a un fuego tan lento,
tan ecuánime y templado que el tiempo no pudiera hacerles
ningún daño,
impedir su crecimiento hasta lograr sus formas bellas
e impactarlos, luego, con su fuerza bruta
hacia la desazón que causan las hilachas tristes,
los colgajos mustios que dependen de un sinfín
de maquinaria para mantenerse más o menos firmes,
no soltarse de las vendas y brindar un espectáculo
bastante poco heroico aunque muy ilustrativo
de los grandes infortunios que agobian a los viejos armatostes
cuando sienten que el derrumbe se les viene encima,
los asfalta,
los machaca con los duros mazos y los hace polvo
que se guarda en lujosos ataúdes,
urnas tristes,
almacenes donde se alquilan los disfraces
para uso de los muertos en sus días de fiesta,
los caballeros de anteojeras negras
y las damas, con pico de pelícano y pelucas de color morado
que se aferran a los botes salvavidas que —quizás—
pudieran conducirlos a una sesión de espiritismo
donde encuentren a sus cuerpos cuando fueron cuerpos
perfectamente formateados,
casi virtud esplendorosa de las formas bien logradas
que brillaban a la luz amarillenta del farol

Consumación de todo,
Cuerpos,
y principios de una nada amnésica
que todo lo convierte en ser difuso
o *no-ser* clarividente que se asombra
de que sólo circulen extintores con sus sopletes apagados
y su irritable propensión a impedir que las cosas mueran
de muerte natural y no como producto de una acción gratificante
por sí misma,
como el suicida que sonríe, graciosamente,
desde lo alto de los péndulos
y agradece a cuerpos sus amables bendiciones.

(Todo es tan insufrible como saberse vivo y no querer
dejar atrás el cerco que los cuerpos trazan.)

XI

Todo es devastación cruelísima que cae sobre los cuerpos
arrasados por el tiempo que los despoja de hueso y tegumento
y los convierte en liquen o masa cárnica

entre angustiada o muerta,
lineales por la forma de aligerar el peso
bajo la fuerza desmedida de lo ausente.

Palpable la extrañeza,
la sensación de la mirada siempre fija en tanto cuerpo,
tanta perpetuación de la condena
y tan parco lo que parece redimible.

Pasión adjunta a brasas requemadas,
a olor a chamusquina,
a infierno revivido muchas veces o a lo que arrecia
llegando del infierno
—carne en llamas, abolición de lo absoluto—,
los cuerpos estrujados como un recuerdo leve
que se abre en la penumbra de las habitaciones
dejada por los cuerpos
(nostalgia por el cuerpo originario,
entero,
y no muestrario de lo caduco que es la carne,
la obnubilada obsolescencia que la lleva
hacia una decadencia sin retorno).

Médula que termina en una esfera que se cansa
de su ser esfera y determina regresar al plano temporal
en que las cosas y los cuerpos se derruyen,

cuídese el círculo y su perfección un tanto frágil,
inconstante,
demasiado sujeta a las cambiantes fluctuaciones
provocadas por los hechos fortuitos del entorno
fácilmente influenciable por motivos ajenos,
indetenible muchas veces por su propia obligación
de tener prisa para estar a tiempo,
pero en otro tiempo,
otro espacio,
otra noción de lo espacial que no guarde ninguna relación
con el espacio que los cuerpos necesitan
para estar fuera del tiempo,
en otro tiempo,
cuerpos ya en la substancia intemporal
del que se sueña sueño abstraído de lo real,
de lo incorpóreo que se cae y pulveriza y yace cubierto
por el polvo
y todo lo que toca lo convierte en polvo,
fría ceniza
o légamo que llega de un pozo original
y trae consigo la disección de lo inmediato,
el sentido de la crisis,
la leve oscilación de los temidos cuerpos
que se asan en las orillas del espejo que se cae de bronco,
bronca herida como demostración de los efectos desastrosos
que los demonios causan en la carne
y enloquecen de amor a los espíritus creyentes
en la salvación por cuerpos que substancien vino y fuego,
tierra y aire,
paz perpetua para los rostros que fueron enmascarados
y yacen en el recuerdo de los vivos,
el yacimiento de carbón en que se encuentran hacinados,
paz para los que se dieron por vencidos en el campo de batalla
y muelen el metal con cierta resignada aceptación
de que los cuerpos tienen sabor irremediable a olvido
y se despiden pronto al modo de los cuerpos que se oxidan

como lámina arrugada que tiende a desaparecer,
aunque muy poco a poco
lo que crea fricción con la memoria que se niega
a verse envejecer al mismo tiempo
que los cuerpos beben el agua que una calavera amable
sirve a la manera de una despedida entre jocosa y triste
entre el *no-estar* ya aquí sino al modo de los espejos quebradizos
y el *no-estar* tampoco allá donde un *no-tiempo*
vuelve sobre sí constantemente y no perturba más
a los cuerpos demolidos
por una concepción lineal de que los tiempos deben
sucederse unos a otros y acabar con todo
y todo se convierta en ruina,
soledad,
angustia que se angustia de su propia angustia,
su proceder de acelerada escoriación que se nutre de sí misma,
la llaga del final que nunca llega porque el círculo
regresa siempre al punto de partida,
todo vuelve,
se inicia nuevamente y la condenación arrecia,
lo fúrico incrementa su volumen y los cuerpos de las cuervas
dan principio a su jornada diurna,
su preferencia de morir al sol bajo su muerte oscura.

XII

Porque lo metalífero ruidera con la muerte,
cuerpa cuerpos,
los sacude y desempolva, de paso, a los difuntos
que prosiguen su labor de zapa,
ruida y ruida,
estrépito apagado,
ruido tan callado que sólo los dementes pueden disfrutarlo
mientras abrazan la terrible oscuridad en que los cuerpos
permanecen idos aunque estantes porque jamás acaban de irse,
rondan por los cuartos como ánimas en pena,
lastimantes,
aulladores en la inmordible opacidad que tiene lo incorpóreo
para no mostrarse nunca,
van y vienen por los más hondos pasadizos
en que la noche oculta sus desvelos
y alguien grita o teje las fúnebres coronas
que celebran toda mortandad corpórea
que salga de los cuerpos o regrese a ellos,
los reinserte en el gozo de estar radiantemente vivos,
imagen verdadera de lo tierno o lo salvífico,
muros de contención a todos los derrumbes
que vienen con la lluvia
o antes de que los rostros se asomen al espejo a preguntar
por los desastres que suceden dentro,
aparecen fuera con un olor
a quemadero que ahuyenta a los cuerpos inocentes
y los aleja del ropero que, por regla general,
está siempre de un humor de los mil diablos
y lanza bocanadas de humo negro

o se va a la región donde el metal cavila y funda,
después de mucho cavilar,
después de darle muchas vueltas al asunto,
funda su condición de amante desastrado
o ciudadano del olvido en busca de recuerdos.

Funda,
pero lo metalífero ruidera
y funde lo fundido y funde, de paso, con cualquier objeto
o persona distraída que encuentre en su camino
(perfección de luna,
pedazo de madera o agua que traspasa toda norma,
toda conciencia cierta de su aguda crisis
y no perdona nada),
arrasa con el propio metal
y arrasa cuerpos que, por azar, quedaron malamente
acostumbrados a quedarse después de que fundar se hiciera
oficio deleznable,
cuestión de locos
(sólo el demente apuesta contra él mismo),
porque los que se fueron cuerpo regresaron llaga,
virtud ligeramente ensombrecida,
delictuosa carnalidad que ostenta cierto aire de pecado,
cierta manera triste de adherirse uno mismo a los cristales.

Cuerpos ya salvados,
puros,
inocentes,
vírgenes casi inmaculadas que son como la sed para el sediento,
porción pequeña pero exacta de cuerpo estremecido por el ansia
(muslos, senos, labios, rostros,
cuerpo total,
pleno como una luz herida que termina),
cuerpos ya en su salvación completa,
satisfechos,

qué para qué ocuparse de salvar al *Otro*
(a mí y al que me acecha),
que se pone a fundir enteramente propio,
suya su fundición y suya su condena
en la actitud en que el espejo apavoró a la flama,
la deshizo,
creó la imagen y descreó los cuerpos que salieron
del fondo de la imagen
y fueron al vacío como los símbolos que escrutan la derrota,
la describen como una cosa seria,
lamentosa y mucho más después fallecen arrastrados
por su propia inercia
o devoran en silencio su inhábil esqueleto,
su potencia destructora,
y todo acaba de la peor manera que es posible llegar
a los velorios,
terriblemente mal y sin ninguna excusa que ayude a los difuntos
a salir de su mal paso,
su pisada errónea
y regresar a cuerpos.

SOBRE CUERPOS Y ESFERAS
(CUERPOS DOS)

A María Cruz

XIII

Crujan
(lo metalífero resuena gravemente
—y agoniza,
se hace el muerto y busca una pensión
donde alquilar una corbata nueva),
pero no chirrien,
Cuerpos,
no emitan su sonido tenebroso de lechuza fúnebre,
permanezcan así, en beatitud excelsa, casi como un sueño,
como plácidas doncellas o cuerpo enfebrecido
que no soporta el agua,
hierva solo,
todo terneza o suave furia de ave que aletea en silencio
(así, temblor en el sosiego,
suave flama,
leve sombra que se plasma en la penumbra
sin ninguna queja,
sin ningún sollozo).

Crujan,
pero no, mejor no crujan
porque, entonces, se deshace la madera y no hay
dónde ubicar los rostros que la niebla va dejando caer,
apenas entrevistados.
Chirrien,
pero, tampoco, porque el espanto cruza, entonces, por el aire
y se oyen, en todo su rigor, los drásticos ulules
que salen por las bocas deformadas de los muertos.
No chirrien, pues, porque lastiman los oídos las formas
disidentes de los ruidos

que quisieran apoderarse de las malas maneras de la noche,
pero, igual, no crujan
o las gaviotas no hallarán el modo de volar
sin que la muerte les cercene su plácida agonía.

Chirrien, mejor, y crujan, a la vez,
Cuerpos,
sean y no sean al mismo tiempo o den ánimo
y desánimo a la vez
al poblador de los pasillos en los que nadie más que él
puede saber que están ustedes en alguna parte,
concentren su impiedad en el que baja por escaleras
no bien certificadas y se tropieza y cae de un modo abrupto,
más bien, de un modo espeluznante,
casi impío y cae violentamente a espirituada soledad culposa
con sabor a plomo y muy sedienta,
muy como catástrofe de alcohol que se desgasta
y no termina nunca de saciar la sed que causa lo plomizo.

La salvación no llega de los cuerpos.
Se cae sin salvación posible,
agriadamente,
con la impertérrita velocidad con que se bebe uno su cerveza
a grandes tragos,
a tragos desmedidos, como si el mundo se acabara
inmediatamente después de cada trago,
lo que ocurre, cuando los cuerpos no regresan
con los alcoholes que lloran por su ausencia,
con la certeza de que el mundo propende a aniquilarse
por su extremo
sentido de la culpa y el amor que se va
sin ninguna gentileza y sin decir si volverá algún día
y es preciso poner punto final a tanto ruido
y tanta escombradera que se enreda con su propio paso,
su propia lentitud al borde del derrumbe.

Propende a aniquilarse el mundo
de una manera radical y seria,
diríase que agradecido por tanta culpa acumulada
en sus contornos,
los tantos cuerpos que sorbió el vinagre
y, después, dulcificó lo avinagrado.

Lo metalífero resuena gravemente
y se golpea desmesuradamente,
ferozmente difumina sus navajas o aviva su rencor
fuera de toda dimensión de daños y perjuicios,
toda nostalgia al margen de la duda o la esperanza incierta
y cuerpos crujen o se inclinan resonando demasiado recio
como para ofrecer alguna apoyatura
y se desploman,
caen con la segura aceptación de que, al final,
se encontrarán con un elevador
que los regrese a los balcones
donde puedan asomarse al infinito
y contemplar la solución de los enigmas
que duermen ocultos envueltos en blancos almohadones
y que inquietan por el destino de los barcos y las lámparas
en que se hunden los ahogados.

No se acerquen, si prefieren estar lejos,
pero autoricen el aumento del chirrido en los velones
y no abatan la estructura ósea de los cuerpos
o desglosen la carne en trozos tan escuetos
que no puedan morderse en su difusa manera de neblina
o palpar con lo hendible de la luna
la luz paradisiaca que todo lo convierte en sueño
o amor, que es muy despiadado asunto.

Trinen,
pero absténganse de ser entre las formas pías
y no intenten dialogar con las distintas máscaras

con que el suicida malversa sus designios y habla solo
y parpadea como un cencerro que no sabe a qué sonido
debe dirigirse.

Cuerpos,
recojan sus tornillos y ármense de nuevo,
pero no regresen,
queden allá, en la región de lo ido,
lo que es la perdición en que caduca el estupor
que paraliza a los insomnes
y los convierte en unos seres rígidos,
rasposos,
demasiado tenues para tener una existencia verdadera
y olvidarse de que también existe lo incorpóreo,
las temidas masas negras que sustituyen a los cuerpos
y desmontan las formas cabalgantes y las convierten
en plumeros que requieren de anteojeras
para entender el mundo
y se transforman en gráciles peluches o plásticos deformes
que no duermen en ninguna puerta.

Ya no cuerpos.
Vuelvan,
de la trastienda donde yace la idea de lo mortal,
y catequicen al suicida por sus buenos actos.

(El tiempo, en realidad, no tiene vida propia
o es una nulidad que lo fastidia todo.)

XIV

Lo dentífrico,

Cuerpos,

la mordedura y lo mordible,
la carnidad tan húmeda que escapa desde ustedes,
la dentición dispuesta a la mordida de lo cárnico,
la carne en situación de ser materia enamorada,
corporeidad en trance de abandono,
en lúcida interpretación de lo que es lo táctil,
madera tiernamente dura,

forma firme,

férrea capacidad de los cristales para ubicar

la imagen que se busca y reflejarla de modo verdadero,
tactar su forma fría con los dedos,

originar desbordes en los ríos,

inundaciones que devastan todo y queda nada,
una catástrofe pluvial o un maremoto que apenas
y se acuerde de lo lamible de los cuerpos,

lo hermoso de los cuerpos,

el agua estacionada sobre cada cuerpo

y ansiosa de beberse sola,

ser sólo ella la que beba cuerpos

y ser agua que sea cuerpo que sea de agua.

Lo bebible,

la forma inmejorable de volverse alcohólico

como manera de absolver las culpas,

el agua que se escurre lentamente y, de inmediato, cesa,

se consume a sí misma,

se corroe en duda sobre si esos manantiales son eternos

o están por puro azar y se evaporan de repente
y sólo queda el tizne como recuerdo de lo ido.

La contingencia lo destruye todo,
Cuerpos,
lo aniquila,
uno se vuelve efímero como un transeúnte
al que deshuesa un camión materialista
con prisa de dejar su material y convertirse en ente abstracto
o una pared que cae del lado equivocado
y aplasta a un maniquí que conmemora
algún aniversario memorable
(la huida de la amada, por ejemplo,
el desamor que vuelve amarrado a sus cobijas y no canta,
sí solloza).

Lo contingente, por regla general, domina todo
y no hay manera de evitarlo, pero duele
o machaca, con exquisita propiedad, sus pesados accesorios,
sus vitriólicas porciones de veneno
que ayudan a soportar su mala fe ambulatoria y seca.

Lo dentífrico, pues,
lo que concierne estrictamente a lo mascable,
la dentadura en propiedad de caminar directamente
hacia la carne (tan deseada),
la carnaza que asume las formas succulentas,
el trozo apetecible y opulento,
los dientes que se encajan
y las paladas del metal cayendo en las heridas
(mordumbre del jadear y el jadear de la mordumbre),
la dentición que se sacia en la mordida y muere en paz
después de haber vivido el mal vivir,
el agua aguardentosa y la ebria compañía de los gemelos
que alivianan el pésimo pasar del tiempo incontrolable,
el alto porcentaje de alcohol acumulado

en el pleitear en contra de tanta contingencia
y tanto absurdo campo de batalla
y tanto adiós que tuvo que decirse,
desdecirse y volver a despedirse,
morderse la conciencia,
resquebrajarse las junturas,
entablillar los resultados del desastre que llegan encogidos
como el papel de estraza en que vienen envueltos los adioses
que los cuerpos mandan en cartas arrugadas
que envían a puertas de metal cerradas por secos alambros
o focos fumigados que no alumbran más allá
de los espejos que se auscultan turbios,
sin miradas que dejen insinuar que, de verdad,
quisieran ver cuerpos concretos,
no figuras sigilosas que se cruzan
sin pasar delante de los ciegos.
detenerse a saludarlos e indagar si lo que ven resulta de su
agrado.

La contingencia y su manera de llevarse cuerpos,
carcomerlos y evitar la muy difícil solución a los problemas
amorosos,
los conflictos que se causan cuando el *no-ser* del *ser*
en pugna,
irrumpe bruscamente en las estancias lastimadas
por el viento
y entra en la hornacina donde la cal se hierve tanto
que se cansa de hervir y resuelve que es mejor
darse a la fuga
o se dispersa en las calderas que industrializan la pasión
a pura fuerza,
a toneladas de vapor y gritos destemplados que se adjuntan
al calor de las calderas y aparecen personajes grises,
figurines pálidos o monstruos de color verdoso y uñas largas,
no los cuerpos que se van como empujados por la noche
pero muy mustios y aparentando que están tristes,

la timidez que enciende su fogón entre los ojos leves
del desamor aperplejando sus pasiones tibias.

Permanezcan,

Cuerpos,

porque nada es cierto

sino ínfima falsía, pánico a lo abstracto y sumisión

[al tiempo,

servilidad extrema ante lo que no puede o quiere detenerse
o hacer a un lado u omitir como un estéril contratiempo.

Queden,

incólumes,

intactos.

No se separen de las botellas de mezcal

que es donde el tiempo, a veces, se detiene un poco
a meditar en el por qué de las hornazas que calientan
tanto al mundo por un rato, pero, después, se enfrían.

Vuelvan,

pero no suenen los tambores

que repican como crueles campanadas que se hicieron

sórdidas

por anunciar en vano la lúcida locura del demente

que avizora su fin y se sujeta cuerpos

y sujeta su propia eternidad en riesgo de perderse.

(Cuerpos, ustedes son la salvación del mundo,
ejerzan su función salvífica ante los vastos
ámbitos que se abren para volar o para
hundirse, escarmentar en carne propia culpa
y pena, castigo y expiación
—nadie sabe

lo que pesa el *Todo* que se carga encima,
la culpa y la disculpa, pero se hunde uno
con todo y salvavidas.)

No hay remedio.

Ustedes salvan vidas sólo cuando quieren,

Cuerpos.

Quieran, con estricta seriedad y muy buenos modales,

quieran,

sean cuerpo de salvación y sálvenme

de los peligros del infierno

y de los riesgos que ofrece el paraíso

y sálvenme de mí y de mis cofrades

y sálvenme de ustedes, sobre todo, Cuerpos,

angélicos pero terribles,

celestes pero encajados fieramente en la memoria

como clavos o férvidas sombras enlutadas,

fieles,

pero lejanos de los postes de la luz

donde el suicida repite interminablemente sus últimas

palabras

y los fantasmas siguen merodeando con los dientes fuera.

No me salven,

ni impidan que el mezcal ejerza su función benefactora

en pro de la impertérrita decisión tomada por los cuerpos

de asumir las formas menos corporales

que les venga en gana,

de modo que no estén aunque estén en lo imposible

y quieran,

aunque no quieran

ejerzan con amor su profesión salvífica

y amplíen su ánimo redentor en formas más amenas

o más hospitalarias,

cuando menos,

más propositivas hacia los dones del amor

que hoscas en relación a las virtudes

que el aguardiente ofrece a los lunáticos

que no tienen en donde guarecerse

de la contemplación del contemplado que contempla
 la escalofriante forma que tienen de mirarme,
 la entrada en lo vacío,
 la *Nada* que se acerca,
 la dentición de alguno que mordió la carne
 y saboreó la piel de lo nocturno,
 la dentellada que se dio a sí mismo el último trombón
 que resonó en la noche y se quedó sin lengua,
 el *Otro* que gritó y gritó y no hubo nadie que corriera
 en busca de socorro
 o encontrara otro lenguaje para el mudo señor
 que se adentraba en las paredes sin remedio alguno,
 el fin, al fin,
 el límite impreciso que se cruza sin saber
 que se ha cruzado la oscura oscuridad
 que lo ennegrece todo
 y no hay nada más allá sino el silencio de los cuerpos
 que se vuelven agrios,
 amargosos en contra de la luz que camina a la intemperie
 sin advertir su desventura
 mientras enfría toronjas enlutadas o se va sin saber por qué
 o en dónde puede uno hallar seguro asilo,
 buen refugio,
 asentamiento sólido para difuntos que viven con la idea
 de que irse de parranda a diario es bueno
 para la salud del muerto,
 lo libera de la carga pesada que deben soportar
 los difuntos y sus inmensos cargamentos de memorias,
 sus enormes toneles repletos de recuerdos que incrementan
 el precio del pasaje en los transportes fúnebres,
 tan solemnes,
 los muertitos,
 tan callados,
 que nadie pensaría que tuvieron una vida turbia,
 disipada —para gloria nuestra,
 los amantísimos amantes que apostaron a perder

y así ganaron el amor de cuerpos escapados
de sus cuerpos
en difusas formas renuentes a ser reconocidas por el tacto.

XV

Los cuerpos llegan
bruscamente y llaman a la puerta de manera oscura,
duramente,
de modo un tanto atroz o forma desmedida de llamar
sin proporción con los objetos que se encuentran dentro
y que se sienten un poco desvaídos
ante tanto llamar sin causa alguna,
sin sentido alguno,
sin que sea imprescindible que llamen a la puerta
con modales bruscos,
con la violencia acostumbrada por los cuerpos
cuando quieren hacer ruido o se asombran
de que uno no los busque a cada rato
o se acostumbre a no manifestar su angustia
por su ausencia,
lo estupefacto que se está cuando los cuerpos ya no están
pero llaman a la puerta los cuerpos fieramente
y reclamando que no los busque nadie ni les haga caso
y no sucede nada sino el ruido
de los cuerpos que golpean del modo
que acostumbran los cuerpos
cuando quieren llegar y despedirse al mismo tiempo.

Un ruidero,
pero uno se acostumbra y hasta extraña
cuando cesan los cuerpos en su oficio de llamar
sin que suceda nada,
sin que el aire se inmute tan siquiera,
sin que la puerta se abra porque después de todo,
ni hay quien la abra, pero tampoco

hay nada interesante adentro o que llame la atención
en el supuesto caso de que la puerta se abra por sí sola,
o alguien la abra,
lo que no es posible porque sólo hay *Nadie* en su interior
con manos para abrir
ninguna puerta
o, al menos, aceitar sus goznes
para entrar a lo que está, supuestamente, en su interior
después de que la puerta se ha cerrado
y es difícil de saber si se está adentro
de lo que no se sabe lo que es
o se está afuera de lo que no se sabe lo que es
o ni siquiera es dable comprender lo que es *no-estar*
adentro pero, igual, lo que es *no-estar* tampoco afuera
o estar, sencillamente, adentro y, a la vez, afuera de algo
que quién sabe lo que sea
porque no puede distinguirse en su hipotético interior
ni en su exterior, en el remoto caso que lo hubiera,
ninguna cosa que parezca cosa
o, al menos, el remedo de una sombra oscura
ni tampoco, un retrato de mujer que nos salude
desde una veladora que se apaga a cada instante
del tanto bostezar
ni un florero con una sola roja y mustia rosa triste
que alegre la mirada del intruso y le haga sonreír
o piense que el amor es una atolondrada golondrina
que hay que salvar de los espejos
que están detrás de aquella puerta a la que hay
que llamar con golpes fuertes y que nadie abre,
como los cuerpos llaman a la puerta ruidе y ruidе
y, a pesar de tanto ruiderío, no hay modo que se abra
porque, en verdad, no hay ninguna puerta
ni, tan siquiera, una pared en que pudiera sujetarse
cualquier puerta quejumbrosa y triste,
pero abunda, en una proporción importantísima,
la *Nada* en cantidad enorme,

que no funciona exactamente como puerta
pero puede entrarse
porque la *Nada* es una dama generosa que permite el paso
a todo mundo,
sin ningún obstáculo o papel firmado por el *Todo*
autorizando el paso,
y bien dispuesto a devorarse lo que ingrese en ella
y no dejar sino la *Nada* misma,
el mundo del vacío,
que se comporta de manera muy distinta
al mundo de lo lleno,
que es bastante más pesado y mucho más complejo
y estorboso,
y muy precipitado en tomar decisiones
que carecen de importancia
pero provoca numerosas muertes en sus bruscas caídas
hacia el fondo de sí mismo,
su mismidad estrangulada por su gusto al riesgo
que se asoma en el espejo
y no sonríe en tanto lo vacío sonríe amablemente
todo el tiempo
y ningún cuerpo toca el timbre de ninguna puerta
o las golpea con ganas de tirarlas y entrar en lo prohibido
que es donde el vacío se siente muy a gusto.

No entran cuerpos.
pero los cuerpos siguen llame y llame
desde afuera de la puerta,
como si hubiera alguna puerta
y hubiera alguien atrás dispuesto a abrirla
y se sintiera capaz de entretenerlos
una vez que los cuerpos llegaron al final de los espejos
y descubren que no es cierto que siempre hay algo o alguien
oculto detrás de cada espejo,
sino una *nadeidad* poco grasosa
que se integra a la *Nada* de verdad,

que no requiere puertas para entrar y salir
cuando le venga en gana porque para eso es *Nada*
y los objetos desvalidos que no se encuentran dentro
sino afuera,
sienten miedo ante tanto llamar de los desangelados cuerpos
y corren más fuera en busca de los cuerpos
que no están afuera porque están adentro,
pero no lo admiten.

Quién sabe si los cuerpos se acomidan a no estar
en algún sitio o se resuelvan a irse
o sigan molestando con su ruido de fábrica inclemente
a las pobres puertas
que no quisieran, por ningún motivo,
causar daños o molestias a usuarios del transporte diurno.

Pero los cuerpos seguirán llamando fuertemente a puertas
hasta que el *Todo* se convierta en *Nada*
y *nada* sea un cuerpo más que se hunda en el vacío
y ahí concluya.

XVI

Cuerpos,
la anunciación que hace que crujan las campanas
que la anuncian
y las terribles consecuencias del regreso de los cuerpos,
la luz deslumbradora que se abate sobre el mundo
y lo ennegrece todo,
ciega,
a luz crepuscular que alumbra la semejanza
y diferencia de los distintos cuerpos,
tan variados,
tan complejos en su expresión corpórea,
tan precisos en la forma estética
que tiende siempre hacia las formas puras
y tan dispares en sus maneras amorosas,
tan lejanos,
tan ajenos, también,
tan poco dados a darse por entero,
sí en fragmentos parecidos a los focos que despiden
su luz amenazante
que semeja cirios o lenguas en feroz combate,
la luz que se asa con mordumbre lenta,
casi milagrosa y queda exangüe,
apenas mantenida por su débil flama tembloriente
que no termina nunca,
sigue siempre como llama escalofriada que escalumbra,
substancia inaccesible,
cuerpo que se encuerpa en torno de sí mismo
y corporiza en sombras
o desgasta el peso de los trenes cuando van camino al alba
(nunca llegan,

nunca dominan el terrible poder que ejercen
los sonámbulos sobre las zonas muertas de los túneles).

La anunciación de la llegada de los cuerpos,
y su brutal ausencia repentina,
todo junto y todo entremezclado,
como en guerra o zona de desastre en que las cosas
se volvieron locas como cuerpos que hubieran sido,
alguna vez, esferas
y no de un modo irregular sino serenamente serias,
objetivas,
reales,
con la dureza del metal o las hipotenusas bailando
en pleno desenfreno,
total libertinaje del motor que impulsa a los cuerpos
a correr sus riesgos y jugar con fuego,
tatemarse,
arder en las hogueras y saberse carne asombrada
de ser carne,
pálpito que es como otra anunciación de su llegada,
tibieza de las aguas para apagar la luz friolenta
que suena en los rincones.

Pero cautamente,
midiendo su distancia y previniendo riesgos súbitos,
no cuerpos saltarines desde una cuerda floja
sino entes de razón insobornable
y equipo médico de urgencias colgado del sombrero.

Se anuncian,
los cuerpos suenan lenguas o tocan los silbatos de la fiesta
o abren agujeros en las bardas para mirar
lo que hay del otro lado
o hacen que las campanas masquen con dulzura
pedacitos de alambre acalambrado

o se cuelgan, desventuradamente tristes,
debajo de las camas que se quedaron olvidadas
cuando vino el desahucio
y nadie se quedó para cuidar las puertas
que acabaron quedándose muy solas
y sin nadie que pasara a saludarlas.

Se anuncian,
con consecuencias vastas y terribles,
con decisión inquebrantable de llegar y establecerse,
pero no por mucho,
saliendo casi al mismo tiempo que entran los sonidos
que anuncian su llegada con truenos y relámpagos,
arcángeles de luz que esplenden cierta sombra,
cierta frialdad característica de los listones negros
que tienen la costumbre de esperar
a que aparezca en el espejo
la mujer que se escapa de su sombra
y, luego, huye hasta los últimos reductos de su ser-en-otro
y no halla a nadie que impida el paso de los otros muertos,
los incrédulos que no logran entender la diferencia
entre morir del todo
y fallecer de nada.

Se anuncian,
pero no aparecen.
Lo inverosímil consiste en que los cuerpos se transformen
en esferas y las esferas sean los cuerpos que uno ama,
los cuerpos residentes temporales bienvenidos
y, después mal idos,
aunque siempre perfectamente bien estructurados
en su forma,
bien armados,
las piezas en su sitio,
la clavícula y el esternón en el lugar preciso,
la cadera donde debe,

los muslos, en donde no hay ninguna duda
de que están situados.
Casi entran,
con la debida antelación avisan que están aproximándose
pero que tienen muchas dudas,
mucho temor de que los náufragos los jalen
al fondo del océano
o los suicidas los obliguen a subir hasta lo más alto
de los postes
y los forcen a entonar un *miserere* con rabieta adjunta
y los hagan descender de lo alto de los postes,
los formen y conformen en una larga fila por orden de llegada
o aparición en las escenas de un poema interminable
que apenas comienza a emborronarse
y en el que se habla de los cuerpos bellos,
en mucho semejantes a lo remotamente líquido silente,
aunque muy bien construido el edificio terminal
pero ubicado lejos,
aunque, también, en la corpórea proporción exacta,
el modo de llamar, el adecuado,
pero en otra puerta, nunca en ésta.

Se acercan

—y se alejan,
un poco enfurecidos y sacuden las alfombras con coraje,
muchísimo coraje y un fastidio inmenso
y salen dando grandes voces
o tañen broncamente las guitarras
como una aviso terrible de que llegan
y lo terrible que acontece cuando, al rato,
retiran los anuncios y se marchan,
se van sin despedirse,
se alejan simplemente y se dispersan,
hundiéndose en el tiempo,
abriendo grandes agujeros en el tiempo

se van los cuerpos lejos,
muy muy lejos y dejan muchos huecos,
no se acercan,
hacen ruido pero no se acercan,
huyen,
se desbandan,
faltan.

XVII

Círculo que se encierra en otro círculo
que se encierra en otro círculo
y así,
maniaco depresivo,
impertérrito
hasta volverse ínfimo punto que ya no encierra a nadie,
ni a sí mismo,
a nada,
porque todo se volvió un afuera inexplorado y vasto,
extraño,
como una ajenidad enorme en la que no hay espacio
y las personas que vivían adentro tuvieron que salir
como una furibunda masa oscura que recurre a trampas
para que nadie pueda regresar a perseguir a los espejos,
pierdan su identidad de inmaculado círculo
nacido de los cuerpos,
pierda su sombra adusta de señor que siempre cumple
con su vuelta improrrogable a los principios de la norma,
(código elemental de fuga y de regreso,
de ida y vuelta,
que torna y que retorna sin parar al punto de partida,
el tiempo que se queda inmóvil y no advierte
el círculo vicioso en el que está y
olvida las maneras que todo fugitivo
debe de tener en cuenta
en su huida pendular para saberse libre de sus culpas
y libre, también, de toda sombra sospechosa
de ser el enemigo que atrapa a los fantasmas

como una inmóvil y dolida estatua murmurante
que no cree que los cuerpos pudieran corroerse
o terminar en fábrica de astillas,
agua malhumorada y poco dúctil,
manifestadamente poco húmeda,
poco dispuesta a saciar la sed de los amantes que arden
—pero casi nunca sucede esto, más bien es lo contrario.)

Imagen desteñida como densa bruma,
chamuscamiento de los cuerpos en lenta mansedumbre,
ancianas dulcemente atroces,
cuerpos que se encogen o van dejando los engranes
caer en las solemnes mecedoras y las tazas de té
se llenan de alcanfor
o lloran las inaccesibles mariposas por los tiempos idos.

Cuerpos viejecitos,
como de alambre o papel que se arruga a cada instante
más y más,
hasta acabar en la forzada forma de honrado catafalco
que emite, a su pesar, fulgores de lo ido;
seguramente dulces con las antiguas figuras de hojalata
que bailaban minués con ágil paso
en los principios de la Historia,
el caos original de donde parten los caminos
que van al paraíso,
jamás los tropezones que llevan al infierno,
cuerpos nacidos antes que el tiempo comenzara
a devorarlo todo y, luego, se volvieran crueles
o sumamente angostos de criterio,
tiritantes como un sistema de enfriamiento
que muere congelado
y queda inmerso en dolorosos pensamientos
acerca de lo frío.

Pero los amo,
Cuerpos,
los de antes,
aunque la perfección haya asumido con ustedes
formas a veces imperfectas,
con poca fe de que la carne resurja de los huesos y regresen,
ávidos,
gozosos,
total totalidad y suma de lo creado y de lo increado,
míos
—y claros,
magníficas alondras o cantos jubilares,
certezas de que algo da comienzo y no concluye nunca.

Los extraño,
tibios todavía pero situándose muy lejos,
muy arrinconados por una gravedad de mariposas negras
que mantienen en vilo el sopor de los recuerdos
y los hacen resonar como un espejo hueco,
muy indecisos en qué actitud tomar ante el pasado
o cómo comportarse respecto a los fantasmas
que merodean por un mañana harto improbable de cumplirse
o cómo degollar a las imágenes deterioradas por el uso
y que terminan por perderse,
pero hirientes como vidrio roto
o espejo que echa humo y no permite ver en sus adentros.

No como antes,
Cuerpos,
en saciedad de aire y del disfrute de la luz que llega
como una brusca arremetida de palomas,
el amor puro, intacto,
la demencia en pleno como cuerpos recién lanzados
sobre el mundo
—y lluvia, entonces, o caen sonidos fuertes
o grandes gracejadas se adentran en lo vituperable del metal

que suena a fin certificado de una fiesta breve,
una estadía ligera en un andamio movedizo
que acaba por romperse
y los maderos se disuelven en una lejanía borrosa
con sabor a plomo y cuánta paloma cavilosa y triste
no alza el vuelo ya en la estación de ruinas
pero se asoma con pasión hacia la noche
y ve los vastos campos desolados y se escabulle entre ellos
en una huida que no llegó a parte alguna,
pero tampoco llegó nadie al otro lado
y nadie masculló el nombre del suicida que colgaba
de su poste,
fin del baile y la casualidad de que el infierno estuviera cerca
o fuera el poste mismo.

XVIII

Conciencia de lo insomne,
de la vigilia como forma de gastarse la vida
en extravío perpetuo,
de manera lunática,
acorde con la demencia con que el demente se persigue
y persigue a los cuerpos extraviados en el fondo del tiempo,
cuerpos en detención sobre un aire perfecto,
suspendidos de nada, pero danzan o flotan
como esferas inmóviles pero, a la vez,
inmóviles en un espacio con muy poco de espacial,
de abierto,
más bien finito y angosto como una tubería
o un cable eléctrico que no dispersa luz sino difunde sombra.
Cuerpos
en forma ríspida y algo abrumados por el peso
con que el vacío intenta rellenarlos,
devolverles la forma original tan desgastada por el tiempo
[óxido puro, herrumbre un mucho maltratada],
no la contemplación de lo perfecto sino la convicción
—tan áspera—
de que se queda sólo lo dañado,
lo irremediable que se asume como tal y echa el cerrojo,
se termina todo,
no hay regreso y los seguros para una vida sana
y mente cochambrosa, no sirven para nada.

El círculo culmina y se estrangula o comienza su entrada
en otro círculo o en otra redondez que se aparece de repente
pero adelgaza demasiado rápido

y se vuelve agua que se comprime y se derrama
no como cuerpo que toma forma de agua
y se torna cristal para evadir
a la ruinosa deglución que manda el tiempo
que llega siempre a la rotura de los huesos
que, antes, decidieron apagar las velas,
las fracturas de las ánimas contritas por tanta imagen muerta
y poquísima ilusión de que los daños pudieran repararse
y regresar a un estado más gozoso en que la carne brille
deslumbrando al mundo
(manutención tan frágil de los sueños que no detienen nada,
reconstrucción inútil,
idea descabellada del demente
de que los cuerpos pudieran repararse,
embellecerse a base de hojalata y lámina,
rejuvenezcan a partir de los silbidos de los barcos
y del aroma de eucaliptos o jardines al borde del desmayo).

Cuerpos,
embotellarlos en garrafas de mezcal
fue un intento algo conmovedor, sin duda,
pero carente de sentido y, además, impráctico,
de conservarlos frescos o, al menos,
con los signos vitales necesarios
para dar la impresión de la viveza,
pero inútil,
el mezcal sólo conserva al que lo ingiere
y lo demás se vuelve milagroso azar que nunca se concreta.

El círculo culmina
y se estrangula o comienza su entrada en otro círculo
o en otra redondez que se aparece de repente
pero adelgaza demasiado rápido
y se vuelve agua que se comprime y se derrama
y suenan las alarmas conectadas para dar la bienvenida
al chorro de vapor que manda lo inflamable
para avisar que el fuego ya se aleja y los cuerpos deben
prepararse al frío.

Juego inútil,
tan alejado de la realidad como lo
irreal en que el demente se abastece de demencias
y cree que el sueño es el reflejo de lo real en forma exacta
pero más estable,
sin tanta ida de los cuerpos que se van
sin el discurso funeral
o un gesto de piedad a los que quedan solos.
Conciencia de lo inútil,
de lo insatisfactorio largamente acumulado,
de la vigilia un tanto desastrada
como al acecho de la presa que no llega
—vigilación también inútil, extenuante.

(Toda reparación es causa de nuevos desperfectos,
lo inconcluso que cierra las compuertas y deja a la merced
de los fantasmas
la licuación constante de olvido y de memoria
y el jugo resultante que sabe a sed avinagrada
o trago de mezcal aguado de expiación y culpa
que no encuentra manera de salvarse
y se condena a residir en un infierno
que cumple bien su oficio de horno crematorio,
su obligación de generar chamusques
en la inconsciencia del demente que está, cada vez más
sobre la cuerda floja,

el tembeleque discontinuo que lo empuja a caer
bajo el abismo, pero logra detenerlo al filo,
siempre a punto de llegar pero se queda al borde,
no se entra por su propio paso ni las paredes se desploman
borradas por el viento
cuando entran los insomnes y sus muertes que llegan
siempre por delante.)

Tan gastado el infierno, por tanto uso,
tanta fragmentación de cuerpos en la huida,
que pasaron,
mordisquearon pedazos de la noche
y escaparon
—errancia primordial, conciencia de lo súbito de cada fuga
de cada huidizo cuerpo que llegaron/no llegaron, demente
atolondrado por la pureza de las aguas de cada fuga
en cada huidizo cuerpo
o por el hielo que barniza cuerpos,
los congela,
cuerpo hirviente que llegó, pero sin casi darse cuenta,
y se siguió de largo,
como cuerpo que jamás termina,
se hunde en la memoria y ahí se queda,
fijo,
permanente,
como clavo que se clava en otro clavo
y no hay modo de sacarlo,
pero duele,
cuerpo sí que se desclava de inmediato y huye,
cuerpo que se ata se desata pronto porque nada es firme,
todo padece aguda temblorina y salta,
todo es como la apropiación de una neblina hueca
que se estremece de pavor
por el acercamiento de los hoyos negros,
las vacuas estructuras con que la *Nada* intenta confortar

sus huecos
 soplan cuerpos o corporizan los sopletes,
 carnar con las virtudes de la carne y el demente se hunde
 entre trombones urgidos de saciarse con las formas
 tan lejanas
 que están a punto de quedar vacías,
 casi hartazgo de flama que a sí misma se devora
 pero sigue siendo flama,
 conciencia de lo inútil pero inconsciencia de los daños
 que dejan las batallas,
 el desgarrón en crecimiento,
 el alza súbita del aire enrarecido que vigila que el insomne
 no padezca sueño,
 lo acecha como trompeta enajenada o círculo a punto de
 romperse,
 vidrio en función de total estallamiento,
 esfera quebradiza como un fragmento de lo que no es visible,
 lo cósmico que tose y, luego, se hace añicos
 que luego se remontan y se vuelven agrios signos
 que huyen,
 cuerpos envueltos en la sutil levedad que guarda lo poroso
 que toma la forma en que los cuerpos vuelven
 y los lobos aúllan fuertemente vueltos polvo.
 Mustia capacidad de la esperanza para hacer más triste
 al mundo,
 cuerpos con la belleza un tanto desvaída
 pero, de todos modos, bellos,
 al borde de caer por tanto agotamiento,
 tanta fatiga de no querer llegar pero llegar de modo
 irremediable,
 estar cerca,
 un tanto fatuos y un tanto quejumbrosos,
 tan ajenos,
 tan encerrados en el proceso corrosivo que no soportan
 que el fuego los asedie,

la pólvora los queme o quede la virtud como una marca
que no consta en los oficios funerarios,
los expedientes con que la tarde clausura su jornada
y le abre paso a lo nocturno,
el indudable amor pero incapaz de superar la dualidad
entre lo dado y lo no-dado,
(amor y desamor que, al cabo, son la misma cosa),
lo real y lo que uno se imagina que debiera ser lo real
pero no es cierto,
lo abstracto y lo concreto,
el espejo y el rostro que aparece cuando el espejo termina
por fundirse
y los reflejos pierden noción de su existencia
como seres reales.

Suceden los derrumbes
y los fantasmas dialogan entre sí con voz de acetileno aguda,
carnan, con las virtudes de la carne
y el orate se hunde entre trombones urgidos de saciarse
con las formas lejanas que están a punto de quedar vacías,
casi hartazgo de flama que a sí misma se devora
pero sigue siendo flama,
conciencia de lo inútil del amor
pero inconsciencia de los daños que dejan las batallas,
el desgarrón en crecimiento,
el alza súbita del aire enrarecido que vigila al insomne,
lo acecha como trompeta enajenada
o círculo a punto de romperse
vidrio en función de total entallamiento,
esfera quebradiza como fragmentación de lo visible,
lo cósmico que tose y, luego, se hace añicos
que luego se remontan como signos agrios
que se escapan hacia cuerpos envueltos
en la espesa gravedad
que lo terrible trae como gemelo próximo

y los desgarres toman la forma de los cuerpos
que regresan envueltos en sábanas grisáceas,
o los coyotes sienten que se acercan las borascas
y aúllan fuertemente y sin pasión alguna.

Todo es nada,
Cuerpos,
lo circular no encaja en lo cuadrado,
lo esférico no congenia con lo plano,
la imagen choca brutalmente con su sombra
que no es sino la burda copia del cuerpo apetecido,
la esfera no da luz sino remite al débil resplandor
que sale de los focos cuando tropiezan en la calle
y sólo queda como un silencio oscuro que baja de los postes
y que impide se oiga el chirriar de los tranvías cuando
[chirrian su chirrido agónico
de antagonista al borde de ser asesinado
por su falso doble,
su cómplice amarguiento y ebrio que musita
su necesidad en aferrarse a algo que ya dejó de ser
y, sin embargo, existe
así sea como un eco que perdió la vista
y no sabe adónde dirigir sus pasos ni sus gritos.

La dentición desencajada y su suicidio lento,
el acabar,
el acabose.

XIX

La forma emite ruidos,
se alebresta y emite nuevamente ruidos,
se inconforma y se transmuta en lámpara o cristal
o cuerpo de mujer en desnudez que pasma,
deja absorto al mundo o lo convierte en una enorme fiesta.

Emite ruidos,
la forma emite ruidos y contempla
su forma convertida en cuerpo
que es como un asentimiento de lo dado,
lo perfecto,
razón de la nostalgia y sinrazón de olvido.

Memoria trabajosa,
fatigada,
que parte hacia un exilio de recuerdos que ya no habita nadie
y donde nadie recuerda al que memora su olvido
del olvido que se culpa de su propio olvido.
o sórdido rumor que huye a lo distante.

Cuerpos,
la forma emite ruido y no se calma,
se quema en forma escalofriante y cuerpos sobre cuerpos
o los devora ya formados y emitiendo ruidos,
como lenguas,
como el sonido de las lenguas cuando lamen cuerpos,
besan labios,
deshabitan nieblas,
crujen lunas o tumban las estrellas,
tristan o entonan sus baladas para barcos ebrios,

marinos descontentos con la mar que quieren
navegar por tierra adentro
o hacer que las barcazas se propongan arribar
al cielo y ser nocturnas aves que cuiden de los cuerpos.

Amanece diariamente, pese a todo,
cuerpos entre lo diurno y lo nocturno,
luz que oscurece y sombra que ilumina
a lo formal del mundo en que los cuerpos andan,
gesticulan,
se desenvuelven ágilmente o platican entre sí
o asisten a diversas ceremonias
(bailes, matrimonios, defunciones),
usan los ascensores y sonríen frecuentemente,
besan mientras mastican confituras o llegan levemente
o ni siquiera se acercan a la puerta pero ruidan
con un susurro extraño,
ascienden,
abrasantes,
como la relación que hay entre la sed y lo sediento,
lo cerrado y lo abierto,
el silencio y los gritos que escapan del silencio
y gritan exigiendo más silencio,
menos gritos que salgan de la forma
y que quieren cubrir los cuerpos angustiados,
los pobres cuerpos que tiritan, angustiados,
los cuerpecitos angustiados
y la ceniza recubierta por un moho estremecido por el miedo,
un frío espantoso,
una friolenta corriente de aguas turbias
que semejan la bodega de un barco que se hunde
y los cuerpos ruidan con su ruido de formas desdobladas,
formas reacias a dejarse llevar
por las corrientes de la luz que atrapan a los cuerpos
y los vuelven seres ácidos,
objetos no amparados por ninguna forma,

no sujetos a ningún tipo de escrutinio por parte

[de los ruidos

que dejaron hace mucho de hacer ruido,
hablar con las paredes como cuerpos que se alzan,
muy solemnes,

muy muy altos,
al fondo de la noche y nadie puede verlos ni sentirlos
o acariciar la propiedad que tienen de cerrar el paso,

excluirse,
alejar a los extraños que llegan con sus fríos brebajes
bajo el brazo y cantan sus canciones tristes

cuando la forma emite ruidos y acelera timbres,
redobla sus timbales,

todo revuelto en un espacio mínimo
nada mayor que una conciencia desolada

por su poca conciencia,
su exceso de inconsciencia

pero consciente de su estado de abandono,
de su miseria terrenal,

su ineptitud para el olvido

(tan incoherente, pero válida),

la estática quietud,

el gozo perseguido y siempre persiguiente,
siempre cuervo empotrado en su negrura.

La forma emite ruidos y golpea a la puerta,

quema incendios,
proclama la pasión,

la vocífera
la hunde en un montón de nimiedades y, después, se calla.

XX

Cuerpos,
tan extraños,
tan musgo apaciguado, a veces,
y tan hoscos, tan huraños, otras,
hermosos, eso sí,
bellos como relámpago o forma que, al perderse, se concreta,
quema,
pero huye y deja lo quemado como una mancha hirviente,
una señal que se desgarrá sola
y daña un poco al mundo en su ruptura,
lo desfonda,
lo ubica como un mundo un tanto más entristecido.

Cuerpos,
tan extraños,
tan perdidos, a veces, en la ebriedad orgiástica
que augura los placeres,
y amplios,
desmesurados,
casi cósmicos,
como planetas o generosas formas siderales,
bellos,
con lo lunar que estalla como un signo de alegría,
con el agua y la sombra entremezclados,
con la constante hilación de los recuerdos que siempre los
persigue,
con lo sensato que les es característico,
esa estricta noción de la cordura que no los abandona nunca

pero acaba por causar espanto a los friolentos
seres de la noche,
tan distantes,
tan idos a mitad de la hojarasca que cae sobre los cuerpos
cuando parten y los hace ser maleza,
escombros,
ruin memoria.
Tan huraños, en otras,
tan de repente cuerpos de verdad y, de inmediato,
oscuros,
casi tétricos fantasmas que se ausentan de toda formación
mundana
o espejo que pudiera capturar su imagen deslavada
(concreción de lo abstracto o abstracción
de lo que es o dicen que es concreto,
la lucha de contrarios,
el ánima siempre en estado de miseria),
luego, huida hacia el olvido de la luz o parca memoriación
de los recuerdos.

Lo terrible es lo oscuro,
lo que no puede verse ni palparse ni olerse ni sentirse
pero camina en medio de uno
así sea en lo más perdido del vacío,
cuerpos en pleno estado de abandono,
de desdicha,
puro hueco lleno que divaga solo, sin su grasa adjunta,
soberbia carne para lobo hambriento.

Lo escoriado es escoria que se junta por tanta
situación de extrañeza,
tanta duda que queda acerca de los cuerpos,
lo moldeable, pero, igualmente, lo vacío,
lo carente ya de forma y que se vuelve informe,
sueño inútil
o esa noción fugaz que trae la permanencia de la nada

cuando se queda oculta en los cajones.
Tan extraños,
en medio de lo oblicuo y lo derecho,
los márgenes y el centro,
la parte acariciable y la que solamente va de paso
tan endebles, tan murmullo de cal apaciguada.

El amor,
ese silencio cauto,
ese sonido de metal que nadie más sino uno escucha,
esa ansia de perderse en lo profundo,
ese deseo de no quedar jamás saciado pero sí exhausto
(tan dúctiles pero tan duros).

Tan extraños,
y perplejos por la oscura mirada con que miran
otros ámbitos,
otras esferas o se sueñan cuerpos en absorción continua
que absorben otros cuerpos y se absorben como ajenos,
como omisión deliberada por los errores cometidos,
por los pecados y por la absolución de los pecados,
por la culpa,
carne delicuescente y dulce que arde como revelación
de lo infinito,
tibia y fresca la carne de la amante
—tan deseada.

Arden
(tan extraños,
luego, enfrían,
se aquietan, se van, pero regresan, ligeramente idos,
cerca y lejos,
siempre yéndose,
como atmósfera o sólo una negociación interrumpida
entre lo tierno y lo sombrío,
el ánima y el cuerpo,
la explicación un tanto etérea del conflicto,

los opuestos que no tendrían por qué
contradecirse pero que chocan y se anulan,
se destruyen).

Cuerpos,

tan extraños,

tan ubicuos,

tan amantes,

¡cuánta falta!

XXI

Cuerpos,

regresar a la esfera
a la mirada subrepticia,
a la imagen que se esconde al otro lado del espejo,
imagen tras la imagen de otra imagen
que gira en círculo alrededor de las esferas,
que mira huidizamente,
extrañamente,
como quien mira sin mirar o ve hacia adentro,
de afuera para adentro,
de lo aparente de la esfera a lo que es intrínseco
[la la esfera,
lo escrupulosamente fiel de ser esfera,
lo ambulatorio de la esfera que se desplaza en
[un vacío lento,
calmo,
casi inmóvil,
escapado del tiempo,
como trombón que se escabulle en el silencio
o luna que deriva hacia un crepúsculo que cae en agonía,
fallece.

Cuerpos hacia la esfera

—lo lejano,
mirada que contempla el cuerpo de los cuerpos
tan deseados,
eternamente contemplados lentamente,
gozo lento,
cuerpos en desnudez completa,
ascenso de los cuerpos hasta llenar de densidad el hueco,

extraño palpito,
deseo de los lebreles desatados en la sombra,
la perrada que ladra y fuga
a la distante claridad dejada por la esfera,
regreso a lo dejado por la esfera
—cuerpo en lo perfecto, lo insondable—,
mirada que no ve pero se siente cómo mira,
cómo ausculta el cuerpo alejado de su cuerpo
que padece frío,
el otro cuerpo contemplado que contempla
lo asiduo del recuerdo que escudriña
la inmensidad de lo dejado atrás por otros cuerpos,
la incertidumbre y la certeza,
el espejo que no vislumbra imagen en su entorno
ni en los demás espejos negros que zozobran
en su angustia de mirarse solos,
no ver a las esferas en que los cuerpos cuelgan,
se columpian,
dobladados a la mitad de una caricia
(beso roto en la desolación del sueño, sueño roto).

Nada.

La esfera es perfección pero es, también, señal de la caída
o perdición hacia los abajares del infierno
—lo amargoso que queda de los cuerpos en su huida,
la misma sombra que acochambra todo,
rasga vidrios,
 practica la aspereza,
encementeria las cuestiones del vivir con infinita variedad
de actos luctuosos,
novenarios con vasos de aguardiente
para que lloren los difuntos su desgracia,
el amoroso amor de los amantes
que se aman y desaman casi al mismo tiempo,
como en guerra o en cacería de lobos contra ágiles gacelas,
tiernas piezas de carne palpitante y humedad a bosque.

Nada.

La esfera asustadiza que se aleja,
la tembloriente crujidera de cuerpos y de esferas
que parten la tristeza y la reparten envuelta en sus
cobijas frías,
el último escalón,
el círculo que estalla hecho pedazos y, al fondo del final,
el Cero que señala que en él termina el mundo
y empieza la ceniza.

XXII

Cuerpos,
uno bracea con el mayor decoro que es posible
aferrado a un salvavidas,
se bracea como un corcho que se niega,
tenazmente, a hundirse,
pero es difícil mantenerse a flote,
no dejarse arrastrar por lo calcáreo de las aguas,
lo de metal que sobrevive entre las aguas
que hasta los ángeles se caen o se hunden lentamente
como porción de peces extraviados
en una densa oscuridad amarga
de acuario que susurra con un maniático desdén
hacia los cuerpos idos.

Uno bracea sin entender el origen del amor
o los destrozos que ocasiona,
con cierta pulcritud y con algo de decencia,
pero a la buena del Señor
o de un destino siempre impredecible,
sin mucha comprensión de los efectos
que las grúas causan en el comportamiento
que el demente usa para alargar la finitud
que tan estrechamente lo ata a su taza de café
[y su cigarrillo
y el vaso de mezcal para calmar las ardeduras
que el amor deja a su paso
mientras —se supone— el alcohol limpia la hiel
o inunda corporación de cuerpos en pleno flotamiento
o campanas que alegremente tocan por un final irreflexivo

de los escritos lujurientos del cínico hacedor de textos
de impudor insostenible para cuerpos que navegan
en urnas de cristal cortado por la sal marina.

Se bracea en un agua tan cruda y dolorosa
que se camina sobre ella
o se desnucan los arcángeles al descender
abruptamente a la frialdad de lo mutable.

Canten,
Cuerpos,
o plañan los ruidos del adiós
o dejen que las inimitables mariposas
braceen entre la noche y, sin ahogarse,
entonen sus lamentos.

Plañan,
este clamor que sale de la noche y se regresa a ella,
ustedes,
cuerpos corporales,
magnificados cuerpos por lumbre o por deseo,
por ansia,
cuerpos que plañen a mitad del mundo,
ligeramente envueltos en misterios que se expresan
de modo tartajeante,
incomprensible,
cuerpos mudos profundamente serios pero negados
a dar respuestas simples a cuestiones que el amante
no puede responder por ser asuntos
terriblemente complicados.

No, no plañan.
Uno bracea lo más decentemente que se puede
con este vaso en mano
que apenas se sostiene a sorbos de un aguardiente
que pesa como plomo

y llama a cuerpos con cierta propiedad salvífica
a que vuelvan y salven ciertamente a los ahogados
de morir entre los dientes secos que se acaban por morder
el fondo de botellas huecas ya exprimidas,
que dejaron mezcales compungidos por la tanta ausencia
de cuerpos espesamente envueltos por una niebla densa,
tan exangües,
que desalientan la pasión e inducen a ejercer el celibato
en forma despiadada,

poco honesta,
más bien depravación de las virtudes célibes,
los cánticos del gozo corporal con las campanas a rebato,
y se bracea solemne y majestuosamente,
en tono mayestático se grita que se acerca el hundimiento
de los falsos túneles
que juegan al desastre con las uñas sucias,
las trenzas desatadas,
la lengua en vinagreta,
la cansada molicie maliciando qué maldades hacerles
a los cuerpos castos
en tanto se bracea de modo imperturbable,
en seco,

como solemne catafalco o diluvio universal
que muere ahogado por su inclemente diluviar,
la inmensidad acuosa en que todo pretende convertirse
en sed insatisfecha,
bronca y desalmada sed para los náufragos que claman
por tabernas en lugar de almarios,
los señores con el espíritu deshecho por las penas.

Plañan

(esa corporidad admite los plañidos)
y celebren lo inmenso del miedo y lo vacío
que no estorba que los dientes crezcan
y las uñas penetren las miradas.
Plañir es lo distante,

el ruido de lo amargo y el amargor
que sobrevive al vencimiento.

(Casi todo cuerpo plañe o secretea plañendo.
Hasta el plañido plañe o bufa, inconsecuente,
pero con cierta cortesía.

Lo que no plañe está ya extinto
o casi a punto de extinguirse, y casi todo sobra.

Los cuerpos se atarantan y sonríen
—ya no plañen.)

Cuerpos,
golpeen en la estructura de las cosas y rasguen
la estructura que las cubre,
las oculta y las convierte en ademanes tristes,
en mentira que, a veces, se subleva pero no puede
—y se suicida
harta de tanta mansedumbre y no es ya la verdad
pero tampoco lo otro
—lo demente.

(El universo muere de sombrío,
Cuerpos,
de vida insustancial,
inapetente de probar tanta oquedad de cuerpo
que perdió sabor a carne
o es médula extraviada en un glaciar
que se quedó olvidado en otro tiempo.)

Uno bracea porque tristeza ya no aguanta nada
y se acomide a irse por las buenas
aunque bastante magullada y sola,
con mucho cuerpo ido por llorar
y el hielo saliendo por los ojos a la manera de un tizón
ardiente
que no conmueve ni la ternura del ahogado que acurruca
sus botellas de licor de menta

en el final de los naufragios
o le entumece la oscura soledad que se acongoja
en los espejos,
esa señora gris y llena de rencor que canta
deplorablemente
como una emperatriz de lo nocturno

o una reina de antros vilmente descarriados,
una cadáver que fortifica con tequila y zumo de limón
los desastrados zaguanes donde entra
la penumbra a saludar a sus oscuros familiares
y no ve que los fantasmas se espeluznan con el viento.

(No existe la verdad, pero tampoco lo otro
ni las tenazas sirven para algo
que no sea quebrarle el cráneo al mundo.)

Los cuerpos nunca están o no responden
cuando se pide que saluden al abstracto animal
que los convoca a gritos.
Se mal bracea, pues, para pasar el rato
pero después se escuchan las campanas
y alguien comienza a desechar despojos.

(La única solución es carecer
de solución para cualquier asunto
e irse a trombonear alegremente.)

XXIII

La carne,
Cuerpos,
la magnífica forma en que la *Forma* toma cuerpo, encarna,
se hace ser visible como horizonte en llamas
o bosque que se incendia en busca de agua,
se corporiza y arde como algo indescriptible,
carne en que lo ansioso muerde furia por palpar
las zonas vastas,
los hondos territorios de la noche en donde habitan
los dementes,
lo demencial que guardan las regiones oscuras de los
cuerpos,
lo palpable,
la condición mudable de los cuerpos cuando pasan
del calor al frío
y vuelen al calor y permanecen tibios,
la vasta inmensidad corpórea,
la tactable carne,
(dedos, labios,
lengua móvil que penetra en aguas subterráneas,
líquidos amantes que se abrazan con furor extremo),
la humedad entera,
lo húmedo compacto, graso, sólido,
el agua de la luna, el vacío absoluto pero lleno),
sed terrible,
la sed estupefacta,
enteramente carne válida,
magnífica,
comible,

densa como un saciarse en lo saciado,
en la costumbre de morder el ansia insatisfecha
o la devoración de los deseos que no se cumplen,
quedan truncos,
desvalidos,
cierta sombra le pasa los dedos por la frente
y los remite al sueño,
a la nostalgia de los cuerpos idos.

Lo demente, la carnación que, estupefacta,
se derrama como leche evaporada,
la palpación de lo terriblemente abstracto
en que deviene un cuerpo cuando parte,
lo magnífico de un cuerpo de mujer desnuda,
lo material que se caracteriza como cuerpo,
lo asible y lo inasible
la hendidura en que la imagen se imagina,
se construye y se destruye al mismo tiempo en el espejo,
el mismo espejo en que la imagen se refracta
en otro espejo,
cierta lumbre,
cierta indecisión en lo que debe de alumbrarse
y lo que debe de quedar oscuro,
la lluvia extrañamente ácida,
la paz casi perpetua y la insatisfacción siempre perpetua,
siempre insatisfecha,
el deseo que parece que se calma, pero nunca,
el agua amortiguada por los dientes,
el agua subterránea y sorda y que se escurre por los dientes,
la dentición crujimentada para morder la ceniza,
lo demencial que se apodera del demente
cuando el demente se amasija y carna
súbita encarnación,

agua en el delirio,
sal saciada,
cuerpo en la humedad al tacto en palpación creciente,

138

XXIV

Amor,
conocimiento de lo endeble,
luz mechada, indescifrable —indescifrable,
sueño siempre al borde de quebrarse por lo frágil,
por lo etéreo.

Certeza,
pero asombro de que lo leve no se rompa,
soporte amor pero en pequeñas dosis,
no borrascas o furias que se acercan ladrillando
como un terrible vendaval hospitalario.

Tacto,
presentimiento de lo hundible,
lo fugaz,
lo que se va y nos deja mordisqueando lunas que tiritan
o espantos que se asoman al espejo
como un saber que intuye,
que olfatea,
que palpa cada paso pero cae sin salvación posible.

Saber sobre los cuerpos o, más bien,
intuirlos,
andar a ciegas lo invisible,
entrar en la hojarasca dejada por la bruma,
penetrarla,
hendir el cuerpo amado en el sosiego de la noche,
salir a flote, luego, y absorberlo,
volver a ser no siendo en débil equilibrio,
en duda permanente,

en riesgo de ruptura,
en inminente construcción de los derrumbes,
los desastres que llegan de improviso
desde lo endeble del amor

—y arrasan,
elevan hecatombes o fracturas demasiado grandes.

Amor es fragilidad llevada a los extremos,

conocimiento
(o no-conocimiento, una intuición que parece
que se acerca, pero no, se queda lejos siempre).
Un pre-sentido etéreo,

nebuloso,
razón de fuga o miedo,
de silencio,
a veces, de muchísimo silencio,
de maneras de entenderse con la noche
o no entenderse con la noche pero tampoco con el día,
no entender, simplemente,
perderse en los profundos laberintos de lo extraño,
la rareza que se instala y no hay modo de moverla.

Amor es como una extrañación de todo.
Lo hendible no puede conocerse
porque lo que huye no es sino abstracción
que se olfatea o presiente la palpación de un hueco,
lo asombroso que es que un cuerpo
esté tan cerca de uno y permanezca
—pero lejos y se convierta en soledad diluida,
sombra amontonada que, al mismo tiempo,
permanece y huye,
se va pero se queda.

Fragilidad extrema de lo endeble.

Amor puebla los huecos pero, después, despuebla lo llenado,
induce al crecimiento del vacío,

permite arder los cuerpos ardorosos
pero, también, enfriarlos,
carne o hielo,
tentación que quema o que congela,
duda en que se zozobra de un modo arduo
(la intuición no siempre intuye lo correcto,
se equivoca con frecuencia).

En realidad,
conocimiento escaso del amor
o nulo.
Lo amante es lo terriblemente cruel
que no hay manera de entenderlo,
lo bellísimo,
lo fugaz que es inasible por corpóreo
(tan titubeante lo corpóreo
y su conciencia estremecida por la duda).

Mujer que duda,
que se sacia entre las dudas que el amor plantea
como esqueleto frágil que duda entre volver a lo carnoso
o mantener su condición de débil esqueleto
suspense en tiempo roto que se quiebra o suena
a que se quiebra
pero sigue en su oficio temporal royendo cosas,
corroyendo objetos,
materiales varios,
mecanismos que mueven artilugios,
cuerpos que se van, desaforados, en busca de su sombra.

Conciencia de lo escuálido pero feroz del tiempo,
de lo infinito en repliegue a lo finito que se angosta,
reduce su tamaño hasta ser nada,
lo repleto recientemente estructurado
que pierde su estructura en forma rápida,

amor que se convierte en desamor y frío.
Conocimiento que no conoce nada,
que divaga
y se funde en lo confuso del espíritu,
se escabulle a su objeto y se pierde en conjeturas,
ama pero no sabe por qué ama o para qué se ama,
cómo y a quién ama,
pero no por qué no ama
o cómo perderse en el amor pero, también,
cómo encontrarse,
cómo volver a sí después de estar salido,
ser afuera,
regresar adentro,
libre/opreso,
vacío pero colmado,
en la plena ignorancia de no saber amar pero querer amar
y ser amado o amar y no ser correspondido,
establecerse en el naufragio y ser naufragio,
cuerpo ahogado en la frialdad que abunda en los espejos,
desgarrón constante o suavidad que se desgarrar
abruptamente,
luz ansiosa que se apaga
por no saber en dónde colocar el fuego.

Amor,
conocimiento de lo endeble,
de lo frágil,
fondo bajo el dominio de una forma inmaculada que fue
y quedó en cuerpo como la concreción de ser
lo meramente sido,
lo inestable
como una vieja construcción que acaba por venirse abajo.

(Amor es levedad bajo un montón de ruinas.)

XXV

La perdición es cosa buena,
 Cuerpos,
 salva al alma de hallar la salvación eterna
 —siempre triston—
 y la conduce de manera rápida a residir en los infiernos,
 sitio ameno,
 aunque algo enrarecido, chamuscante,
 donde las piedras arden y el rosticero no para de girar
 echando lumbre,
 deslumbrando, más bien, porque el infierno
 carece de un sistema de energía propio
 y su planta de luz requiere de los cuerpos
 que pasan, fugazmente, por su horno externo y sólo de visita,
 sólo cuerpos de mujer que llegan y se van al mismo tiempo,
 por lo que la oscuridad es lo que se dice bien oscura,
 ni un chirrido de luz se ve en ninguna parte
 y hasta los ciegos se extravían en tanta oscuridad
 que sólo atinan a tentar la tentación como costumbre
 un poco sórdida,
 pero agradable,
 muy gustosa
 (los cuerpos tan tentados,
 los pobres cieguécitos tientan tanto, sufren tanto),
 como abrelatas que no se encuentra con ninguna lata
 en qué ejercer su oficio de abridor de latas y solloza,
 a ver si así se abren las compuertas
 y llegan los alcoholes, con toda displicencia y buenos modos,
 a mitigar la sed que aqueja a los insomnes,

y se conviertan en seres luminosos
aunque no es requisito necesario porque los cuerpos,
cuando quieren,
se iluminan solos, por su cuenta y riesgo
(cuando quieren,
cuando no, pueden ser tremendamente pérfidos o ingratos pero, en
ocasiones, brillan,
resplandecen,
arden,)
impulsan la creación de nuevos paraísos
al margen de los dogmas
pero aptos, a la vez, para hacer sufrir horriblemente
al pecador que profane los cuerpos impolutos
y mandarlo a pudrir en los avernos,
la casa de un Satán endemoniado que pincha
con furor los huesos
de la víctima de una pasión incomprensible.

Pero el infierno puede ser también, sitio agradable,
Cuerpos;
vengan,
es un lugar ameno donde la vida disipada
encuentra protección y abrigo
—ebriedad eterna,
casi la pura metafísica alcoholífera en dosis saludables,
pero, también, manutención casi gratuita
por los fervores de la carne, la
orgía mística en que las diosas elegidas brindan
auxilio espiritual y carnal
a manos muchas veces llenas
—cuando quieren,
otras, bien mediadas,
con rasero estricto que pesa la bondad y la maldad
del mundo

y reparte cucharadas mínimas de amor insuficiente
para sobrevivir en el mundo de las cosas rancias
que solamente beben vasitos de agua pudorosa y tibia
—o nada, no reparten absolutamente nada,
ni la *Nada* misma dejan como señal
de que hay una crisis espantosa de conciencia
y al amante lo envuelven en ropones blancos
y se lo llevan a una Casa-Cuna donde lo fuerzan
a volverse persona adormilada,
archivo de decencias,
moral que se queda apergollada por el susto
de ver que cierta sombra baja de las lámparas que sufren
cuando los cuerpos mandan sombra
que se corre hacia los ojos del perverso
que acecha el movimiento pendular que hacen los cuerpos
cuando andan
o provoca irritación en las pupilas asombradas
de mirar a tanto cuerpo bello junto,
tanta mirada de mujer que mira a los contornos intocados
de la estatua
que camina en medio de las cosas disueltas por el tiempo
y permanece idéntica a sí misma,
incólume,
sardónica, en relación al proceso irremediable
hacia la herrumbre que los cuerpos sufren.

(Para salvarse hay que perderse, Cuerpos, La
salvación —si es que se encuentra— está en lo
más remoto de uno mismo, en lo extraviado
de uno donde no hay ni asomo de conciencia
o reflexión sobre algo, sino el vacío absoluto
y el amor o el desamor toman forma de mujer
o de fantasma de mujer que aúlla o bala, pero
lejos, y lo que dicen que es lo real —esa chispita
que se apaga de repente— toca a muerto y
todo cae hecho pedazos.

La salvación está en la negación de todo,
en el camino de la ascesis que casi todo
lo perdona, en el descenso a esa morada
para réprobos —celestial casi, casi un paraíso—,
donde el fuego no perdona nada y todo
se aniquila, se consume.

Primero es el descenso, Cuerpos, luego, es
el ascenso por la ruta larga, la culpa y
la expiación que nunca llega y llega, en su lugar,
la pena inmensa, la oquedad en donde ya no
cabe ningún hueco, ninguna cerrazón porque
ya todo está cerrado y no hay puertas o
pequeños agujeros que señalen los caminos
que pudieran alumbrar la huida —o el regreso,
da lo mismo.

Los muertos no reencarnan. Apenas sobreviven
en los bártulos que encoge la memoria,
el desmenuce de las lámparas agónicas
que acaban por quedar exhaustas. Nada sirve de nada
sino volver a los silencios que lo entienden todo,
lo perdonan todo y todo acaba en un dormir
de sombras que sólo sueñan sombra.)

El fuego purifica,
Cuerpos,
abre llagas,
crea zonas de emergencia sin servicio médico
o estación hospitalaria en que algún cuerpo despiadado
brinde los últimos auxilios
para el demente que sabe que se cae
pero no sabe dónde o cuándo llegará el caidazo,
el golpe sin andamios que frenen la caída,
la hagan lenta,

casi insoportable como caída en los inhóspitos almarios
que se cuecen en su cal hirviente,
hueso en escarpelo perdido en la profundidad
de los esguinces que despiden chispas
o resoplan como búfalos a punto de embestir a cuerpos,
regodearse en cuerpos,
sorber un agua pesada de heladumbre
o beberse de un trago los herrajes de un agua
que se masca seca,
se consume seca como nulo soporte espiritual
de salvación ardífera
o curso teórico para mejor disposición
del ánima a la hora del derrumbe.

Pero

ni cuerpo teórico ni —mucho menos— sombras vagas
sino cuerpos reales,
de verdad y enteros,
bien formados y completos, sin faltar ni un hueso,
una clavícula,
unos labios,
un esternón y las rotundas nalgas,
reales,
no ficticios como los cuerpos que aparecen en los poemas
y que son las puras entelequias,
los visajes que hacen los muñecos cuando ya están muertos
pero quieren seguir jugando a los espantos,
cuerpos bastante más que reales, de ser esto posible,
pues lo real es, de por sí, una siniestra trama,
un escondrijo donde todo cabe y, luego,
no se encuentra nada,
la realidad perfecta casi como una concepción teológica
y por completo unificada en cuerpo portentoso
que sea cuerpos en que reencarna el mundo y toma forma,
vive,
se respira.

Uno vive

—o lo intenta o lo pretende, al menos—
y se la pasa en pleito continuado

con lo que llaman el Destino
(el de uno, no cualquiera, no hay préstamo o alquileraje
de destinos con diversos modelos o colores a elección
del cliente ni compra-venta de ellos, o refacciones en
caso de desgaste o uso inadecuado o maltrato por causas
no imputables casi nunca a quien lo usa, o lo desusa y lo
convierte en agradable garabato que se pone en días
de fiesta y luego se despide cortésmente como vil
estorbo o forma de jugársela uno con todo lo que queda—
que es muy poco, una maleta o un hatajo de mañas
y costumbres poco usuales que conforman un *destino-otro*,
una escasa posibilidad de salvación, pero eso es todo.

Qué remedio.

El de uno, esa mancha como marca de fábrica o estampitas que se
obsequian en la compra de dos o más botellas de licor y que declara-
ran —certifican, más bien— que uno es producto único, irrepetible
e irremplazable pero, también, culpable del buen uso o el mal uso
que le dé a *Su* destino, el de él, el suyo propio, el de uno, que lo
mismo puede elevarlo a los altares o tirar por la alcantarilla impu-
nemente y mandar a los infiernos o hacer que se lo lleven a uno
como caballo enfurecido y ciego que no llega a parte alguna, sino
que es llevado y arrojado, también, en parte alguna y ahí lo deja,
magullado, destinado pero sin Destino, como un desatinado que
camina sin saber el rumbo y, luego, se concluye en escritura de
epitafio, lápida mortuoria o ya *no-ser* por quien, tal vez, una mujer
derrama llanto a solas o siente compasión por el doliente que tate-
ma su alma, pero esto no hay manera de saberlo).

La contrición funciona a veces,

Cuerpos,
y el espíritu se vuelve una substancia escurridiza
que se extraña de no mirar su imagen que trisca

en la ventana,

aunque, más bien, el fuego arrasa todo
y deja los pequeños pedazos de carbón que se asen
en sus propias lenguas,
sus propias bocanadas de vapor ardifero
que lengua cuerpos y soportan los ruidos del metal
que cruje sobre angostos túneles que fueron
figura corporal enhiesta.

Sin embargo,
el volverse uno un ser contrito es cosa mala casi siempre,
Cuerpos,
poco aconsejable y conviene practicarla pocas veces,
se parece a un hilo roto que se parte la columna vertebral
e invertebrado, sigue en su labor de zapa
en relación a su propia mismidad que acaba por perderse,
pero el fuego se encarga de que nada quede.

La salud enferma y, después, igual se llega a ser cadáver,
aunque en estado sano

—el colmo de lo absurdo—.

La beatitud es lenta y aburrida,

Cuerpos,

cansa ser santo o aspirante a santo.

La santidad promueve lo corrupto,
la castidad y la abstinencia al vino y al cigarro
y a la mujer como materia dadora de pecados
con alto riesgo de feliz contagio

(condenación perpetua,
deleitosa,
lengua táctil).

Mejor la perdición,

Cuerpos,

podrirse lentamente en los infiernos
y estertorar agudos estertores en forma lagrimal
con la esperanza de que el pecado se arrepienta

de no haber pecado mucho
y vuelva con aire de jolgorio
y el pecador se pierda en el delirio de la carne.

En el infierno hay espacio para ustedes,
Cuerpos,
vengan,

es un lugar tranquilo donde hay nula noción
de lo profano y lo sagrado,
lo celestial y lo terrestre,
mundo e inframundo,

Bien y Mal,
la culpa y la expiación y la culpa que regresa
en busca de expiación y no la encuentra
y parte en busca de más culpa

pero siente
el tarascazo que, seguido, tira el remordimiento
y su razón de ser él, también, pecaminoso y triste
y admirador de cuerpos de mujer en desnudez completa,
carne y carne y demonio en forma de mujer
que lo persigue y lo hunde en las profundas simas del espejo
donde se ve mordiendo a sí mismo
y se remuerde la conciencia estupefacta
ante su alto sentido de la culpa
y de su escasa capacidad de condolencia,
pero estricto en su manera de admirar los cuerpos,
auditarlos,

tratar de conmoverlos y que vuelvan
aunque sea una tarea inútil,
disponer de varias copias para casos de extravío
o no tener para nada la certeza de volverlos a encontrar
en un mañana próximo o lejano,
volverlos de metal o leve sombra que pueda,
a lo mejor, tocarse,
pero feroz persecución, al mismo tiempo, del en verdad
culpable,

el demente que da vueltas sobre su eje
 mientras circula ávidamente entre los cuerpos
 un tanto mortecinos
 pero persecutor, también, en su acidez extrema,
 del volumen de cuerpos que acumula el demente
 que se achicharra en el infierno
 o se dedica a la fabricación de los recuerdos
 como si fueran grandes trojes,
 inmensos almacenes de compra al mayoreo de cuerpos
 que ya dejaron de ser cuerpos y son tiempo en vías de liquidarse
 como ofertas a precio de remate,
 tiempo muerto,
 esfera derretida,
 culpas que son grandísimas nostalgias
 o restos bienamados que se clavan,
 queman los cuerpos que demuestran su alegría
 canturreando,
 bailando,
 brincoteando
 de júbilo por hallarse en las proximidades
 del infierno pero no muy cerca
 (Dios las libre de toda tentación-Amén),
 más bien lejos,
 porque hacen todo lo posible para no quemarse,
 tostadero de cuerpos pero frialdad corpórea, sin embargo,
 cuerpos en la congeladora
 hasta el punto de bullir de tanto fuego,
 de entrar en erupción, a veces,
 (pero discreta, controlada, no erupción de verdad,
 escandalosa,
 apasionada),
 que abre llagas o crea la realidad de acuerdo a sus deseos
 sino, más bien, sólo una tímida demostración de su existir
 que lava verdadera,
 no explosión de imprevisibles consecuencias sino tranquila
 como un sonido apenas perceptible,

circumspecta como una dama triste que no quiere causar
ningún problema,
ninguna duda acerca de sus virtuosas intenciones,
su amor por los que sufren por la dicha ajena,
la desdicha propia y no consumación atronadora,
restallante,
sino poca lava,
poquísima materia ígnea que permita a la demencia
proseguir su juego con los cuerpos que arden,
cuerpos como lava chamuscante,
lava quemantísima en cuerpos como formas contenidas
en las normas de lo prescrito y lo correcto,
lo inflexible como un carbón prendido que se ahogó
en el hielo,
lo inflexible,
la cualidad de lo doméstico,
la primacía de las teteras sobre el mezcal
y otras bebidas santas que fortalecen el espíritu y dan paso
a las arduísimas cuestiones que asedian la existencia,
que la convierten en una verdadera mordedumbre
de problemas que carecen de respuesta
e, incluso, de pregunta,
lo existencialmente complicado de la cárnica existencia
que se arrastra de modo pesaroso sobre el hondo meditar
en la administración de lo profundo de la crisis
que sacude a la conciencia humana
(la de uno, cuando menos, que debe ser,
como el Destino,
irreductible, ajena a toda influencia externa o intento
o intento de soborno),
el estudio de lo que debe ser, en serio y de verdad,
lo trascendente,
la copa de mezcal, el cigarrillo, la taza de café,
ciertos cuerpos que se hunden en la noche y nunca vuelven
pero sí dejan, a su paso, todo solo,

abandonado bajo una capa gris de angustia adolorida,
médulas capaces de gritar del llanto pero incapaces
de guardar el equilibrio entre lo exacto y lo inexacto,
la virtud y el vicio,
el instante, que es una eternidad que se compacta
y lo eterno, que es un instante incapaz de detenerse
y se alarga eternamente,
la soledad y el estar acompañado,
lo pasional que se desborda y la pasión duramente
restringida,
suda,
sufre y se acongoja sin decir palabra,
sin sonar sonido o musitar, así sea muy quedamente,
un llanto de metal,
una llorante corcholata mustia muy poco pasional,
a fin de cuentas.

Habitabilidad de los infiernos,
Cuerpos,
vengan,
instálense como en su propia casa
y socorran a los que cargan un espíritu en trance
de venirse abajo,
afiáncenlo con trabes y poleas
o exijan que venga un montacargas
y lo lleve a la sala de emergencias
donde se hospeda el deterioro
y los ladrillos sueltos festejan los golpes que se dan
cuando se dejan olvidados
los ojos que se fueron siguiendo a los espejos
que no querían seguir ocultos
en el frío desangelado que susurra
entre los dientes del quelonio inmóvil
que se sueña estatua que ronda en los jardines
y persigue cuerpos que jamás llegaron.

Cuerpos,
auxilien a los huecos que están a punto de dejar de serlo
y convertirse en huecos sin hueco en que caerse.
La perdición es cosa buena,
la mala vida puede ser, también, excelsa
y estimula los quehaceres de la carne
mientras el alma se entretiene jugando a las pasiones bajas,
la vida voluptuosa concebida
como una encarnación constante,
un desenfreno que se muerde los bigotes
y azuza a la perrada a degustar la carne de gacela joven,
no caer en la modorra como el estar en medio
de ángeles y querubines todo el tiempo,
cuerpos beatos tañedores de arpa todo el tiempo,
santificados cuerpos todo el tiempo
sino cuerpos vivos,
ardientes cuerpos cárnicos que quemen universos.

(El Paraíso debe ser lugar inhóspito,
Cuerpos,
demasiado formal y demasiado estricto
en prohibición de vicios
y virtudes que se acercan mucho al vicio
y otros sanos menesteres.
Lugar para palúdicos
o enfermos por el uso excesivo de razón insana,
poco congruente con las ansias que sacuden a los cuerpos cuando
brillan en la noche y suena
[a espléndido relámpago,
luz ruidosa que alborota y desmanda la paz paradisiaca
poco entendida en cuerpos y materias concernientes
a la carne,
más bien vegetariana,
insulsa.)

La salud enferma y, luego, acaba por matar de todos modos.
La beatitud es triste y aburrida,

ser santo, cansa,
lo procesionan a uno mucho y las rezadas pesan
y debe realizarse algún milagro que justifique tanto rezo
y hacer milagros es difícil, agotante y, además, inútil
(los cuerpos nunca vuelven, por ejemplo,
por más que se les rece),
y debe ser algo molesto el estar todo el tiempo
subido en los altares,
siempre amable y sonriendo a los que llegan
con diversas peticiones
para que las cosas sucedan de otro modo
y el Destino se transforme en un sujeto generoso
que mejore la vida de los pobres penitentes
(lo que nunca ocurre, todo empeora).

La santidad obliga a tomarse la vida terriblemente en serio,
de un modo tan absurdo que sólo los dementes
logran evadirse,
huir por los espejos y hallar a las esferas,
integrarse a lo esférico
y ser esfera en conjunto con los cuerpos,
hallar la redención en los símbolos ocultos en los círculos,
el tiempo circular que devuelve a los cuerpos a sus círculos
y los regresa intactos,
bellós,
la plenitud del movimiento cuando queda inmóvil,
integrado a las corpóreas formas que detienen su camino.

El infierno es un lugar ameno,
Cuerpos,
donde se bebe alcohol y huele a carne puesta a rostizar
con el furor que causan los deseos,

ligeramente brasa en carne amada,

troceteada,

venerada.

Para salvarse hay que perderse, Cuerpos.

Sólo el infierno purifica y salva.

XXVI

Cuerpos en duda de ser cuerpos
 pero tampoco mera imagen inaudita de lo increado,
 sí palomas, tal vez, aunque en estado de zozobra
 o angustia vagamente melancólica
 que los coloca en situación flotante
 como símbolo de que lo fluido, en ocasiones,
 se levanta y vuela,
 se despliega en amorosas criaturas de la niebla o lluvia
 —pero abstracta,
 sutil,
 casi inaccesible,
 como agua volcada hacia su propia hondura
 donde los cuerpos nadan y forman formas de agua,
 se desvanecen, en ciertas ocasiones,
 o tan tenues, en otras, que no están, estando,
 y cantan, aunque no cualifican cuerpo ni mirada,
 hervor o sueño sí, entre lo vasto que se incendia
 y lo que acaba,
 la vasta escoriación traída por la niebla,
 la veleidad escurridiza que se convierte
 en sensación de permanencia en duda
 de si lo que parece permanente es, en verdad, lo permanente
 o es lo transitorio,
 lo que se va dejando apenas huella
 o signos de abandono que se quedan pegados en los muros,
 memorias que se van por hendiduras de un ánima cuarteada
 como focos desesperadamente solos que no iluminan nada,
 cavan oscuridad irremediable o abren puertas
 que dan a lo vacío.

Cuerpos así,
como rodeados de neblina,
algo oscuros, tal vez, pero clarísimos también,
hermosos,
con la pureza del cristal que irradia luz muy suavemente
o formaciones líquidas que se aventuran
al fondo de la noche y pierden densidad y peso
al tiempo que incrementa su masa corporal ardiente,
signo en brama zodiacal que abrume al universo
o aquella idea del agua que se aleja y no quiere reposo,
sigue viaje.

Cuerpos que saben a mostaza o cal ligeramente hervida,
en duda, a veces, de si fueron o son, aún,
cuerpos tactables
y en pleno beneplácito por su ser corpóreo
o sólo imagen o recuerdo de otra imagen salida
de un sueño imaginado que se sueña
cuerpo rodeado de otros cuerpos carentes ya de cuerpo
o sueño en el terror de haber tenido un sueño
y ser, en realidad, un cuerpo un cuerpo pleno.

Cuerpos de agua,
deslumbrantes como luz que ciega,
razón fundamentada para caer en la demencia
y ser el extravío ante cuerpos capazmente asignados
al amor,
la plena dicha o el gozo visto como consumación
de la desdicha o acabamiento de las formas duras,
las líneas estiradas hasta el máximo
y que acaban por romperse
como la infatuación de la desgracia que se cree importante,
un movimiento pendular desesperado que proscribiera
el uso de razón pero le exige a la razón
que actúe con toda su potencia
para impedir el desenfreno que provoca

la suma de contrarios que no se llevan entre sí
y se desgarran
hasta dejar a los silencios exhaustos en sus fibras
más ariscas,
poco aptas para un consumo acelerado por parte
de los cuerpos que, casi siempre, guardan dietas rígidas,
iguales a las rígidas maneras que el tiempo usa
para ser causa y efecto en la plausible elevación
de los amantes
pero, después, provoca su caída,
lo que fallece o se hunde como campana
recientemente degollada que camina, ebria,
memoriosa,
con cierta calma pero llena de agujeros que no cubren
los remiendos,
los parches sucesivos que acostumbran ponerse los difuntos
para tapar los agujeros con que el tiempo
demuestra su mala educación contra los cuerpos
que se vuelven sombras desganadas
por tanta rajadura en los cristales,
tanto vendaje que trata de aliviar a tanta imagen
que aparece quebrada en el espejo
como una cicatriz en rostro ya casi de ceniza,
huesos lisos de los cuerpos bellos
como vuelo en un aire inexistente
o incendio que penetra de modo subrepticio
sobre mortaja de amapolas hoscas o agua con espinas
donde dedos, lenguas, manos avanzan, implacables,
avizoran lo ávido de la avidez que nunca encuentra calma
a su ansia insatisfecha de carne en proporción creciente,
muslos en tensión furiosa,
senos como altísimas montañas henchidas de rocío,
carne en suspensión extrema sobre una frágil cuerda,
un equilibrio que avanza hacia lo oscuro
donde está el flamazo

y quema lo inclemente que consume cuerpos
 en su propio jugo
 como una imagen de lo irreal que, de repente,
 toma forma o se instituye como estatua para huir del tiempo
 y ser eternidad que tiende a lo volátil
 (impía piedad innoble, causa de atroz remordimiento),
 desacelere de la edad como manera
 de seguir siendo cuerpos hermosos restallantes de luz
 y signos de alegría o
 eternidad que se repite siempre a cada instante
 en cada vuelta en que el círculo repite en el espejo
 su alto amor por lo que está cabalmente circunscrito,
 lo limitado que no respeta ningún límite
 y se vuelve lo infinito en libertad de formas,
 hondo espacio que jamás empieza pero jamás termina
 y sigue siendo cuerpo que son todos los cuerpos,
 cuerpo Uno en que todos los cuerpos se confunden,
 se asimilan en esa soledad inmensa que conforma un hueco,
 un bramido que se hunde probablemente en nada
 como cosa endeble, transitoria,
 cuerpos todos conformando uno,
 destituyendo a otro,
 coronando a un tercero,
 otro a punto de venirse abajo,
 un quinto en fuga permanente,
 un último que se alejó no bien hubo llegado,
 cuerpos que acaban siendo un solo cuerpo inmenso
 pero deshabitado y envuelto en una soledad sombría,
 fuerte riesgo de que los cuerpos se deshagan,
 se cimbren bajo su propio peso convertido en sombras,
 caigan,
 se destrocen o no cumplan la piadosa tarea de venir
 así sea en formas fragmentadas
 o resuelvan irse de manera pronta
 a no se sabe qué otras míseras batallas,
 qué desolados campos de la luna

o qué mal hojalateados les dejaron la forma de los cuerpos
después de los desastres,
cuerpos antes plácidos,
piadosos, siempre fieles como inmenso hueco

siempre acompañante,
origen de los mitos del fin y del principio
y carne levemente tatemada con incienso y mirra,
con perejil y yerbabuena
y espíritu que guarda las cenizas del ahorcado
que masculla frases incoherentes en que habla del amor
y de los cuerpos idos con cierta fuerza proveniente
de los fuegos que aún subsisten

y prosiguen su labor de ser incendio,
llaga,

lava hirviente,

dura herida,

lo mordible que se aleja

pero queda la huella con sabor a mascabado,
el hueco que dejó la huida de la carne
y que sabe a carne como hueco que sabe a mezcal

enfriado en una madrugada turbia
con cuerpos en pleno sedimento de materia orgánica
(tierra yerba liquen musgo agua),
ardor que quema más y más como anticipo del finar que fina,
el cuerperío que estruenda y sube aún más el volumen
del sonido

y cuerpos sonorizan danzas,

lloran,

amonestan,

se aquejumbra,

penan,

titubean,

ligeramente patalean de rabia o sueño,

insomnio o desvelada,

amor o desamor que intensamente los conmueve

o deja indiferentes,

crujen,
corporales,
existentes aunque un tanto enfantasmados,
verdes,
como neblina recalcada de neblina gruesa
y todo aúlla como piel quemada,
cuerpo en trozos,
cuerpo que ya se vino abajo pero canta.

(Lo huidizo de los cuerpos no es sino caer
en forma aparatosa y ríspida
e irse a lo definitivo de la ausencia,
que es como una mortandad extensa
pero hace falta mucha imagen
para tanta muerte
y sobra mucha muerte para tanta imagen.)

Cada cuerpo es él como tal cuerpo
pero es otro al mismo tiempo
y todos son el mismo cuerpo
que se hunde en los espejos y nos contempla.

XXVII

Desdichadísimo trombón que tañe sus pesares,
llora,
guarda bártulos de modo inmemorial
pero fielmente memorioso a los recuerdos,
a las extrañas escapadas del espíritu
incapaz de estarse quieto,
sosegado en la paz espiritual que da la vida beata,
las bienaventuranzas que llegan a montón
y dan tranquilidad y fuerza de ánimo ante tanto tumbo,
tanto tremendo vendaval o aguaceros de verdad
que anidan en el alma del amante que divaga
meditando en los amores idos,
espíritu en total desasosiego y adepto a la vida disipada.

Tromban trombas,
hecatombes,
catástrofes tal vez pequeñas, pero catástrofes,
a fin de cuentas,
que molestan,
incomodan o duelen aparatosamente
los fantasmas que deambulan por los oscuros arrabales
donde aúlla la demencia y bebe su licor de baja estofa,
conversa con las sombras que no hablan,
no murmuran,
pero es lenguaje parco el del demente,
denso,
escurridizo,
mudo en diálogo con otro mudo
que habla en lengua inmaterial,
escasa,

innecesario, pues,
inoperante,
(pero el demente no lo entiende y habla todo el tiempo),
se confiesa,
parla de sus muertos con los otros muertos,
grita en su lenguaje inútil,
no se le oye,
innecesariamente grita y ni su eco puede hacerse cargo
de que grita y de que debe repetir el grito hasta que se oiga
aunque nunca se oiga.
Porque nadie grita,
pero lo sólido se desprende de lo líquido
y hay una diversidad de materiales sueltos que caminan
sin ninguna certidumbre de alcanzar la verdad
en breve tiempo
—o un pedacito de verdad, al menos, que sea capaz
o quiera ofrecer una respuesta.
¿Por qué huyen los cuerpos, cuándo huyen
y a dónde huyen?

Tristísimo, el trombón
y la noción de su extrañeza que deambula
y canta sin saber para qué canta y para qué deambula
o qué hace en este mundo
y bebe su impropiedad de entendimiento
y su menguada razón de vislumbrar
la alteridad del cuerpo amado
que es como el objeto del deseo que mastica
el demente en forma simple,
caída elemental pero, a la vez, compleja,
pues es preciso articular los diversos artefactos
que deben componer una caída excelsa,
digna de un espíritu entregado a la mala vida,
el gran desorden que ocasionan los cuerpos
aún estando ausentes,

muy lejanos.

Trombón que tromba,

como impermeable descosido

o exequias de alguien que no acaba nunca de morir

o resucita de repente

y comienza, otra vez, a degradarse,

se acasaja de manera dulce,

errática,

nublado entendimiento que no comprende nada,

que se ahoga en la ignorancia de no saber si sueña

o sigue en busca de los cuerpos que precisa,

los cuerpos que se fueron o que no llegaron

pero que hacen falta

en caso de extrema gravedad, como es frecuente,

y sólo se hallan cuerpos en completa desbandada.

(Vuelvan. Es un clamor, un casi grito.)

Se solicitan cuerpos con extrema urgencia,

cuerpos amados con vocación de salvamento

para existencia de segunda mano

y así sobrevivir un poco más en cualquier sitio,

otro poco de tiempo en lo que vuelven los cuerpos,

se congregan, amorosos, a cerrar

las grietas,

los mustios socavones,

los hoyancos donde el alma se acogota y sufre,

ánima sola con su errancia a cuestas,

su equipaje a cuestas sobre una gran tortuga

que camina lenta,

muy pausada,

muy deliberadamente consagrandose escamas

a niñas inocentes,

esferas que se apartan del metal con una calma

imperturbable,

[del olvido,

con su voz de bajo,
su profunda convicción de que el futuro
no es sino un montón de ruinas que se juntan
y crece en proporción geométrica
por tantísimos pecados cometidos,
el castigo por los innúmeros pecados que jamás fueron
cometidos
pero tampoco perdonados
porque debieron haberse cometido,
ser sustancias grasas, comestibles,
inquietantes esquemas para armar un cuerpo
y, luego, desarmarlo,
rearmarlo de otro modo de tal modo
que no parezca ni siquiera un cuerpo,
sí un soplido apenas fluorescente que semeje una estatua
que cae desvanecida
y la piel se le convierte en un enorme osario,
infierno del suicida,
paraíso del demente que cree que su cordura
es el premio que reciben los equilibristas
cuando se caen desde la cuerda floja y no se matan,
quedan turulatos solamente y vagan por los parques
encogidos en sus sillas rotas,
sus caballitos de madera vieja que corcovan y relinchan
con toda la alegría posible en esas circunstancias
tan amargas
en que resuenan los trombones fácilmente,
muy dolidos,
muy vueltos hacia sí
y el desdichado trombonar de los trombones
y su aspereza de gruñir hastiado,
deprimente y deprimido señor que se acompaña
con los laúdes de su triste canto,
su vozarrón del bebedor de azufre
que se enquistas en su vacío total y jamás decir adiós,
jamás volver a ser su imagen duplicada

que se va cuando él se queda y se va cuando es el *otro*
el que dice que se va,
pero se queda pero está muy lejos,
distante el trombonar,
distante todo.

XXVIII

Irremediablemente

caracol avisa que los cuerpos faltan,
parten irremediablemente y sin remedio alguno,

faltan

(sobran huecos),

no contestan,

no se presentan a la hora en que los llaman las trompetas,
no se disculpan por su ausencia lamentable

y harto lamentada,
lamentosa,

dura ausencia de cuerpos vanamente perseguidos,

acosados.

Suenan.

pero se quedan en silencio

cuando se les llama a grandes voces,
enorme vocerío que nunca escuchan
y chirrien cuando tampoco asisten a la hora

de las puertas que se cierran

o cuando las ventanas deciden enclaustrarse

y encerrar a la luz en grandes cajas

para que no se vea nada,

los cuerpos no se vean ni se hable de ellos,

sólo crujan cuerpos con crujido grave.

Irremediablemente

caracol o cuerpo en forma bella irremediable,
cuerpo bello en línea táctilmente imaginada, casi aéreo,
casi cabalgadura del desierto que se eleva y flota,
casi flota,

por la celeridad con que se duermen las corrientes de agua,
por la extremada lentitud en que transcurre el aire.

De modo innecesario

no regresan cuerpos,
faltan cuerpos,
muchos cuerpos,
enorme cantidad de cuerpos que no asisten a la cita hecha,
que se ausentan de modo irremediable,
que refractan cuerpos de su ser y son mastique,
agua edulcorada,
rompope para viudas cansadas de lo sobrio,
sacacorchos con algo de epilepsia
—pero amable,
baúl repleto de tiliches,
lamentación conjunta por pesares varios
suena a llanto.

Cuerpos no son cuerpos
pero estufas, pero galope de caballos
o mar que murmura sordamente
como susurración de angélicos querubes
o mariposas amargamente conmovidas por su triste suerte.

No son cuerpos,
sí formas nebulares
o carguero que navega expresamente hacia lo abstracto
y lleva cuerpos y pistones
o cuerpos y balatas
y rechina crudamente en forma airada,
airadamente lleva cuerpos a la nada.

Nada en cuerpos,
nada completamente entero o en pedazos
sino cuerpos-nada,
inhumación cadavereante y que deriva al agua,

esqueletario muy formal que se deshuesa y huesa
meramente osarios,
en realidad, navegación hacia la noche.

Expresamente carga cuerpos
y cuerpos carga como un motín a bordo
de su propia cuerpereza entera,
su fiambre acostumbrado
y la viajera trabazón de deglutirse un poco.
Murria el sueño y murria la esperanza.

Inexplicablemente, cuerpos no,
ya no regresan.

XXIX

Sorber la médula espinal a grandes lengüetazos,
hecha jugo,
vorazmente beber a esa mujer hasta que no le quede
nada adentro,
vaciarla toda ella ferozmente,
apetecerla hasta que sea una flama y queme todo
y ardan los territorios de la noche y arda ella grave
y seria,
desgarrarla muslo a muslo ávidamente,
desesperadamente,
liquidalmente convertirla en líquido y hundirse en ella
y morderla todo y convertirla en nada
pero en nada que arda y lo chamusque todo,
flama viva,
amor en lo absoluto,
vorazmente mordisquear muslos y nalgas,
pechos,
labios a grandes dentelladas,
lengüetazos recios,
a puñados,
—náufrago,
tremendamente quemazón bajo la luna,
terriblemente luna en quemazón ardiente,
ferozmente apetecer la luna
y chamuscarse.

XXX

La lujuria, Cuerpos, la espléndida lujuria,
el desenfreno en plenitud,
la vida airada vista como vida beata,
como contemplación de lo esferoide,
senda de salvación,
camino hospitalario,
luz que se desprende de la noche e ilumina el mundo
luminosamente,
se ilumina sola la carne casi radioactiva,
lanza rayos,
chamusquinas,
fuegos,
crea abrasiones,
delicadísimos mecheros que estertoran lumbres,
emanaciones férvidas que queman,
propagan destrucción masiva por medio de diluvios
en donde escaldan las hogueras,
fogosidad de carne a cero grados,
temperatura que carece de aire respirable,
fuego líquido como licuado de ácido fosfórico,
carne enjardinada duradamente carne,
sangre,
vida,
cuerpo,
imagen,
o sueño del demente que se pierde en la espléndida lujuria,
la lengua lujurienta que devora sombras,
penetra en los disfrutes de la carne,
lo cárnico en la misma proporción que ciertos cuerpos
traen consigo

y arrastran la densidad de los planetas que se inclinan
del lado de la luna,
la bravura de los perros guardados del otro lado del espejo
que no dejan que nadie se acerque a las imágenes
que allí se guardan,
la carne apresurada a su fatal consumo,
consumación de cuerpos delirantes en el gozo,
cuerpo adormilado como sed o ansia de frutales
por volverse jugo,
cuerpo ansioso de ser y de sentirse cuerpo,
de palparse,
de contemplarse reunido en otro cuerpo,
espejo que se vierte en otro espejo
o claridad que detona sobre el agua.

La lujuria, Cuerpos,
la esplendidez nocturna pero, también, la diurna,
como acto de acrobacia
o saltimbanqui que despide espadas hacia el cielo,
brújulas hasta ocupar el horizonte,
fiesta para barcos
que navegan en altas densidades,
celebración de velas encendidas,
de clamores
o limpiísimos sonidos de voces que cantan y dominan ciertamente
los reinos de la noche
ciertamente tardes o mañanas,
domina ciertamente habitaciones frescas
o espacios vastamente abiertos,
vastamente inmensos
o luz que pone en claro la hermosura de los cuerpos,
los regresa al origen de las cosas,
el zumo del principio,
el agua vegetal que dio origen a todo
y se debate en un aire entusiasmado,
flama y flama o tempestad

que ruge con su ardor friolento,
diversidad de alturas entre cristales de la noche,
sol oscuro desde una tiniebla que fulgura
y se alza al infinito,
velación de sombras con guitarra al fondo, triste,
o canción que se canta en voz muy baja
y música
como una espantadera de fantasmas ruines
o escombros virulentos.

(Crepita casi todo o cruje o cae de modo amenazante
como ladrillo que presiente su caída en el Mal
y se estremece pensando en la frialdad que suele provenir de los
espejos cuando quedan ciegos
y sólo oyen crujir las imágenes que se quedaron
encerradas dentro,
y dan de voces pidiendo por favor que las encierren
a la luz del día.)

No crujan, Cuerpos,
chirrien
o bajen el velamen y absténganse de navegar
por mares de alto riesgo,
deshabítense y sean, mejor, no-cuerpos,
no-volúmenes bellos pero un tanto indecisos,
casi escalofriantes
que, a veces, echan lumbre
o portan las navajas que hacen que la piel se vuelva
de alambazón torcido, cruda espina o lámina cortante.
Mejor tampoco chirrien,
guarden beatífico silencio o despídanse en forma mesurada,
sin muchos aspavientos,
sin agitar las manos de manera que todo el mundo se entere
que se van,
sino sesgados,

sosegados,
casi ocultos,
con la pena de dejar morir a los ahogados
sin ningún socorro,
ningún auxilio espiritual que los conmine a bracear
con mayor fuerza,
mejores modos de ascender al cielo y tañer
las campanas de la gloria,
las excelsas y virtuosas damas con alma de querube
y terror ante la vida depravada,
los beateríos que miran, recelosos,
a los huéspedes que llegan
con su botella de mezcal y sus canciones tristes.

La lujuria, Cuerpos, la espléndida lujuria,
lo público como expresión de la ternura,
bautizo del comienzo,
ceremonia que arranca del invento del mundo
y del principio de los cuerpos,
este amor,

este cuerpo que arde entre las brasas,
esta orgía,
este aullido que viene de la entraña
con algo funeral sonando adentro,
muerte y vida,
resurrección y desencarne forman círculo
que se abre hacia lo intenso de la esfera
pero regresa al círculo y sigue su curso de ida y vuelta,
de regreso y fuga al movimiento pendular

que lo hace seguir vivo,
muerto,
cadáver traqueteante que agoniza siempre
como un distante territorio de penumbras que lo invade todo
o memoria tan fiel
que se anticipa a la memoria y duele cuando suenan cuerpos
o los metales irradian entusiasmo,

brillan cuando la carne ennoblecida llega al paraíso,
 fruto prohibidísimo,
 el *Bien* y el *Mal* como enemigos mustios pero, en principio.
 fácilmente conciliables aunque, al final,
 de todos modos comience la *Caída*,
 los ángeles expulsos
 sin manera de encontrar jardín que los acoja
 y les permita beber una cerveza fría,
 y una cortante sierra les desmenuce las alas
 en pedazos chicos
 y los haga arrepentir de sus desmanes lujurientos
 y les ponga ruedas que rueden a partir
 de una cuadrícula espantosa
 y los convierta en pequeños adefesios sórdidos
 que claman por los cuerpos y contestan los córvidos
 signos guturales que se unen cuando alguien
 quiere hablar por medio del espejo
 con el gemelo que casi nunca da la cara cuando le hablan,
 pero se sabe que cuida las puertas del infierno
 para impedir el paso de impurezas,
 las formas congelantes que promueven
 la perdición paradisiaca
 y el caminar hacia el exilio y su destierro propio,
 su exiliar constante,
 su torva posición de estar cada vez más lejos,
 más ausente,
 como un exilio que se exilia hacia sí mismo
 y quiebra sus juntas
 y persigue al *otro* que *no-es* pero tampoco *es* y se acorrala a
 la neblina
 como si fuera el *ser* del absoluto que logró
 la abolición de todo
 pero dejó el canto de los gallos que despiden duelo
 con poca gritaría,
 voces quedas siniestramente acordes
 con el paso mortífero de los caballos blancos,

las guirnaldas rojas como un brillante catafalco roto
o estatua que camina de modo atrabancado
y suelta
sus trozos de dolor como quien deja caer sus corcholatas
malheridas
por el miedo de no verse reflejadas en un espejo oscuro,
un corte de la luz que zigzaguea
y se apaga en su breve recorrido
y deja a los fantasmas sin ningún pretexto válido
que les permita socorrer a náufragos,
sacarlos del insomnio en que derivan en torno
de los cuerpos
y atraerlos al Mar de la Misericordia
y dejarlos en paz consigo mismos,
otras aguas en que el demente busque la cordura
y no la encuentra,
pero encuentra a los gemelos inmersos en su doble juego,
el irredento perdedor que casi siempre gana
pero al que el otro le roba la victoria
o batalla de insólitos demonios que apacientan cabras,
bárbaras lujurias que traen desolación que desbarata todo.

Pero la espléndida lujuria
sigue y bate palmas,
grita de alborozo jugando a la inocencia,
tomando en serio la inocencia como producto inocente
del deseo que la carne inocente de mujer despierta
como la ilimitada condición del sueño
para sentirse que es dominador de carne y de deseo
y embarcarse en la gozosa construcción de lo deseado,
lo público exclamante como dación de vida,
de certeza de que las cosas y los cuerpos son verdad
en un momento dado,
pero después se evaden,
huyen o conforman formas indistintas, tenues,
perdidas en el tiempo

o en un difuso espacio que pierde material a cada instante,
no deja sedimento,
casi acta de defunción o monumento funerario
que no recuerda nada,
pura masa pétrea inconvencible, envuelta en su rencor,
inútil lápida,
estatua que se va desmoronando por su propia culpa
y deja que su bulto se corra por la tierra,
roa la tierra,
catequice cuerpos secos,
árboles tronchados,
virutas que quedaron de un señor que traspasó la noche
y fomentó la destrucción de los insumos que producen
cuerpos nuevos,
artilugios varios que ensamblen el amor en moldes fuertes,
con tornillos recios,
tuercas que no se dejen conmover por causa alguna,
distorsión alguna o torcedura en los esguinces del que bebe
alcohol
a la manera del sediento que pretende encontrar la salvación
por el camino largo,
la senda espirituosa que condena al espíritu a vagar
eternamente
con las manos repletas de agujeros,
la garganta hecha una coladera por la que el buen licor
espiritual escapa a chorros
y el sediento clama por más licor que purifique sus entrañas,
limpios almarios llenados por lo hueco
que los huecos dejan cuando parten y todo es cabalidad
de lo que es informe,
certeza como ejemplo de una sujetación a nada
o ruptura de los nudos que intentan mantener a las juntas
juntas sobre suelo firme
o escalera que no sube pero tampoco baja,
se mantiene a sí misma como escalera sin oficio alguno,
cosa inútil,

pero con algo de elegancia en sus modales tiesos,
el rostro fracturado y los muñones con sombrero alto.

Un desastre,

y no hay cuerpos que se enteren de que la lujuria
sigue entusiasmando a los metales
y regresa hecha círculo o esfera lujurienta,

ávida de goces, como boca que appetiza cuerpo entero,
lengua que recorre cuerpo entero
como exilio que comienza pero no termina nunca,

cuerpo que devora cuerpos,
los mastica como corporidad de cuerpo entero,

denso,
carne tibia, dulce, pero ligeramente amarga por la huida,
huidez del cuerpo amado que se fuga,

escapa de modo irremediable,
fantasma y, luego, nuevamente cripta,

espejo en el desorden de lo ido
y reordenante en lo que queda de los huecos que resuenan

desesperadamente a hueco,
lo vacío.

Chirrian cuerpos o se oyen crujir muy esmirriadamente
los huesos de los cuerpos, o se escrituran textos

[para el viaje,
poemas para la hora en que el mezcal barbota su nostalgia
y el asesino de fantasmas ronda.

Ascesis de los cuerpos lujurientos ya compactos,
ya en salvación con toda su pureza intacta,
neblina siempre y cuando la neblina baje y se despida,
lengua enfueguecida caerá sobre fogosos cuerpos lúbricos
como proverbio bíblico o anunciación de tiempos

felicísimos,

cuerpos en el lubricio
(puro aceite puro, puro aceite, puro aceite puro),
estampación de vírgenes que claman en lo eterno,

cuerpo casi místico,
signo y canto como una inacabable letanía,
o lúbrico como categoría de la existencia,
la lujuria como revelación de lo insondable de los cuerpos,
lo misterioso de los cuerpos,
el amor como encarnada nacencia de otro mundo,
cuerpos como belleza prácticamente inencontrable,
pero fuegos arden,
quemán,
gritan.

¡Aleluya!
(Grave ornitorrinco virtuosamente casto
frunce el ceño y gruñe,
pero aplaude.)

EL SUICIDA Y LOS PÉNDULOS
(CUERPOS TRES)

*A Carlos Mapes
y Catalina Pereda
y a todo el equipo de Conaculta
que dejó sus ojos en la hechura de este libro*

I

Cuestiones que estremecen,
que sacuden las viejas tapaderas
que se abren sólo para poner a remojar
en los vinagres rancios
las heridas que son como rescoldos que se asientan
en el fondo del fogón y no se mueven
por más que los cuchillos intenten rescatar
las bienandanzas que quedaron olvidadas en alguna parte
y quedan como un remoto aprendiz de los desastres
que todavía no llegan pero vendrán sin duda alguna,
sin remedio alguno e inevitablemente golpearán
en las persianas
que recuerdan que ya es hora de olvidar
lo poco de los cuerpos
que aún guardaban sus polvosas formas primitivas
pero es urgente ponerlos a colar si no se quiere
que se oxiden
las pequeñas coladeras ínfimas que casi no soportan
ningún peso adicional de recuerdos
que no sean precisamente útiles o sirvan para pegar
la piel del que está a punto de verse desollado
en este eterno retorno hacia las mismas destrucciones,
que aparecen cuando un cuerpo escapa
de su propio cuerpo,
escuece fuga,
ladra en estampida,
se oye la ladrada,
lejos,
los ladridos lejanos del cuerpo que se escapa,
huye,

188

como aproximación hacia una muerte queda,
leve,
pero muerte, al cabo,
terminación de los huesarios en pequeñas urnas
o cajas de cartón fácilmente armables,
desarmables, según el uso que se quiera darles,
tratarlos como asuntos de endiablado entendimiento,
o desgarrones que no encuentran el modo
de volver a unirse,
esqueletarse que funciona nuevamente
y sigue, fiel, al que se fue siguiendo la ladrada
que se acerca,
en la medida en que él, en tanto que se aleja,
está cada vez más cerca de lo lejos,
más distante,
más afuera de sí que el que se fue buscando
un puesto de socorro,
porque creyó que aún podía salvarse,
pero sólo encontró semáforos que apenas balbuceaban,
hombre al agua y su resuelta decisión
de no buscar la trascendencia
sino quedarse en medio de la calle,
atarantado,
tiritando,
frioleras del que se bebe su aguardiente
y añora viejos tiempos,
entre la duda de si ir o si quedarse,
no quedarse,
corre en círculo pero no hay regreso, todo se prosigue,
sólo el agua que lo cura casi todo permanece,
pero no resuelve nada,
lo complica todo,
la oscuridad de las regiones demenciales,
los cuerpos que se pesan de manera abstracta,
ingrávidos,
algo perdidos en su afán de trascender,

hacerse otros de modo radical, más lívidos
o ágiles en sus maneras de acercarse o quedar lejos,
 menos símbolo y más apetecibles,
más cuerpos que ilusión corpórea pero sueño, también,
la pura imagen que gravita sola
o flojedad de lo que llaman espíritu en suspenso
 y vuelto hacia sí mismo,
amortiguado y propio en su propicia propiedad amable
 e impropio, al mismo tiempo, en tanto ajeno,
trascendido, sin saberlo y sin querer estar inserto
en la ebriedad que da lo trascendente
 sino volcado hacia su propia mismidad,
su razón ética que puede ser, también,
 una moral muy poco moralista,
casi disoluta y nada predispuesta
 a escuchar sermones laicos
o cursillos de avanzada teología que señalen
la inconsecuencia de no querer que la noche se distraiga
en otros menesteres que no sean la salvación del alma,
la pérdida del alma en la demencia que regresa, ebria,
 después de las orgías,
al espejismo que el espejo ofrece
 como memoria de los cuerpos
y de la anchura de las vías terrestres,
los caminos que no unen los opuestos círculos
 donde radica el miedo
y la noche que ofrece las llameantes furias
que galopan en torno a las esferas y los cuerpos
como un destino que parece cierto pero es muy poco fiable,
se asegura de que amor viaje con uno
pero no avisa que el amor escalda y abre huecos
y, entonces, se apresuran los vacíos a desmontar lo lleno,
 llevárselo a otra parte,
reubicar los cuerpos en otras lejanías distantes
 a las que nadie es capaz de dar alcance,
abordarlos como se abordan los navíos a base de

osamentas que no hablan
 pero imprimen manifiestos de contento,
 cantan,
 saludan buenamente a las campanas con pedidos leves,
 no que chirríen,
 no que extiendan las sábanas mortuorias
 sobre los púrpuras luctuosos
 ni que se ajusten el esternón o las costillas
 en su exacto mapa topográfico,
 que no crujan
 o semejen cuerpos que penan por el mundo
 como ánimas dolidas o cuerpos no existentes,
 cuerpos muertos aunque cuerpos vivos,
 un tanto estrafalarios
 y guardados en sus verdes escafandras balbuceantes
 con un lenguaje como vuelto del revés
 que dice nada desdiciendo todo,
 mascullando todo como una dentadura
 que perdió sus dientes
 y nada más farfulla a silbatazos *sís* y *nos*
 sin orden ni concierto,
 por gustos o disgustos silbando sus silbatos
 de púrpura magenta y sonido duro,
 sus plumas amarillas que gritan cuando el viento llega
 y empieza a desplumarlos,
 crispando los vocablos como máquina
 de agujerear lenguajes
 y volverlos guijarros afilados que rebanan carne seca
 o mecheros que no alcanzan siquiera a musitar
 su condición patética de cuerpo descuerpado,
 cuerpos solos que se olvidan de ser cuerpos
 que son ilimitadas extensiones vastas
 que difunden su calor por lo árido del mundo,
 lo ilimitado de los cuerpos y su expansión corpórea,
 que ocupan su lugar en el inmenso espacio,
 la vastedad de cuerpos en pleno desenfreno

como desatamiento de los nudos
con que el tiempo asfixia lentamente,
lo comprime todo
desgarra las junturas,
cierra muslos como abrelatas en estado de desfase crónico
cuando debiera abrirlos,
penetrarlos,
condiciona senos a un estado de sequía absoluta,
disecciona vientres como si fueran
uvas pasas que están fuera de servicio,
hiende caras,
rostros que alguna vez fueron objeto de ternura
y son espléndidos muestrarios para una exhibición privada
de los daños causados en la carne,
desencarne más bien que crea la angustia
del que contempla los despojos,
el árido desierto que se extiende, inacabable
y deja la certeza de estar en una extremaunción adelantada
pero servida con cerveza tibia
o agua sin idea de salvación alguna
que predica la embriaguez como camino
de quedarse quieto,
no a las alturas celestiales
porque ahí la palpación de cuerpos está prohibida,
cuerpos que se abren,
se repliegan o se cierran o caen en pasmo adusto
en circunstancias que les son adversas
y se esconden en la orfandad del agua,
lo insondable del agua
que es como un señor que canturrea tristísimas canciones
y divaga sobre cuerpos que nadie sabe
dónde puedan encontrarse,
más allá de un sueño que se sabe vidrio roto
—y brama,
huye furiamente,
desmedidamente suena a furia

pero que olvida cómo debe asirse de algo
cómo seguir como memoria que resguarda
la historia de los cuerpos,
su paso por el mundo y su entrada como materia
de este poema que se llama *Cuerpos*,
y que quisiera ser un intento de sacarlos del olvido
y traerlos nuevamente a otra estadia terrena,
otra vida,
un perderse sin perderse por completo
en vericuetos de locura en busca del amor perdido,
la luz lucífera,
llameante ardor que quema entre la hirviente vaharada
que sale de los cuerpos y deja este vacío
tan lleno de rancias humaredas,
de círculos que se encierran en sí mismos y se asfixian,
se degüellan,
miran con ojos de rencor o se convierten en barcos
que se ahogan en una lenta navegación para luctuosos,
para ciegos que quedaron deslumbrados
por los ruidos amorosos del mar,
los grandes ruidos que acompañan a la desolación
cuando se acerca
y pide ser adscrita a una memoria fiel
que jamás niegue su abandono
y sacie su inmensa sed en los cuerpos que flotan en lo ido
a una distancia meramente ornamental,
decorativa
excelsitud de los encantos que se fueron a otra parte
donde los cuerpos se entretienen vanamente,
fatuamente,
formas sin nada de relieve,
sin relleno alguno que oculte sus desgajes,
casi informes,
cuerpos en la infamia o en pleno desbalague,
indiferentes,
ya saciados aunque la lengua grite,

aunque el fuego les tizne la médula y el hueso,
o descomponga, de intento, las ventanas y las puertas,
cuadricule los círculos como si fueran triángulos
o dibuje mapas en los que no figuren los nuevos territorios,
islas novedosas que también se hundieron
pero están en la memoria de los barcos

que alguna vez llegaron a ellas,
descubrieron islas,
habitaron islas que, pronto, se quedaron solas,

no el olvido,
porque suenan trombas ahítas de recuerdos suaves,
delicados,

brancos o terribles,
pero signos en que lo eterno guarda la imagen
de los cuerpos eternos,
nunca idos,

suenan como ásperas figuras férreas
o viejos restos de metal que caen como llovizna
que se acaba de repente
pero revierte su intención y se convierte

en cosa encanijada
como durísimo cristal que cree que el estropicio es una
forma amena de dejar que el tiempo
se guarezca en sus costales y devenga esfera,
cuerpo inmóvil,

signo de lo que es perpetuamente quieto,
inalterable,

mera esencia o suposición de que algo hay
que permanece adentro de la nada aunque no haya nada
o sea tan sólo un sólido no sólido
que no pueda mantener guardada cualquier cosa
o no haya afuera pero sí un adentro esencial,
imperturbable ante toda contingencia

o colisión de los contrarios que se cruzan
y causan un derrame cerebral en los adictos
al movimiento acelerado de las cosas

que quieren parecerse a las personas alocadas
que, en general, son bastante inesenciales,
mortajas rimbombantes vacuas y no el sutil,
caballeroso,
elegante mayordomo que se encarga
de cuidar que las esencias no queden atrapadas
en los vicios de este mundo y sigan siendo pura esencia,
virtuosas señoritas de vestido largo
a pesar de sus hermosas piernas,
sus muslos retumbantes,
las delicias que el pecado ofrece a cambio
de una vida calma
y escribir un *Manual de descarriados* que sirviera
de guía óptima
para viajar por los placeres que la carne ofrece,
libelo para insomnes o panfleto apto sólo
para dementes del todo desquiciados,
lumínica instrucción que abre el camino
hacia el conocimiento que los cuerpos
dan con su graciosa levedad difusa,
su aire de llegar desde otra dimensión
a la que nadie ha penetrado nunca,
tierra incógnita,
tierra prometida pero difícilmente hallable
y, de seguro, ríspida,
filuda,
algo sentimental en sus cortes de navaja,
tierna y cruel en el desollamiento del hereje
que persigue a los cuerpos tan deseados pero idos,
tan por completo fuera de contexto que no encajan
en ninguna realidad en la que puedan ser siquiera vistos
a distancia,
palpados, cuando menos, a la altura
en que radican los planetas
y las colas cometarias saludan, brevemente,
a las graciosas formas indolentes

se dislocan,
 se quiebran en pequeños trozos,
 agriétanse los labios,
 desmenúzanse los muslos,
 quebrántanse los senos,
 mueren,
 se asan juntamente cuerpos y veletas,
 se arrejuntan cuerpos contra piel resucitada,
 hornaza con hornaza,
 carne con su almario,
 navegación a lo errabundo
 y dialogan con la sombra del fantasma amablemente,
 fantasma lleno de contento como el vivo acechador
 de cuerpos de mujer
 que sigue siendo un probo ejemplo de demonio libertino
 (pero los cuerpos usan trenes para alejarse del infierno
 lo más rápido que pueden)
 cuerpos bellos que beben vino blanco dulce
 y no aguas tormentosas,
 no gasolina que acelera la inclinación de la demencia
 a desollarse sola
 y volverse más demente que el demente
 que la usa como una protección
 contra los pararrayos que desvían la lujuria
 hacia sectores que padecen extrema rigidez
 en los músculos faciales
 y evaden el mirar de frente a cuerpos en estado de jardín
 bajo reciente lluvia,
 se vuelven ellos mismos humedad
 que airea el alma de los pobres peregrinos
 que se extinguen de manera súbita,
 igual que la extinción de los tranvías,
 aunque los cuerpos usan, todavía,
 (al menos en el poema dedicado a ellos), trenes lentos,
 pero sí en los delirios del orate que ora
 para que vuelvan junto con los cuerpos,

pero no hay regresos,
(la lógica lo impide a tiro limpio
pero la poética lo acepta también a tiro limpio
todos mueren de hipocondría aguda,
locomotora que casi no respira pero bufa
como un endemoniado que no quiere llegar al cielo
y se duele de su propia mansedumbre hacia lo oscuro,
lo nocturno, cuando ocurre un corto circuito repentino
y lo lunar aparece a medio día
en la trasnoche de los cuerpos,
en el trastrueque de la imagen que modifica
su lugar en el espejo
o salta de un espejo a otro y luego a otro
o se introduce en el zaguán donde se arman los espejos
y se inventan las imágenes de rostros de mujer
que, después, uno hallará, como consuelo,
en las partes externas del espejo
como si fueran reales objetos transparentes
que atraviesan el frontispicio indispensable
para que los cuerpos cuenten con un refugio confortable
en el que exista formalidad hacia lo dúctil de la imagen,
lo moldeable que puede ser cualquier imagen
a la imagen que uno mismo quiera o necesite crearse,
propio sueño que se sueña en lo profundo de la imagen
que se busca pero no se encuentra,
lo inhallable,
la condición inmaterial de los espectros
que no pueden verse reflejados en ningún espejo,
por mucho que se esfuercen en mirarse no se encuentran,
se palpan pero no se miran,
no se ven como estructura totalmente constituida,
quedan sueltos,
laxos,
como cuerpos o una exhalación que pasa
y sólo titubea un instante entre quedarse
o seguir con su carrera,

sigue,
desbaratada la intención de ser en lo profundo,
soñar en lo profundo de los cuerpos de agua,
cuerpos liquidales,
agua que chorrea su luz como estampida de mangueras
prontas a extinguir incendios,
contener la dureza de las furias cuando lleguen
y tomen por asalto los dormitorios que ya no habita nadie,
a nadie se oye resollar en los vacíos
que hay en las paredes huecas en fuga permanente
de lo que queda de los vidrios,
más allá del fuego y después de los eclipses
y los dientes que están fuera de lugar
y asustan a los muertos
que asustan a los vivos cuando tienen los dientes
fuera de lugar y ríen,
se carcajean en las fronteras con lo ácido,
los límites mundanos y el resistol como única manera
de juntar tanto fragmento,
tanta capacidad de convertir la luna en escombrera
y los escombros, contrahechos,
que acarician labios lastimados,
luz apaciguada,
vasta lumbre inútil para encender
el fuego con toda su violencia,
vasto jardín abandonado con un temblor levisimo,
como una golondrina que olvidó su vuelo
y aprende en forma práctica su ahí quedarse,
ser tiniebla o parque estremecido por los pasos del amante
que cavila en su infortunio,
no volátil forma que anochece pronto,
se levanta tarde como un sueño
que se aleja en busca de sí mismo
y no regresa pero encuentra su orfandad
y se refugia en ella,
su infortunada ineptitud para afrontar la lava

que se extiende y que crepita y que arde y canta jubilosa,
canta con expansiva formación de ave
que llega de los cuerpos
que son como las cúpulas que tienen tirria al pánico
en su forma de caballo,
plena fiebre,
pura especulación sobre el beso y la caricia
(caer enamorado,
caer enamorado),
lo extrínseco y lo intrínseco,
la esencia de las cosas y los cuerpos,
la cualidad de lo admirable del ciclo de la lluvia
y del amor como cuestión fortuita que siempre llega
y rompe los anteojos en su obsesiva medición
que alcanza más allá del tiempo,
lo trasciende y lo convierte en algo lento, apaciguado,
como si no pasara nada,
como si todo se quedara estático,
inmóvil,
detenido,
pero voraz devorador, no obstante, de ojos,
manos,
piernas,
senos,
nalgas,
en un detenimiento de los cuerpos por el tiempo
y de las formas adoptadas por los cuerpos
mordidos por el tiempo,
febrilmente devorados por el tiempo
a magullones limpios,
golpes recios,
ciclos de cordura y ciclos de demencia van y vienen,
hunden o son causa de terribles accidentes
que llegan de los cuerpos esplendentes,
que deslumbran,
que otorgan salvación o condena irremediable,

de hundimiento del ser,
y lo existente abocado a los derrumbes,
vocación suicida,
la muerte como pasto que se troncha,
como desierto que camina a grandes pasos,
inexorable desertificación del mundo.
como habitáculo posible,
morada eterna para ciegos,
para desesperados del espíritu,
personas que extraviaron el camino recto
y nunca hallaron otro, correcto o incorrecto,
inadecuado o adecuado a los fines y propósitos
que cada quien persigue en este mundo
aunque nunca los consiga,
no en el otro mundo donde nada
se encuentra que valga la pena perseguirse,
exilio sin final,
sin límite para dejar insatisfecho a todo el mundo,
sólo caer hacia lo más oscuro de lo oscuro señala la victoria,
lo radiante,
lo que es cuando dejó de ser lo que era y ya no es sino
ninguna cosa,
haber tenido alguna forma y encontrarse con que ya no hay
formas disponibles,
verse en el espejo y no verse reflejado en el espejo,
pero todo sigue igual,
idéntico a lo de antes,
lo de siempre,
fidelidad a lo que fue, lo ido,
lo fantasmal que custodia a los gemelos,
las órbitas distintas que se estrellan,
se machacan,
diversifican sus ofertas de conflicto,
su propensión a interrumpir el paso del gemelo que camina
en dirección a la hechura del ente original que salió
del vientre de su madre sin ninguna copia,

los ritos del entierro y lo que sigue a la resurrección
 de los espíritus
 los inicios del *Todo* y de la *Nada*,
 la búsqueda de las primeras formas,
 los cuerpos que comienzan apenas a formarse
 (neblina que llega de neblina jadeo contra neblina,
 neblina que jadea, amorosa)
 constituirse,
 lenta edificación
 fabricación continua elaborada lentamente,
 suavemente,
 de cuerpos como pasta suave,
 carne con especias,
 carne buenamente aderezada,
 tierna,
 agua que se crispa al ser tocada
 casi como una conspiración para lo bello,
 patética hermosura,
 cuerpos en voluntad de ser forma lumínica,
 ecuestre por lo ágil,
 lo ligero,
 verbo sonatadamente azul como madera estremecida
 por el viento
 o címbalo que suena aéreamente
 cuerpos de aire o eco que se sueña cuerpo en ansias,
 cuerpo satisfecho,
 distintos,
 cada uno siendo otro pero siendo uno
 cuerpo *Uno* pero carne propia,
 flexible a las solicitudes del espacio,
 el devenir del tiempo,
 la constante transformación del círculo en esfera
 y de la esfera en símbolo del mundo,
 en elevada cantidad de noches que se aquietan,
 manos que deambulan con una leve temblorina
 entre los dedos,

paladearlos como cuerpo vivo,
 cuerpo enamorado pero cuerpos-sombra,
 casi potro arisco que galopa por los páramos
 donde habita el hielo,
 deshabita una ternura que se deshace con el frío
 corriendo por los túneles por donde corre el viento,
 los amorosos túneles que corren como un ferrocarril
 y solo,
 sin sus rieles,
 sin memoria,
 sin pasaje,
 sin agraciadas señoritas que se alcen el vestido
 y muestren sus encantos
 a caballeros deslumbrados por la luz corpórea
 y en procura de ser embalsamados
 con esa suavidad tan exquisita
 que sólo dedos de mujer pueden lograrla
 y nada, sólo un ferrocarril maltratado por el tiempo,
 pero que habla de desastres,
 de confesiones inauditas sobre cuerpos
 que fueron y vinieron,
 labios que parecen cirios que asemejan sombras
 que pastan en la noche,
 cuerpos bajo la bóveda nocturna,
 el espaldar nocturno cayendo sobre cuerpos que se crispan,
 desbaratan lunas,
 justifican el júbilo del mundo,
 se acomiden mundo,
 cántico en procesión de las costumbres amatorias,
 de jubilar las heridas y el destrozo que se va quedando,
 el funeral del que se ahogó en la noche,
 zozobramiento del luctuoso,
 perplejidad porque el insomnio abre los ojos grandes
 y se espanta de los ruidos,

pero también se espanta del silencio
 y del ruidero que se causa por culpa del silencio,
 la súbita deformación que sufre el trueno
 cuando lo alcanza el rayo,
 y lo deshace y el sonido trombona en su pesar profundo
 de amartelada caracola,
 ceniza con diabetes,
 mujer devotamente desnudada,
 o ferocidad de los diversos contendientes
 en un pleito cerrado entre ilusión y forma,
 ensueño y sueño de verdad,
 reparador como vela desplegada adentro de un torrente
 capacidad para el enfriaje lento pero firme,
 a plena voluntad pero de modo frágil,
 como se erige un círculo para soldar la *Nada*
 y guardar adentro un cuerpo de modo duradero,
 mordisqueable a ciertas horas de la tarde
 como el azar o las ventanas rotas cuestionadas
 por su dudoso origen,
 su miedo a lo licuado,
 su ser primariamente de cemento,
 luego, noble maderamen,
 luego vidrio,
 luego, esquina,
 luego, cruce de calles donde cada cuerpo
 se arrumbó a su calle,
 y fuese, como si fuera la impropiedad de la demencia
 la que parte,
 la inevitable carga de neurosis en cuerpos
 con algo de manías llevadas dulcemente,
 resignación llevada hasta el extremo
 por la que tizna el agua,
 cuerpos-llaga,
 mujer muy semejante al recuerdo de una llaga,
 como rescoldo que abusa de su olvido y quema,
 mujer envuelta en la modosa clausura de su cuerpo,

el aislamiento de su cuerpo de mujer que irradia luz
 desde lo más lejano de su cuerpo
 y atrae sobre sí la atención de todos los dementes,
 los inquilinos del averno y sus pasiones sumamente bajas,
 sin mucho por hacer
 sino llevarse bien con su perenne mala suerte,
 la del tambor maléfico y su lumbre de azufre atormentado
 que deslumbra a los demonios que buscan la lujuria
 alumbramiento de demonios algo ásperos, que muerden,
 mientras arañan sus recuerdos,
 que utilizan como una explicación del llanto
 que aparece cada vez que un recuerdo
 se asoma a la ventana
 y ve que todo está color de vértebra lumbaga,
 un púrpura siniestro que no cesa de gruñir, amenazante,
 que los cuerpos exhalan una punzante dejación de olvido
 cuando cada uno encuentra su porción de espejo
 y se distancia de toda forma dada pero finge acercarse
 a lo que está detrás de los manchones blancos,
 su experiencia,
 el mundo del despierto con sus ojos que no miran a nada,
 que dan a lo vacío,
 la apropiación de lo que es pero no existe
 o se acabó sin decir que se acababa
 y sin que a nadie le diera un vuelco el corazón
 ante el final del *Todo*,
 mundo que concluye,
 cuerpos en proceso de ampliación de bienes
 pero poco generosos con sus dádivas
 a fin de incrementar el furor de las fogatas,
 e ir como cremando al tiempo,
 incinerar al tiempo espolvoreándole ceniza
 al cálculo del tiempo,
 a su enfermiza obsesión de no dejar que escape
 ni un segundo,
 una fracción mínimamente milimétrica de un segundo

que le permita, tan siquiera, descansar un rato
y olvidarse de su afán persecutorio y autorice
que los cuerpos permanezcan íntegros,
sin signos de desgaste,
sin violencia pero violentamente derribados,
cuerpos que se asan acosados por gacelas
o gacelas que se asan bajo un brasero frío,
mordidas por los cuerpos que se ajustan
a la fracción de tiempo que les ha sido concedida,
adentración de la madera en ser astilla
y de la astilla al pasto
y del pasto volcarse a lo que está vacío
pero completamente inmerso
en lo disuelto de las formas diminutas que se hacinan
en su constante frotación consigo mismas,
todo es vano o ilusión de que los cuerpos existen
por sí mismos en lo profundamente hueco de los cuerpos,
cuerpos como hueco donde otro cuerpo cabe,
se entromete como cuerpo intruso,
cuerpo con cierta determinación demente de ser otro,
conciliación irrealizable,
adictorio modo de *no-ser*,
pero seguir jugando a los espantos,
salvar lo que no tiene manera de salvarse
y continuar en la jugada,
nueva formulación para difuntos que llegaron
con el último tranvía,
requisitoria para llegar a la huesiza sin esperar
a que la carne se deshaga sola,
se compacte pronto en una bola de grasa rodadora
de amarillo bilis y dispuesta a descifrar enigmas,
acertijos que un muñeco parlanchín
plantea sobre el origen de la carne
pero mirada a través de los humeantes signos cabalísticos
que ofrecen solución a los misterios
que los cuerpos guardan con recato,

condición lejana,
alborotada,
casi esferas
o datación original de la belleza como mundo
que apenas se inaugura,
recién abre las compuertas,
se ilumina,
sueño que se sueña que se vuelca
sobre cuerpos desbordados por la sed,
en posición de musgo o suave golondrina que aletea
pero se queda quieta,
pura atmósfera en pleno nacimiento,
en juventud radiosa,
estatua en alto rango de la sangre,
la sonrisa,
lo leve de los cuerpos cuando se palpan acaso turbiamente,
acaso anaranjadamente,
cuerpos como un ancho vestíbulo
de hospitalarias contricciones,
de carne algo arrepentida de su noción de culpa,
su ácida vislumbre de que pecar, después de todo,
es algo generoso y amargamente dulce,
cuerpos con noción remota de que el *Mal* no existe,
el *Bien* tampoco
(en realidad, es casi nada lo que existe)
corporidad que se administra de manera amable
como porción pequeña de agua
o luna en condición desorientada,
con rumbo al desconsuelo,
la indiferencia ante lo amargo,
el camino a la feroz desesperanza,
cuerpos en lo quemante de la angustia,
la cal viva,
la certidumbre de que el espejo esconde alguna maravilla,
una porción de asombros,
algún obstáculo imprevisto como un cadáver

bailando en un transporte público
o un amanecer en el que el sol desaparece a mediodía,
sueño que se queda viviendo en tiempo ido,
tiempo que recoge cuerpos
para guardarlos en un depósito de hielo
y los inscribe en lo nocturno,
los sitúa como fantasmas que rotan en la noche
con el rostro congestionado por la ira
por no poder girar más rápido,
hacerse mas espesos,
más como una lápida o enterramiento que mera despedida,
la soledad de los tabiques
cuando empiezan a fallar como sostén del mundo
y sienten que su vida útil se termina
el advenir —como le dicen de manera amable—,
que se acerca con cierto aire de animal acuoso
y mira atentamente como quien sabe
que nada de lo que haga o diga es cierto,
pero es inevitable e inexorablemente
derriba las paredes y se lleva todo lo que encuentra
adentro/afuera
porque sabe que *Todo*, aunque imperfecto,
puede ser, posiblemente, perfectible, pero da lo mismo,
porque está sujeto a radicales consecuencias
derivadas de la técnica,
la criogenia,
la enfermedad que aqueja a lo friolento
y lo vuelve un sujeto vulnerable,
un tanto timorato e indeciso en qué actitud tomar
ante los hechos
que cambian de escenario demasiado rápido
y no hay manera de saber sus nombres
ni el para qué demonios circulan por el mundo,
no son cuerpos, luego, estorban,
ni les importa la trágica secuencia de los hechos
que llevaron al crimen de la imagen,

para recrear de nuevo aves inmersas
en la unidad osamental que dura eternamente
y siempre viaja sola,
rechaza compañía y se vuelve espectro inalcanzable,
mujer también inalcanzable y algo melancólica
vestida de color azul desastre
o lámpara que cuelga como bártulo que cuelga
de una pena que cubre el infinito y lo infinita más,
según crezca el tamaño de la misma pena,
cuerpos en lo específico,
considerados como algo que se instala
en lo perpetuamente ido y ahí se queda,
jamamente devueltos de manera entera,
formalidad en los asuntos que afectan la memoria,
en lo que atañe a lo corpido que cada
cuerpo trae consigo,
la abstracción del mundo material
al lado del mundo inmaterial,
pero superfluamente visto como algo
que carece de importancia
pero que es conveniente recordar de cuando en cuando
así sea de un modo un tanto irreflexivo
con respecto a la manera de plantear algunas situaciones
que pudieran causar la irritación de cuerpos y de cosas
y entraran en conflicto con la paz de que goza el universo,
una sana intención casi doméstica de replantear
las diferencias existentes
entre un cuerpo de verdad
y un cuerpo meramente imaginado
y los objetos, reales o ficticios, que rodean su entorno,
las propiedades físicas y metafísicas
en que los cuerpos basan su desdén
a los acelerados esfuerzos del amante
que pretende lograr que los contrarios se comporten
de una manera comedida
y, al menos, respeten los pasos fronterizos que permiten,

en términos estrictamente metafóricos,
 librar de obstáculos que parecieran insalvables a un amor
 que casi siempre lleva las de perder
 teniendo enfrente al desamor que todo el tiempo
 está al acecho en las regiones más heladas de la noche,
 los fríos invernaderos en que habita un terror espeluznante
 que se encarga, con sus sucios métodos,
 de acalambrear cualquier intento de forzar al sueño
 a derramarse afuera de su propio sueño
 y convertirse en una realidad alterna,
 una viabilidad más decidida
 a comportarse de manera que se cumplan los deseos
 satisfactoriamente
 y no se imponga la terca realidad con sus continuas dudas,
 sus caprichos que no hacen sino crear problemas,
 no generan ningún volumen sólido corpóreo,
 ninguna laxitud en lo que atañe a la venida de los cuerpos,
 no su errancia,
 sí la exultante exclamación ante lo aéreo,
 ante el viento que corre, desatado,
 libre,
 como oxígeno que se obsequia a moribundos
 que padecen enfisema
 o agua santa para uso exclusivo de sedientos
 a los que el alcohol deja aún más sedientos,
 cuerpos espaciales desalmados como el propio espacio,
 difícilmente asibles,
 llevados por el tiempo y su historial que viene
 desde hace mucho tiempo,
 cuando no había cuerpos
 y el tiempo ya tenía una experiencia dolorosa
 en cosas de la vida,
 en decepciones amorosas,
 en diversos asuntos que a cualquiera le mueven la sesera
 y los huesos como locos sujetos de la Historia
 que recién entonces comenzaba a darse

conformando laberintos o jaquecas,
angustias en mitad del pecho
extensa variedad de sufrimientos,
satisfacciones pocas y apenas delineadas,
como los grumos espesos del café en que los adivinos
escrutan el futuro de un mundo que se supone satisfecho
pero en duda de su real carácter,
felicidad en entredicho,
lo fortuito, más bien, en lo que viene,
lo que no se sabe,
el mero azar que realiza sus jugadas seriamente
y cuenta a su favor con las mejores cartas,
con su audacia impertérrita ante toda circunstancia
y visitante asiduo a los panteones,
las casas amarillas,
los teatros de color rojizo sin persona adentro,
sin un cuerpo que vague por la escena
en diálogo con otro cuerpo,
y dirija su mirada hacia el espectro de la luna
y no sonría en dirección al corredor
que recorren los fantasmas
que viajan en un ferrocarril fantasmagórico
que va de un túnel donde sopla el viento
a otro donde las caracolas suenan sombríamente,
vagamente se dejan carcomer
por una voz envuelta en un escalofrío que llama a nadie
y alguien le contesta
y se entabla un diálogo amoroso favorable
aunque jamás se explica
que no hay razón alguna para el llamado,
y menos aún, por la respuesta,
que está sola,
que nadie la acompaña,
aunque esto puede ser que está en muy buena compañía,
un seguro de vida que prevenga de tanta angustia
y tanto sufrimiento

que abunda en las grises covachas
que carecen de alumbrado público,
siempre oscuras como secos lagrimales
que intentan descifrar los signos escritos en el polvo
por un demente que creyó que la escritura servía
para salvar su alma de los rigores del infierno
y encontrar a cuerpos,
las yacentes escrituras de un éxodo
que no llevó a ninguna Tierra Prometida,
pero sí dejó cenizas que no resguardan nada,
huellas que se alejan como un vestido de mujer
que parte hacia lo triste y se olvida de lo andado,
indiferente a las pisadas que suenan en su entorno,
la cara avinagrada,
el hielo que palpita y borra toda huella que el demente
haya dejado como señal de su constancia
hacia las formas idas,
su ebria soledad que evoca
el sonar de los trombones cuando guardan luto,
su áspera manera de buscar los cuerpos en su ausencia,
de besarlos a pesar del erizo enfundado en sus espinas,
maneras del maniaco para manifestar su hondura,
su asombro ante los cuerpos que se hunden en sus labios,
se le clavan en las manos cuando roza
los pálpitos corpóreos, que huyen,
se descuerpan
o amanecen fantasmas que se pierden
en el tonel del tiempo,
acto confirmatorio de la ausencia,
de la velocidad con que los cuerpos dejan de ser cuerpos,
encienden las estufas en distantes otredades,
se apartan de la memoria del demente,
de los desastres de cruzar la calle,
subir por las banquetas,
desmoronar los restos de la tarde,
las madrugadas como golpe solitario de campana muerta,

la estación de lo lluvioso y la lluvia que destroza todo,
la violencia como un encendedor cansado de encender
tan sólo fuegos fatuos,
banal incandescencia que no reporta beneficio alguno
de estarse meramente en suspensión
y total falta de equilibrio,
estado de latencia,
de calma brusquedad,
de acabamiento,
de indecisión acostumbrada a mostrarse siempre fría
pero mostrando su mejor sonrisa,
su cara de asidua a los velorios,
la máscara que se usa para casos graves
que requieren de solícitos cuidados
por parte de los cuerpos que no existen
no se encuentran por ninguna parte
por más que se les llame
o se invoque a los espíritus alados que los traigan,
los carguen cuidadosamente
y los repongan donde deben estar,
sin faltar uno,
cuerpos todos,
ferrocarril que se detuvo abruptamente
en medio de la nada, y no había nadie,
no descendió pasaje alguno que trajera memoria
de los cuerpos
o recuerdos de sus distantes estructuras
o fragmentos, tan siquiera, de los ácidos
que acostumbran perder
la compostura cuando se sienten indefensos,
sin noción de su destino,
sólo imágenes,
sólo atención a las goteras que se desprenden
de los techos que fueron incapaces de cuidar el orden
que debe de imperar en las mansiones
que se quedan solas,

como las bóvedas en el instante del desplome

y no hay quien las obligue a sostenerse,
seguir en pie como sigue la falsía de los cuerpos
que siguen como estando

pero ya no estantes como cuerpos
sino como una pesadilla en que los cuerpos
que ya dejaron de ser cuerpos

se aparecen como cuerpos vivos
pero son figuras oscilantes que salen de la nada,

vuelven a ella,
dejan todo plano y nada más que un plano inacabable,
una infinita sucesión de huecos planos que se alargan
hasta cubrir las esferas detenidas

por sus símbolos oscuros,
las muestras demenciales del poder que encierran
los pedidos de impiedad que suelen venir
desde el subsuelo de los cuerpos cuando acaban agrios,
secos,

no como antes de que el tiempo se volviera aplanadora
y asfaltara todo recuerdo de los cuerpos
cuando fueron hermosas formas redondeadas
y no la cantidad enorme de vacío

que se encuentra al acecho en todas partes,
el vacío considerado como entidad palpable,
casi cuerpo o formas neblinales que se alejan,
se vuelven abstracción que arde,

frío que cala en lo concreto
y torna todo hielo como un espejo náufrago

en una inacabable sucesión de espejos que naufragan,
que no termina nunca,

se prolongan en cada espejo que persigue a cuerpos,
los acosa,

los ahoga en las aguas fermentadas

en que zozobran los espejos,
tiempo ebrio perdido en la profundidad de su nostalgia,
su muy particular noción de los desastres,

de lo particular de cada cuerpo amado
pero de modo irremediable ido,
sólo ideado,
reconstruido,
suma de dolencias
prehistoria del amor visto desde la perspectiva
del que corre como un desesperado
sabiendo que no hay lugar para que caiga,
espejo que lo abrigue,
cuerpos que acaban siendo un solo cuerpo inmenso
de mujer,
que se regresa a cuerpos que regresan a su forma original,
múltiples cuerpos que se van/regresan,
se apagan/se iluminan,
aparecen/desaparecen,
huyen,
cuerpos tan distintos como un acontecer de nubes
o de barcos que desplazan la amplitud del mundo,
lo devoran,
divinizan mundo y mundanizan lo divino,
lo sacro y lo profano son la misma historia
que llega con los cuerpos
son el ajuste de cuentas que precede
al estado de quiebra cuando el estado de yacencia
pierde fundamento
y llega el pago de las facturas atrasadas
(las fracturas también hay que pagarlas,
las ánimas envueltas en su yeso,
la osamenta recogida en sus maletas),
las deudas por las culpas improbables
y las culpas perfectamente bien logradas,
muy bien cumplimentadas,
lo plano que se agota y la existencia que camina
sobre una abotagada cuerda floja,
astrosa la existencia como un equilibrista sin red
al que empujan y desciende con toda rapidez

desde los níveos cielos hasta los abajares del infierno,
asilo para orates que ayuntan con cuerpos reciclados,
demolición a causa de distintos extravíos,
fuertes lluvias,
inundaciones de aguas sulfurosas
que hierven llenas de pacatas sombras
que se guardan en hieleras enfermas de diabetes,
tequilas que se oxidan por sí mismos
y anochecen en medio del vapor etílico
que sueltan los azufres cuando están muy solos,
silban como ceremoniosas chimeneas,
tediosos montacargas que se ufanan de contar
con una disciplina rígida,
patinan con entusiasmo de ancianito,
carraspean con ansiedad asmática y mueren, amorosos,
con toda la buena voluntad del mundo,
cierto aire de homicidas llegados de la noche,
rostro feroz pero deliberadamente honesto
como señoras que asistieron a un curso de ortodoncia
y bautizaron hijos,
picaron las cebollas necesarias para llorar
a lágrimas chillantes y guardar luto riguroso,
expedir una atenta invitación a visitar los mausoleos
en que descansan los difuntos serios,
los bailantes crapulosos que se arriesgan
a perder la vida en las confusas alboradas
en que todo permanece neutro,
indivisible,
semejante a su propia semejanza
y sin ninguna seña que lo haga distinguir de cualquier
otro asunto diferente,
los bellos cuerpos ácidos, tan dulcemente amados,
concentrarlos,
amasarlos,
despedirlos después,
saberlos lejos, como absoluta pérdida

o la devoración de las espinas
como la muerte cuando llega sin tocar el timbre,
sin cita previa que denuncie su horror a lo vacío,
su difuso concepto de lo que debe ser el tiempo
(espacio sin volumen, esfera sin espacio,
espacio circunscrito a un punto que se agota
en las carencias rotatorias de lo esférico,
ganancia de lo inmóvil, lo inmutable),
su pánico al silencio considerado como el ruidero
en que se expresan los difuntos,
las lenguas de lo óseo,
la manera huesal en que platican dulcemente
los cuerpos tristemente idos,
finalmente perdidos,
vueltos nada como forma aumentativa de la ausencia
en trance de extinguirse,
pero pasión incontrolable sigue
y rige todo acto del suicida,
todo esfuerzo que pueda conducirlo
a las quedadas estancias del olvido,
los enormes cuartos en los que nadie deja alguna huella,
un pensamiento que pudiera haber quedado inscrito
en las paredes que quedaron sanas después
que los desastres se llevaron todo,
lucha contra sombras denodadamente
pero sombras vencen,
y generan sombra impenetrable,
mientras cuerpos se chamuscan de manera simple,
lenta, pero acaban,
van y vienen como cuerpos derretidos
por algo semejante a una quemazón
que arde entre lo abstracto y no termina nunca,
a una ardición a punto de apagarse le sucede otra
y cuando está a punto de apagarse llega la otra
y todo es como un infierno en llamas
donde se cuecen los difuntos que buscan

condena o salvación irremediable,
gritos del *Ser* que sabe que se hunde y huye
del *No-ser* que lo machaca abajo,
tritura al ente aparential que va como arrastrado
por el *ser* y lo disuelve en amoniaco
que perfora el agua matinal en que quedaron ahogados
los recuerdos,
lo articula en otra espesidad en la que nadie puede oír
los pasos de la *Nada* que se acerca
y cerca todo movimiento para que nadie pueda
aproximarse a los espejos donde no hay olvido
y se exprimen las luciérnagas para que no haya rastro
de la luz que hubo antes de que los cuerpos comenzaran
a irse a un exilio enorme,
hueco inmenso,
con esa particularidad que tienen los objetos
de saberse neutros,
imparciales ante los súbitos gestos del dolor
que no encuentra donde guarecerse,
ser el *Otro* que intenta asimilar la profunda inconsecuencia
que llega de los cuerpos
y vuelve inconsecuente todo lo que dicen o no dicen,
tocan o retocan,
arman o desarman,
trinan o dejan de trinar al mismo tiempo,
porque la inconsecuencia es una dama de ojos tristes
y oscura cabellera
que acostumbra sembrar la confusión
por donde quiera que se asoma
y planta el desconcierto en los pequeños seres
que requieren con urgencia de los cuerpos
que disfrutan con el caos que arma
la insólita requisitoria del demente
que les pide un poco de cordura
y paz para los ángeles que sólo quieren dormir su sueño
eterno sin disturbio alguno,

provocación involuntaria o ejercida con toda mala fe
por parte de los cuerpos que intenten distraer la cordial
atención
que los objetos celestiales acuerdan conceder
a los entes privados de razón abstracta,
sujetos pasionales que se dejan arrastrar
por sus más bajos instintos
y lesionan el prestigio bien ganado de los cuerpos
en mantenerse al margen
de los hechos narrados por un supuesto amante de ellos,
que empezó a escribir para rendirles homenaje
después que lo dejaron
canturreando a solas sus múltiples demencias
pero, en verdad,
vituperó en fea forma los encantos y virtudes
que encarnan en los dichos cuerpos
mientras él buscaba, en realidad, a sus fantasmas,
los gemelos que viajan en órbitas distintas pero chocan,
se atropellan,
se destazan como brutales enemigos,
acérrimos rivales que no pueden soportarse
y sacan el puñal a la primera ojeada
con que uno contempla a los restantes sujetos
que actúan desde la sombra y sus filudos dientes,
sus máscaras sangrantes que amplifican sus ofertas
de conflicto y las llevan al extremo de que nadie gane,
queden todos prosiguiendo en busca de los cuerpos
que jamás regresan a constituirse como carne fresca
aderezada con especias finas,
cuerpo satisfecho de ser cuerpos y cuerpos satisfechos
de ser un solo cuerpo,
amor en lo absoluto o lo absoluto del amor que encarna
en varios cuerpos,
cada uno siendo él y siendo otro,
carne propia, pero flexible a las solicitudes del espacio,
no del tiempo que lo ahoga todo,

carne que se goza,
se desea,
se celebra como vida en pleno
o universo lleno de espléndidos milagros,
magias asombrosas que toman forma de cuerpo de mujer
y brillan,
todo es símbolo,
todo es afán desmesurado de capturar la esencia
de los símbolos y entregarse a ellos,
ser en ellos,
(sólo el símbolo existe por sí mismo
y crea la realidad que lo circunda,
lo único que existe de verdad
es lo que es dado por los símbolos,
y todo lo demás es lo que es inexistente),
ser en cuerpos que son como los símbolos perfectos
en que el Símbolo encuentra concreción
y crea los mundos nuevos,
las esferas,
salterios que caminan con una leve temblorina
entre los dedos,
dedos que se agitan, que saludan, se despiden entre
alambres retorcidos que huelen ligeramente
a la rugosa suavidad que dejan los silencios cuando parten,
los cuerpos cuando parten
y lo triste se instala en los andamios,
cruje,
grita como un señor que sabe que su muerte se le acerca
y bailotea alegremente en torno suyo
como consolación por las etapas turbias de la vida,
los otoños que guardan un sabor a azufre quemado
como la perdición de los cansados sementales de la noche,
los delirios que acometen al suicida cuando el terrible peso
de las bóvedas que suplantaron a los cuerpos
y consideran el vuelo de los cuervos negros
como magnífica señal de que lo inmóvil

se aproxima a grandes pasos,
 la sosegada lentitud calmosa que procura el bienestar
 al incurable bebedor de ácidas disposiciones
 que lo impele a quebrar los elementos
 que conforman lo real
 cuando los símbolos caen en un letargo general
 y no hay manera de entender su apocalíptico mensaje,
 su cifra indescifrable para personas
 con anemia cerebral aguda,
 el desacuerdo, de extrema gravedad, que existe
 entre el querer frenar el movimiento acelerado
 que se da para alcanzar los cuerpos que huyen
 y el frenar que termina en cuerpos que no existen
 pero están, de cualquier modo,
 en la calma de un aire congelado,
 un tiempo que se encubre en una pasmosa indiferencia
 hacia su propio deterioro
 y las quejas que recibe por el continuo acabose
 de los cuerpos
 y el estupor que se provoca ante la hora de salida
 de algún lugar desconocido
 y el no-llegar antes de tiempo
 a no se sabe qué asuntos misteriosos,
 qué papeles se extraviaron en tan largas caminatas
 y qué secretos signos
 escribió sobre ellos el oscuro rezador
 de los conjuros amorosos,
 quién y por qué no cumplió con la palabra dada de esperar
 a que se fueran las tormentas para volver con rostro
 de mujer enamorada
 que enfila hacia lo púrpura como un regreso
 en busca de lo estable
 y desdeña los espejos para verse porque sabe que el dolor
 es más dolor cuando se sufre a solas,
 se desgarran el corazón a solas
 y lo deja herido con las hondas huellas dejadas por la niebla

en la indecisa región que se abre entre lo material
 y lo que cabe al aire,
 genitor de símbolos,
 demostración de que los símbolos reparten quemaduras,
 duelen,
 o actúan como lámparas que se disfrazan de fantasmas
 para asustar a los cuerpos que regresan de la ausencia
 en tiempos de borrasca,
 casi potros salvajes que galopan por los páramos
 que habita el hielo,
 deshabita una ternura que se deshace con el frío,
 tiemblan,
 se adentran en los túneles por donde brama el viento,
 los amorosos túneles que corren como un ferrocarril
 desorientado y solo,
 carente de su cuerpo,
 sin memoria,
 solo,
 sin señoras que caminen con una cacerola
 sacándoles los ojos
 o caballeros en procura de ser embalsamados
 con esa suavidad tan exquisita
 que sólo dedos de mujer pueden lograrla,
 tranvías hacia la *nada*,
 lo borroso que está después de que se acaba
 la alegre transparencia
 y se tiene una ligera idea de lo que puede ser
 un mundo desolado,
 una salvaje distorsión de formas destrozadas
 que destrozan cualquier habitación posible,
 cualquier huraño gesto de ternura
 o desastrosas palabras que se digan
 sobre cuerpos entumidos por el alba
 o labios que desgarran espadas que parecen
 semejarse a sombras que rumian su pesar
 como cuerpos que están bajo las bóvedas nocturnas

pero terriblemente solos,
 casi astrales o casi un infinito que sólo se posee a sí mismo,
 cuerpos que claman el júbilo del mundo y acomiden mundo,
 se apersonan mundo y el mundo se convierte
 en posesión particular de cuerpos,
 lo real imaginado por el luctuoso que alcanzó la eternidad
 sin pretenderlo
 y se aperpleja porque el insomnio abre sus enormes ojos
 y se espanta del silencio que fractura vidrios
 y del ruido que persigue a los silencios
 cuando hablan en voz baja y no se escucha lo que dicen,
 no sollozan,
 pero atisban la ida de los cuerpos
 que prolongan sus extraños recorridos
 por ciruelas que se vuelven, aunque muy ligeramente,
 secas,
 pura polvareda que llega del desierto
 y a la misma *Nada* se le hace muy difícil concebir que *algo*,
 lo que fuere,
 pudiese constituirse excepto los ojos de los ciervos
 y las lenguas viperinas de que hacen gala las serpientes,
 nadie grita,
 pero hay espíritus que bailotean sin gracia alguna
 y que desplaza a la piedad hacia lugares
 donde no hace falta
 y es lo impío lo que comienza por mostrar sus armas,
 sin causar consternación en los devotos seguidores
 del vocablo bronco,
 las palabras-pleito que se alteran mucho
 cuando alguien las convierte en términos modosos,
 palabrajcs dulces como mujer decentemente desnudada
 que encubre su belleza
 detrás de pudibundos mantos de color morado,
 corsés enmarañados de alambiques viejos,
 cacerolas con mirada de espantajo
 que apavoran a los carentes de un espíritu maleado

por el uso cotidiano del alcohol
 visto como una institución benefactora
 que socorre a los perdidos en el ancho mundo,
 ferocidad de los diversos contendientes que pleitean
 su eterno ser bifronte que es, de igual manera,
 culpable e inocente,
 victimario y víctima,
 forma y fondo,
 ensueño y sueño muy semejante a muerte enfurecida
 como toro en brama,
 animal que llega desde el fondo de las aguas hoscas,
 las luces azuladas que azuzan la perrada y desgarran
 los cuerpos
 que despliegan velas que disponen cirios
 que acompañan muertos
 que despiden cuerpos con velas apagadas,
 luces
 amarillas, con gran capacidad para el enfriaje
 de los volúmenes caducos
 que se vieron desplazados por la intrusión
 de un elemento extraño que causó
 un disturbio radical en el modelo de un cuerpo
 de mujer deseable a todas horas de la tarde,
 como se erige un círculo para soldar la *Nada*
 e impedir que un *alguien* se cuele por los vidrios rotos
 y cometa más desmanes
 de los que están legalmente autorizados a los locos,
 los de atar y no los que ya saben desatarse solos,
 brincar solos por la cuerda floja y no caerse,
 mantener en vilo el constante *ser/no-ser* oscilatorio
 del demente,
 primariamente encostado en su demencia,
 luego, suplantación de la madera por el vidrio,
 espejo donde simulan los fantasmas conjuntar sus huesos,
 entrada al laberinto que hay en cada esquina
 en donde el esqueleto cuestiona a los semáforos

que siempre den el siga a los huyentes cuerpos
nunca los detenga o les exija

que regresen al lugar de los naufragios
en donde plañen los ahogados pidiéndole a los cuerpos
los perdonen por sus muchas culpas,
envíen un salvavidas que les dé la absolución
sin los exagerados requisitos

que se exigen a los pobres réprobos,
los infelices consagrados a una vida espirituosa

que reparten el *Mal* a manos llenas
sólo con el afán de que el *Bien* pueda vanagloriarse

de que existe,
aunque no sea muy efectivo en sus propuestas,
no los multa por sus constantes infracciones

a un amor devoto que perdura
a pesar del malhumor del tiempo, que abre, en todas partes,
acechanzas por donde cada cuerpo eligió su calle,

perdióse en lejanísimas barriadas,
fuese sin ninguna compasión por el señor que custodiaba
las imágenes que estaban dentro del espejo

muriendo de tristeza
y escaparon porque el silencio que escapaba

de los muertos los golpeaba recio,
no ulularon,

no dijeron adiós a las oscuras golondrinas

que se iban guturando nieblas,
trastocando espacios,

formulando fórmulas propicias al demente

y su carga inevitable de neurosis,
sus hornazas que arden en la noche

y nadie crea los estropicios necesarios
para que el muerto ocupe los huecos

que jamás acabaron de llenarse,
siguieron siendo huecos cada vez más huecos,
más occisos colgados de sus viejas reatas,
una oquedad desesperada que temía que las campanas

no volvieran a sonar más nunca,
pero sí comenzaron a sonar con un sonido hueco
que sonaba como hueco roto,
como resignación llevada hasta el extremo de tizar el agua
o cuerpo que se queda como llaga hirviente
mujer muy parecida al recuerdo de una llaga
que abusa de su ausencia y quema como un rescoldo
de pasión
que abusa de su olvido sin mucho que dejar
sino la mala suerte,
lo del tambor maléfico y su lumbre que alumbra
a los demonios que subyacen en las regiones perdidas
del desvelo
y muerde con furor sus ansias de perderse
ante la manifiesta indiferencia que los cuerpos muestran
de cara a las virtudes que el trapecista
se encarga de enseñar cuando asciende y desciende
por los péndulos que, cada día, confirman más su
vocación de ser el instrumento principal
que utilizan los suicidas para llegar,
por la vía más expedita y pronta,
al otro mundo y olvidarse, de una vez por todas,
que las junturas nunca funcionaron del modo que hacía falta
y fue el desequilibrio el que tomó las riendas de un caballo
desbocado que jamás aprendió a frenar a tiempo,
hizo mucho ruido,
descolocó las cosas que estaban puestas medio en orden
y armó un caos en el que todas las pisadas
se juntaron en una cavidad causante
de que los huecos se fueran convirtiendo, paulatinamente,
en una estridencia de recuerdos que acabaron
por dar a luz demonios que raspaban la conciencia
hasta construir una notable muralla de cuchillos
que partían andamios hasta dejar
que sólo las astillas mantuvieran
una especie de existencia propia,

una agitada involución de hechos fortuitos
que empezaron a venirse abajo
sin tomar en consideración medida alguna
que impidiera la absorción
de un infortunio que no encontró manera de expresar
el dolor que le causaban los múltiples fragmentos de cristal
que mascullaban lo fútil de la existencia humana,
la inescrutable soledad con la que cada cual
elige su camino
y anda y desanda todo el tiempo las huellas dejadas
por los cuerpos,
su memoria, casi siempre inútil, guardada como un fardo
en los archivos que un desconocido personaje
que vigila nuestros actos lleva,
como índice de culpas no pagadas,
remordimientos que señalan turbiamente su cercanía
a lo que está detrás
de lo que los espejos permiten que se vea desde afuera,
el espectro del sonámbulo y sus ojos que no miran a nada,
dan a lo vacío,
sueñan,
se extravían en las inmensas vastedades que abre la locura
cuando pasa
y deja su reguero de sombrías devociones,
las grandes cicatrices,
la apropiación de lo que es, pero resulta que no existe
aunque tal vez haya existido
y se acabó sin avisar que terminaba su función
de ser viviente
y de ahora en adelante es un cadáver detenido
al final de los jolgorios,
los estropicios mayúsculos que acabaron
con las buenas intenciones
que acompañan siempre a los desastres
cuando vienen en la amena compañía
de los gemelos que quisieran arrastrar

con todo y dejar la tierra yerma,
 estéril la demanda de encontrar la salvación
 en algún recoveco del camino
 en vez de los gestos de rencor que se abren paso
 a través del tumulto que ocasionan las puertas
 que creyeron estar definitivamente clausuradas
 pero pudieron entreabrirse un poco
 y permitir que se fugara una confusa
 explanación de ideas sobre el amor
 que no pudieron concretarse y quedaron como ejemplo
 de que casi nunca
 lo virtuoso puede tomarse de modelo
 o guía con la cual los hombres descarriados
 enmienden su réproba conducta y sean objeto
 de casi adoración
 por parte de los cuerpos que solamente quieren
 estar en paz consigo mismos,
 no coexistir con la conciencia desgarrada del obseso
 que no acaba de cobrar conciencia
 de su estar en la desdicha,
 y causa enormes desperfectos a los cuerpos
 que pretenden penetrar en medio del desplome de tabiques
 que pían desesperadamente en busca de un auxilio
 que no llega
 pero encuentra una palpitación cercada
 milímetro a milímetro
 y de manera burda por un ánima sola que padece del dolor
 de hallar la mala cara con que siempre se tropieza
 la buena voluntad del mundo
 y cae como una lámpara que siempre está apagada,
 aunque pretende iluminar la oscuridad
 en que las malas directrices
 que una voluntad un tanto crapulosa emite
 como posible fuente de un malestar
 que hace corajes cuando intuye la verdad
 de que hay un *alguien*

trasladarlos de un puerto abandonado de salida
a un puerto innominado de llegada,
un horizonte al que la herrumbre llegue con retraso
y haya tiempo de encontrar las oquedades que quedaron
insertas en la misma caja de cartón
en que el amante las guardó
cuando tuvo que emprender el viaje a las regiones grises,
los áridos desiertos donde un profeta
vaticina augurios incumplidos
porque todo cambia

o tromba ruidosamente en las esquinas,
grazna en ocasiones tristes,
se arrepiente de comunicar sus experiencias
de alguna vez haber creído que el diálogo servía de algo
y que el amor, también, podía servir de algo
y vuelve a su monólogo muy parco,
al habla que se escurre, huidiza, de labios para adentro,
muy adentro

goteando lentamente las palabras
que son como mortajas color plomo
entumidas en vocablos que pesan como plomo,
bárbaro parloteo bastante inconsecuente

pero lógico, a la vez,
con esa lógica que tienen los que ya dejaron muy atrás
los tiempos
en que el olvido hablaba por los codos todo el tiempo
y se olvidaba de callar para que hablara
el silencio con su voz de bajo rezongante,
su malhadado trombonar maledicente de mago
que no logró que ningún cuerpo atendiera
su llamado a regresar en busca de los actos prodigiosos
que —se anuncia—

el amado pudiera realizar para contento
de los cuerpos que fijaran residencia nueva,
casa vieja en que el mochuelo
continuara con su verba alucinante

como muertos,
formas tambaleantes,
formas desesperadas que agitan sus muñones
para espantar las pesadillas
que esperan el momento menos previsible
para caer, como terribles goterones,
sobre el desánimo perplejo de las ánimas contritas que no
lograron consolidar ningún hecho amoroso que amerite
guardar memoria eterna,
llama eterna que asegure que una cantidad de sobrevida
se le otorgue al friolento escribidor que quisiera ser parte
de sus textos
y no el mero escribiente que no vive
lo que presuntamente narra y, por lo tanto,
no entre un estruendo de metales rotos y clavijas
que no encajaron nunca en ningún lado,
se quedaron siempre flojas con una flojedad que hizo caer
de sus cimientos las estructuras que detenían al vacío
con unas consecuencias catastróficas
para los tiempos borrascosos
que vinieron esos días y que estuvieron a punto de acabar
con lo poco que logró quedarse medio entero,
después que se rompieron los andamios
y hubo una profunda decepción que ocasionó
el quebradero del espejo
donde las ánimas perdidas habían hallado quien
las protegiese,
quien guardase memoria estremecida de los cuerpos
aún no vinculados con la muerte,
pero no fue cierto,
se encontraron con cuerpos ardientemente fríos,
ardientemente congelados,
murmurantes de cosas de lo ido,
amores que se hicieron perdedizos, por ejemplo,
que se fueron por ninguna causa
o razón perfectamente bien fundamentada,

que huyeron, simplemente, o se hicieron sombra vana,
carne entumecida,
crepitación de vísceras humeantes pero nada sólido
que cale en lo concreto y modifique la actuación del mundo,
sueño que se ensueña con los cuerpos
y se hunde en los espesos campos que oprime la tiniebla,
y al sueño mismo imprime la sensación
de que la muerte está muy lejos pero está muy cerca,
se espabila,
se quita las lagañas y las guarda para usarlas, de nuevo,
en ocasión propicia
cuando puedan lucirse sus mejores galas
vestir traje de noche y zapatos rojos de tacón muy alto
y mucho colorete en las mejillas flacas,
porque la muerte se parece mucho a ciertos cuerpos
cuando van de fiesta,
con sus cartílagos brumosos que trituran cuerpos secos
que son como los cuerpos vistos a futuro,
la pomposa muerte que acelera trámites
para llevar los cuerpos al otro mundo
los amasa y les prende veladoras,
los humilla poniéndoles sombreros verdes
y una sonaja entre los dedos flácidos
y las uñas corroídas que resuenan a cascajo viejo,
los custodia y denomina con sus nuevos nombres de difunto
cuerpo que ingresa en la ortopedia elemental
que cursan los finados,
la ortodoncia que se extrae los dientes y las muelas
y los pone a resecar en una caja que carece
de auxilio espiritual o fervor por las pálidas luciérnagas,
incapaces de medir las consecuencias
de los actos que cometen en contra de los pobres cuerpos
tan amados,
tan deseados,
tan extrañada su ausencia corporal
que los fantasmas se encargan de poner las sábanas

en orden como si alguien de verdad abriera las ventanas,
pasara por los cuartos con el ruido que hacen
los espíritus benignos para anunciar

que se disponen a instalarse
pero que, todavía, no ejercen sus funciones cabalmente,
apenas si un milagro al día y de muy pocos alcances,

no muy milagroso, la verdad sea dicha,
sino apenas muestra de lo que un ángel de la guarda
puede hacer

si se siguen sus órdenes sin duda alguna,
a pie juntillas,

reproche alguno si las cosas no salieran como se esperaba
porque los ángeles no son expertos en artes amatorias

sino, más bien, personas tristes,
caballeros arrumbados en un desván de trastos viejos,
antiguallas colocadas de mal modo en cualquier sitio,
cualquier dispositivo que haga que los cuerpos vuelvan
y se estremezcan de pasión como en los tiempos

en que el tiempo era menos despiadado
menos brusco en las interrupciones del servicio de la luz
que da algo de calor a los amantes,
no les quite el ardor que necesitan

para vivir una consumación eterna,
una flamígera certeza de que es posible cumplir
con los estrictos requisitos necesarios
para olvidar los viejos campos de batalla

y fomentar los nuevos,
las remotas islas que la muerte usa para llevar sus bultos
y esconderlos de las miradas indiscretas que quisieran
penetrar en el misterio que rodea la muerte de lo bello
que hubo de los cuerpos,
y se quedó fijado en la perennidad de la memoria

del insomne
que titubea en dar los pasos necesarios
para llegar al poste y ejercer la libertad de ejecutar
la única vía de salvación posible,

su truco de acrobacia que precede al final estrepitoso
que el trombón prepara a la manera

de una despedida funeral alegre,
mezcaleada para muertos que perecen
con el ánimo contrito pero deseosos de dejar atrás
las penas que las vanas glorias de este mundo

causan en espíritus
que optan por la vía contemplativa en lugar de jugar
con las volubles disfunciones

que una realidad forzosamente ecléctica
produce las migrañas que alborotan las cóncavas miradas
que las hacen colocarse lejos de los débiles destellos

que dejó el núcleo del destello
que los cuerpos derramaron sobre el mundo antes de irse
tan abruptamente como habían llegado,
con la precisa exactitud con que el azar predice
el respirar del uno,

el morir del otro,
los distintos falleceres de los muchos
que tuvieron que arrumbar a toda prisa

sus dispersas opiniones
y poner a funebre sus palabreos difícilmente inteligibles
por cualquiera que no fueran ellos mismos,
alcohol para difuntos que dejaron que el alma se escapara
de su caja fuerte

y en la última licitación perdieron lo poco que traían a bordo,
las muchas disidencias,

el *ser*, con su contradictorio pleitear con su *no-ser*
que invade territorios que no le corresponden
y pierde la razón cuando se trata

de ser caritativo con su doble,
su conciencia, trémula ante el pavor que escapa del espejo
y se refleja en las ocultas Gracias que perdona
cobran todo con altos intereses,
no perdonan ni el más mínimo desvío de su rígido

manual de operaciones,
siempre interesadas en que el culpable pague en demasía
por una redención de cualquier modo inalcanzable,
poco generosas con las hondas penas
que los pobres diablos deben soportar sin un sollozo,
estoicamente,
sin una queja estremecida por un dolor
que aterroriza a los espectros más feroces
y los hace cavilar en las ventajas que tienen los espectros
al no poder morir del mal de amores,
vivir por largo tiempo felizmente espectrales,
cadáveres sonrientes que mordiscan la carne
de los cuerpos
sin que nadie los acuse de infringir diversos mandamientos,
los formularios para datar la extremaunción
o el acto del bautismo
y los detalles del recuerdo y sus olvidos
sus distracciones tan frecuentes que no hay recuerdo
que no acabe hecho pedazos
como sutil rememoranza que termine haciendo el ridículo
por no acordarse del menor atisbo del mejor recuerdo,
oportuna intervención de los brebajes calmíferos
de un corazón apasionado que pretende
vivir de la añoranza y se desploma la pasión
de una manera abrupta
porque no había recuerdos de dónde detenerse
salvo el borde del espejo cruel y vergonzante
que dejó que se escaparan las imágenes
que estaban a perpetuidad guardadas,
pero huyeron
y dejaron su ruindad abandonada,
bien tristona,
bien desbaratada la amargosa sensación
de que hubo cuerpos pero no hubo el modo
de impedir su huida,
tenerlos en sus nichos,

consagrarles las devociones necesarias,
los insomnios que hagan falta
para que siempre estén contentos
y sonrían siempre afablemente,
amablemente enciendan sus motores
y sus luces calisténicas
y lleven de la mano al descarriado
por el camino largo que deben recorrer los penitentes
que se arrepienten de haber pecado mucho
en pensamiento y obra,
la práctica específica que debe cometerse contra cuerpos
soberbiamente bellos,
hermosamente bocados deliciosos
que deben consumirse antes que pierdan su frescura
y la carne se convierta en vino amargo,
saborizante para muertos
o vinagre bueno para santos óleos,
cuerpos afiebrados peligrosamente
y santamente dadores de calor,
gozosamente ardientes como una quemazón
de barcos o de esferas
que transportan la lujuria en dirección a cuerpos
que arden en plena chamusquina,
deleitosos,
armados dulcemente de sus fémures,
sus dientes,
su variada colección de clavículas con muy diversas formas,
su miscelánea de huesitos que formulan cuerpos
y devienen labios, furias, uñas, besos,
deseos devoradores,
portentos milagrosos que el amor ofrece, a veces,
a raudales
Y, otras, escatima o reparte muy parcamente,
muy sin gracia
o tiende a disolverse naufragando en muy pequeñas,
gotas de agua

242

que tromba peligrosamente asomado a los barrancos
los mira fuertemente inclinados a desplomarse
hacia la internidad del caviloso buscador de cuerpos,
que sigue trompeteando,
tamboreando,
tromboneando,
sobre las losas con que uno da cobijo
a los hoyancos verdinegros
que tenebran girando en torno de uno
y miran los barrancos que custodian las brasas amorosas
del anafre que quedaron dando vueltas
en torno de sí mismas,
yendo,
retroyendo,
deviniendo,
creando mucha escoria,
mucha cochambre en todos los pasillos aquejados
de neuritis óptica,
visión deformante de los hechos ocurridos
cuando los cuerpos decidieron irse,
y bloquearon la entrada a las recámaras,
destituyeron a los focos de su sitio
y los hicieron disfrazar de actos luctuosos,
ceremonias concebidas al gusto de los muertos
que acostumbran beber mucho para calmar sus oquedades,
como cuerpos que deshidratan sus manías
y se las llevan de modo amenazante,
cláusula tras cláusula que indican que acabaron
las caricias,
los juegos de abalorios,
los susurros que también se van, diciendo
—no dejamos nada,
ni el recuerdo ni la memoria del recuerdo
ni lo que haya después de que el recuerdo se olvidó
de que debía acordarse de los cuerpos que se fueron,
como mujer recientemente amortajada

que susurra/no susurra,
no habla,
no predica el perdón ni riega los jardines
con un poco de piedad dulzona,
fomenta acelerada producción de acíbar dulce,
amargoroso,
rencoriento,
cierra puertas,
penetra en los espejos como un punzón paralizado
por el miedo
que espanta a los fantasmas que usan un tranvía nocturno
y llegan sin ningún aviso,
ninguna prevención que sirva
a los transeúntes descuidados
que no creen que los rostros puedan modificar,
de pronto, su apariencia
y se conviertan en un color magenta que estimula
la creación del frío,
cuerpo que cintila en la profunda gravedad del aire
que suena amortiguado
como podría sonar un no-sonido
pero también sonar a no-silencio,
la pura levedad del que diseña pura forma abstracta
y huye de lo tangible a lo intangible
en busca de encontrar la sanación
que se requiere en una temporada
en que los muchos huecos determinan que sólo la Caída
se vuelve inevitable,
no hay atajos o salidas que no lleven
a la falsa seguridad de que lo que es reconocible
es lo único que tiene existencia valedera
porque cuerpos son ya mero vacío,
mera indeterminada formación nubosa
que se asusta con el viento y recupera su memoria
de batallas idas,
treguas rotas,

246

y cambiar de carácter por momentos,
según el día y la hora que marquen los horóscopos
y se muestren a favor o en desfavor
del distraído señor que espera que las cartas astrales
señalen a los cuerpos las rutas del regreso a casa,
los retornos de lo ido y lo quedado
como los pasos que se escuchan
en una construcción abandonada,
en la que un *alguien* pondera sus virtudes
ante un selecto grupo de *algos*
que no sienten entusiasmo alguno por las vicisitudes
que el virtuoso
quiere dejar como enseñanza a réprobos
de cualquier pelaje,
hombres con las costuras a punto de romperse
y caer al suelo
que los mira con el aire estupefacto
que pondría cualquier cuerpo sorprendido en el momento
de emprender el vuelo,
irse para siempre, pero diciendo que vuelve en un instante
y no fijar atrás la vista para guardar memoria de un pasado
que ahora es como el proceso que sigue la madera
al adentrarse en sus astillas y dejar de ser madera,
convertirse en polvo que se hunde bajo tierra
y se vuelca en un vacío completamente lleno
de formas diminutas pero, también, vacías,
formas que se extinguen en un ser que se coloca al margen
de la historia de los cuerpos
y crea su propia rotación con *nada* sino consigo mismo,
rotamiento de lo que ya no es lo corpóreo en lo
profundamente hueco de los cuerpos huecos
donde otro cuerpo y otro caben
en una desmedida medición de que lo hueco jamás termina
de expandirse,
se apertura siempre más y entra otro cuerpo
como cuerpo intruso

que llega en el pasar de los recuerdos
 que el insomne inventa para paliar sus infortunios,
 cuerpo con cierta determinación demente
 de volverse otro y ser en otro cuerpo de mujer amada,
 mujer ida que desvive en los probables horizontes
 imposibles
 que se alargan bastante más allá de toda
 consideración posible de llegar a ellos,
 reconstruirlos,
 ensamblarles las fracturas de modo que parezca
 que están sanos,
 tal vez pálidos o, acaso, se oscurezcan cuando suenan
 las trompetas que avisan que el alba está próxima a llegar
 y todos
 deben decir adiós a las nocturnas mariposas frágiles
 que se quedaron custodiando el sueño
 que sucede a los desvelos,
 los prolonga, los convierte en hechos
 que se ven y se oyen,
 se les palpa,
 se les toma de la mano y se pasea con ellos
 lengua a lengua,
 muslo a muslo se entrometen y arde el mundo
 semejando sombra,
 siendo sombra de piernas y de nalgas,
 pechos retumbantes,
 regiones púbicas que se estremecen al olor del viento
 o la caída de la lluvia,
 conciliación irrealizable entre la luz y lo sombrío
 que carga con el sueño del amante y se lo lleva, lejos,
 contradictorio modo de *no-ser*
 pero seguir jugando a los espantos
 con las formas espectrales que *no-son*
 pero simulan *ser* siendo sólo figuras evasivas,
 agua que se aleja de su forma líquida
 y se convierte en agua ausente,

no en ausencia de las aguas que siguen anegando todo,
usufructuando espacio a todo lo que no sea naufragio
o última estadía en este mundo

para el ahogado que braceó
hasta el postrer minuto tratando de salvarse
y de salvar lo que no tiene manera de salvarse
y va camino a la hundición perfecta,
salir de la jugada y entrar en tiempo muerto

por unas vías perdidas
que van a la ninguna parte donde nadie quiere dirigir

sus pasos,
mirar a la *no-nada* que anonada a los espíritus temblones
que quisieran regresar al tiempo

en que los ecos fulguraban en todos los rincones
toda parte planetaria donde hubiese un cuerpo

que solloza y torna a regresar
en busca de los otros cuerpos que escrituran

una nueva formulación que dé la dicha a los difuntos,
sosiegos para el alma descarnada del eterno velador

de formas idas
el sempiterno imprecador que lanza injurias

en su furia por llegar a la huesiza que olvidaron los cuerpos
en su anhelo de escapar

de los demonios que exaltaban el gusto por la carne,
así fuera mirada de través en los espejos

que sólo buscan reflejar
la verdadera identidad de los rostros que ahí se ocultan
y no la distorsión que se fomenta cuando los magos
intervienen en la hechura de los cuerpos

y los espejos optan por guardar silencio,
no emitir reflejos sino sólo un gesto lleno de violencia ciega,
una difusa claridad colérica por no tener a mano
elementos suficientes para juzgar la posible mala fe

con que los cuerpos juzgaron
la actitud de su amado ante los hechos acaecidos

en un pretérito distante y lo dejaron solo,

250

de que el olvido no es sino una más de las causales
que el amor debe tener en cuenta
para no correr el riesgo de acabar
en una indefensión perpetua,
una viudez inconsolable que dure eternamente
y los haga aparecer como aparecen las esferas
cuando termina un viaje prolongado
y adquieren un color negruzco de carbón quemado
y graznan como cuervas que olvidaron
que los cuervos también mueren
y las cuervas son como las viejas brujas
que agitan sus escobas al pie de los sepulcros
para espantar el polvo de los muertos y quedarse solas,
no datación original de la belleza que brota de los cuerpos
y los hace ser mundo que apenas se inaugura,
recién abre las compuertas y la luz
se instala como en casa propia
luz propicia a todo beneficio que llega de los cuerpos
que gravitan en dirección a lo profundo,
casi esferas que se asombran de asistir a su nascencia
y mirarse como esferas nuevas,
cuerpos recientísimos que se abren a lo móvil,
se desbordan en posición de musgo o golondrina suave,
desmañada golondrina con sonido de campana virgen
que se oye en una atmósfera en pleno nacimiento,
pleno júbilo en plena juventud radiosa,
libres,
desnudez completa como jardín de color limón anaranjado,
violeta de un morado oscuro
que sorprende a los extraños concurrentes
a las fiestas de la estatua que llegan con pantuflas rojas,
bonetes amarillos,
panderos que les cuelgan de la oreja izquierda
y llaman por su nombre a lo leve de los cuerpos
que se acercan,
se sonríen cuando, acaso turbiamente,

acaso anaranjadamente,
 las manos del suicida los rozan quedamente,
 los acarician suavemente,
 delicadamente sueñan con los cuerpos
 que son como un ancho vestíbulo
 de hospitalarias contriciones de carne
 algo arrepentida de no haber pecado mucho,
 su ácida vislumbre de que pecar, después de todo,
 es acto generoso y amargamente dulce,
 triste a veces,
 cuerpos con noción remota de que el *Mal* no existe
 pero el *Bien* tampoco
 (en realidad, es poco lo que existe o tiene validez
 cuando se van los cuerpos y se llevan todo),
 corporidad que se administra de manera amable,
 bien sensible al tacto como luna en condición desorientada
 con rumbo al desconsuelo
 pero toma el camino equivocado y llega a la consolación
 que toda imagen guarda entre sus ojos,
 la indiferencia ante lo amargo,
 el camino a la feroz desesperanza con los cuerpos
 trasvasados
 por la angustia que padece la cal viva
 cuando chispa y quema su dolor en las alcobas huecas,
 las rotondas donde los círculos acostumbran descansar
 en su tarea
 de que el tiempo se regrese y los cuerpos tornen
 en una de sus vueltas,
 permanezcan, como el sueño que se sueña
 en una realidad ya ida
 y tiene la certeza de que cada espejo esconde
 algún portento
 o una enorme cantidad de encantos prodigiosos
 que los cuerpos
 dejaron olvidados en su fuga a lo neutral del mundo,
 pero nunca salen

algún obstáculo imprevisto los detiene en la puerta
del espejo
y los milagros se subsumen en la espantosa oscuridad
que sale del olvido
y sólo quedan cuerpos arrumbados en un lejano depósito
de hielo,
una hieluna heladera corporal que modifica el carácter
de los cuerpos y las cosas y las vuelve imposibles
de alcanzar,
indiferentes,
casi estólicas,
casi impía demostración de que lo pío no tiene fuerza propia
y es manejado por los hilos de un destino carente
de dulzura,
seco,
malgeniudo,
de gestos hoscos y modales bruscos
que se acerca a preguntarte por tal o cual asunto
concerniente a su destino propio o al tuyo, da lo mismo,
porque impera una indecisa situación continua
a la que cada quien se enfrenta
al no tener ni idea de lo que pueda sucederle
a cada quien en cada instante de su perra vida,
la cánida existencia que yace apergollada en la ignorancia
más completa de todo lo que acaece,
por falta de un informe claro en que aparezcan
los detalles, minuciosamente relatados, de lo que hará
que tal o cual sujeto caiga o se levante
o entre al reino de los cielos o prosiga su vida terrenal
por otra media hora o un día entero,
o la espantosa posibilidad de que lo eterno
de que lo eterno se apodere de él y no fallezca nunca,
continúe por una eternidad tras otra la escritura
de ese poema que se llama *Cuerpos*
en el que no aparece ningún cuerpo en concreto
pero sí muchas ausencias,

mucho espejo roto y sin ninguna imagen recordable
 adentro,
 y sea un poema que se escriba y se reescriba siempre,
 como este texto escrito hace tres años
 y que ahora se reescribe
 porque el poeta no puede evitar que las palabras
 se le vengán en tumulto
 cuando las desventuras llegan igualmente tumultuosas
 y de cada palabra se desprenda una desdicha
 y de cada desdichado asunto salga un nuevo poema
 que, igual, no se termine nunca
 porque los cuerpos memorables son, también, eternos
 y el tiempo carece de importancia en este poema,
 no transcurre y todo muerto resucita a cada instante,
 sigue como sombra viva,
 tortuga que perdió su carapacho
 y anda sin ninguna protección encima
 aunque delira igual que siempre,
 más que nunca,
 porque el delirio se acumula y los espantos pueblan
 la porción de mundo que le queda al poeta
 y que los cuerpos llenan por completo,
 cuerpos que pesan como lápida o enterramiento
 que duele a la manera de un saber que sabe
 que nada es enteramente cierto,
 que amor y desamor no existen
 y olvido y remembranza se dan la mano siempre,
 cuerpos en lo incierto,
 lo dudoso que se abre en el anchísimo lugar
 que hay entre lo que parece cierto
 y lo que, meramente, se dice que es lo cierto,
 lo dudable y lo indudable,
 el advenir que, apenas, está *siendo sido*
 y ya es un *fue* que queda en la indeterminación
 de lo dejado atrás
 o un *no-fue* que advendrá de modo repentino

o anunciando, su llegada con grandes tamborazos,
 (en verdad, es muy difícil saber algo de manera firme,
 exacta y no sujeta a ningún género de duda)
 y vase, de lo que ya dejó de ser adviento
 a lo que ahora llamaremos *sido*,
 la memoria fatigada de tanto rumiar penas y glorias
 que se quedan lelas,
 adormecidas,
 sin memoria casi,
 perdida la manera de devolver cadáveres
 a su existencia antigua,
 los viejos hechiceros que aún practican los rituales mágicos
 y ofrecen pócimas con un líquido misericorde
 que dará a su poseedor una abundante
 provisión de hembras y riqueza,
 muchísima riqueza en cuerpos de mujer que crean,
 por sí mismos, calor en lo friolento,
 cuerpos ardorosos que llevaron a la muerte de su imagen
 y al sueño subsecuente que se sueña como escena
 del crimen
 que mató a la imagen que sueña en otra imagen que fue,
 a su vez,
 la criminal que se postula como autora de su propia muerte
 y clama por venganza en contra del falaz victimario
 de su doble rostro,
 la alta y la baja catadura del lenguaje escrito
 que se enrosca en un derramamiento de conceptos,
 de palabras que sirven como acto
 que propicia el desencuentro
 en un tiempo inexplicablemente dado
 y, después, arrebatado,
 nulo,
 llevado por sombrías figuras escapadas de una pesadilla
 en una lucha a muerte en la que nadie queda vivo,
 todos mueren en ese texto
 en que se escribe la historia de los cuerpos muertos,

las cosas que quedaron sepultadas en desorden
 y no hay manera de ordenarlas y hacerlas existir
 como objetos que uno ponderaba mucho,
 carne que se deshace en el pasar del tiempo
 pero en estado de salud espiritual casi perfecta,
 no el estado físico
 que puede definirse como un total desbarajuste,
 mejillas sonrosadas que acabaron como vil desastre
 una cisterna rota o un metal que se ahueca gravemente,
 labios descosidos,
 senos flácidos
 la dentición considerada como razón del destartale
 del demente,
 que se piensa cuerdo aunque se sabe
 colgando de una cuerda floja que se aleja
 en el sentido pendular que lleva el inflexible tiempo
 que trabaja como una coladera que devora todo,
 devora huesos y campanas frías,
 aroma de alcanfores,
 muertos que se asombran de estar muertos
 y ser parte de una enfermedad de muertos
 que se unen en un difuntamiento de difuntos
 o una asombradera de los cuerpos que se asoman
 a la causa inicial del ser del tiempo,
 su expresión malévola,
 su gesto impenetrable y se espantan
 ante lo rápido que corre,
 sus pisadas de monstruo acelerado
 que quisiera llegar a todas partes antes
 que su propia idea de lo que debe ser el tiempo
 y ganarse a sí mismo a la carrera contra el tiempo,
 devorarse,
 y se asustan los cuerpos ante tanta prisa,
 tanta furia infeliz que no perdona nada,
 crea rupturas o descrea aves
 y las guarda en la unidad osamental

y sola en su aleteo imparable,
de inalcanzable mujer adolorida que suena
como guitarra acongojada
y algo melancólica por el color azul desastre
que sus penas visten,
dolor amartelado como un bártulo grisáceo
que cuelga de una lámpara y no sabe hallar la salvación
o, al menos,
el camino que la lleve de regreso al cuerpo
donde estaba antes
cuerpo en lo específico como algo que se instala
en lo perpetuamente ido
y guarda su distancia de los otros cuerpos,
las otras dimensiones de la noche
vista desde la oscuridad que envuelve
a los faltantes cuerpos consumidos,
jamásmente devueltos en su forma entera,
sólo trozos,
sólo devoluciones intermedias de dedos
o pechugas saltarinas
que buscan los rincones para verse solas,
estarse a solas con sus manos rotas,
sus quejumbres también rotas y los nudos rotos,
la armazón ferruginosa un tanto encalacada,
un mucho en desbandada general
hacia los círculos externos,
los círculos dementemente giratorios en sí mismos,
perturbados por una soledad que roe lo circular
y lo deshace para hacerlo seguir
la mansa línea recta que se unta a la pared
y ahí termina viaje,
no busca más lo inasible de las formas
o lo terrible que acontece
cuando se habla con las formas duras,
el diálogo cortado,
los escasos monosílabos que no barruntan

asuntos de importancia por tratar en forma extensa
 porque no hay cuerpos que tañan las campanas
 y sin cuerpos no hay mucho de que hablar
 porque ellos se llevaron los sonidos,
 los áridos fonemas se volvieron broncos
 y optaron por guardar silencio,
 callar como una forma extrema
 en que teja la tristeza la urdimbre rugosa
 de sus telas ásperas,
 las mantas congeladas que encubren la acre soledad
 que se avecina y toma posesión de casas
 y objetos personales,
 libros,
 cigarrillos,
 las copas de mezcal se quedan solas
 y los ebrios ingieren soledad
 en altas dosis de tragos desgarrantes,
 desgarrados ojos que iluminan el sopor
 que dejan los demonios en el alma
 del poseso cuando vuelven
 y se encargan de no dejarlo en paz
 por el resto de sus días mortales,
 sus cumpleaños de agónico sujeto enloquecido
 por los cuerpos córvidos
 que lo persiguen con sus alas negras
 batiendo los tambores,
 golpeteando las fuerzas tambaleantes del suicida
 que eligió el camino largo que pasa por los postes
 y, luego, distorsiona el paso
 y se regresa y pasa por las casas
 en donde alguna vez hubieron cuerpos en plena posesión
 de su belleza,
 cuerpos que fluyeron como ríos
 o mares dilatados que cubrían toda extensión terrena,
 toda apoteosis dedicada a celebrar la venida de los cuerpos
 y sus manos ávidas de conducir al invidente

a las regiones cálidas
 en que lo inmóvil carece de memoria
 y lo movable piensa mucho
 en las pesadas grietas que la ausencia forma
 con su cauda de olvidadas porciones de una imagen
 que quedó forzadamente sola
 y extraviada en los profusos laberintos
 que el sonámbulo recorre en busca de lo sólido,
 algo de lo que pueda decirse que está asentado firmemente
 sobre *algo*
 y no haya un solo *alguien* que ponga en duda
 la firmeza de carácter del *algo* del que se habla
 como algo perfectamente bien fundamentado
 en sus principios
 y que actúe con plena consecuencia
 en su práctica específica,
 la cotidiana y necesaria dosis de razón
 que anule la sinrazón que determina o deja de determinar
 los bruscos saltos cataclísmicos que da el planeta Tierra
 y las figuras aparentes que lo pueblan,
 lo despueblan,
 lo arman, desarman y rearman con modales
 que acaban por volverlo loco y achacoso,
 antagonista energuménico de sus propios hechos
 que no va nunca por el mismo lado
 que la tibieza corporal con que los cuerpos
 dan calor al mundo,
 contribuyen a quitar lo helado a las corazas
 que lo vuelven un objeto innoble
 y un mucho desmandado en sus propuestas
 respecto a la manera de mantener organizado el caos,
 a la demencia, fija en un lugar en el que no ocasione
 mucho daño,
 mucho trastorno a la sensible ocupación,
 que se hace sin ningún cuidado,
 de los vacíos que deben proseguir vacíos,

si acaso medio llenos,
 pero que quede siempre una región intacta
 por la que puedan arrojarse los suicidas
 con miedo a las alturas
 o pánico a figurar en los anuncios celestiales
 y caigan desde abajo en un quehacer de topos,
 de horadantes sujetos encargados de cuidar
 que las leyes del mundo subterráneo
 se cumplan sin ninguna queja o protesta
 de los rojizos resplandores
 que no lograron ser apaciguados:
 a pesar de que la calma intentó sobreponerse
 a sus jaquecas
 y actuar lo más calmadamente que pudiera
 aun en casos de extremada urgencia,
 extrema rapidez en las respuestas
 que deben responder a las preguntas que se le hacen sobre
 cómo actuar cuando un cuerpo se aproxima
 y uno queda con pérdida total de los confines
 y los signos que pudieran ayudar a descifrar
 lo que parece incomprensible,
 las islas naufragantes que quisieran estar listas
 para ayudar a los ahogados,
 pero que llegan siempre tarde por culpa de un oleaje
 algo adverso a los amores
 que aparecen sin los signos previos a todo desembarco
 en tierra firme,
 violentas marejadas que estimulan el deseo de un amor
 que se apasione tanto
 que no dude en declararse en guerra
 contra su propia mismidad ajena,
 su ajenidad tan propia
 que es la única razón que lo rescata en caso
 de desplomes súbitos o variación en la ruta
 de los cuerpos cuando toman un camino que los lleva lejos,
 los distancia de los férvidos ardores del amante

que se ve impelido a reforzar los nudos atorantes
que pudieran ayudar a que los huesos
se mantuvieran en su sitio un poco más de tiempo
que el marcado en los libros en que el Destino
inscribe minuciosamente cada paso que el sujeto
(es decir, el yo que es, más o menos, compatible
con sus *otros-yo*),
inadvertidamente o con plena desazón de su conciencia,
da,
y se salta los límites que debe de guardar
para salvar su destinada vida,
el mundo de la esfera perfectamente bien organizado
y al margen, por completo, de cualquier actitud dubitativa
o temor de que los cuerpos pudieran alejarse
y la dejaran sola,
quebrantable,
sin listones que pudieran sujetarla
de algo que le hiciera compañía,
cualquier objeto amable o ebrio caballero
que redobla sus esfuerzos
para hacerse aparecer como si fuera un ser mundano,
un promisorio prospecto de pareja para esferas vagabundas
que se turban cuando pasa un vendaval muy cerca de ellas
y presienten que nada bueno puede suceder
cuando la luz de los semáforos se enciende en amarillo
y nadie sabe, bien a bien, qué hacer o de qué modo
se manifiesta el desconsuelo que se siente al saber
que los caminos, también, se acaban de repente
y sólo hay muros que se alzan, agresivos,
por delante de uno,
cadavéricos,
con mucho frío,
con tambores golpeando en los tabiques percutidos
por una sombra helada,
una frialdad que llega de María y escarapela los recuerdos
y los deja a merced de las furiosas formas desprendidas

de la noche que se azotan el rostro con la fuerza rigurosa
con que el viento manda
terminar con las constantes fluctuaciones de un amor
que no encontró ninguna puerta abierta
pero sí desmanes que llegaron como tropel de perros
predispuestos a morder
cualquier vestigio que se hubiera podido refugiar
en el profundo descampado que se abrió
cuando el principio se encontró con su final
de un modo brusco
y broncamente silbaron las nocturnas amenazas
que custodian las casas invernales
y los hoscos protectores del exilio decidieron
que había llegado la hora
de que todos los barcos iniciaran su descenso,
replegaran velas,
sabotearan cualquier intento de iniciar las rutas
que el marino
acostumbraba recorrer en busca de algún cuerpo
o isla que ofreciera
una función reparadora de los daños que el destierro causa
cuando los faros son destruidos por el viento,
lontananzas lejos y los fúricos demonios alzan
sus crispadas uñas
y arremeten contra vidrios o miradas que, paulatinamente,
se van quedando ciegas,
como ahogadas en la inmediata estampación
que lo concreto pone
como una salvaguarda para evitar los múltiples conflictos
que llegarán de cualquier modo,
y los destrozos que desata la imprevisible confusión
que se genera
cuando se ignoran las causales azarasas
que iniciaron los desplomes,
las irritadas consecuencias que llegaron sin mediar aviso
y trastocaron la indefinible sensación de olvido

que usa sus máscaras de mal histrión
para ocultar las muecas de terror que los recuerdos
acostumbran traer consigo
cuando se acercan a rondar por las oscuras pesadillas
que asedian al insomne que acumula sus maderos muertos,
sus campanas mudas,
sus metales que apagaron sus sonidos
de trombón apaciguado,
pero tose el carrasposo señor que cortaba madrugadas
para integrar su osario
y tosen los congelados pulmonares del asiduo enterrador
de sombras que predicán la certeza
pero ejercen la falsía con que lo no-existente presume
su existencia,
no claudican en su pose de ser los rostros verdaderos
que se fueron en un viaje interminable,
una navegación que iba a la derrota de los cuerpos reales
que fueron sustituidos por los falsos cuerpos
que ocultaban su rigor de formas sustitutas
con la extrema seriedad que manejaban
la razonable sin-razón que suele acompañar a los orates
cuando sueñan en la agradable compañía de las sábanas
que, antiguamente, recubrieron cuerpos
en estado de viveza,
cuerpos llenos,
no sombras anoréxicas que anulan toda posibilidad
de hacer que lo palpable reivindique su grandeza,
la forma hospitalaria de avanzar sobre los cuerpos ávidos
y conocer los verdaderos territorios que la noche guarda
mientras se esconden los misterios
y la carne alumbra su decidida vocación a la neblina,
lujuria trae lujuria y noctámbulas costumbres
de acelerar el desenfreno o disentir de las formas
que quisieran quedarse en el espejo y no ser formas
o ser formas imposibles de verse como formas,
de absorberse, sino sólo sutiles lineamientos

de improbables formas nunca declaradas
 pero sí formas gustosamente apetecibles,
 frialdad la de María y sus formas congeladas,
 y búfalos que braman bajo una luna muerta,
 una total ruptura del sistema que utilizan los veleros
 para hundirse pero seguir, al mismo tiempo, a flote
 como silencios que no contestan gritos,
 no presentan manos que sirvan de linternas
 que iluminen la senda que conduce a la salvífica obtención
 de los milagros contentivos en lo piadoso
 que recogen las estufas
 cuando las puertas se abandonan a su suerte
 y nada permanece como entera percepción del mundo,
 no sinuosa cavidad en donde priva la desazón
 como ingrediente principal de los salitres
 que el ahogado bebe
 en su papel de señor que se encamina a estructurar
 las entelequias necesarias
 para creer que alguien habita todavía en la indudable
 opacidad de los reflejos que se acidan mustiamente
 y que *algo* podría, tal vez, llegar desde el fondo de la bruma
 y encender el carbón en los braseros
 de manera que lo frío se aleje un poco
 en lo que el temporal decide apaciguar sus penas,
 los violentos sacudimientos del metal
 que no alcanza a detener lo infiel
 a que son tan propicios los andamios que desmontan
 sin piedad alguna,
 los escasos productos que el amor dejara apagándose
 sin ningún remordimiento,
 causa alguna para impedir que las junturas partieran,
 cada una por su cuenta,
 y dejar una noción de nulidad que obliga a los espejos
 a guardar silencio,
 hacerse una especie de madera que se anuda
 y crea la impenetrable zona del olvido

donde no caben los recuerdos,
 todo es imprevisible como una golondrina turbia
 que aletea cansadamente
 al tiempo que los cuervos graznan
 y desmenuzan los cristales de la última cerveza
 que se bebió justo antes que el desollado reiniciara
 su función de artífice endiablado mutador de pieles,
 extractor de ojos,
 zapador de dientes,
 horador de una conciencia insatisfecha
 que se entiende como conciencia en crisis,
 se comprende crisis mismamente ella
 y sus contornos y retornos,
 sus gemelos,
 los entes nebulosos que no confían en nadie
 y se agazapan como animales al acecho
 de una presa que no existe,
 una siniestra impropiedad para pasar del *ser* a lo *no-ser*
 en un minuto,
 con toda inconsecuencia y sin dejar de ser él mismo
 y su cohorte de criaturas fantasmales salidas de la nada,
 pero reales,
 entes con uso propio de razón y sin-razón al mismo tiempo,
 la misma catadura que los lleva a escalofriar las hendiduras
 que ejercen gran influencia en la actitud correcta
 que asuman las locomotoras para no seguir el rumbo
 equivocado,
 el domicilio de lo no-constituido formalmente todavía,
 lo no hecho o lo que fue deshecho pero se piensa
 que, tal vez,
 pudiera servir de algo si es que logra reconstruirse
 y se utiliza de suplencia de algún objeto estafalario
 o dama catequista que pía piadosamente
 por las almas muertas,
 las almas agonistas que pleitean por encontrar
 un lugar en el espacio al lado de los cuerpos

e instaurar el predominio de los rostros y las cosas
en su estado natural,
frescura de la carne,
degustación de los placeres que involucran la demencia
como parte radiosa de los juegos
que el ofidio juega sobre cuerpos,
los múltiples lamidos dados con el fervor que los abstemios
ponen en demostrar que el alcoholismo
tiene la virtud de conseguir que las hogueras
se consagren y ardan
con mayor dedicación a los lenguajes de la sangre
que en poco tiempo puede convertirse en témpano
o glaciár que no sabe escuchar las peticiones
de un amor apasionado
que derrame sus lunares aguas en la boca
del sediento bebedor de teas humeantes
en cálices de plata,
aguas peligrosas,
con riesgos inminentes de morir quemado
por las continuas lluvias procedentes del primer océano,
el agua primordial,
los cuencos dadivosos en calmar
las pasionales estructuras que el desorden
fomenta como parte de sus aviesas intenciones
de derruir cualquier asomo de ternura
interesado en penetrar en la oquedad
dejada por los fieros cuerpos,
los conspicuos cuerpos hechos mito que relumbra
y dejan la extraña sensación de que los mitos
también se desvanecen,
mueren,
pulimentan con rigor las fosas donde expondrán
los míticos despojos que se vuelven brutalmente
mitos recelosos del agua matinal,
el acto del bautismo que consagra el fervor
que la piel despellejada otorga

al hechicero que regresa en la sazón del fuego,
la ceniza que se vuelve el elemento genitor
para las nuevas ardeduras que aún no usan
su disfraz de muerto,
pero avisan que la testuz que avanza inexorable
no concede prelación alguna a los disfraces viejos
en los que despiadadamente mitos quedan obsoletos
y se suspende la fabricación de mitos nuevos
por falta de materia prima,
exceso de refacciones inservibles que a nadie le interesan,
desinterés total en adquirirlos así se ofrezcan
a precio de remate
o se obsequien en la compra de un portentoso maniquí
de hablas maniqueas,
lenguajes de extremada compasión hacia los cuerpos
que dejaron de ser mito y que linda en la herejía,
la ebriedad como una forma algo distante
de congraciarse con los dioses y su dolido vozarrón amargo
como un baúl atiborrado de recuerdos
donde se depositan quejas por el mal servicio,
una perpetua súplica para paliar un poco
los dolores de este mundo
pero lejos,
lo divino también quema como el amor
cuando levanta ampollas,
dolientes desmesuras
que no encuentran espacio suficiente donde caer exhaustas
bajo las tétricas figuras que adolecen
de una inconsistencia formidable,
dura,
consistente a pesar de la ausencia de los cuerpos exaltados
por la luz deslumbradora
que va de la razón a la locura y vuelve a la razón
como viajante de comercio
que no puede escapar del círculo de hierro
que sorraja golpe y golpe al infeliz vigilador

268

la hosquedad característica que impera
entre los bajos fondos del mundo del subsuelo,
lo de muy abajo,
la tántrica visión de una belleza que se quiere inimitable
y mata a la imagen que le da vigencia,
queda sola,
enajenada,
sin respaldo,
impropia expropiación y muerte del ser real de la belleza
que supuso
que lo real era la sombra que veía cuando lo bello,
en realidad,
era la imagen que veía a su ser ideal adentro del espejo
y no a donde estaba su figuración sombría,
afuera del espejo,
muy afuera,
muy distorsión alambicada de las patrañas
que corrompen los prestigios
ganados por las malas artes de los huecos
que no quieren que alguien se aposente al interior
de las baldosas que se fueron quedando despobladas,
simplemente por falta de propuestas
de *quién* o *qué* merecería figurar en el listado
de las cosas que valdría la pena pudieran deshucarse
y ocuparan un lugar entre lo lleno y lo vacío,
la zona de lo medio en que la imperfección
se educa para ser perfecta
y lo perfecto que se ubica en el camino
de lograr la imperfección que se requiere para construir
un mundo equilibrado,
el orden en desorden y el desorden
lo más desajustado que le sea posible,
todo roto,
toda especificación clarísima de que no hay otra razón
que merezca se le escuche
que la que aclara que no hay razón alguna

que merezca se le escuche
y, menos, se le haga caso alguno,
se obedezcan sus mórbidas indicaciones
de seguir, de un modo inalterable, por la línea recta,
no las curvas corporales que presentan graves riesgos
para una sana sanidad del alma,
no el insano loquerío que se hunde en goterones grises
y es la palidez de los muertos la que alumbra al mundo
y su gritante niebla,
construcción dudosa en tanto guarda
un resquemor profundo
a los desastres que presentan una forma sólida,
palpable como cuerpo que se anhela acariciar
con dedos ávidos
y falta la costumbre de que cuerpos faltan,
ya no hay cuerpos
pero sí muchísimas distancias
que cada vez se van más lejos,
se llenan de neblina,
crujen,
desatinan y se van más lejos en pérfidas maniobras
de perderse totalmente,
hacerse inencontrables sin ninguna duda,
ningún impedimento que evitase que la creciente
producción de espejos desgarré las imágenes
y alguna desquiciada ilusión se regresara al círculo
y volviera rechinando en los tambores,
cortejando sombras,
calentando fríos,
repartiendo lumbres
a los terribles pobladores del abismo
que quisiera acariciar a las mudables líneas
que quedaron fijas después que lo restante
cambió su recorrido,
fuese yendo a no se supo dónde
o qué derivaciones hubo en el camino que llevaron

a los cuerpos
 a otras hosquedades y no se supo nada de ellos,
 quedó nada o este texto como forma
 de rendir el último tributo,
 la devoción a formas que quedaron detenidas en el tiempo
 y vuelven siempre que el tiempo vuelve
 a los orígenes del mundo,
 la bufosa calavera que lo besa porque ella sigue
 igual de ósea que antes,
 cuando no había tiempo y todo estaba en paz
 porque tampoco estaban los dichosos cuerpos,
 los benditos cuerpos
 y sólo estaba el mar sonando sus bramidos,
 brame y brame el tempestuoso mar
 y sus maneras de guadaña igual que las tijeras
 que la muerte carga cuando va de recorrido
 y corre y corre la muerte
 montada en su triciclo y corte y corte cabezas y pantuflas
 anteojos y molduras,
 corbatas y vestidos con cruel tijeretazo,
 muchas ganas de que nada quede entero
 y abre rotura tras rotura,
 rompedera de huesos y sopletes,
 danzantes y dramáticas personas que utilizan ascensores
 en medio del desierto
 para llegar más rápido a un desierto igual
 que en el que estaban antes y donde nadie tiene prisa,
 se cansaron,
 pero la muerte les hizo corrugar las cejas y cayeron pronto,
 se vencieron,
 no usaron más elevadores para ir hacia ninguna parte,
 volver a la otra parte en la que estaban
 y que tampoco está en ninguna parte o está,
 pero en otra accidentada desazón terrestre,
 otra fabulación en que se habla de los cuerpos
 pero sólo aparece la palabra "cuerpos"

y no algún cuerpo en lo concreto,
 al grado que se duda de que existan
 o hayan existido tales cuerpos,
 como no sea en la imaginación del poeta,
 el cacumen poético que le permite crear milagros
 a base de palabras desgastadas por el uso,
 imágenes que, de un modo o de otro, se hacen símbolos
 que quedan de un modo permanente
 y que expresan o tratan de expresar lo inexpressable,
 lo que, de otro modo, quedaría velado,
 sin nombre o propicia propiedad que lo distinga
 de otros entes,
 sin manera de expresión de lo que el poeta siente
 que le quema por adentro
 pero no podría decir si no fuera por la palabra salvadora
 igual —o casi igual—
 a la imagen de los cuerpos como idea de salvación
 del mundo y de sí mismo,
 las esferas y los círculos,
 las palabras-clave que se usan
 como un aproximado intento de acercarse
 a lo hermético del mundo,
 penetrar en la esencia de los cuerpos y las cosas,
 dejar atrás la superficie y descender al fondo
 en que lo real está enfundado en sus capuchas
 y oculta la verdad
 de que algo hay capaz de dar determinada sensación
 de permanencia dentro de la fugaz intolerancia
 en que transcurren los eventos
 que sólo quedan fijos cuando aparece la memoria
 y los atrapa como al vuelo
 y los sujeta férreamente y logra dotarlos de sentido,
 aprehenderlos como lo que es la realidad concreta
 y no la mera sensación apresurada que nos deja lo vacío
 cuando pasa y, de inmediato, sucede otro vacío,
 no una llamada sino la paz de los sepulcros,

no las palabras que destrazan
sino la opaca zona devastada que dejan los chamusques,
el fuego mortecino y la debilidad que le es congénita,
la engañosa apreciación de que el tumulto

es lo único que existe y fomenta el movimiento,
hay desgastes que son como los cuerpos que huyen
o formas trepidantes que no saben la manera

de estar quietas y naufragan en una flotación perversa,
una movilidad fantasmagórica que no permite a la visión
captar las mordeduras que presenta lo compacto
cuando usa su disfraz de día de fiesta

y su cara de mujer que anda de parranda,
la virtud maltrecha,
descolocada la misión ubicua que lo lleva a suponer
que su tarea consiste en recoger escombros
y hacerlos parecer como si fueran

novedosas novedades en asuntos amatorios,
espejitos de hojalata incapaces de emitir reflejo alguno,
potencia destructora que sirviera para abrir una rendija
en medio de la noche

y observar la madrugada desde antes
que la luz se tome en serio su papel de alumbradora
y ciegue a los nocturnos habitantes de los predios
que aparecen como exclusiva propiedad de la luna

y sus áreas adyacentes,
las pluviosas formaciones que acabaron
por quedar exhaustas por tanta agua que les vino encima
que ocasionó muy graves desperfectos,

sobre todo en sus zonas más lejanas,
que es el lugar que eligen los dementes
para emboscar a los incautos cuerpos de mujer
que buscaron un refugio santo en lo lunar

y sus misterios insondables,
su condición de dama un poco triste y soñolienta

pero perfecta en caso de cuerpos ateridos por el frío,
rigor extremo en los asuntos que conciernen

y en cada golondrina que suspira y se aleja en la distancia,
deja sus huellas peregrinas en cada escueta proposición
de amor que le hacen,
pero sigue vuelo,
alcanza una enormidad de enormidades en la distancia
que recorre y no se vence,
lontanea las lontananzas que la esperan lejos y no vuelve,
no regresa ni a mirar el adiós que, como una atroz medida,
fue dejando en la caída de las hojas,
los otoños castigados por una ventolera de turbiones fríos
que amenazaron con parar el tránsito terrestre
y no dejar que los cuerpos avanzaran
hacia una posición más ventajosa
en relación con la inconstante constancia
que las cosas observan hacia cuerpos y otras curiosidades
con que el cielo ofrece su espectáculo gratuito,
su afinidad con las propuestas salidas de la noche
en el sentido de que urge dar sentido
a las confusas pláticas secretas que mantienen
luz y sombra,
desequilibrio y equilibrio,
afuera y más afuera y adentro y más adentro
hasta que no hay espacio para ninguna situación
o material que no preste un buen servicio
y lo completo celebre una fausta ceremonia
como aviso de que cerraron las compuertas
y todo lo que no encontró cabida adentro
tendrá que ver cómo se encoge para entrar afuera
o comprimirse hasta más allá de lo imposible
para que toda sensación o cuerpo tenga una casa propia,
morada en donde refugiarse
u oficina en donde despachar asuntos varios
de importancia suma,
trascendentes,
como el saber si es enteramente cierto
que uno resucita al cabo de los años

y los cuerpos reencarnan en su antigua forma,
con sus modales de antes

y sus modos de alumbrar el mundo,
volver a entristecerlo cuando parten
pero llenarlo de alegría mientras su misión de amor

está vigente,

duren fiestas,
celebérense cumpleaños o cálidos aniversarios

que promuevan la infinitud del universo,
la larga duración del tiempo y sus maneras de que el óxido
comience a derramarse pero lentamente,
con mesura,

cuidando que los daños se demoren en llegar

o nunca lleguen,

se alejen de lo brusco de sus modos

y sean tan sólo ligeras raspaduras
que puedan repararse en el momento mismo

en que aparecen,

o no actúen,
sean flojera en actitud de someterse a la belleza corporal

y no dañarlos,

siempre iguales a como eran mucho antes del reencarne,
mucho antes de que *Cuerpos* comenzara a idearse
y los cuerpos eran cuerpos de verdad

que viajaban en un camión nocturno,
un tranvía salido de lo más denso de la noche

y que cruzaba calles donde había cafés
o sitios donde un anciano caballero

se sentaba al piano y susurraba canciones

acerca de un amor ya ido
o la constancia que tiene lo durable en continuar entero,

firme,

corazón amante siempre

como los cuerpos permanecen fieles en su región

de sombras,

las regiones hoscas,

los fríos amaneceres en que el fogón no enciende
y el mezcal escuece con su desesperada carga
de amoniaco,
encima/abajo/adentro de todos los despojamientos
que hubo cuando llegaron las catástrofes
en oleadas sucesivas y el mundo se fue quedando solo,
sin voces parladoras,
sin sonidos,
sin miradas de color purpúreo
que salieran de los ojos del espejo que no guardaba ya
ninguna dimensión de *Nada*,
ningún *Todo* que quedara aislado
y prosiguiera su labor de salvamento
haciendo caso omiso de los gritos que profieren gritos
en pro de que los naufragos incrementen
sus pesos específicos en relación con la escasa densidad
con la que el agua
apenas logra mantener a flote los pequeños barcos
o prohibir todo tránsito de esferas
o de cuerpos que no porten permiso para hacer milagros,
inventar farándulas que salten de un trapezio inexistente
o fomentar la creación de malabares juegos de artificio
que detengan la brusca interrupción que el tiempo causa
en los brevísimos instantes que consiguen estar quietos
un momento,
la pausa necesaria para cobrar conciencia de que todo pasa
a trancos demasiado rápidos
y no hay modo de evitar los cambios bruscos de opinión
respecto a las cuestiones generales,
los ínfimos detalles que dan la salazón precisa
a los modales cotidianos que quisieran
tener una mayor presencia
en el caso de que no haya nadie para abrir la puerta
y, después, cerrarla,
echarla en un rincón por inservible
y dejar que las habitaciones queden por su cuenta

colgando del vacío,
las fuerzas sometidas a la debilidad estructural que llega,
los períodos que tienen alterada la visión
que obliga a que las cosas
se mantengan con cierto orden en su vida diaria
y eviten se genere alguna situación caótica
que dé al traste con la idea de instituir lo decoroso
como norma válida,
lo inútil como una forma de pasión que busca redimirse
y alcanzar la altura necesaria para caer
en caso de que la perdición siguiera siendo
su única manera de evitar la muerte
y tuviera que caer entre artefactos inservibles,
cristales desteñidos,
espejos destinados a vivir en un brutal desvelo
que los hace sentir todo el tiempo amorsomados
y sin ganas de apresar las inconstantes
formas transitorias que pasan por afuera
y retenerlas dentro,
provocar disturbios que aceleren el carácter pasajero
de los cuerpos
y los haga malgastar sus energías tratando de impedir
que el tiempo los atrape como cosa propia,
asunto que requiere una devoración propicia
a los desmanes
que la carne causa cuando toma forma de ángel
que viene de la sombra y parpadea sin entender
lo que hace en este mundo,
las fuerzas álgidas que se alebrestan muy temprano
y quieren socorrer al que no requiere de ningún auxilio
y no atienden al versátil actor que promulga sus decretos
a favor de un mundo colmado de ebriedades,
una demencia comulgante con la herida
que el demente utilizó como si fuera un buen ejemplo
de que el amor, en muchas ocasiones, causa daños,
provoca malestar a causa de las irritantes oquedades

que van apareciendo una a una,
 de imprevisto,
 sin señales de que un posible maremoto
 pudiera estar edificando su furia destructiva,
 sus ansias de arrasar con todo y quedar como raíz de nada,
 negación que afirma su espíritu de guerra
 y da batalla cruenta,
 desarma soldaduras supuestamente firmes,
 clavos claveteados duramente,
 todo acaba,
 nada empieza y solamente tornan simuladas furias
 desastrosas que compiten en ganar espacio,
 desalojar a los viejos inquilinos que querían quedarse
 a falta de otro lugar donde sentar cabeza,
 partir hacia otro exilio,
 otra persecución de los idénticos gemelos fantasmales
 que huyen pero, igual, se encuentran,
 se disgregan,
 sombras al acecho de sus sombras,
 sus temibles soledades que descuelgan los garfios
 de la noche y se levantan sobre ellos,
 racimo nebuloso de mañas y artimañas que se acosan,
 pelean contra sí mismos,
 se hacen polvo,
 granujientos señores crujidores mientras cuerpos claman,
 gritan o zozobran en un deslizamiento de paredes
 o costumbres
 o ingresar en los nocturnos agujeros que la luz propone
 como vía de escape,
 lección de desamparo para hueso huérfano,
 caracol añoso que demuestra, con su sed,
 la negativa de los círculos a ser brillante esfera
 pero, también, espejo que da cal
 como alimento a las cansadas figuras que,
 de cuando en cuando,
 se asoman al silencio que rodea

a los intrusos ademanes de locura
 que un adocenado señor lanza desde el furor
 de un fuego fatuo,
 débil llama frágil quebradiza que avizora mapas viejos
 que fueron encontrados no se sabe dónde
 y que señalan rumbos falsos,
 casas colocadas en un lugar donde jamás hubieron casas
 sino áridas desdichas con la cara tumefacta por los golpes
 de un destino acostumbrado a la violencia sorda
 en contra de las sedentes mariposas que procuran
 no alejarse mucho,
 quedarse en el cristal guardadas como el paso anterior
 a la consumación perfecta,
 la desdicha eterna,
 el modo de saberse seres irrisorios que no entienden
 los procesos complicados en que un cuerpo
 se produce y reproduce en otros cuerpos,
 multiplica en otros cuerpos que son un solo cuerpo enorme,
 vasto,
 inabarcable,
 de mujer que duerme como estatua,
 sueña como estatua,
 camina como estatua,
 padece como estatua el frío que se genera en el infierno
 y provoca un calor insoportable,
 cero grados y el *Cero* jugando a los puñales,
 apuñaleando imágenes que están fuera de foco
 y no pueden verse claramente,
 distinguir si lloran o sonríen o montan a caballo y parten
 o regresan de algún viaje muy largo,
 una excursión al desenfreno de las islas
 o un sutil paseo hacia la bruma que oculta el horizonte,
 cubre huecos,
 frigoriza cuerpos o destellos que surgen
 de las nuevas condiciones que lo amargo fija
 con un instinto reacio a toda componenda,

todo arreglo que conduzca a restaurar la lastimada quema
del bilioso aprendiz en propagar incendios que concluyen
desde antes de prender el fuego
y acceder a las moradas celestiales,
los ignotos caminos que el Señor dispone
para uso de transeúntes descarriados,
e ignorantes de que el *Bien* conduce al *Mal*
y el *Mal* es agradable personaje,
situación confusa,
dubitante porción de indecisiones acerca
de qué camión tomar
y en dónde descender para encontrar el mismo rostro
ambiguo de las cosas que no son lo que parecen
pero parecen semejarse a su perfil oscuro,
la funesta copia que recalca el parecido pero olvida recordar
la diferencia entre el estuvo y el *está* o *no-está* sujeto
a sus alambres
y, por tanto, expuesto a que el viento se lo lleve
sin ningún responso
o misa para forzados penitentes
que acostumbran no hacerse responsables
por ningún pecado que pueda cometerse,
salación alguna o evento brujeril que pudiera ser causante
del mal de ojo
o construcción mal hecha del paraguas arquetípico
que debe proteger a la osamenta
de los nocivos efectos que el diluvio causa
en los arriendos del sistema espiritual que oculta
a ese señor desconocido que nos trae a suma y resta
de todos nuestros actos
y la impúdica conversación que se sostiene
entre la carne y el espíritu
cuando la una se lleva las ganancias y el otro arrasa
con las pérdidas acumuladas a lo largo de una vida
y se impide toda posibilidad de canje,
trueque del gozar por el sufrir eterno

a cambio de vivir la eternidad
gozosamente disfrutarla a la manera de los cuerpos sanos
que entretienen su vida corporal en juegos y rejuegos,
parches y remiendos,
vueltas y revueltas que no provocan ningún cambio
en las atmósferas tranquilas
a pesar de los avisos de huracán que llegan de los cuerpos
en forma amenazante,
la cólera divina que desciende sobre el réprobo
y le corta la cabeza de un soberbio tajo,
la exhibe como triunfal demostración de que el pecado
siempre pierde por muy pecaminoso que se quiera ser
y se proclame a grandes voces
que el vicio no es sino virtud
mirada desde el otro lado de la raya,
la línea divisoria que puede dibujarse en cualquier lado
y que separa la leve diferencia
que hay entre los símbolos opuestos
que dan cierto aire de importancia al ser del mundo,
la lucha de contrarios que es como el remedo
del pleito original que se traen, desde siempre,
los gemelos cómplices de toda jugarreta
que involucre a cualquiera que pase por la calle
con aire distraído
y quede envuelto en las mallas enredosas
en que acaban por caer objetos y sujetos
sean o no de competencia sus problemas,
en relación al uso que le dan a sus guaridas
los lobos criminales que devoran muslos de gacela
al tiempo que los viejos cofrades disfrutan del paisaje
que se ofrece ante sus ojos,
conformado por la brusca ineficiencia
del manejo que se hace de los cuerpos
que cayeron en desuso temporal por falta de repuestos,
maquinaria falla y da sus sustos
a las ansias arduamente interesadas en quedar saciadas

en todo lo que a amores pueda referirse,
pero acaban por sentir que son víctimas de un fraude
por parte del maestro de armas que no supo diseñar
una estrategia
que volviera a los cuerpos un poco más moldeables,
menos ortodoxos en sus quejas con respecto
a las constantes rogativas que debieran musitarse
a fin de que se ablande su rígida actitud corpórea
y se abran, solícitos,
a la gran obra de salvar el alma de los pobres pecadores
que disfrutan de terrible amnesia,
no recuerdan nada excepto
que los cuerpos se negaron a obsequiar favores
y eso les dolió como si hubieran recibido un tiro
por la espalda,
una traición inolvidable que logró que cundiera el desaliento
en torno a la actitud del tiempo
que estaba llegando demasiado pronto a todas partes
y los cuerpos agredidos desde muy tempranas horas,
se indignaron y se fueron no dispuestos a esperar
a que el tiempo hiciera de las suyas cuando
el tiempo quisiera devorarlas sin remedio alguno,
y sin ningún motivo,
mediara o no mediara explicación por amable
que fuera percibida
como una abstracta nada o consumiente todo
hasta dejar al hueso solo andando y desandando mundos,
suben a velocidad enorme
y bajan con lentitud de lluvia que se pierde
si sigue por una línea recta
y prefiere lo sinuoso porque sabe que, así,
no llega nunca a ningún sitio
y anda entre torsiones y rupturas
que tan sólo logran crear un profundo escepticismo
alrededor de los misterios que galopan
en sus ansias de seguir eternamente bellos,

sus potros de un magenta rabioso que llaman la atención
por sus continuos llamados a subvertir el orden
que los cuerpos cuidan no se altere tanto
que acabe por prohibir el paso a la cansada virulencia
que quedó hecha cisco
después de que alguien encendió los focos sin permiso
porque no tenía sentido alumbrar lo que no había
y ahora busca encontrar una pared en donde echarse
y descansar un poco,
mudar de piel si es que todavía encuentra otra
y partir o no partir
a no se sabe dónde o para qué se emigra
si, en realidad, no hay nadie que pretenda usufructuar
sus dudas acerca de si hubo alguna vez cuerpos
en alguna parte
o fue en ninguna donde fueron entrevistados
y encontró aquel amor que le quemó las venas,
lo hizo ser causante de que el frío llegara
de un modo repentino
y no hubiera manera de escapar del círculo
en que lo habían inscrito y circunscrito
a la forzada cárcel donde el tiempo estaba detenido
en otro círculo,
otra devastación de la memoria crece hacia las zonas altas
y se expone a los riesgos a que están obligados los suicidas
cuando desean portarse seriamente,
actuar con pulcritud y esmero en su acto malabar
a base de los nervios que echan chispas
a lo largo del proceso de torsión/distorsión
a que son tan afectos los actores de pelambre hirsuta,
larga barba,
uñas desdentadas que se clavan en los ojos tristes
de los cuervos
que aletean pesadamente alrededor de los faroles
que custodian los postes donde mora un ancho río de niebla
que desciende al tiempo que ascienden los ahorcados

en su afán de poner de mal humor al tiempo,
detenerlo,
hacerlo que regrese a cuando era un no-tiempo
y las cosas sucedían muy lentas,
laxas,
con esa laxitud que sólo obtienen los objetos
que se encuentran en un estado tal de la impaciencia
que nada los perturba
como causantes de un dolor profundo,
angustia vaga o quejumbrosa situación de duelo,
rapaz melancolía que acecha
los últimos reductos existentes
para impedir el resbalón hacia lo hueco
y perecer bajo el agobio de las furias llegadas del olvido
y que malogran todo,
lo sitúan todo en fuera de lugar y logran que se vea caduca
toda la obsolescencia que se fue formando
en el pasar de un tiempo que venía terriblemente solo,
sin ninguna fuerza o motivo para no dejar en pie
sino las tristes remembranzas que lo opaco
deja recargadas en el borde del espejo y no se duela,
no lamente su suerte de estropeadas líneas de conducta
más o menos proba
pero aducen, en su contra, que la luz desembocó
casi fatalmente
en una oscuridad tan desquiciada que los cuerpos
no pudieron encontrar ninguna puerta abierta
o un zaguán cerrado a toda clase de expresiones
melancólicas
o sentimientos expresados crudamente,
lujurias que se agarran del cabello
y vuelan sobre escobas pardas del coraje
que les da jamás estar saciadas,
seguir siendo formas mansas que avanzan con cautela
hacia distantes edificios
y caminan en zig-zag por los pasillos

que los distintos miedos existentes se encargan
de mantener en buen estado de limpieza,
sanidad completa para las virulentas pesadillas
que se jactan de poner en jaque la cordura
de cualquier mortal que se aproxime a ellas y, después,
no pueda ya quitárselas de encima,
lo persigan siempre,
lo torturen siempre con la forma enfasmada
de los cuerpos mordiendo los pasos,
cerrándole el acceso a cualesquier camino
que pudiera abrirse
como posible nueva oferta de salvación
que llega en el último minuto,
la hora de la hora de la muerte-Amén
y el imposible regreso de los cuerpos bienamados,
el fin final del tiempo de los círculos
y la entrada en medio de lo plano,
lo neutro por sí mismo y que se asume
como algo indiferente a todo,
un vaciamiento general de los objetos que se quedan
como absueltos de cualquier llenura,
colmados por los huecos que los hacen doblegarse
por el duro peso que los huecos cargan
cuando están muy huecos y cansados de tanta vuelta inútil
que hay que dar para no encontrarse con los cuerpos idos
como un signo de los tiempos que llegan y no llegan,
se detienen en una *Nada* espesa
y el grosor de los recuerdos impide todo movimiento,
toda tentativa de escapar hacia el ningún espacio
que no hay en parte alguna,
los otros territorios que fueron invadidos
por una masa oscura que volteó de revés
las cosas existentes y las mostró como la negación
de lo posible,
también de lo imposible,
también las vías que fueron canceladas

y enseñan su faz distorsionada,
 su máscara de burlas con un payaso afuera,
 una gesticulante adhesión a las escenas
 bufas en que un idiota luce
 su habilidad de reducir el mundo a su grotesca altura,
 se fabulan poemas y cuerpo es ya un no-cuerpo,
 un invisible testimonio de que lo que llaman lo visible
 puede irse y queda sólo, como siempre, lo invisible,
 la grata compañía inaudible que habla sola
 y sola aumenta sus pesares,
 lo *Uno* y la otredad del *Otro*
 y el *Otro* y la otredad del *Uno*,
 todo es falso y el *yo* sólo es la suplencia suspicaz
 del *otro* que no atina a concebirse
 como siendo el mismo que, a veces, se arrepiente de ser él
 y busca en el baúl a ver si encuentra a otro capaz
 de sustituirlo en lo que pasa el vendaval
 y las cosas se ponen sus mejores caras
 para que el deterioro sufra menos al verse en el espejo
 y notar que la cal le va como cubriendo el rostro
 con estrías moradas,
 tuercas rotas,
 tornillos asaltados por una especie de temor
 a que despierten las heladas sábanas
 que cubren la memoria de los cuerpos
 y éstos se despierten ateridos y se vayan
 por esas carreteras asfaltadas
 donde no pueden los recuerdos hacer alto
 y memorar sus propios recordajes
 sin nadie que perturbe su propensión a terminar en llanto
 o estado de ebriedad
 que linda con la demencia oscilatoria del suicida
 que pretende llegar hasta lo eterno
 por medio de simpáticas cabriolas,
 saltos elegantes,
 equilibrios que, pronto, se vuelven

un desequilibrio permanente,
 una pérdida total de la noción de ir en dirección correcta
 y no extraviarse en los dobleces
 que lo real configura arteralmente para que el santo pecador
 se sienta aún más infame de lo que, en verdad, ha sido,
 pero nada es cierto,
 todo es falsía inaudita del que huye de sí mismo
 pero niega que la huida
 tenga algo que ver con el peso insoportable de cargar
 con la memoria que la *Nada* ha ido dejando olvidada
 en los jardines donde hay lo que se dice nada,
 y no hay ninguna cosa
 u objeto material que pudiera parecerse
 a algo factible de signarse
 como un bien tangible susceptible
 de mudarse de un lugar a otro
 o cambiable por persona adicta a la frescura de la carne
 de gacela joven
 y píamente concebida que, en su inocencia,
 no puede concebir siquiera
 la existencia de seres depravados que atenten,
 a plena luz del día y sin ningún recato,
 contra el honor de púberes infantas
 que tan sólo ofrecieron al sediento
 cierta pócima de amor que podría ayudar
 a que los condenados a dejar el alma en el infierno,
 pudiesen conseguir la Gracia
 que tanto necesitan y gozar de la paz
 que merecen los difuntos buenos,
 y las campanas suenen con su canto alegre,
 la devoción acostumbrada que sucede
 cuando los cuerpos se celebran a sí mismos
 y el encanto que sale de los cuerpos ilumina,
 nuevamente, al mundo,
 le da razón de ser a lo que no tiene razón alguna para *ser*
 o, igual, para *no-ser*,

lo que es lo mismo, porque, lo idéntico es lo que no-es
contradictorio con su propia esencia
pero la esencia contradice de continuo su existencia
y es motivo suficiente para entrar en pleito,
no como el rijoso bebedor de alcoholes
hechos a base de resina
que arma bronca contra todo lo que tenga enfrente,
sin tomar en cuenta edad
o mansedumbre o construcción edificada parcamente
para invitar a cuerpos a vivir en ella,
orate que cree que los pecados pueden redimirse
con una retahíla de buenas intenciones dichas en voz baja
y no a base de agotantes trabajos y arduas penitencias,
pesados gritos de dolor que no se entienden
porque el lenguaje de los locos
se volvió un confuso hervidero de palabras
y los términos que hubieran sido los precisos
perdieron su sentido
como una escandalera de *sí-mismos* que dialogan
con la sombra que deja su reflejo,
lo omnímodo que expulsan los espejos
cuando presienten que hay una presencia intrusa hurgando
en los cajones
y la sacan sin muchos miramientos, a fin de resguardar
la identidad de los que allí reposan,
tientan sueño o elaboran cuerpo
a la medida exacta del deseo
o pierden toda noción de certidumbre,
imprescindible para no caer
en la feroz desproporción que gustan ostentar los vericuetos
que andan en busca de un lugar
en donde echarse y resoplar cansinamente,
dejar atrás el perderse en vericuetos y se enfrente,
cara a cara, a sus mendaces enemigos,
las corrientes traicioneras que lo llevan
lejos de algún refugio cierto

y lo obligan a tomar en serio
la advertencia del riesgo que se corre
cuando los cuerpos andan cerca
y elevan sus protestas sobre el mal servicio
que prestan los tranvías
que no cumplen con la ruta de regreso,
no regresan,
se encierran en un silencio infame
y pretextan la falta de pasaje a la hora
en que el desvelo tiene que volver a su morada
y alegan que los cuerpos no viajan en tranvía
y que no hay barcos que naveguen por los anchos mares,
las islas alejadas que ignoran lo que es llevar un cuerpo
a bordo
y sólo se oyen los cantos de sirenas que llegan de lo lejos,
no se acercan,
guardan su distancia de las costas donde los lobos
merodean
en torno a las fogatas que la luna pone
para ahogar las quejas por lo inútil
que es desesperarse porque ya no hay cuerpos,
no aparecen cuerpos por ninguna esquina
ni balandros ni vislumbres de que hubiera un cuerpo cerca
que oyera el resonar de los trombones y se duela
por no ir a la crujiente noche en que la lengua del ofidio
se proyecta sobre sombras espaldares
y succiona la médula vital que le dará
la fuerza para no darse por vencido
y lamer la carne que subsiste
cuando las formas ríspidas terminan
y el vinagre cede, nuevamente, el paso a los brebajes
con que el demente ilustra las pasadas contiendas
que quedaron blancas del pavor de haberse ido,
ser en fuga permanente,
errática cuestión de no saber si están y dónde
o si no están, en dónde es que no están

y resguardarlas allí donde no están
para que no se quejen mucho de los fríos que hay
en donde casi nunca hay alguien que caliente las cobijas,
anudarlas y hacer un cuerpo solo
de los varios cuerpos idos,
sólo imaginados,
sólo idea que se desnuda
y besa la espléndida materia corporal
que se une en símbolo de dejadez perfecta,
quietud en medio de la guerra interminable
que sucede en el adentro del sujeto
cuando siente que ha perdido todo
y se mantiene en pie sólo porque la altura del trapecio
le permite asirse a las rendijas que funcionan
como una válvula de escape hacia el vacío
que hay en la pared de enfrente
y que podría descalabrarlo si la presión aumenta demasiado
y la tapa le quebranta la cabeza hueca,
la pérdida del fondo que mantiene firmes las cosas
en su sitio
y las ubica en un frágil equilibrio,
delicada situación en la que todo está
a punto de venirse abajo,
pero logra sostenerse aunque no del todo
cae en trozos,
suelta pedacitos que conforman un montón enorme,
instrucciones para que caigan con cuidado
los pedazos grandes
y no causen graves desperfectos en los sistemas
del cableado eléctrico
que dan luz con grandes beneficios
para la paz del universo,
la guerra de los cuerpos,
encuentros favorables con un amor perdido
que a lo mejor regresa,
pero sólo es como una posibilidad remota

o un azar fortuito que permita que los focos
vuelvan a encenderse,
rechinen los motores nuevamente
y los metales vuelvan a su estado calmo,
las formas inestables que requieren un volver
a sus costumbres diurnas
y encontrar el equilibrio necesario
para ir en busca de la sed y no perder las ansias
de encontrar los cuerpos idos,
regresar y rellenar los huecos que quedaron
sin nadie que cuidara las linternas y prendiera el fuego
en las hogueras que caminan cabizbajas,
frías,
como insepultas,
con la monstruosa soledad que muestran las campanas
cuando tañen pero no hay quien pueda oír las,
rebatir sus argumentos, a favor o en contra,
de que los cuerpos vuelvan y alboroten las maneras serias
con que el muerto da la mano a las visitas
y las hace dar la vuelta e irse a modo de quedarse solo
con sus muinas,
los ruines pensamientos que lo llevan al desvelo
y lo obligan a mirar sin mirar los callejones
en que se oyen las pisadas del suicida
que desanda sus múltiples andanzas
antes de colocar su calavera en medio de la ausencia
y cambiar, de raíz,
sus estructuras rancias hacia otros basamentos
menos restrictivos,
menos dados a tanta integración a normas
o desdenes de mujer que llama por teléfono
pero se niega a estar de cuerpo corporal entero,
bien visible,
rostro bello y la inocencia y la crueldad
en posesión del mundo
ser lo sido pero no lo estante,

la forma irrepetible,
la nostalgia,
la lengua de la pérdida, que no puede escucharse
porque está perdida como razón inencontrable
o lejanía de cuerpo que no puede sustituirse,
hace falta, por más que las palomas desmenuen cantos
o platiquen entre ellas de cuestiones graves
o súbitos peligros que surgieron cuando hubo desbandada
y regresaron cuervos de plumaje negro,
torvas uñas,
mirares de aspavientos turbulentos
que acecharon la llegada del cuerpo que se iba
y acabaron picoteando los ojos
que miraban a otra parte y no donde debían,
pero sí, muy lejos,
sí visiones que veían muy lejos pero no a las cercas
que cerraban el paso al fugitivo
que quería llegar a alguna parte que fuera, exactamente,
esa parte que los ojos picoteados no veían
porque estaba demasiado cerca,
demasiado junto a los ojos que extrañan la frialdad
de todas partes
y la echaban, a grandes carretadas,
en las zonas que aún no estaban perfectamente frías,
perfectamente témpanos helados que iban al garete,
sin rumbo conocido
sin marcas que pudieran servir como identificación
en caso de extravío
o muerte lamentable y póstuma tendencia a revivir
desde lo alto de los postes su muerte metafísica,
la onticidad resucitada a casi nada de su vida original
pero que, todavía, camina,
estruja denticiones con cierta cólera maltrecha
pero aún llena de lascivia,
lengua que protesta del estado seco
en que purga su condena

y no dejar en pie
razón que no tenga fundamentos
o amor que no perezca en ruinas o desate convulsas
situaciones
en que las cosas se deshacen con toda impropiedad
y falta de respeto a las sagaces actitudes
con que vigila lo finito su adhesión al miedo,
las causales que lo casual maneja con maestría
para obtener los máximos recursos
que permitan romper cualquier cosa
que estuviera unida o tuviera la intención de unirse
para formar un bloque de sólidas razones que se nieguen
a convertirse a modo de columnas ciegas
que suplican no ser abandonadas a merced
de los nudos corredizos
que acosan al demente en sus hurañas correrías,
las formas permisivas de escapar
de sus propias desmesuras
y volver a lo desmesurado que lo arroja
en el sinfín de las proposiciones vacuas que se agotan
en sí mismas
pero admiten cualquier ingreso ilógico que pueda
abrirle paso a nuevas y no bien determinadas
líneas de conducta
que no estuvieran predispuestas a seguir axiomas
no dotados de una flexibilidad maestra,
un frío extremo que predica
que el amor acaba pero no termina,
sigue, aún no siendo, porque todo es falso y nada importa,
a un desastre le sucede otro y luego otro
y todo se convierte en un desastre enorme,
un destrabarse todo lo que estaba, supuestamente,
bien trabado
y hay un desasimio general de cuerpos y memorias
que se arrumban terriblemente solos
y sin nada que pueda detenerlos,

derrumbe tras derrumbe,
nada importa,
porque todo es real
o asume formas tan parecidas a lo real
que las cobijas no protegen mucho
y lo helado lo domina todo
y nada hay que se muestra complacida,
satisfecha de que el *no* quedó bastante más vacío
de lo que estaba
cuando era un *sí* que requería de las muletas
para ser afirmación un tanto sujeta a sus paréntesis,
sus terribles dudas acerca de que el habla fuera
un instrumento útil para decir lo que no puede decirse
o, simplemente,
retorcer los huesos para volverlos un poco más amargos
o despiadarlos de manera que se fueran volviendo
más silencio,
en lugar de hablas farfullantes que mastican
vocablos hechos trizas,
nada importa porque nada existe
sino entes catalépticos que se desplazan
a manera de cenizas o de ojos
que perdieron capacidad para mirar lo que estaba detrás
de lo que sólo los ciegos podían ver sin riesgo
de perder la vista por completo
y no ver que los cuerpos seguían estando ahí
aunque fuera de contexto,
descolocados sus principales elementos corporales,
sus propiedades específicas en tanto cuerpos densos,
los volúmenes que dan forma a cada cuerpo
y realce a su belleza,
todo es nada y sólo es la Caída la que está emboscada
en todos los lugares aguardando su hora,
los motines desquiciantes que abruman a los locos
en sus dispersos extravíos entre ángeles endemoniados
y catervas de demonios con alas fluorescentes

que descienden por feroces fierros
y mastican las islas no invitadas a quedarse en ningún sitio,
estarse yendo siempre en una errancia de la herrumbre
que, con plena lucidez, soporta el peso
de los lívidos vacíos que acostumbran deshacerse
sin poner en duda ni un instante que creer que el mundo
podría seguir sin cuerpos por tiempo indefinido

PROSECUCIÓN DE LOS NAUFRAGIOS
(CUERPOS CUATRO)

*A Gabriela Astorga
e Iván Cruz Osorio*

sonido forma cuerpos,
la formación sonora y grave de su propio sonar
rasposo y lento
como un trombón derruido por el mucho silencio
que le cayó, de pronto, encima
y lo hizo ensimismar y voltear a ver si su sonido
aún podía oírlo alguien,
la llamativa y honda gravedad
con que muy seriamente llama a cuerpos por su nombre,
los menciona con un afecto que pudiera, quizás,
sonar grandilocuente,
repite nombres de mujer como si fueran lluvia
o manguera contra incendios que humedece todo,
empapa todo de manera recia o despiadadamente apaga
todo ardor o caldera que ande cerca,
como un calor que siente que se enfría y llama a cuerpos
a que vuelvan
pero no hay regresos,
cuerpos son enardecidas flotaciones que no escuchan
los sonidos,
no responden a los recios campanazos
que se oye que retumban en la noche,
sólo esferas suenan,
asonoran los vacíos que casi siempre se expresan
en lenguajes mudos o murmuran entre sí hablas vacías,
hablas trucas,
determinada cantidad de falsos silogismos,
raíces de vocablos que llegaban desde antes del diluvio
que acabó con cuerpos
y trajo los desastres en formas previamente concebidas,
islas tan terribles en sus ansias que no dejaron en pie

ninguna cosa útil
pero, tampoco, nada inútil que pudiera tener alguna utilidad
en el supuesto caso que los cuerpos decidieran regresar
y no hubiera quien izara las banderas
en señal de jocunda bienvenida,
alegre regocijo de las naves que regresan
del fondo de la noche
con su carga de fantasmas que reencarnan en formas
que asumen proporciones
que semejan volúmenes compactos
y altamente sólidos pero que son, en realidad,
ficticias semejanzas que lo irreal otorga a la manera
de una compensación que lo vacío trae cuando decide
volver a sus costumbres
pero carece de las formas visibles necesarias
para creer en su existencia verdadera
y que las naves no son sino cargueros
que van hacia el desastre
y llevan sólo sensación de cuerpos
o ideas acerca de un posible regreso de los cuerpos,
fantasmidad acicalada tiernamente y siempre predispuesta
al bien
y a ejercer otras diversas virtudes ejemplares
que convenza al réprobo de reprimir
a las protervas potencias oscurísimas
que lo hacen naufragar en las aguas aceitosas
que la lujuria pone, en abundante provisión,
para uso de los asiduos bebedores de cerveza
en los jardines públicos,
gente impía que disuelve golondrinas en alcohol
y rechaza el uso de desculpabilizadores
de acción garantizada y optan por beber cualquier brebaje,
cualesquiera formas de evadir el frío
y llegar a los ardores que los cuerpos mandan
así sea desde sus frías regiones,
cuerpos bellos como sonora formación de voces,

ominosas,
formas por completo impías que dan el mal ejemplo
a los efectos benéficos
que lo lunar dejara como recuerdo de sus altos dones,
los viejos estropicios que hicieron tanto daño
a las espátulas que, buenamente,
quisieron resanar los desperfectos causados
por esa brusquedad característica al erizo,
que no guarda miramientos con ningún extraño
o fuerza que parezca provenir del mundo de lo plano,
las monótonas llanuras que se extienden
como formas terriblemente álgidas,
como arenisca con esos modales circunspectos
que aparecen cuando llega el día
y los paraguas de los ebrios se quitan las últimas gotas
de licor bebido a media calle
a la hora en que transita el último tranvía
y los nombres añorados se repiten muchas veces
al modo de sonidos que no suenan,
no relumbran,
no acallan al silencio que llega con sus grandes ruidos,
su feroz estrépito que suena con cierto aire
de ángel degollado,
ave cementería que levanta el vuelo
y choca con la imagen muerta
que custodia los mitos que recogen la historia de los cuerpos
y los vuelve materia de sus cantos mientras cuervos graznan,
levantan polvaredas con los restos del suicida
que se agita locamente mientras suenan cuerpos
sin sonar alguno,
quedamente hay ecos que reflejan rostros
o espejos que susurran nombres bajo el agua
en que se ahogan los espejos,
agua espesa,
con la espesa densidad que toma el agua cuando siente
que la culpa viaja con la muerte pisándole la cola,

colgando las ojeras de una cuerda que pende de lo lleno
y baja a lo vacío,
lugar de las roturas que, luego, se hacen grandes ríos,
enormes estampidas de los búfalos celestes
que braman sobre cuerpos idos
o empujan las formas del desastre a nuevos horizontes,
todo inútil,
sonidos que no suenan pero se oyen los crujidos
de las naves
cuando se hunden y las precés del ahogado que siente
que el desplome se le viene encima y lo ahoga sin consuelo,
ahogo eterno, pero nadie llama o bala bajamente,
silenciadamente llama con intenso ahogo,
sofoco indescriptible o curiosa manera de jadear
en medio de la noche que también jadea,
se quita la peluca y se abraza a sus manteles,
canta,
se olvida de que es noche y amanece en medio del espanto
con que la luz anuncia su llegada
y hace que todos se despierten,
griten de alborozo,
se ensombrezcan nuevamente y ya no griten,
duerman,
sueñen o vigilen que el insomnio no se desespere mucho
por tanta desvelada entre funestos presagios que caminan,
ebrios,
trapezoides que dan vueltas sin ir hacia ninguna parte,
bien orates,
bien equiláteros señores tristes
que usan máscaras rellenas de confeti
o amargos caramelos con sabor a cloro
para limpiar conciencias demasiado turbias
o insoportablemente honestas,
casi cristalinas,
impuras por exceso de pureza porque exceso daña,
crea disturbios en las mentes sanas,

310

una larga estancia
 de los dones que recorren arduamente el universo entero,
 en busca de qué prodigio realizar
 delante del escéptico afilador de las agujas
 que están adentro del espejo
 y que se encargan de atizar el fuego
 que mantiene ardiendo los rostros congelados
 y sea capaz de creer que lo invisible, también, en ocasiones,
 pueda verse caminar como un asustadizo personaje
 que viene de la muerte
 y no comprende bien la idea de que es difícil evadir el paso
 de las puertas por sus propios quicios,
 entrar por ellas mismas y salirse, luego, sin echar la llave
 y desquiciar toda señal que indique que siempre
 es *más allá* donde radica la esperanza con su cara torva,
 cuerpos que desatienden los avisos que llegan de la luna
 pidiéndoles que no huyan de su forma,
 vuelvan a ella y permanezcan como forma por una eternidad
 y, luego, otra y otra, si fuera necesario,
 porque la eternidad, en los hechos, realmente dura poco,
 se limita a un solo instante,
 cambia de parecer y se convierte en otra cosa,
 lo vacío que queda después de irse lo repleto,
 lo que *no-hay* pero, de todos modos,
 es cerrado como un círculo
 o una hoja de papel en la que hay *nadie* que quisiera
 dejar constancia de *algo*
 y logra escriturar ciertos manchones que no alcanzan
 a expresar ningún profundo sentimiento
 o verdad que no perezca pronto
 pero quedan las marcas indelebles que deja manuscritas
 el suicida en cada poste que saluda atentamente
 a un amanecer
 que ya llegó cuando era demasiado tarde
 y no había quién pudiera recibirlo,
 sólo el sueño,

que es como un señor enormemente taciturno
que fumaba pipa
y maldecía cada vez que los insomnes
daban vueltas en torno de sus grietas,
los cóncavos perfectos en que caen cuando es de madrugada
y los trenes que van hacia lugares muy distantes pitán
con un sonido monocorde y extraordinariamente lento,
como crueldad de despedida o casi abominable forma
que adquiere la nostalgia cuando se pone triste,
se sienta en su sillín de paralítica señora quejumbrosa
y llora con todo el desconsuelo que es posible adquirir
en los expendios de licores finos,
las modosas casas sonrosadas
que acostumbran ponerse colorete para mejor lucir
su rostro rubicundo,
los párpados violáceos que ostentan un rubor esplendoroso
que conmueve a los pequeños seres desvalidos
que no tienen más ocupación que divagar acerca
de lo muy semejantes que son, en realidad,
lo abstracto y lo concreto,
el círculo y la esfera,
el mundo supuestamente conocido y el mundo que no es,
ni siquiera, supuestamente conocido,
imaginado, con todo y cuerpos reales o cuerpos inventados
con el único objetivo de engañar a los falsos presupuestos
que parten de la base de que amar
es un impedimento grave para el vuelo
a las sidéreas regiones
todo transcurre en una calma deliciosa,
un mar de la serenidad perpetua
donde las cosas no se quejan nunca de ser menospreciadas
ni pretenden cambiar el carácter sombrío de las lechuzas
cuando llega el frío
y se lleva la mejor disposición que hubiera
para entonar mejor los salmos despiadados
que aspiran a torcer el rumbo equivocado

que lleva el universo y lo conduce a la abstracción completa,
la pérdida de sí,
que es el total consumamiento de su propio espacio
en lo absoluto vacuo,
como espacio que se entraña hacia sí mismo hasta volverse
un *menos-cero*
que desciende hasta llegar a *nada-adentro/nada-afuera*
y *nada* hacia ninguno de sus cuatro lados exteriores
que lo aíslan del contagio con las *otras nadas* adyacentes
que quisieran estar libres del contagio con las sumas/restas
que prefieren seguir viendo las cosas de manera ambigua,
las cuentas poco claras para que todos se confundan
y vengan las zozobras a llevarse
los restos de materia que pudieran haber seguido vivos,
fragmentos cometoides o de homínido
que no supo calcinarse a tiempo
y quedó como hombrecito verde-vegetal oculto abajo
de un paraguas
donde encuentra a un ebrio capitán de todas las borrascas
que sonríe a cada cuerpo que le pasa cerca,
así sea como cuerpo en pena,
cuerpo huido que no deja constancia de su paso,
pero pasa y se escucha sonar su veloz paso,
su ansia caminante de peatón en fuga
que recorre las parábolas
que siempre van en surcos paralelos
sin medir distancias porque todo es cerca,
sin medir obstáculos porque todo está bastante lejos
y los riesgos se cansan de tanta desventura
y optan por portarse como gente seria,
no causar disturbios o lesiones graves a tantísima belleza
que circula al borde del abismo
y corre el riesgo de perderse para siempre,
caer hacia el infierno y encontrarse a los gemelos
en la puerta con las zarpas listas para dar el tarascazo
y desgarrar la carne que quedó intocada,

glorificada carne palpitante y viva como tierra fresca
 o planeta consagrado en exclusiva a lo amoroso,
 como pasión en brasas que arden desde siempre
 y arderán después que el mundo deje de ser mundo
 y sea espanto desolado que no habita ningún cuerpo,
 ninguna estrella alumbra con su luz morada
 y no se oiga el sonido que sale de la esfera
 cuando va de fiesta y se encuentra con el círculo cerrado
 a toda dicha,
 abierto a la desdicha que se siente de saber
 que el tiempo escapa de cualquier modo
 y cae sobre los cuerpos y los vuelve materia desgastada
 por un ácido correoso que suprime todo signo de piedad
 y arrasa con las formas opulentas y les deja las formas
 más agudas del alambre
 o las obesas líneas demasiado gruesas que transforman
 carne en grandes lonjas de grasa taraceada,
 glucosa en desmedido avance y sonrientes triglicéridos
 que ven el fin final de sus carnosas víctimas muy próximo,
 no voluntad de la demencia del orate
 por ciertas formas simples de suicidio,
 maneras de escapar de un algo oleaginoso
 que despacha aceite rancio
 como fuentes que autorizan el derroche de agua
 no precisamente pura,
 pero no, tampoco, por completo impura,
 una mezcla de dolor que se atraganta solo
 y payasito afable que no hace sonreír a nadie
 aunque atribuye ciertas propiedades ópticas
 a la esmirriada opacidad de los vacíos que tiñen su grisura
 con drásticos chillidos de colores que garantizan
 la poca seriedad de los deudores que gritan su desgracia
 y agarran a patadas al *otro* que sí es un total irresponsable,
 aunque consciente de seguir con el engaño
 de que los cuerpos volverán bien pronto
 y bebe su alcohol desesperadamente

con las funestas consecuencias consabidas
que dilatan la extensión de los desastres
y hace que los cuerpos chirríen
del espanto que provoca, entre las gentes cuerdas,
el pensar que los espejos pudieran convertirse
en asilo para orates
y no pudiera entrarse atrás de los cristales
sin riesgo de perder no sólo la cabeza, sino el alma toda,
perdición eterna para huesos magullados por el uso
y que quisieran ser considerados como huesos santos,
reliquias veneradas que liberan fuerzas
que hacen levitar a los espíritus sensibles
pero imbuidos por una concepción idealista de la historia
que los convierte en aves de rapiña
y los hace descender a novedosas y creativas
formas de ignominia,
cárcel a devotos que entonan con su ronca voz
las penitencias
que el culpable debe pagar
para que su alma quede libre de sus manchas
y sea un espíritu al borde de la asfixia, pero no del todo,
sufra horriblemente y sepa del enorme peso
que cargan los suicidas cuando van al matadero
por sus propios medios,
jalando de sus cuerdas el demonio que busca conseguir
mayor número de adeptos,
disminución de penas por un pago pronto
y en moneda contante y resonante,
las pequeñas dádivas que implican
cierto comportamiento mesurado
en todo lo que atañe a cuerpos
que es posible no encontrar en ningún lado,
pero seguro están en otra plúmbea región desconocida
donde son objeto de grandes agasajos
y reciben menciones honoríficas por su gran belleza,
grandes premios,

amenaza con quebrarlas
 y hacen un esfuerzo extraordinario
 porque alguien venga y las auxilie,
 redoble sus afanes para lograr que lo esférico prosiga
 y cunda el buen ejemplo que brindan las esferas
 y las vuelve seres difícilmente perfectibles
 en sus formas casi majestuosas,
 casi absoluta prohibición de alcanzar la tierra prometida
 y disfrutar a plenitud los goces que los cuerpos ofrecen
 como una bienaventuranza
 o premio a los cansados caminantes que recorren mundos
 sin ningún objeto,
 ninguna precaución que les permita salir de los lastimes
 que toda caminata trae consigo,
 todo desarraigo
 el *no-estar*, con el estar huyendo todo el tiempo
 de cualquier espacio
 y de cuerpos apenas entrevistos pero siempre vistos cerca,
 tan deseados,
 tan próximos pero, también, lejanos,
 siempre lejos,
 siempre metidos en otra disfunción corpórea,
 otras formas que adopta la materia para volverse inmaterial
 y huir de la desdicha que se acerca vestida
 con su ropa de trabajo,
 su casco de minero que horada bajo tierras palpitantes
 y se acerca a los misterios que nunca fueron revelados,
 los territorios del noctámbulo que asume su papel sombrío
 y recorre las figuras laberínticas monstruosas
 que salen de los sueños y alimentan las fogatas
 que no dan ningún calor
 pero consuelan los rigores con que el frío
 hace visible su presencia,
 palpable frigorífico que escucha los sonidos que regresan,
 congelados, desde una campana primordial,
 eterna,

que, desde siempre, tañe y agujera el hielo que recubre
 la cavidad
 donde los cuerpos presentan sus ausencias
 al modo de los trenes que vuelven, cabizbajos,
 al punto de partida en busca de pasaje,
 pero no hay pasaje
 y sólo acuden al andén a despedirse
 los que ya se fueron hace tiempo,
 lejos,
 casi horizontales los señores que pensaban que irse
 no era sino otra forma de volver sólo que más solos,
 más perplejos ante las formas inauditas de recambio
 que aparecen cuando el tiempo pasa
 y el insomnio ve que los visajes siguen
 con sus muecas agrias,
 sus brazos maniatados por el constante auscultar
 que hacen de su cuerpo
 los expertos que levantan los nuevos mapamundis
 y no saben cómo disponer los brazos
 cuando se agitan como aspas locas
 o veletas trastornadas por un viento que azota las cabezas
 sin piedad alguna,
 furia alguna,
 no impiedad, sino sólo la costumbre de acceder
 por vía directa a los secretos que escondiría
 un corazón enamorado,
 que se niega a estarlo y no averigua nada,
 queda impune la memoria de los cuerpos
 que se abrieron a la luz
 y demostraron que el misterio
 que rodea a todo cuerpo de mujer es cierto,
 pero no hay modo, por fortuna, de violarlo
 y seguirá como un misterio que los cuerpos guardarán
 para sí mismos,
 no comparten
 no permiten, ni siquiera, que el intruso ronde cerca

o pretenda averiguar las causas que provocan
que los cuerpos
aparezcan como seres altamente misteriosos,
extrañas nebulosas rozagantes siempre prestas
a ocultar las diversas artimañas
que usan para atrapar a los gentiles caballeros
que hacen su cortejo
con toda propiedad y todo lo elegante que les es posible
y luego desamparan del modo más atroz que pueda idearse,
cuerpos con la mente fría que quedan impertérritos
ante el dolor que sufren los pobres despechados
que se sienten como productos que llegaron provenientes
de un naufragio intrascendente
y al que nadie prestó socorro alguno
a pesar de que los gritos que lanzan los ahogados
suelen escucharse a gran distancia del lugar
donde ocurren las catástrofes
y los triciclos cometen cada vez más tropelías
en su frenética búsqueda de cuerpos que se alejan, a su vez,
a una mayor distancia del punto de conflicto
que se da entre ansias de saciar amor
y deseos que no pueden cumplirse
porque amor es un sujeto escurridizo
que sabe cómo escabullirse
aunque cause un gran desorden en el orden planetario
y justifique el caos que se organiza
cuando la búsqueda termina
en un encuentro que no era el que quería encontrarse
o no aparezca ni el contorno vacío de una sombra hueca
que pone en manifiesto la distancia que hay entre el sujeto
y el objeto que se quiere conseguir a toda costa,
y que lleve a una severa palpación de la neblina
y a tomar conciencia de que casi todo es un hallazgo inútil,
una señora casquivana que no se compromete nunca
y deja siempre los trapos de cocina
friéndose en sartenes viejas,

aceitosas capas de osambre ornamental
que cubre los innúmeros corchos que servían para tapar
las funestas arribadas con que el viento gusta
proclamar su arribo,
hendir a los espejos que devoran a la ingenua gente
que cree que pueden contemplarse en ellos
sin ningún peligro y rescatarlos
de una muerte segura por medio
de la imagen que está adentro,
pero puede atrapar a los que están afuera
y convertirlos en una masa informe
que apenas se desplaza muy cansinamente,
fatigosamente logra cubrir el excedente de materia grasa
y la reabsorbe como medio de incrementar
su formación etérea,
la sutil manera transformista de lograr que los metales
se desboquen y caigan del modo que acostumbran
las esferas cuando cantan en medio de la noche
o dan la mano a las figuras delictuosas
que el espanto obliga a actuar como prudente información
de que las cosas pueden agravarse
si no hay un acuerdo universal
y los cuerpos decidan su regreso
en el próximo barco que viaje hacia la *Nada*
y se hunda repentinamente,
quede inmerso en la profunda negación que abre camino
al lado positivo en que incurren las certezas
cuando quieren ser benevolentes
y aseguran que aún les queda tiempo a los amantes
y disfrutar de los mundanos goces que se ofrecen
con gran algarabía,
enorme gusto porque lleguen los navíos armados
con sus grandes velas
y organicen los festejos porque los cuerpos regresaron
del fondo de la noche y los tranvías circulan nuevamente
por la angosta vía que da la vuelta al universo todo

y regresa al punto de partida y todo empieza nuevamente,
círculo que no transgrede ningún nuevo mandamiento
pero libra encarnizada lucha porque el recuerdo
de los cuerpos no se angoste mucho
y quede el testimonio de que sus pasos recorrieron mundos,
apagaron cirios,
devolvieron soles a las altas brumas
que se habían quedado sin luz que diera lustre
a las imágenes perplejas por la enorme cantidad de sombras
que se habían reunido de repente,
como obsesión lastimada por el tiempo
o súbita demencia enterrada por sus propios lineamientos,
normas rígidas que acaban por llevarla a la cordura
y explican —o no explican—
su lógica loquera circular que da vueltas y vueltas
en torno de sí misma
y no encuentra cómo salir del callejón en que ella se metió
sin que su ilógica razón se diera cuenta
de haber caído en una trampa,
su entendimiento condenado a la peor de las cegueras,
la que ve lo que no ve pero actúa como si viera
y finge que sondea con el tacto las formas neblinosas
que no se dejan ver
pero parece que sonríen a la manera de un destello breve
o la vislumbre de que el frío nace al interior de los espejos
perdidos en la melancolía que aqueja a las esferas
y, después, se cuela en todas partes,
se adentra en las paredes y las vuelve arenas movedizas
que amenazan desplomarse
y causar el mayor de los efectos
en el horario de las cosas muy pequeñas
que pueden perecer si no se les avisa a tiempo
que la parte de mundo que les toca
está casi por venirse abajo y desplumarlos,
quitarles de las manos las escobas con que hacen el aseo
de las enormes masas planetarias

y hacerlos más pequeños aún de lo que ya eran desde antes,
minúsculos objetos microscópicos
que apenas puedan levantar la vista
del subsuelo en que se encuentran sometidos
a presión extrema
por el vapor de la olla a punto de explotar
por tanto fuego acumulado,
tanta pasión que se quedó encendida
y nadie se ocupó de hacerla más manuable,
menos materia para incendios
y más flama decorosamente apaciguada
en la perpetuación indefinida de los cuerpos,
carne en la opulencia que sólo da lo bello
cuando alcanza majestad suprema,
lo perfecto o casi lo perfecto de las formas
que alcanzan su máxima elocuencia
aunque dejan abiertas las ventanas para la fuga del demente,
la estampida de los búfalos que huyen para ponerse a salvo
del ataque de los cuerpos que amenazan arrasar
con la constante soledad que guarda al *Uno* y a los *Otros*
adeptos a la mala vida,
los causantes de la brusca irrupción de los destrozos
en el orden circular de las esferas que pretenden dominar
el mundo
y convertirlo en un esférico estrambote
que dé de vueltas en su eje
y todo lo demás sea un enorme plano
que se extiende en lugar del universo curvo
en que los cuerpos tienen aposento
fijan residencia transitoria, porque de pronto
y sin aviso alguno,
siguen el viaje y no hay modo de volver a verlos,
encontrarlos a bordo de un camión nocturno
o paseando por un parque abandonado
que no atraviesa nadie
y *nadie* es el señor que bebe su cerveza

a la hora en que el sereno anuncia
la salida del transporte que olvidó la ruta de regreso,
el no-retorno del viaje ensimismado
en que los cuerpos siguen siendo cuerpos
limpiamente vistos,
pero sólo en la perplejidad de los insomnes
que realzan el papel de las formas
que dejó lo ido en lo indócil de la actitud de los fantasmas
que no respetan normas,
se sublevan contra toda huida
que no se justifique plenamente
deje datos claros para una pronta búsqueda
del cuerpo huido,
renovación de formas ya cansadas
o una fidelidad que sigue a la ceniza
en donde quiera que se encuentre
y la ata a su memoria para impedir nuevas huidas,
las formas negativas a que se adaptan ciertos cuerpos
para decir que están cuando es el viento
el que recorre las llanuras
y hay como una mortecina sensación de que las cosas
no transcurren como antes,
se detienen,
se adhieren a los vidrios o mascullan frases inconexas,
decires que no dicen absolutamente nada,
ángeles endemoniados o demonios celestiales
que escaparon de un espejo escalofriado,
gritan,
vociferan teatralmente como en cine mudo
o en el origen del lenguaje de las artes amatorias,
júbilo que apenas logra balbucear sonidos
o empiezan a escucharse las campanas
que no tardan en llegar con sus milagros escondidos
en cada restañar heridas,
cerrar huecos,
modificar las duras condiciones de volver a retomar

las lealtades a los cuerpos
que estuvieron así fuera fugazmente
y dejaron la marca de su rostro en cada hueco
que se abrió después de que se fueron
y hubo un malestar de fondo en las impías apariciones
que destrozaron los espejos para no verse reflejadas
en la herrumbre que quedó en lugar de las imágenes
que ahí estaban,
bien guardadas en la fábrica que amasa rostros o caderas,
la hilatura principal con que se integra un cuerpo
cabalmente producido,
cabalmente articulado en todas sus diversas piezas,
férulas y rótulas y faros navegantes que protegen islas
de las maniobras encubiertas que quisieran despojarlas
de los múltiples adornos que iluminan su interior sombrío,
el ronco estrépito del mar que acaba entre sofocos
del ahogado que no sabe dirigir sus huecos a lugares secos,
tierras desdeñadas por los cuerpos húmedos
que van como si fueran reliquias de vírgenes
o pedazos muy pequeños de vísceras celestes
que naufragan en aguas angustiadas,
aguas vueltas locas por el vértigo que causan
los ansiosos remolinos
que quisieran atrapar a cuanto cuerpo transite por la euforia
y devolverlo al limo original,
el musgo pétreo del que vienen las primeras formas y se van,
dejando abandonadas las formas corporales
que, posiblemente, llegarán mucho más tarde,
ya rotundas,
ya maciza carnidad esplendorosa
aunque habiten en la niebla,
lejos, como esferas giratorias
a la mitad de los planetas hoscos,
las formas consagradas que destilan un furor enorme
en contra de las formas que recién comienzan
su trayecto cósmico,

encontrar su imagen,
replegarla y mandarla a lo lejano en busca de otras formas
no estatuarías de existencia,
formas menos duras o más dispuestas a dejarse llevar
por las fortuitas circunstancias que se dejan venir
sin que parezca ser muy necesaria su presencia,
pero llegan y toman la palabra
y hablan sin parar durante muchas horas sobre cuerpos
que aparecen de repente y cuerpos que desaparecen
sin mediar alguna situación

que favorezca el juntamiento corporal
o haga que los eventos transcurran de manera bien distinta,
como si todo lo amoroso fuera un simple gesto de locura
o cupiera la más leve posibilidad de que los dedos
pudieran deslizarse por dentro del espejo
y palparan el calor que las imágenes despiden
cuando intuyen que la carne que dejaron fuera

sigue ardiendo
y sólo esperan el momento en que se ajusten los sonidos
y fuercen al silencio a irse
para cumplir las devociones que hacen falta
para que amor integre su pasión de esfera y se dé entero,
cuerpo en movimiento desplegado al aire
en viaje hacia una luz que magnifica la intensidad rabiosa
que despiden un cuerpo cuando ama y extiende su potencia
hasta colmar a todo espacio que pudiera

haber quedado hueco,
sin llenarse,
pero queda como flamígera irrupción de asuntos
que se rozan
con el fervor que se acostumbra llamar a las hogueras
a que vengan a caldear las madrugadas frías
en que las sombras buscan su esqueleto para asirse de algo
y los ecos rondan en busca de sonidos
que quisieran prolongar la ausencia del silencio
y su mortaja que camina sola,

gesticula en vano,
 llama a cuerpos impropriamente idos,
 no claudica y va en forma casi impersonal
 buscando cuerpo a cuerpo y puerta a puerta,
 seca flama,
 sequedad impávida que se alimenta de su sed inmensa,
 el ansia destructora que acomete a los suicidas
 cuando escriben en la lápida sus últimas palabras,
 los textos decisivos que encubrirán los mitos que forjó
 una memoria desolada
 que no supo resguardar ningún recuerdo
 así sea al modo de una devoción distante
 o un acto de demencia
 aunque no baste la demencia para ocultar que los olvidos
 lo carcoman todo
 y quede nada más la angustia que cancela cualquier posible
 aparición de cuerpos
 o señales de que los símbolos aún pueden funcionar
 y echar abajo
 la cruel perseverancia de las cosas nulas que se activan
 cuando los muertos reciben su bautizo
 de manos de una calavera
 que no acostumbra usar buenos modales
 para expandir el desamparo
 sobre zonas magras o bultos dejados al azar
 en un total descuido,
 una total cancelación del sueño que procrea al desvelo
 y causa que el insomne no pueda procesar los datos
 que le llegan
 desde una confusión que avanza lentamente hacia la nada
 y se confunde más en la medida en que el traslado
 de luz a oscuridad se vuelve tan abstracto
 que es imposible distinguir lo claro de lo que es tan negro
 que es como si alguien prendiera una velita
 en el final de un túnel que parece que termina,
 pero sin nadie adentro que tuviera una velita que avisara

sino que sigue siendo oscuridad inacabable,
 porque los postes de la luz a duras penas medio alumbran
 los restos del ahorcado que construye
 un miriñaque con cartón emborrionado

después de mucho tiempo de estar sueltos, bailar alegremente con cuanto trozo del cableado eléctrico: parezca detenerse a contemplar el espectáculo que ofrecen las libélulas nocturnas que amenazan con parar actividades si no hay quien ponga orden en medio.

la conciencia malherida
del amante que dejó que los cuerpos se fueran de su lado
sin siquiera obsequiarles
un modesto abrigo que los cubriera del inmenso frío

era un lugar entretenido,
no casa ambulatoria poblada por ariscos engendros
del demonio
que asustaban a los tiernos cuerpos

y se hunde en los misterios
que lo abstracto trae sobre los cuerpos

328

provocan en las líneas defensivas que los cuerpos afilan
con cuidado
para herir lo más profundo que se pueda
las formas amorosas que se velan con bastante atraso,
tiempos fríos en que es lo inerte lo que arrastra
tanta imagen que quedó como queriéndose aferrar a algo
que no había
y comenzó a caer también inertemente,
también curiosa mortandad de imágenes negadas a morir
que siguen hacinando estopa en los suburbios
del ser que se desgasta en lucha con lo dual de su conciencia
que se vuelve encendedor de flamas fatuas
y apagador de hogueras verdaderas,
cuerpos reales y cuerpos que tuvieron que inventarse
para evadir las inclemencias que las brumas del alcohol
traen como no siempre agradable compañía,
despertar funesto con tragos de mezcal
a las tres de la mañana,
cuando los miedos vienen de las más sórdidas covachas
del espanto
y los espejos de la muerte
se abren para que entre el último invitado
a festonear su traje negro,
sus guirnaldas rojas que se tiñen de una mueca de tristeza
que aquietadamente manifiesta su esperanza
de que las cosas modifiquen, para peor,
sus opiniones sobre cosas o visiones
que las cosas pudieran sostener
respecto a las heladas máscaras bufescas
que se jalan de la lengua
para reír a carcajadas de la idea de que la gravedad atrae
pero repele, al mismo tiempo,
a los opuestos signos
que circulan de un cuerpo preconstruido a otro
ya completamente hecho para, después,
volverse cuerpo en franco proceso de desgaste,

masa que se expande y, luego, se contrae,
se pierde en el azar de la materia prima contrahecha
que no tiene cabida en parte alguna,
exuda cloroformo,
viaja al éter,
se disforma consecuentemente con lo impropio
que les es característico
a todos los mortales que no alcanzan a obtener
la seriedad que se precisa
para actuar como objetos trascendentes,
sujetos bienvenidos en casi todos los lugares
por su ínclita presencia
que se anuncia con paraguas rojos y brillantes oropeles
de lámina bruñida con letal descuido,
su potente maquinaria que tritura las formas transitorias
que llegan y se van sin dar ninguna excusa,
como cuerpos o heladeras algo cálidas
que descienden sobre el frío
y lo humanizan hasta hervirlo y convertirlo en cuerpo tibio,
mujer remotamente funeral que arde
y quema a los sobrantes huesos
que no encuentran el modo de soldarse
a esqueletos que se encuentran en servicio activo,
aunque algo decaídos por el mucho uso de sus vértebras
y las demás juntas dañadas por la artritis reumatoide
que inhibe la obtención de una clara perspectiva
de los cuerpos
como angélicos seres que provienen de un cielo congelado
y actúan con modales intensamente fríos,
y con fama de poseer lenguas capaces de alcanzar
el punto máximo de incendio
en una mínima fracción del tiempo
que se otorga a los amantes
para cumplir con las violentas exigencias
que el deseo plantea
con lo inminente de un ritual sagrado

sinrazón vital que hace que el instinto del ofidio lo conduzca
a actuar contra los cuerpos sin ningún respeto
por las formas que deben guardarse

en casos de emergencia extrema
que acaece cuando un determinado cuerpo

se convierte en una hoguera
y crea la seductora sensación de que el calor da vida,
estado confortable pero pocas veces llevado

hasta los límites precisos
para que el náufrago decida regresar a la existencia pesarosa
que llevaba antes,
cruelísima la infortunada vocación de los suicidas

que los lleva a situarse a una distancia respetable
de las formas constituidas como formas bien concretas,
formas bien establecidas que respetan toda norma

y no cruzan ningún límite sin un permiso escrito
al tiempo que atenazan fuertemente a todo despropósito

que quiera convertir al caos en modo de existencia,
abolir de plano el tiempo y dejar que cada quien lo mida

como quiera o pueda,
se embalsame de recién nacido

o sea longeva y truculenta ancianidad
que muestra sus despojos sin ningún recato

y exige la presencia de los cuerpos nuevos que huyen,
aterrados,

bajo el buen resguardo de la imagen complaciente

que promete
llevarlos a un final feliz que los haga convertirse

en cuerpos casi planos y a salvo, por completo,
de miradas indiscretas que quisieran profanar

sus más íntimos secretos,
las zonas vulnerables que, casi siempre,

tienden a mostrarse indiferentes
a los riesgos que suele conllevar el aparente disponer
de unas formas opulentas que motivan al pecado

a sacar la lengua

y a efectuar los movimientos necesarios para atrapar la presa
y sazónarla a gusto,
saborearla con todos los recursos que el reptil dispone
para gozar a plenitud la entrega, por servicio expreso,
de una magna ración de carne fresca que se entiende
como un obsequio de los dioses

por las muchas plegarias que les fueron dirigidas,
muchos rezos que cruzaron el espacio en todas direcciones
y hallaron cumplimiento tal vez un poco tarde pero, al cabo,
el festín se realizó casi en los bordes del abismo que vigila
que el pastor no trasquile demasiado a sus ovejas,
deje fémur sano,

columna vertebral intacta,
formas óseas que recuerden que hubo alguna vez un cuerpo
donde queda nada

y las campanas tañen por los cuerpos idos,
los cuerpos invitados que saludan cariñosamente
a los efectos sonoros que el metal produce cuando estalla
y corre como alma que flota en penitencia

en lo vacío del mundo,
lo incorpóreo de los cuerpos que saludan/no saludan,
se saludan entre sí con poco afecto y mucha indiferencia
y huyen de los malos tiempos
que desatan furiosos vendavales desde adentro

de un espejo roto,
un clavo que se cae de su agujero y quema como quema
el huidizo y ciego topo huyente que devora sombras
y termina en un jardín hirsuto que no sabe qué hacer
con la embriaguez sombría que determinan los licores tristes,
las alboradas que amanecen con un casquete fúnebre
cubriéndole los ojos

y adivinan la frialdad nocturna que se acerca
y crea la destemplanza
que acostumbran vestir las furias amargas que se quejan
del poco caso que los cuerpos hacen
a sus constantes rogativas para obtener, al menos,

una cruel sonrisa,
un gesto de desdén elemental pero entendible
por razones de los cuerpos
que gustan ocultar sus reales sentimientos
y muestran la verdad como no siendo verdadera
y a la inversa,
falsía que atosiga a los dementes que suponen
que lo real es aquello que no existe
y que lo irreal, también, carece de existencia,
pero es más fácil encontrárselo a la vuelta de la esquina,
con su juego inofensivo de sumar los ceros
y obtienen una estupenda demasía de ceros
que fundan universos nuevos,
planetas en proceso de esbozarse en órbitas cuadradas
que coexisten con los círculos girantes en torno a las esferas
que se quedan fijas
en el punto en que el *cero* se inclina a la derecha
y pierde piso
y cae como un desenfrenado habitador de los subsuelos
que no mide el dolor que causan las heridas que se infringe
y va de manicomio en manicomio
pidiendo que los barcos naveguen a ultratumba y regresen,
con camisa de fuerza si es preciso,
con los cuerpos que optaron por perder el equipaje
y se quedaron sin volver a casa,
solos,
como razón de ser del Purgatorio con sus grandes penas,
las encubiertas perversiones que dotan de un matiz ameno
a la sedente proscripción de que los ángeles
culminen sus orgías
con el feraz estímulo de vírgenes que todavía no asumen
su función terrestre,
pero atentan contra el orden público con la flagrancia
de sus cuerpos bellos que inducen al delito,
provocan la ansiedad en las débiles defensas que se tienen
cuando abren de par en par las puertas

para que entre la lujuria
 y se organicen los desmanes requeridos
 para llegar a la apoteosis de la fiesta
 y sea lo apocalíptico lo que sacuda al mundo,
 quite el polvo,
 suprima la cochambre que enmohece las gastadas clavijas
 que sostienen la pérdida de fe
 en que el amor resulte umbral de salvación
 y no condena a padecer en un exilio eterno,
 pero los cuerpos se arrepienten, luego, de su humor festivo
 y empujan la lujuria muy lejos de sus casas
 y bajan las cortinas para que no se vea lo que
 sucede adentro,
 pasa afuera como en un corre corre de espantajos
 que se lanzan cuerpo a cuerpo a la batalla
 contra sombras fugitivas
 que quisieron ocultar la ausencia de formas corporales reales
 con la ilusión, que puede provocarse fácilmente,
 cuando un objeto cualquiera es agitado
 con fuerza extraordinaria
 y deja la impresión de que se trata de la lámina faltante
 en el rincón de un cuarto
 y que quedó conforme con la forma espuria que, en su lugar,
 dejó su sombra,
 cuitas cuentan las profundas penas que aquejan al suicida
 que se entera que fue el *otro* el que cayó de los andamios
 en un aleve salto,
 el buen gemelo que es, al mismo tiempo, el mal gemelo
 que es como el fantasma de un fantasma
 que excava en lo vacío túneles que se clausuran
 de inmediato y causan el estupor de los viajeros
 que se sienten atrapados a la mitad de un punto viscoso
 y henchido de negrura,
 ferrocarril en busca de luz y de calor que llegue
 de un cuerpo que se haya estacionado en un olvido próximo
 y que deje que se acerque el desvelado soldador

de piezas sueltas
 que no alcanzan a integrar un cuerpo entero,
 sí un suspiro,
 sí un urticante pensamiento de que la situación
 se hace más confusa por momentos
 y es difícil entender si las cosas y los cuerpos
 cambiaron de opinión y van o vienen,
 se establecen y procrean pequeñas aves que parten al exilio
 o permanecen en la duda de si es mejor *estar*
 presentes todo el tiempo o tener, nada más,
 una presencia relativamente activa aunque muy remota,
 muy distante la hechura del voluble material
 que se usa para armar y desarmar formas humanas
 que —se sabe— son capciosas de por sí
 y se mantienen en guardia permanente
 ante toda tendencia a verse involucradas
 en asuntos que no son de su incumbencia
 y las obliga a una estadía forzosa
 en los extremos del vacío más denso que pudiera darse,
 no escribirse o meramente imaginarse, siquiera,
 con los ojos puestos en la más rabiosa claridad que, acaso,
 se le antojara aparecer como testigo fiel de los hechos,
 un tanto inexplicables,
 en el rechazo que ciertos cuerpos hacen de su propio cuerpo,
 su moldeada forma que intimida al más osado
 de los torvos sujetos
 que encandilan a la noche con sus ojos torvos
 y su asfixiante mirar de cuervo muerto
 y están como al acecho de los cuerpos
 que cintilan una luz anaranjada que denuncia su inocencia
 de cervata ansiosa por oír palabras que disuena
 del coro angelical que acuna
 a los morosos amantes que destinan parte de su tiempo
 a evadir el tiempo,
 expulsarlo de las zonas agrias
 que recorren las oscuras formaciones neutras

que pretenden deslavar los tímidos intentos del amante
por cerrar la puerta detrás de la que aúllan las ausencias
las ausencias como formas desatadas

de lo impío que masca cal hirviente
y suda sus congojas como un alebrestado animal que viene
de la noche y vuelve a la continua incertidumbre que rodea
a todo amor que cae en la inconstancia
y goza en el temor a las formas tambaleantes

que acuchillan sombras,
venden remotas esperanzas a precios relativamente bajos,
casi oferta con el fin de liquidar toda esperanza

y que las cosas se conformen
con ser objetos simples y no complejas máquinas
que herrumbran la llovizna y la convierten

en lluvia destrozada,
espíritu temblón y algo renqueante que acaba

por perder el ánimo y tristeza
como cuando termina la batalla
y quedan nada más los muertos y algún sobreviviente

que no alcanzó velorio
o se le fue el camión que lleva a los difuntos a un feliz entierro
y se quedó parado en una esquina esperando

que alguien pasara a recogerlo,
pero nadie lo hizo y queda como muestra
de que los sueños sólo son perversas pesadillas
que demuestran que la fe es una inútil

vestimenta que no sirve para nada,
porque detrás está la arisca soledad con la que cada quien
tiene que vérselas le guste o no le guste,

lo quiera o no lo quiera,
no hay nadie sino él para llevar —sobrellevar—,

los fardos espinudos que semejan
el final de los amantes escaldados en el fuego de la noche,
perdidos uno de otro,

cada uno perdido de sí mismo,

como idos,

como abundante provisión de soledades como cuerpos
que se alejan
al modo de un abismo que, cada vez, se hace más hondo,
más profunda la distancia que va de la parte superior
que conservan los abismos,
a la oculta seriedad con que cada abismo ahonda
su propia vaciedad interna,
el hueco que se excava debajo de otro hueco
y sigue, excavador,
hasta que ya no encuentra huecos que excavar
y los tritura de uno en uno hasta formar un nuevo precipicio
en que comienza su labor de zapa,
el mecanismo destructor de cuanta pieza entera
encuentra abandonada por sus dueños en cualquier bodega
o extensión que hubiera sido de alguna utilidad
para esconder los rostros que quedaron inservibles
después que los espasmos de la muerte
les dieron forma de cera derretida,
pasta amelcochada para dientes que, antes,
se mostraban con un descaro triste
y, ahora, procuran esconderse detrás de aquellas máscaras
que usan la violencia como forma de proteger sus intereses
o tener que claudicar en sus ideas
que insisten en que el amor es un invento
muy poco afortunado,
muy deprimente el vacío que se dispone a conformarse
cuando intuye
que se separan los amantes y acelera la disfunción
de los andamios
que venían estableciendo ciertas reglas
para caer conjuntamente con los cuerpos
que quisieran descender de las alturas a los pisos bajos
y morder el polvo,
fracturar el alma en trozos fácilmente desprendibles
y se inicie una apertura hacia
lo hundible que no termina nunca,

pluma,
trino,
desligación de lo concreto de la luz y de la sombra,
de lo cerrado y de lo abierto,
del círculo y la esfera,
de los péndulos y el amor considerado como cosa extraña
que causa escalofríos,
tiritaciones de amplia envergadura,
fiebres altas o calor que desciende a menos cero grados
sin ningún aviso,
ninguna precaución posible de tomar que evite correr
hacia el final de los espejos
y hallar enterramiento en la frialdad de las imágenes
que ahí quedaron fijas en el hielo,
que espeluznan o abren llagas con sus uñas largas,
sus ojos de demente alucinado por los tantos viajes
en torno de sí mismo,
su soledad que habita la loquera como un cirio fantasmal
iluminado por la noche en que los muertos cantan,
desentonan, pero afinan las mínimas guadañas
que cada muerto trae consigo
para cortarse el esternón como mejor le plazca,
la cara, como quede mejor favorecida,
las vísceras, en cortes finos, silenciosos,
casi pena ajena o mujer que permanece
como un signo impenetrable
o espanto que se encamina a lo fosfórico
y genera oscuridad lumbrosa,

luz sombría,
 la *Nada* que alumbra hacia su nada
 y ve que hay poco que mirar
 aparte de los huecos que dejó la desmemoria
 que se fue en busca de su cuerpo,
 la oquedad distante,
 lo cercano que está lejos o lo lejos tan cercano
 que no puede mirarse porque deja ciego,
 palpa lo impalpable
 y extiende los negros impermeables húmedos
 para cubrir la sequedad que dejaron los cuerpos
 cuando huyeron,
 casa para locos,
 se elaboran demencias a pedido expreso
 o se fabrican pesadillas según se guste y mande
 a bajo precio y buenos resultados
 para lograr que la cordura se vaya en buena hora
 y deje que los espíritus afinen la loquera del orate
 y organicen sus fastuosos bailes,
 sus orgías que celebran la lujuria con un festín de
 encalabrados danzarines
 con pífanos y flautas estentóreas que alimentan
 el pastoso sedimento de que vive la memoria del reptil
 que lame la sombra de la carne de los cuerpos
 que aún guarda un suave olor a miel que calma
 la sed immaculada del ofidio
 que la bebe con la tristísima esperanza
 de que los cuerpos aún regresen
 y sigan como parte indisoluble de la apagada crepitez
 con que la *Nada* se desvela en los zaguanes
 velados por la muerte
 que sahúma a los difuntos con la idea de protegerlos
 de los fríos helados
 que acostumbran venir en medio del terrible calor
 que sale de los cuerpos
 y quema hasta el final de las distancias cortas

que recorren las esferas
 en su largo viaje en torno a los espejos
 que el espacio pone para multiplicar
 su verdadera dimensión inmensa,
 casi eterna para que el tiempo sepa
 que no podrá alcanzarla nunca
 y que siempre irá un tanto atrás de lo veloz
 que lo infinito tiene para voltear y morderse las espaldas,
 mirar con ojos de cegato al frente y no ver sino a su origen
 que, incansable,
 continúa dando a luz más cantidad de inmensidad
 a cada instante,
 más se expande pero más roturas se le van abriendo,
 cuerpos demenciales,
 signo y cifra,
 hoscos,
 relumbrantes,
 medida de lo bello cuando lo bello se extiende en el silencio
 y sólo se oye el eco que retumba gravemente
 y dice que es más fácil perder el equilibrio
 ante las muchas formas que toma la belleza,
 que guardarlo y ser ecuánimes productos subsidiarios
 del carbón
 o enojos a los que todo pone de un malhumor
 que causa pasmo
 en las pacíficas palomas que sólo atinan a volar
 e irse muy lejos
 como cuerpos en amplia formación de cuerpos solos,
 fantasmales
 pero lengua,
 pero caricia,
 pero beso,
 pero solos los cuerpos bautismales como predominancia
 del vacío sobre los cuerpos llenos,
 destierro eterno sobre espacio fijo como lugar inamovible
 en la memoria del paseante que inventa devociones

con un estilo propio,
 una condenación de los espejos que, antes,
 daban a parques y jardines luminosos,
 vías fluviales donde se amaban los amantes en los barcos
 que iban y venían por el amplio océano,
 la mar nutricia con sus lámparas votivas que, a veces,
 sustituyen a los faros que, también a veces,
 caen en la modorra y no indican a las naves
 las rutas más correctas que deben seguirse
 para evitar la tentación, que trae el viento, de la carne fresca,
 la carne estupefacta que se alza como marea
 que avanza, irresistible,
 y quema a toda esdrújula persona que esté
 en contra de la carne vista como génesis del mundo,
 lactancia de la noche,
 instalación de la mañana con su luz flameante,
 la salvífica luz que da visión al ciego
 y lo hace bracear en las corrientes que preceden al naufragio
 de los barcos que cavilan demasiado
 en las causales que, en lo general,
 provocan que las naves se hundan muy aprisa,
 sin tiempo para ponerse la corbata
 y fallecer al modo del elegante caballero
 que llega a su ataúd con bombín y traje de etiqueta
 y se despidе del mundo con escueto abrazo,
 ligera contracción de labios que insinúan una sonrisa
 un tanto desdeñosa hacia las formas vanas
 que abomina una existencia asceta,
 un rezongar que organizan los trombones como modelo
 para una vida sana en plenitud de alcohol y de tabaco oscuro
 con mediación de carne de mujer que invoca a la esperanza
 pero no espera hasta que llegue,
 huye antes y deja palpitación en trance de ser desintegrada,
 y miedo solo que camina, imperturbable,
 definitivamente neutro
 como capilla fúnebre o cementerio en lo enmohecido

de la tarde,
lo mustio de la tarde cuando está a punto de morir,
pero no del todo,
algo queda que libra su batalla con la noche y pierde,
pero deja a salvo,
su dignidad de agónico crepúsculo

que cae bajo una luz violeta,
una constelación biliosa que no cree que los fantasmas
sean seres de vida disoluta que vagan por el mundo
con intención de convertir a cada ente en un objeto farragoso
y plagado por las malas mañas,
sino inocentes víctimas de un hado miserable que les robó
su cuerpo dejándoles el puro hueso,
la sábana que los anuda a lo terráqueo y les impide flotar
como si fueran las parcas ilusiones siempre fugitivas

que no hay modo de aferrar y van siempre de paso,
siempre a cargo de que todo pase y nada permanezca quieto,
pero todo es quieto y casi nada se transforma
en otra cosa diferente a la que es

y asiste a su velorio sin mayor recato,
pena alguna porque lo vean caminar con toda parsimonia
hasta su féretro y entrar en él con velas desplegadas,
ruido de tambores que cabalgan sobre formas

que ariscamente vienen,
cristalizan forma que se queda inmóvil,
como piedra, salida ya del tiempo y sus escombros,
libres de las innúmeras molestias con que el tiempo fastidia
a su clientela y la convierte en caídos arbotantes,
núcleos que parecían sólidamente fincados en la tierra
y que se fueron llevando un terregal enorme

cargado en las espaldas,
cristal que hierve o se imagina ardor que inflama la tiniebla,
noche eterna como malignidad que asume lo ferroso
como prueba de que lo ácido es difícil de beber

como si fuera un alcohol turbio
o una amenaza de que es impropio no beberlo

344

en su propio laberinto,
 su propia marca de agua,
 su identidad como lastrada por la sombra,
 algo pasa y modifica las condiciones de lo oculto,
 cerrado paraíso o magia de los círculos y las esferas
 que regresan círculo que se devuelve a esfera
 y gira, giradora como cuerpo de mujer que se abandona
 en el límite de la frontera entre amor y pavor a los misterios
 que los cuerpos amasan en sus túnicas
 a la luz de los relámpagos flameantes
 que pueden provocar en el amante la certeza
 de que se corre un riesgo enorme
 de que el fuego aisle las salidas de emergencia
 y quede detenido
 por el ángel demencial que cuida que los cuerpos velen,
 lo más posible, sus secretos,
 las voces más calladas que vienen de lo más profundo
 de los cuerpos
 y clausuran todo intento de salir indemne de los fuegos
 que los cuerpos muestran sólo en las grandes ocasiones,
 los ritos progresivos de la carne que se abre
 y deja libre el paso a los navíos
 que arriban a las islas que domina el ansia,
 rostros,
 pechos,
 muslos,
 nalgas
 que se recorren con la furia del navegante
 que descubre nuevas tierras
 y toma posesión de todo cuanto encuentra en ellas,
 palpa todo,
 excava en cada proporción desmesurada
 que encuentra en su camino,
 prueba toda fruta prohibida o no prohibida
 y saborea las delicias que la carne ofrece,
 carne palpitante,

cuerpo espléndido desde antes que la niebla
lo asumiera como propio
y no quedara ni el rastro de sus huellas,
sólo el símbolo,
el espacio situado más allá del mundo o aún más lejos,
más terrible aún la situación del náufrago que nunca supo
las causas del naufragio
y se perdió en la extrañeza
que deja el no saber del movimiento ambulatorio
de los cuerpos que se van sin consultar a los videntes
acerca del futuro que aguarda
a los que quedan inmersos en la impaciente soledad
que espera incrementar peso y volumen
con los restos dejados por lo ido de los cuerpos
o ese cuerpo que fue carne
y furor de carne y desmesura de la carne
y amor en proporción considerable,
acto de fe o amor como palabra nunca dicha,
sólo musitada,
caen herrumbres o se suceden los destrozos
como continuidad de lo impalpable
o nueva deshechura de los vidrios rotos,
cuerpos son como una tentación de lo diabólico,
esencia carbonífera
intuición de que el amor, en ocasiones, lo destruye todo,
deja ruinas,
aumenta la inclemencia sus propuestas
de acabar con lo queda y queda nada,
las formas del exilio,
la consecuencia de que hay que volverse inconsecuente
si se quiere vivir en la derrota que deja la última batalla,
el grito del final y los demonios silban, jolgorientos,
su victoria sobre ácido metal,
sobre acereras grandes y ruidosas
o fábricas donde desarman cuerpos
y arman descarnadas figuras de latón que se deslíen

al menor intento por tocarlas
 y echan humo por sus falsas bocas,
 sus ojos de rasposo vidrio frío que degüella, incluso,
 a las navajas que quisieran degollar recuerdos,
 destrozando memorias que memorien
 que hubo un cuerpo de luz que se perdió en la noche,
 se volvió de noche,
 canto de los muertos lóbregos que pierden compostura
 y se hunden en un destartado mar
 que guarda pocas restricciones
 en lo tocante a un ahogo rápido,
 un sofoco que ascienda hasta lo más alto del velamen
 y autorice al suicida a ejecutar su acto transformista
 que lo lleva al ser paradójal que siempre tuvo
 y que consiste en el *no-ser/no estar* del *ser que está*,
 de todos modos, en medio del errado camino
 que tomó cuando debía no haber dado el menor paso
 por camino alguno,
 mar alguno por roto que estuviera
 y deshuesara cuerpos silenciosos
 que no emiten señal que indique que todavía están vivos
 y pueden, si quisieran, socorrer a muertos,
 extender la mano y rescatar de los oleajes furibundos
 y lo ayuden a poner, al menos, un pie en la tierra seca
 y no dejarlo en lo vacío,
 reunión de *nadas* absolutamente inertes que no hacen
 ni deshacen nada y nada las conmueve
 o las hace llorar un llanto amargo
 por un dolor ajeno que resiente la cruda luz de invierno,
 fría,
 como la helada luz que llega del fondo del infierno
 y cala el sacro-iliaco hueso
 perturbado por la ausencia de mujer amada,
 luz fundida para el alumbramiento de lo solo,
 la soledad palpable y casi vuelta cuerpo,
 espíritu,

satisfecho de ser un ser de sombras
 y parte a su caída el hosco saltimbanqui,
 el viejo equilibrista que viaja hacia la *Nada* envuelto en fuego,
 el ardor como señal de lo quemado que no duele demasiado
 pero sí lastima con un ardor intolerable,
 llaga y crea una cierta desazón en lo llamado el alma,
 la región neblinosa y algo alcoholizada del espíritu
 donde se guarda la historia de los cuerpos,
 memoria de los cuerpos,
 cada cuerpo y su historial distinto como única certeza
 de que se anduvo por el mundo
 y su carácter de animal enfurruñado,
 su mañoso gesto de cortés descortesía
 que usa para ocultar sus ansias devorantes,
 traga todo, pero cuerpos mandan sensación de fuego,
 señal de lo salvífico que llega aunque, luego,
 se arrepienta y siga dando vueltas cerca pero lejos
 y nunca encuentre el buen camino,
 la mala compañía del gemelo que alegra
 los velorios con su risa de hiena moribunda,
 muerte anticipada en muchos años al momento
 de su muerte real,
 la llegada del espectro que las hienas guardan
 como un recuerdo permanente de que son mortales
 y no gozosos dioses que viven en lo eterno
 como la soledad del amante desquiciado
 por los desdenes de su amada
 y que vive en la perennidad de un sin vivir pocas veces visto,
 sujeto de tragedia y tragedia del sujeto condenado a padecer
 hasta el fin de su existencia
 al apretarlo, cada vez con mayor fuerza,
 los terribles tornillos del olvido,
 tuercas fúricas que quieren destazar al miserable
 que fijó sus ojos detenidamente
 en la belleza corporal de esa mujer que ni siquiera se dignó
 mirarlo de reojo o diseñar un intento de tímida sonrisa,

que lo hiciera enaltecer su alma deprimida
por tanta adversa circunstancia
que hizo de la hoguera un flojo componente ígneo
que alteró el humor de las canoras aves que, antaño,
parecían vivir felices y acabaron como lóbregos mochuelos
que a duras penas entonaban oscuras letanías,
cantos del amante perdido en la nostalgia irremediable
que producen las estatuas
cuando su palidez alcanza un tono agrio que provoca
el temor de que pudieran fallecer inopinadamente
y los espejos prohibieran ingresar a los falsos testimonios
que se niegan a declarar cualquier verdad
que no mantenga un margen de duda o de incoherencia
que permita suponer
que es una mentira que tiene doble cara y ejerce funciones
de espionaje a favor de las esencias inmutables,
las criaturas que se quedan fijas en un sitio todo el tiempo y
provocan, no la agradable sensación fódosa
que llegaba de los cuerpos,
sino el siniestro pensamiento de que todas las hogueras
que quedaron dispersas en diversos sitios,
decidieron agarrar sus pertenencias
e irse a rematar el calor que les quedaba
a otros puestos de socorro,
los hospitales que recogen las víctimas causadas
por los últimos trastornos que llegaron de improvisto
y colapsaron las vías comunicantes
que, supuestamente, estaban en servicio,
pero no era cierto,
era otro falso testimonio advenedizo que afirmaba
que las glorias que el Señor,
de cuando en cuando otorga a sus hijuelos desvalidos
casi nunca llegan a donde era necesaria su arribada,
se dispersan o evaden cumplir con su papel
de hadas bienhechoras
que se encargan de cuidar que los dementes

guarden la precisa lucidez que se requiere
 para impedir que el desvarío de que hacen gala los orates
 pierda toda proporción y cause estragos en la tímida belleza
 que la amada ostenta en premio a sus virtudes,
 las altas prendas cárnicas henchidas de lujuria
 que enciende los faroles
 en medio de la oscuridad que reina como potente soberana
 y hace que su piel se vuelva más radiosa,
 su rostro, más brillante,
 su cuerpo, más hechura de una conjunción
 de magos y videntes que escudriñan el final del universo,
 que fábrica terrestre o construcción humana,
 nada es cierto, y sólo está la incertidumbre rondando
 por los cuartos muertos,
 las paredes que se cambiaron de lugar
 y no dejaron ni el fervor
 que acostumbra quedarse echado entre los restos del fogón
 que se apagó violentamente cuando la flojedad
 se apareció con su cara de señora mustia
 y los transportes circulan bastante más despacio que antes,
 se detienen y se llenan de fantasmas
 que ostentan altos cargos en el reino de la muerte,
 al tiempo que presumen de gozar
 con las angustias sempiternas
 que agobiarán, de ahora en adelante,
 al desquiciado amante que cae en el sopor
 que dejan los despechos,
 estado de agua seca o alcoholidad
 que cargan los difuntos que llegaron al final
 del viaje roído por las dudas que todo azar arrastra
 y manotea como señal de que no debe jugarse nunca
 y que la pérdida es, ya de antemano,
 asunto que se gana y no hay manera de rehuir
 los goznes aceitados que aprietan la conciencia del insomne
 que divaga en altas horas de la noche
 en torno de la buena y mala suerte

que se reparte de un modo tan injusto,
tan poca proporción de una y tanta de la otra, que, luego,
la razón se pierde ante lo absurdo de una razón
que no se porta de modo razonable
o no atina a razonar porque las cosas
se dejaron llegar de modo irrazonable,
no esperadas,
y la duda sabe a sebo horripilante o exceso de maduración
de los asuntos amorosos
que causaron que las desgracias se tomaran de la mano
y llegaran como un desorbitado ventarrón
que acabó por desplazar aún más los restos de pared
que estaban esperando por si a alguien
se le ocurría darles aunque fuera una mano de pintura,
un resane que les diera una mejor cara que poner
ante las circunstancias poco favorables
que tendría que afrontar de ahora en adelante
y hasta siempre,
y con la duda encima como una tonelada de varilla
que cayó encima de uno y quiebra el espinazo,
lo reduce sólo a espinas pequeñas como de un erizo
recién lanzado al mundo
que no sabe qué hacer ante la tanta polvareda
que se alza en torno suyo,
tantísima contradicción que surge entre los hábitos nocturnos
y la luz del mediodía,
la creciente distancia entre lo ido y lo que, según su parecer,
se había quedado quieto,
amor eterno en sueño y realidad que, casi siempre,
actúan como enemigos hoscos,
gemelos encontrados que beben sus brebajes
en paz consigo mismos,
la otredad del otro sujeto neblinoso que casi no aparece
pero está presente en todos los combates
en los que nadie gana,
todos pierden, y tienen que buscarse

después que se acabaron los derrumbes,
no encontrarse o encontrarse sólo
como una disolvencia acelerada que yace
entre las formas idas,
secuencia de tropélicos desmanes
que atropellaron osamentas,
tráqueas,
gargantas que gritaron con todo el desafine
que les fue posible para ver si así les entendían sus gritos,
gritón que se arrepiente y queda encajonado
en un silencio hosco,
despiadado,
el no-lenguaje que usan los suicidas
cuando llegan al borde de los pozos
y no hay nadie para dar la bienvenida,
el adiós, al menos
y algo se parte en las junturas del difunto
que comienza por irse de sí mismo,
perderse en las terribles distorsiones que causa el desaliento
cuando se quiere huir hacia algún lado
pero sólo está el mismo lado que es igual,
por lo demás, a los restantes lados,
ninguna diferencia entre uno y otro y los faltantes lados
que pudieran llegar
y establecerse cerca de este lado
o de otro que pasara por allí con su mirada suspicaz
como quien busca un nuevo hogar para los niños
que fueron echados de su casa por su mala crianza,
sus modales pervertidos de cortarle la cabeza al gato negro
que huye de su sueño y se entrapa en una pesadilla
en que los niños truecan las cabezas de gato que cortaron
por graciosas muñecas que sonríen infusamente
y no piensan en cosa que valga la pena retenerse,
rebatir, así fuera arteramente, con la aviesa intención
de que zozobren los intentos de construir figuras humanoides
que actúen de forma semejante

a como lo hacen los cuerpos verdaderos,
las inquietantes novedades que se acercan a rezongar,
en voz muy baja,
al oído de los celosos policías nocturnos,
que los cuerpos, de por sí, alborotan mucho con sus ruidos
al silencio
y lo ponen de un humor nefasto,
una categoría especial de seres arquetípicos
que se estremecen
tan sólo de escuchar esas palabras sueltas
que se lleva el aire
y nadie se encarga de guardar
del modo que se guarda la imagen de la amada
y el reflejo de la imagen que parte
en cuanto siente que hay peligro de que alguien
se la lleve y deje lo quemado
y las magulladuras que deja lo quemado
como forma de un sutil regalo
para un almario que se asó en su tizne,
pasión como embargada por los otros deudores
de la misma culpa,
la sensación de arder como un distante beneficio a lo dudoso
que muerde las certezas
con la misma furia que el amante muerde
la carne de la amada y queda la casi total seguridad
de que es nada
lo que existe de manera que se pueda asegurar que existe
y no es una aparición apresurada
en fuga de un hotel para dementes
que erraron el camino y cayeron donde no debían,
simula ser y sólo es un desperfecto radical,
una máscara o un esperpento que se puso el tapabocas
para esconder sus diferencias con lo que llaman real
y que es el sucio juego que practica el transformista
que hace levitar a los espejos
para crear la idea de que los ángeles también reflejan

una infinita variedad de rostros o de esferas

que semejan un jazmín con quemazón en las entrañas

a derrumbarse sobre hielo seco igual

y cada trozo es una verdadera verdad pero pequeña

que termina exhibiéndose como sumamente falsa,

actriz avergonzada del papel estelar que desempeña

en tanta hechura y deshechura que se lleva a cabo

en el sinfín del mundo,

el tornaviaje que hace, a cada rato, el mundo

que no logra escapar del círculo

que se encierra en otro círculo

y cancela todo espacio a todo lo que no se comprime

como círculo,

se angoste como perpetuación de la memoria

bajo formas duras,

inconexas,

desperdigadas por el tiempo y su inclemencia

de rostro cadavérico

mordido por la culpa de haber creado a la culpa,

mirada que llega de mujer como demostración

que lo quemado arde de modo duradero,

como culpa,

como conciencia desgarrada por la culpa

que llega graciosamente y bufa,

difunde estrépito y sonrisas,

enlista catecúmenos dispuestos a seguirla

a través de todas las rupturas

que dan los altibajos del mundano sujeto que no puede

sustraerse a los efectos de lo vacuo y lo sombrío,

lo apenas comenzado a bosquejar

y lo que puede darse por concluido,

lo abierto y lo cerrado,

la estructura no esencial que puede sustituirse fácilmente
 y lo sólido concreto
 que se forma a partir de las substancias firmemente adversas
 a dejarse llevar por el primer mandato que pase por la calle
 y ordene que lo sigan,
 como una ausencia amorosísima aunque
 aunque bastante maltratada por el tiempo,
 que viene de visita y sonríe sin saber qué se hace
 cuando la ausencia se encuentra con un hueco y habla sola,
 actúa sin más público que los oscuros gestos invidentes
 que se asoman, con cierta timidez,
 al espectáculo que ofrecen las diversas fatuidades
 que ejecutan espléndidos milagros,
 fiestas célebres por su gran magnificencia y pompa
 en honor de los cuerpos
 que lograron escapar de las demencias
 que adornan al insomne buscador de huellas corporales
 que permitan encontrar las rutas que siguieron los cuerpos
 para irse y dejar todo abandonado,
 todo solo y sólo la angustia de los faros
 que no sabían qué hacer
 con tanto náufrago que se iba desdoblado
 en otros náufragos que pululaban
 entre ruinas bastante mal aconsejadas
 que empezaron por venirse abajo,
 todas juntas y en el mismo instante,
 con la pésima intención de acabar con los delirios
 que acosan al amante
 que pretende conseguir, de nueva cuenta,
 la adquisición del fuego que devora y consagra,
 al mismo tiempo,
 a los amantes a un fervor eterno
 y alejar al dolor que da la incertidumbre que alarida
 como un perro enfurecido,
 verdad para dementes que aseguran que el vacío
 es lo único absoluto

y lo absoluto sino la forma más vacía que pueda darse,
 los cuerpos hechos trizas,
 tambaleantes,
 su belleza, también, vuelta un rompecabezas
 que no puede regresar a su forma original y queda roto,
 desquiciado el orden que conforma la esencia corporal,
 trocerío como recuerdo de la infamia a que lo real
 da forma atrabilaria según prefiera el tiempo,
 forma informe como accidente ferroviario
 de graves consecuencias,
 devoración de huesos tristes o cadáver que presiente
 que su muerte se le acerca y lo jalona del cabello
 y lo compacta hacia su caja y se convierte
 en rayos y centellas,
 truenos y relámpagos y se culpa y se disculpa
 por la invención del mundo,
 y por sus malos modos de crear
 lo que debía quedar increado,
 la orfandad del mundo,
 lo nulo como forma de expresar la concretez del mundo
 e inventa las palabras que designan/no designan
 la culpa y la desdicha,
 el perdón y el no-perdón que, casi siempre,
 es el que llega con su voz de bajo a bendecir condenas,
 sentencias implacables para una muerte lenta,
 una larguísima agonía que dure lo que dura el desamor
 y crezca la certeza de que el peligro se aproxima
 en forma de cuerpo terrenal
 o paraíso al que es difícil acceder
 y el alma entre en un proceso de podre acelerada
 por la falsa convicción de que es *él* y no sus *otros*
 el que debiera de quitarse el polvo acumulado por las culpas
 y fallecer, con toda dignidad, antes que acabe la película,
 culpadamente astroso,
 astrosamente culperío que se quedó sin vista
 y mira fijamente a círculos

en su plano esférico,
 cuerpos que se imaginan que deambulan en un vacío llenado
 por sus propios cuerpos
 pero que están inmóviles en el ardor que deja lo quemado,
 casi velero que bordea un horizonte en llamas
 o puerta a lo fatídico que se halla entre los cuerpos,
 lo extraño de los cuerpos,
 lo demencial y oscuro que se refugia entre los cuerpos
 y los hace seres casi angélicos,
 casi terrible encarnación del miedo
 que producen los demonios cuando arrastran sus cadenas
 por el pasillo que termina en un pasillo

o huye para huir de la cervata que atendió el llamado,
no lo sabe pero intenta irse por una interminable
serie de pasillos que no van a ningún lado,
se encajan uno adentro de otro y permanecen quietos,
sin zafarse de los círculos que nunca se cerraron
por más que el inculpadado hiciera por lograrlo,
diera vueltas a sus huesos para atarse a los costados
de la cierva montaraz que huyó mucho antes
de que empezaran los recuerdos

359

augurantes de las buenas nuevas necesarias
para que el fuego regresara a caldear el viento frío
que rondaba alrededor de las hogueras
que estaban como muertas,
deslucidas,
repletas de llenos y vacíos que se alternan
en reemplazo de la total entidad
de formas y de cuerpos que hubo antes
y provocan graves alteraciones en el estado anímico
de los sujetos que se creen modelo de conducta
y al margen por completo de cualquier regulación
que implique quedar subordinados
a una carta astral o un pronóstico de viaje
que no tome en consideración los cambios de carácter
que ocurren en las naves
cuando sienten que alguien las lastima
en sus más profundos sentimientos
y se dejan llevar a lo hondo de los mares a llorar
sin que nadie se interese en ellos,
contemple sus naufragios como cosa digna
de verse y aplaudirse
por la elegancia que sus formas toman al irse sumergiendo
entre las aguas con su carga de difuntos dentro,
simplezas del ahogado que parece como un atardecer
de invierno fatigado
y siente que hay una clavazón de espinas que le horada
las escasas perspectivas que le quedan de inventar,
de nueva cuenta,
cuerpos o figuras casi idénticas
que actuaran como leales sustitutas
de las formas corporales reales que se fueron yendo,
dejaron grandes cataclismos en grave estado
de salud yacente,
rescate de la imagen que es, en sí misma, única,
fe en el agua que derrama, generosamente, su agua
pero, luego, se detiene,

lejos,
 más allá del tiempo,
 de árboles volcados hacia adentro,
 de mares que se ahogan en su líquida estructura
 de agua sólida,
 región de la pureza,
 vegetal rotundo,
 los alambres como fineza del espejo que, de este modo,
 se resguarda
 de cualquier intruso que quisiera penetrar en los secretos
 que guardan las imágenes respecto a los instintos primarios
 del ofidio
 que solamente atiende a su deseo elemental
 de morder las ataduras de la carne
 cuando ésta se desata y sabe a brisa ornamental
 que cuida no se altere el equilibrio
 que debiera haber entre la fe del hacedor de cuerpos
 que los hace ser extraordinariamente apetitosos,
 y la neutra posición que asume, a su pesar,
 el antifaz amarillento
 que desglosa cuerpo sobre cuerpo
 y no se queda con ninguno,
 los recicla y huye, apavorado,
 siembra sombra y cría cuervos que le sacarán los ojos,
 desnucarán cabezas calvas,
 poblarán noches no guardadas en ningún rincón
 de la memoria
 asilo para amnésicos que ya olvidaron hasta el nombre
 que tenían las cosas
 y las cosas que no tienen nombre todavía
 y son las meras cosas que a sí mismas se nominan
 como cosas
 o, más amablemente, como cosas "cóscicas",
 los objetos simples que aparecen y desaparecen
 sin que se sepa el porqué y para qué
 de tanto movimiento insólito,

las carátulas sin voz que gesticulan arduamente
 para que alguien crea que hablan
 pero es falso el rumor de que pueden escuchar
 lo que otros hablan,
 entenderlos y extender sus condolencias
 en caso de un fallecimiento
 o una herida grave que lastime la conciencia
 de por sí sufriente y dada a rezongar del poco caso
 que le hacen,
 semejante a la pasmosa suavidad del buen erizo
 que se duele de tener tantísimas espinas,
 pero las cuida y acicala a cada rato
 aunque, después, se esconda, irresoluto,
 tímido,
 y se hunda,
 se escurra a su guarida,
 se guarezca,
 llore por los cuerpos que clavó en la ausencia,
 pero no fenece,
 se desliza por un jardín profundamente lleno de recuerdos,
 un hospedaje de memorias vivas que alientan al delirio
 a beber sus tempestades y a hurgar en los sutiles recovecos
 que el tiempo olvida en los almarios,
 los detalles más estrictos que se pueda guardar
 de cada cuerpo
 y cada circunstancia que rodeó los hechos que motivan
 lo endeble de los sueños,
 la frágil estructura que abre paso
 a una fragmentación acelerada de todo acto
 de amor que se aparece como idea truncada
 o un despoblamiento acelerado de personas figurantes
 que se van perdiendo, lejos,
 tasajeando sombras,
 tiznando las paredes con un dolor oscuro
 que desplaza rostros,
 crea irrupciones en el discurso temporal que el tiempo lleva

como parte de su ímprobo trabajo de dar cierto sentido
a lo que no tiene sentido,
coherencia a lo incoherente con que lo real afloja sus tenazas
y todo queda hecho un caos
en el que sólo es posible encontrar
lo que ya es inencontrable,
el *Todo* que fundó el origen, la *Nada* que era nada
y no ocupaba ningún lugar en el espacio ni en ninguna parte,
porque no era nada,
sí un vacío,
sí una constante exclamación de asombro
por ser un ser tan pocamente denso
al modo de una alteridad que carece de existencia
y huye de sí mismo a la velocidad que toma el desamor
cuando decide irse
y deja atrás llenura de la noche y sombra de los cuerpos
que devoran fuego,
claman fuego,
emiten fuego como lumbradas exquisitas que atizan la pasión
al grado de quemar al mundo
y hacer que los orates regresen a lo cuerdo
en busca de algo frío que los devuelva a un uso de razón
que les permita
aguantar el peso del fogón hasta que caigan, uno a uno,
los cuerpos vueltos ligeramente brasa ardiente,
sombra en flama o cremor a medio día con alta fiebre,
laxitud extrema
cuerpos bellos como culpables de que la culpa exista
y tome cuerpo,
remordimiento en la mañana que dura hasta la noche
y sigue todo el tiempo
detrás de los deseos que se despiertan y atacan sin medida,
desmedidamente besan o acarician carne
o lamen piel que vibra,
se estremece,
suena como campana que suena quedamente

y un silencio gozoso
 se extiende por los cuerpos
 y abre la apetencia por un mayor deseo,
 una mayor capacidad para la entrega
 a la total extenuación de los sentidos
 que empiezan por perderse y no se encuentran luego
 sino afuera,
 muy lejos de su ser perdido en un acabamiento
 que no termina nunca de saciarse,
 se sucede a sí mismo como una muerte que no se da reposo
 en su tarea,
 prosigue una persecución que no comienza
 sino es una débil remembranza
 de la primer persecución que hubo
 cuando los cuerpos decidieron comenzar
 su juego de esconderse adentro del espejo
 y no mostrar ni la más leve señal
 de que el calor afectara el frío lunar
 que parece ser su línea fronteriza más activa,
 cuerpos quietos como hielo que yace
 entre las aguas amarillas
 que se despiada y flota, ya sin agua, sobre tierra oscura
 y algo amarga
 como una casa inhóspita o un orfanatorio que no visita nadie
 pero alguien pasa
 entre una mortandad de pájaros azules que no levantan vuelo
 pero impiden volar a los que sueñan vuelo,
 fuga,
 huida,
 ansias de no ser cuerpo maniatado en mundo que se acaba
 sino aire,
 flotamiento,
 sonido que no suena,
 espejo que no refleja nada,
 medida vuelta desmedida de volver a los orígenes del tiempo,
 el *Todo* y la espejeante nadeidad

en que la *Nada* estableció su masa oscura,
 su redondo rostro de señora comida
 por su propio afán de devorarlo todo,
 dejar nada como certeza que el amor termina,
 caer como los grandes troncos caen partidos por el medio,
 madera que se raja y se comprende astilla,
 hechura desasida que termina por romperse,
 cuerpo herido como en disolución
 de las costumbres amorosas
 como el viento helado que llega de la muerte
 y origina los sonidos de guadaña fría
 que llegan con la muerte,
 los ruidos de la muerte que llegan terriblemente antes
 que la misma muerte levante sus osarios,
 las solemnes tumbas o los nichos pequeñísimos
 donde los muertos guardan sus pequeñas cosas,
 los mínimos recuerdos que se llevan a ultratumba
 y que hojan y deshojan descuidadamente,
 minucias del desastre o rezos de una brevedad que aquietta
 a los insomnes constructores del desvelo,
 visto como una larga espera del regreso de la amada
 vista como capacidad agigantada de la niebla
 para absorber la ausencia
 y que el silencio sea como la voz más clara,
 el mejor vocablo,
 el lenguaje que dice lo que dice y no otra cosa,
 regresos sin regreso y sin memoria de ningún regreso,
 no hay retorno o modos de lograr que las cosas regresen
 a donde estaban antes,
 otros tiempos con otras desventuras,
 porque amor, a veces, es silencio
 que dura mucho tiempo y es como un erizo
 muy cansado y tenso
 como el sueño que camina en busca de los cuerpos, saboree
 en busca de un mayor silencio,
 como hartazgo,

como manera de saciar el hambre,

de estar dormido siempre y no en vigilia,

los grandes agujeros por donde se desliza la conciencia

en forma brusca,

entre filudas piedras,

orquídeas a punto de oxidarse,

mal organizados que dan la bienvenida,

un tanto burocrática,

como placer que se reitera siempre,

pero dulce, o relativamente dulce

y no son sino quemante sombra,

para enfrentarse a lo nocturno,

demacrada,

fauces,

con poca duración excelsa,

se agotan existencias y los muebles pueden quedar
deshabitados
o enamorarse de cualquier preocupación
que pase por encima de ellos y destaque sus órganos vitales
sus sábanas y puertas,
sus almohadas o sus sillas listas siempre
a rescatar a náufragos hundidos en la peor de las angustias,
el desánimo que llega y empuja a los vacíos hacia delante
para que se hagan más vacíos
y quepan los sinsabores que el suicida
instrumentó para encubrir las razones verdaderas
que lo llevaron
a subirse al poste y seguir el juego de los nobles caballeros
que perdieron la cabeza,
idearon manicomios que pudieran devolverle
la salud a las cabezas tercas
que insistían en proseguir como sujetos a razón insana,
desdichas perdularias que es posible encontrar
en cada esquina,
a cada vuelta que se dé alrededor de un cuerpo
que quedó sin sombra
y puede vérselo vagar en torno de las múltiples maneras
que hay de conseguir uno un gemelo
o un atraso en el curso general del tiempo que permita volver
a ensombrecerse con la sombra de antes,
las queridas sombras recatadas que funcionan
como ángeles guardianes
y procuran complacer en todo a quien las porta
y ofrecen *otros-yo*
más dóciles o más expertos en las artes del amor
que buscan de beber carne inflamable en lo perfecto
de su jugo
jugosidad, por lo demás, en los entierros
casi siempre escasa o nula,
pura carne magra,
enteca,

desnutrida,
pero el suicida bebe lentamente su mezcal
y llora por el violento predominio de los cuerpos huecos
y hunde cuerpos y hunde, también,
las calacas que acompañan a los cuerpos,
los protegen, con su falsa risa, de las mandíbulas
del comedor de carne fresca,
del espanto que rodea a la caída de los cuerpos
y el ruidero de sus huesos,
porque cuerpos huesan cortésmente pero duro,
huesan fuerte y desconsideradamente producen mucho ruido
o sopla caracol al viento o retumban las cadenas
o se oxida, simplemente,
como un óxido recientemente consagrado,
virtuoso pero triste,
desmejorado,
con febrícula y toses que anticipan un final cercano,
quedan huecos,
quedan circunscripciones llenas con un exceso de vacío,
cierta certeza de que la derrota es cierta,
inevitable como la oscuridad que, ciertamente,
se instaló sobre la tierra y la hizo más patética y más cursi,
más hospital de la ceguera que radiante mundo poblado
por los cuerpos,
agridulce,
como rocola llena de nostalgia y sueños idos que se escucha
en las cantinas de la mala muerte,
la dama tumefacta y sus muñones que se prenden
de toda cosa que parezca que se mueve o, en verdad,
se mueva,
haga ruido o parezca que hace ruido aunque no haga nada
y sólo sobreviva,
calle o hable o no cumpla requisito alguno para violar
todas las normas o no violar ninguna,
sea un tonto y alcance sin ningún problema su entrada
al Paraíso

el nombre de María varias veces,
pero casi todo el texto corregido de este poema

está marcado por su ausencia,
fin desventurado,
primer paso que el suicida da para librarse
de las manchas atroces del recuerdo
que atosiga a los demás recuerdos con su enorme peso,
magia incierta o negada, más bien,

a realizar actos de magia,
deploración del mago como sujeto poco acorde
con la imagen que lo hacía creador
de todo lo que estaba increado,
hábil taumaturgo con gran capacidad de concretar amores,
ni la magia es cierta ni lo incierto es producto de la magia,
todo es falsía que inventan los dementes

para creerse gentes serias,
diuturnidad de lo soñado anoche
y mala noche la que llega en la mañana y lo confunde todo,
lo enmohece todo con aire de palmípedo gotoso

que arrastra sus muletas,
riega escarcha por todos los lugares donde pisa sombras,
bebe agrísimos menurjes que marean
a los sutiles inquilinos que pernoctan

en los hoteles metafísicos que albergan, de pasada,
a los espíritus insertos en un cielo que padece amnesia
y lamenta su mala suerte de echador de cartas,
jugador impenitente y perdedor eterno

que vuelve siempre a las andadas,
los cuerpos homicidas,
tan violentos,

tan catástrofe, a veces, como anatema del santísimo
o cólera llegada desde una antigua maldición bíblica
que descende, con todo y epitafio,

por los boquetes de la noche,
los feroces ácidos nocturnos que golpean duramente
la fe en las virtudes amorosas

y promueve la ingestión de los tósigos
que se usan para encontrar un ínfimo consuelo
al amante que deambula por regiones extremadamente frías
como pago por su extrema audacia,
su adversa timidez que lo impele a meterse
en donde nadie lo ha llamado
y crea sus peculiares formas de destrozo
que lo hace huir de los jardines
para encontrarse con que el otro lado del espejo
está muy lejos
y no hay manera de llegar sin riesgo de perder la vida
a donde moran las fatídicas formas imperfectas
o nunca hechas,
siempre malogradas al momento de construirse
y quedan trucas,
desechadas por no tener valor de forma
y ser sólo cuajares desgarrados
pero bellos en su ser abstracto,
las no-formas que elevan su miseria
y reposan en la inefable quietud de las estatuas muertas,
rotas ménsulas o labios disgregados de su entorno
buscan rostros en que dejar la huella del olvido
que llegó de modo imperceptible,
daño silencioso o brusquedad en las maneras
de cerrar la puerta,
clausurar espejos que dan hacia la nada
como una forma de expresar tormenta
o agua insatisfecha que se bebe sin calmar la sed
que sigue incrementando
su calor de muerte ansiosa por llegar a cierta parte,
cierta esquina,
cierto camión que desmerecen los objetos del deseo
que se transportan de un cuerpo ávido
a otro cuerpo presuroso por huir de todas partes,
estar en ningún sitio,
otorgar nubosidad a todo lo que pasa enfrente o pasa lejos

o no pasa,
 no transcurre movimiento alguno,
 prisa alguna,
 cero en todo,
 cerrazón de niebla,
 cortedad de vista que se ufana de ver sólo lo *Absoluto*,
 lo innombrable,
 las formas y los cuerpos no tangibles,
 muertamente los muertos se muertean,
 escrutan a la *Nada*,
 indagan los secretos del vacío que crece pavorosamente
 hasta dejar todo vacío,
 nada lleno o tan siquiera la ilusión
 de que algo pudo quedarse medio lleno
 como un amor a medias,
 trozos que se hunden porque no hay más de donde asirse,
 no caer aunque se caiga despiadadamente
 y no haya quien otorgue las últimas palabras,
 las bendiciones últimas,
 el adiós definitivo a esto y a lo otro,
 lo de allá y lo de acullá,
 a los cuerpos que otean el horizonte hueco
 y se vuelven huecos,
 papilla de la *Nada*,
 sólidos lácteos de la nada que no pueden palparse
 ni lamerse,
 nada nada,
 crujiciones fruncen ceño y causan que las fuentes
 cesen de mandar sus chorros de agua,
 los híbridos vapores demenciales
 que envían su acuosidad de un modo seco
 y los empapa para darles una sensación de hierba fresca,
 musgo suave,
 empapazón de cuerpos que atraviesan los límites del sueño,
 el muro poco firme que hay entre velada y sueño,
 razón que titubea entre seguir siendo razonable

y razón a punto de volverse loca por tanta claridad
como le llega de los cuerpos idos,
aquietados,
como golpes llegan de las tierras acres,
los territorios cultivados por el plomo
y la ceniza violentamente roja,
sulfurienta,
casi rabia a cuerpos que nadan en la nada,
desaparecen en la nada ya despostillados,
como cuerpos negación de cuerpos
o mirada absorta que va desde sí mismos a sí mismos,
no ven nada, pero silban o entonan melodías alegres
y la memoria acoge lo que llega
porque el tiempo lo devora todo,
cuerpos inclusive,
revolvedoras de cemento incluso
o trasatlánticos de gran tamaño
pero sin nadie adentro a quien ahogar deliberadamente
y con la saña necesaria para que no regrese nunca,
incluso los martillos y, desde luego, los sopletes
y su montón de llamas
inútiles para cremar los cuerpos fugitivos,
guardarlos en sus urnas y mezclar, después,
los restos añorados
e integrar un solo cuerpo inmenso,
el cuerpo de los cuerpos,
que sea como lo bello de toda la belleza junta
aunque el tiempo la destroce al poco tiempo
en una clara tarde o una noche oscura,
todo es tiempo que no acaba de saciarse devorando espacio,
devorando tiempo,
desflamando a cuerpos,
desfibrando a cuerpos,
piel en trozos,
carne en trozos,
huesos arriscados en estado lamentable

como una dispersión de osarios que atraviesa el mundo
y lo disforma la rabiosa muerte

que muerte a hendiendo cuerpos,
enfaticando la quebrazón de las ventanas
la obstinación de las puertas de no abrir ante ningún llamado
y seguir cerradas a pesar de las protestas de los muertos
que quieren encontrar algún cobijo ante el frío

que los congela,
la tozudez, también, de los muertos en considerarse
solamente muertos,
no viajeros en tránsito a algún remoto origen de la especie,
el huevo primigenio que salió de la baba que deja la serpiente
cuando rept a sobre el mundo,
y no encuentra los escombros que dejan los naufragios
porque los náufragos decidieron que era mejor llevarse

los escombros a otra parte
que dejarlos en medio de la mar embravecida y fúrica
contra tanto navío

al que le dio por navegar sin rumbo conocido,
lugares próximos y viajes rápidos
a islas donde aún queden recuerdos de los cuerpos

y sea fácil su traslado a tierra
donde el último sobreviviente espera encontrarse
con la imagen que le ha quitado el sueño
que trae noticias de ultratumba en que se dice

que los cuerpos huyen
mientras tengan tiempo de evitar

que el tiempo les dé alcance,
los consume como a cuerpo en tierra envuelta
en sábanas azules que grita desde el fondo del silencio

y no se le oye
pero hay un sobresalto entre las brújulas que desorienta
el mando del timón

y hace que las velas giren como cosas locas
en busca de sus cuerpos que se ahogan

y no piden socorro sino quedamente,

de manera abstrusa,
 inentendible,
como que alejan el socorro a grandes manotadas
 y se quedan solos,
naufragantes como gozo o virtud vilipendiada
 por sus malos hábitos
de cuerpos que no saben ni sentirse ni quererse cuerpos
y se abaten o tañen mandolinás majestuosas
 aunque algo melancólicas
o escudriñan viejos caparazones de tortuga
y leen el turbulento porvenir que se avecina,
 sin pedir permiso,
 a paso rápido,
 inclemente con cuerpos y con cosas,
despiadado con cosas y con cuerpos y espíritus del mal
 que andan por el mundo
quebrando soldaduras como demolición a gran escala
o excavadora que, de pronto,
 descubrió su vocación mortífera,
su gusto por las médulas como bocado espeso
pero altamente nutritivo como una santa y buena obra pía,
labor impía la de clarear un poco la conciencia umbrosa
 del peculiar actor de su infortunio
que quisiera darle una nueva ubicación al tiempo,
retraerlo hasta el principio de los tiempos
 y ahí dejarlo, quieto, por un rato,
inmóvil, como lechuza que avizora hacia el futuro
 y no ve nada,
no avizora nada excepto cuerpos que meramente
 se dejan adorar desde muy lejos
e impiden acercarse a lo prohibido, con ariscos gestos
 y uñas despiadadas,
pero permiten ser vestidas de color alfalfa,
 desvestirse como mujer enamorada,
ausentemente mujer enamorada,
señora equilibrista que se desprende de la luna

soñando soñadora en forma leve,
sutil gracia de cristal o nube que apacienta lluvia,
luego, empapa mujer que sueña encantamientos,
hechizos de muy diversa estirpe como sol flamea
bajo el oscuro cielo su imagen de lo púrpura,
mujer que empapa cuerpo y, luego,
realiza cierta operación humosa,
ordena que cese la llovizna pero trae la niebla guardada
entre sus muslos y todo se hace oscuro,
mientras un mundo fantasmal prodiga su reflejo, invertido,
en el agua que corre por los cuerpos lentamente,
cuerpos luminosos como faro cuya luz traspasa las tinieblas,
las horada como taladro que desconoce a las visitas
y se vuelve intolerante ante cualquier extraño,
cualquier desconocido que diga que no soporta los incendios
y que es urgente apagar las llamas que salen de los cuerpos
porque se incendia el mundo
y hay una quemazón que no perdona a nadie de morir asado,
beber jugo de frutas calcinadas
como disposición de las tendencias de la tarde
a convertirse en noche enamorada,
mujer que se aleja hacia lo extraño que se encubre detrás
de lo visible que tiene cada cuerpo,
o tactable que incluye lo intactable,
palpación de sombras que los proyecta
hacia su propia desmesura de belleza,
región inexplorada o basamento para poblar las nuevas islas,
los ignotos mares,
mujer que huye en forma de navío o luminaria oscura
y lo olvidado se pierde detrás de los espejos
y los cuerpos que están detrás de los espejos
que se pierden en sus hondos pozos,
muertean cuerpos o desfallecen los ínclitos arcángeles
cuando saben que se acrecientan los rumores
que predicen un final feliz
para todas las catástrofes que dejaron de venir

por falta de transportes adecuados
para cargar la enorme trabazón de culpas
que los gemelos traen consigo
para un repartimiento comedido de las mismas
entre amantes adventicias

que quieran compartir tan grandes penas,
tan horrisonos pecados que los cielos tiemblan sólo
de pensar que alguien fuera capaz de imaginarlos,
no probarlos y, menos, paladearlos,
saborearlos,

disfrutarlos,
vivir en el ínclito pecado todo el tiempo,
tremendas ordalías con cuerpos
siempre dados para el gozo y ser bebidos,
ser agua lanzada a lo infinito y que jamás termina

de saciar lo humano,
lo divino que hay de cuerpos que retozan
y mandan abanicos a los altos aires,
las airosas noches que lanzan fumarolas de contento

o llamaradas que cobijan las distancias largas,
los caminos que van hasta muy lejos pero nunca llegan,
se arrepienten de ser tan andarines y se dan la vuelta
pero, no regresan,

quedan no se sabe dónde, amontonados,
bajo un tiradero de caminos
que dejaron de andar muy bruscamente,
muy salitre imbebible se volvieron

y no hubo modo de beber a cuerpos,
llenarse de los cuerpos antes que el mundo se termine
y nos quedemos solos en un mundo poblado
por los huecos que dejaron las fantasmas
que, también, perdieron los caminos

y quedaron como ecos carentes de voz propia,
ecos mudos como sonoridad que emiten los silencios
para advertir que ya no hay voces,
que se acabaron las palabras

y sólo se oyen los diálogos silentes,
tan amenos como un velorio en el que no se atiende bien
a las visitas,
se ofrecen cigarrillos y vasos rebosantes de mezcal
que certifiquen que el finado era hombre de buen gusto
y mejor charla
y no los desmenuces que dejó el lenguaje
después que las palabras
se fueron detrás de los caminos
y el horizonte agonizó de miedo,
se hizo líos cuando notó la falta de los cuerpos
pero también faltaban las demencias necesarias
para hallarlos
traerlos de regreso y que presencien los primeros pasos
que se dan
en el sentido inverso al que acostumbran seguir los teodolitos
cuando deciden que es preciso construir nuevos caminos
aunque no los use nadie
porque, a fin de cuentas, todos los lugares se parecen mucho
y no hay por qué perder el tiempo yendo de un espejo a otro,
todos mienten,
todos engañan al mísero sujeto que se para enfrente de ellos
seguro de encontrar una apertura a lo recóndito del universo
y sólo hay un falso escape a los iguales islotes desolados
que se sujetan a los garfios
que cuelgan de la luna para no perderse,
no se pierden pero no se encuentran,
siguen escindidos,
cada lado por su parte y cada parte por su lado,
no se juntan,
no concilian encontrados pareceres
que cada uno trae como parte de su herencia,
se pierden y se alejan,
se concentran y dispersan entre tanto cuerpo
que clama en lo vacío,
tanta desilusión amontonada,

tanto cuerpo errabundo y sin materia de volver a puerto,
cuerpos vagabundos como extasiados por un frío
que viene desde lejos
como una luz helada que los sumerge en mar
y no en disposición para los ritos,
hay ofrendas,
sacrificio de cuerpos en los andenes del espejo
donde un ferrocarril espera su viaje hacia la muerte,
su recorrido hacia lo que es definitivamente oscuro
y no termina nunca de hacerse más oscuro
hasta que llega a la invisible claridad
que puede oírse canturrear entre apagadas velas
o lámparas forzadas a iluminar lo que no tendría
por qué estar iluminado,
razón de los sucesos que trajeron a los ciegos
a palpar las regiones nocturnas de los cuerpos
que arribaron cuando no tenía ningún sentido
que abrieran las ventanas
y dejaran contemplar el interior desnudo de la esfera
que tampoco tenía gran cosa que ofrecer al suplicante
señor de los anteojos negros
que pedía un vaso en que beber
su alcohol zaparrastroso pero espléndido
para absorber la esencia de los cuerpos uno a uno
y grito a grito
como una quemazón que cae en la garganta y la destroza,
cada cuerpo en su vaso y cada vaso en su tiempo
fijado fatalmente,
tiempo y cuerpo inescrutables que fungen como urna
o pequeño cementerio de auscultar recuerdos,
cuerpos como islas que navegan solas
en una soledad terrible del amante
que no es sino el reflejo de otra soledad más honda,
más vacía,
más abismo que memoria de carne descarnada
en su vigencia oscura,

su perenne forma de cuerpo recordado,
 cuerpo en duda,
 dubitación de los caminos a seguirse,
 amor como elemento incierto pero aún tibieza de la amada
 que permanece en sombras,
 luz como demente por lo helada
 y amor como completa posesión por la demencia,
 delirio o estampida de las cosas porque todo sobra,
 porque amor es algo casi delictuoso para ilustres perdularios
 que se abocan a la pérdida absoluta de lo real
 y de sí mismos,
 vistos como entidad no susceptible
 de ser causa o efecto del amor
 sino un sujeto ajeno a toda circunstancia
 e inmerso en algo parecido a un exilio permanente,
 al que no puede llegarse sin sufrir las consecuencias
 que dejan los brutales desgarrones
 que se suceden en el alma del prófugo
 que no puede sustraerse a la idea
 de que *no-está* nunca ubicado
 en ningún sitio aunque parezca estarlo,
 si no es que es una abstracción que se corroe por dentro
 en forma casi paralela a una tendencia irreprimible
 a irse del lugar en que *no-estuvo*
 a otro más lejano y más situado en la indecisa zona
 que hay entre el encuentro y la pérdida
 de un ser perfectamente bien determinado,
 un cuerpo en lo concreto que se vuelve cuerpo abstracto
 y entra en la profunda vaciedad que le es característica
 a las formas cuando deciden disolverse
 y formar parte del mundo de la pura Idea,
 la descripción sumaria que se hace de los cuerpos
 cuando están como interpuestos por el mundo material
 y no se puede, ni siquiera, verlos,
 todo es neutro y despacioso como llovizna
 que no avisa su llegada y, sin embargo,

deja todo seco y empapado por cenizas que bajaron
del mundo de los muertos
y soldaron fuertemente las entradas con el único objetivo
de que nadie pudiera atravesar las diminutas refracciones
que empezaron a llegar de todas partes
para aumentar las dudas que corrían
acerca del modo despiadado en que los cuerpos
manifiestan su extremo desagrado
ante las vanas pretensiones
del huido de sí mismo que quiso convocarlos
y expandió sus caracoles
a silencios que los llaman con una voz que quema,
cicatriz abierta con remotas huellas de mordiscos o uñas
que, alguna vez, sorbieron sangre
o masticaron médula corpórea,
cuerpos fijos como atados duramente
a cables y tornillos desgastados,
memoria fragmentada que casi no recuerda nada,
pureza del olvido que no encierra en sus límites
memoria alguna
sino desdicha por los cuerpos que se fueron
sin, al menos, despedirse,
dejar a la nostalgia envuelta en las oscuras señas
de identidad que dejan los difuntos
para que nunca los olviden y jueguen a que siguen vivos,
se sientan a la mesa y beben sus amargos vinos
caminan por los cuartos y acarician los muebles
donde, alguna vez, hicieron el amor
y fuman sus hórridos tabacos
a la hora en que los vivos duermen,
se erotizan y acarician las almohadas
con un furor muy poco acorde
con los usos que deben dispensarse a los objetos
que acostumbra no alejarse mucho de los cuerpos
que dejaron de ser cuerpos hace tiempo,
son vestigios o sombras venerables que atraviesan

la memoria como rápidos destellos drásticos
que alumbran las escenas amorosas
y se apagan en el mismo instante,
son tinieblas muertas o admiración a los cristales
en que los cuerpos se transmutan,
alcanzan estaturas demasiado altas
como para que alguien pueda contemplar sus rostros,
besar las bellas formas de los cuerpos que relumbran
en el cielo oscuro
y que los ciegos tactan para tener idea de lo que es lo oscuro
que no ven
y que es el cielo pero oyen los crujidos de los truenos
y les quema la piel la luz de los relámpagos que, a veces,
los ponen sobre aviso de que se cierne una tormenta,
un vendaval escalofriante que les quita las cobijas a los topos
y los hace tiritar de frío,
cavar más hondamente los huecos necesarios
con la idea de que los cuerpos vengan y los llenen,
los habiten/deshabiten así sea en periodos breves
pero estén presentes,
metaleando cuerpos que no suenan pero sí se abisman,
condicionan cartas o llamadas telefónicas
con cualquier pretexto
o mínima injerencia de factores externos
que usan como excusa para no atender
lo verdaderamente urgente,
no las minucias que lo real despliega ante sus ojos
para que pongan su atención en cosas baladíes,
superficiales,
vanas como el espejo al que se asoma su polveado rostro
y secretea las graciosas vanidades
que dan un toque femenino
a los temblores que sacuden al planeta
con súbitos espasmos,
las toses trombonídeas que despiden el fumador perseverante
en alcanzar la gloria

que sólo se concede a los empedernidos hacedores de humo
 que sólo hallan consuelo
 cuando los cuerpos los toman de la mano
 y los alientan a no cejar en el empeño
 de ser mejores fumadores cada día,
 más virtuosos en el arte de beber alcoholes de dudoso origen
 y mala nombradía
 o dejar
 que la cólera divina se apodere de ellos cuando el destino
 se les vuelve acérrimo enemigo,
 secuaz hipócrita que vocinglera las hazañas de su cómplice
 pero, en lo bajo, celebra sus derrotas,
 las vencidas fuerzas que lo arrastran hasta un despeñadero
 donde los cuerpos amorosos cuelgan sus pequeñas púas
 al sol de media tarde
 y se alejan y cuidan de las aves
 o amanecen ligeramente cobijados
 por una sutil bruma melindrosa
 que cuida que su ardor no se propague mucho,
 cuerpo afuera que se ubica a una distancia prudencial
 de las hogueras
 y vigila que la sombra lo domine todo,
 cuerpo en sombra como en perpetua identidad
 de asombro y pasma
 ante el pavor que dejan las huidas cuando dejan solamente
 una enorme cantidad de frío entre las aguas
 que descienden broncas,
 voraces enemigas que insisten en destruir cualquier indicio
 de que hubo gestos de piedad que terminaron hechos añicos
 o anochecieron los desmanes entre vasijas rotas,
 cáscaras ajadas que activaron sus pésimos modales
 y lograron, por fin,
 escapar de las prisiones a que estaban sentenciadas
 por los círculos
 que proveían a las esferas de cuerpos que dieran alimento
 a su hambre infinita de crecer y ocupar todo el espacio

que les sea posible cubrir con sus pequeños brazos
de limón amargo,
cáscaras friolentas que se alumbran con las lámparas
que huyeron a la noche
y prenden veladoras en loor a los difuntos
que dejaron que se fueran
los dilemas más conspicuos que se iban presentando
a lo largo de los tiempos,
aunque en formas poco inteligibles
para cualquier objeto inanimado
o sujeto con algo de razón atada a sus espaldas
que va o viene como péndulo
o suicida que no acaba de ajustarse
a sus nuevas condiciones de existencia
que lo obligan a llevar una vida relativamente moderada,
porque todo es relativo y nada tiene consistencia duradera,
ser eterno o esencia que se alargue
por los siglos de los siglos
y siga idéntica a sí mismo fabricando siglos
porque todo acaba,
incluso los comienzos se terminan pronto,
duran poco,
se vuelven demasiado relativos
y mueren por exceso de flojera,
murria intensa,
todo acontecimiento los coge por sorpresa
y los complica tan enormemente
que los pobres se cortan el ombligo y mueren
desde antes de mirar al sol de frente,
la lluvia, cuando lluevemente cae y no amanece
o sí, pero de un modo tan oscuro
que no hay manera de saber si los focos se prendieron
o hubo un apagamiento casi general
de toda clase de instrumentos ópticos
que permitieran obtener una mejor visión de los cuerpos
que se encuentran a grandísima distancia

y son como estremecimiento de tiniebla o soplo de lo aéreo
cuando se vuelve hielo,
como pasión que abrasa ávidamente labios
o se instala bajo fortuitos sistemas planetarios
o se oscurece como violeta de genciana
o alcanfor que se amustia un tanto enamorado,
cuerpos en suspenso,
volátiles,
etéreos,
pero también, cerrada cerrazón que duele en forma
de patética sonata,
música para un entierro sin mayores glorias,
sin final ni juicio absolutorio que lo libre para siempre
de todo desamparo
ni misa con finado ausente pero sí el rigor
de la constante presencia de la muerte
como lechuza taciturna que gorjea muy triste
pero se ofusca con su habla
y calla o emite un más bien fúnebre sonido
que no augura nada bueno para el muerto,
patíbulo movable en busca de un ser patibulario
al cual mandar a residir a los infiernos sin mayores trámites,
lejos de los cuerpos,
lejos de lo lejos y muy lejos de sus *algos* y sus *nadies*,
los confusos camaradas del campo de batalla
que se afanan por hallar la claridad en medio de lo oscuro
pero pierden, al final,
y se sentencian a seguir siendo la sombra murmurante
del cofrade mayor que se atosiga de recuerdos
y no puede ser capaz
de repartir los ácidos secretos
que, acerca de los cuerpos, esconde en su corbata,
el mal sabor de boca que dejan los recuerdos
cuando regresan, con el vino, del fondo de la noche
y desarrollan una potencia que demuele los cimientos
de las cosas

cuando flotan los cuerpos en medio del vacío
y conforman la argamasa que se quiebra
con un agua que se vuelve asfalto

sin la debida consideración a las debilidades amorosas,
las caídas del cuerpo en el deleite o los hondones del alma
que no cesa en proseguir en busca de venturas,
desventuras,

dichas y desdichas,

cuerpo real o cuerpo imaginado,
cuerpo trastocado por los destellos de la imagen

que entra en el espejo
al mismo tiempo que otra comienza a despedirse

y aparece otra que confunde
el tiempo y el espacio y se desdobra en otra

que promueve su ideación propia
y se convierte en cuerpo que *no-es* porque prosigue siendo

imagen adentro del espejo,
pero *es*, porque ya está afuera del espejo

y se parece mucho al reflejo que, al salir, halló su forma,
se incrustó en ella y se hizo cuerpo en gracia
y no madera o lámpara o barco navegante

que navega en el espejo y lo transmuta en isla
o mar amanecido de repente o territorio al margen

de cristales rotos,
larga herida que recorre los huesos del fantasma

que huye cada vez que encuentra a sus antiguas sábanas
andando a solas,

platicando a solas,
vil despojo y vileza de los dientes

que se caen de pura soledad
y hechos que no llegan o que llegan en una deshechura tal

que no hay modo de encontrarlos
o ponerlos en una formación que los disponga para el gozo,
hacer salmuera con los cuerpos bellos

y ofrendarlos a los terrores del crepúsculo
que viene con su aire impenitente de mochuelo triste,

ave lóbrega que espanta a los espantos
y los pone como objetos taciturnos
que no saben comportarse a la luz del día,
sí en los horarios en que la noche finca sus dominios
y libera sus fuerzas demenciales
para disfrute de los pocos que, a esas horas,
caminan por los parques
o usan las desoladas vías alternas
que hay para escapar del ruido,
entrar a lo callado,
los silencios fulgurantes donde habitan
las sombras huidizas a la noche,
siempre huidas y siempre retornantes,
como círculo,
como mundo circular que vuelve siempre al punto de partida,
eternidad de los regresos cuando se está en la duermevela
y son los mismos cuerpos los que llaman a la misma puerta,
idéntico el recurso que usa la memoria
para quedarse quieta
justo antes de que lleguen los olvidos y se lleven todo,
hagan oficio de tinieblas o ejecuten su dolido canto,
su trombón de amnesias que adolora
las verdaderas causas del desastre,
la historia de los cuerpos y cuánta fiebre chamusca todavía
todo horizonte
mientras cuerpos son herrajes que clavan la memoria,
la destazan,
pero queda flama repentina que quema piel salada
o aviva las heridas,
las extrae de su guardado origen
y las muestra como cuerpo vivo pero cuerpos nada,
herida sangradora que remueve la hojarasca
y convierte la historia de los cuerpos en la historia del vacío
que se formó cuando los cuerpos dejaron de tener historia,
son los huecos que son como la inútil tactación
que se hace de la niebla,

hasta entender que no hay ninguna masa

que permita ser palpada
y los cuerpos carecen de una superficie estable
en que se puedan consumir las existencias de la carne fresca
que quedó como memoria de lo irreal

que se convierte en real y juega
con la idea del mundo que el demente trae en sí
como lugar de sana entretención y buena vida mala
que autorice el desgaste total de todos los sentidos
que puedan exprimirle al mundo su mejor sazón

y, luego, irse sin pedir permiso,
recorrer agencias de viajes funerarios
que muestren las bellezas que pueden visitarse en ultratumba
y almidonen lo arrugado que acabó el pobre esqueleto

después de tanto trajinar la tierra,
fatigarse tanto en ires y venires que acabaron con el muerto
en su lugar de origen

y correr para acabar tan quieto,
que está en duda si existe el movimiento por sí solo

o es uno mismo el que se agita para creer
que si hay algo parecido al movimiento

que hace que la tierra gire,
rote,

se traslade un espacio a otro y de una órbita lejana

a otra que le quede más cerca
de las naves que se llevan a los cuerpos cada vez más lejos
y los hace dar maromas que carecen de sentido

o los pone a jugar a las canicas

en lugar de forzarlos a que vuelvan a salvar a náufragos

que se sienten agraviados grandemente,
se enfurruñan y rezan oraciones a la lógica,

a las nociones de orden y decoro,
a las santas virtudes de los bellos cuerpos
e imploran los severos reglamentos

que amortajan cualquier cosa,
el más leve pestaño,

un jardín despistado que flota a la deriva,
los telescopios que disuenan de la manera usual e innoble
de contemplar el universo para apropiárselo
y devorarlo en buena salazón
como si fuera un cuerpo ávidamente apetecido,
cuerpo en crisis que se escribe una historia imaginaria
pero al modo de los cuerpos lúbricos
cuando aceleran a la máxima potencia
y violan cualquier orden de hacer alto,
velocidad de carne ansiante
a trescientos ochenta kilómetros por hora que desata el caos
y, después, se incendia en prevención
de no causar mayores estropicios o peores males
a una humanidad ya de por sí bastante lagrimeante,
fuego ardiente,
reparación de los daños causados a la luna
por los excesos cometidos en nombre del amor
y los demás desmanes que quieran agregarse
y se arme un escándalo mayúsculo
que altere el monótono curso regular que sigue el universo
y encienda la médula espinal
a los curiosos personajes
que se alumbran con sus luces negras
y sea la causa primera y eficiente del chispazo
que lo incendie todo
queden cuerpos y queden cuerpos como única materia viva,
queden sonidos del metal chirrioso que festeja
la gran algarabía que salta de los cuerpos,
queden campanas que llaman a trombones
que se bastan a sí mismos para espantar a todo el mundo,
queden los videntes y los magos que se sacan su luz propia
del fondo del sombrero
como conejos ciertamente opacos que saludan al público
con toda cortesía
y se congelan en el aire debidamente rígidos,
expectantes ante el gozo inenarrable de los cuerpos

que se asombran ante tan grande maravilla,
 sin tomar en cuenta las virtudes del hielo
 como un buen apagador
 de las grandes lumbres que resultan de tener
 un amor apasionado,
 una torsión desenfrenada en las áreas afectivas
 que hace que el amante busque las cantinas tristes,
 las canciones tristes,
 los alcoholes que alientan a los tristes
 a no cejar en sus empeños y seguir eternamente tristes
 con su alcohol amargo,
 su licor que mata y, luego, salva,
 purifica,
 destroza la garganta pero silba alegremente
 como el sórdido trombón
 cuando expectora como un asilo de fantasmas viejos,
 cochambrosos,
 que beben por nostalgia o por volverse olvido
 de cuerpos que regresan ligeramente fastidiados,
 comprimidos como tablón armado
 a base de polillas martilladas finamente,
 más bien polvo que se hunde al menor roce,
 no sólida estructura que soporta vendavales
 o esas grietas que se abren de repente
 y no respetan ninguna jerarquía
 o rango de añeja soledad y vetustez bien confirmada,
 embarcadero hacia el susurro que llega de la muerte,
 sus largos brazos que avanzan con muchísimo cuidado,
 mucho tacto,
 mucha frialdad en las acciones rutinarias
 que la muerte domina cabalmente,
 manera muy cuidada en tiempo y forma
 pero de modo impersonal,
 sin emoción alguna,
 sin ningún afecto peculiar por el casi muerto
 al que la muerte agarra del cabello

y comienza a llevarse a su morada,
 simple oficio,
 habilidad en escombrar cuerpos
 o fantasmas dejados por los cuerpos
 que ya estaban en pleno desperfecto,
 desuso en lo integral o las roturas no aguantaban más
 y había que embalsamarlas con urgencia
 antes de que algo más grave sucediera,
 quebrazón de huesos,
 ayuntamiento de cuerpos que perdieron cuerpo
 y se ayuntan sombras,
 se acarician sombras,
 se desaman sombras pérfidas
 que engañan a su propia sombra,
 las destierran y las vuelven sombras lúbricas
 que acosan los desvelos del sonámbulo
 que padece los ilícitos actos delictivos que competen
 a terrores ya gastados por el uso,
 pero aún activos,
 aún capaces de engendrar las nuevas pesadillas
 que no requieran de mucho combustible
 para hacer que ardan los últimos deseos
 que consideran como parte esencial de lo amoroso
 a la demencia vista como la única razón imprescindible
 para darse de manera
 que todo hueco quede perfectamente bien llenado,
 completado y no saciado nunca,
 siempre cuerpo en la busca de otro cuerpo
 que acabe de saciarlo
 y le termine la sed perenne que amenaza cortarle la garganta,
 no dejarle grito que grite la gritada necesaria para sacar
 la turbamulta de recuerdos
 que quedaron atrapados en algún lugar recóndito,
 origen de fantasmas un tanto distraídos
 pero fieles constructores
 de la armazón que sostiene a la memoria

en forma de vigilia poco austera
que demanda, cada vez, mayores elementos de añoranza
y mayor compactación de los recuerdos
que tienen la tendencia a disgregarse

en el pasar del tiempo
ser añicos o rescoldos triturantes de carbón ardiente
que se apagan como lámparas caídas

en un encantamiento sorpresivo
que se ciegan y no alumbran miríadas de palomas
que descenden a ofrecer empleo de jardinero celestial
o de inventor de fuentes o diseño de bóvedas y esferas,
de campanas creadoras de sonidos y formas corporales,
luz terriblemente oscura como dominio del demente
que rechaza toda sombra espuria

y sólo acepta sombras que dejaron huella,
se volvieron símbolo y son poema en trance de escribirse,
traslado de la imagen a la letra y regreso hacia la imagen,
lo fijado,

lo que queda a pesar de que también se va perdiendo,
escriturario de la nada
porque el poeta trabaja con la nada,

la desgarrar y surge un poema,
lenguaje como algo casi sacro o demoniaco, tal vez,
que da lo mismo, porque no hay escape,
manera de fugarse y no enfrentar los pasos del suicida
que camina adentro,
muy despacio y ronda como los clavos cuando caen
y nadie los levanta
o una excavadora que abre pozos

muy al fondo de la noche,
muy adentro de lo que jamás termina

y sigue en busca de algo que parezca sólido,
bien concreto y no batalla de ángeles contra demonios,
no palabras en vilo, estupefactas por el silencio

que las muerde,
no cavilación sobre las formas deseadas de la luna

pero sí por la pureza de las formas,
el delirio por las formas y los cuerpos como delito bienvenido
que debe proseguirse por más culpables
que sigan cometiéndolo
sin padecer ningún remordimiento o mucho,
pero eso es lo de menos,
nada importa,
nada constriñe la ejecución de los más bárbaros deseos,
las más violentas furias que deben ejercerse
contra lo fantasmal
que avanza decididamente a borrar todo rastro
de los cuerpos,
toda imagen que quedara después de la estampida
de los cuerpos
que dejaron al recuerdo solo,
sin ninguna compañía que le avivara la pasión perdida,
la bronca quemazón ardiendo sin auxilio a mano,
un trozo de consuelo para el dolor que funge
como un maestro indiscutido en ceremonias fúnebres,
póstumos honores a las glorias poéticas del señor
que se desvive por los cuerpos,
muere por los cuerpos,
escribe sobre cuerpos un poema que se llama *Cuerpos*
y como su amor y su deseo hacia los cuerpos es interminable
el poema va a seguir hasta que acabe el mundo,
destrúyase el espacio que caerá bajo la masa enorme
de su propio peso,
el mismo autor será cadáver pero el poema seguirá mientras
los cuerpos habiten esta tierra,
esta sombra que baja del reino de las sombras
y usa del lenguaje
como medio de expresión para decirse a sí,
antes que a nadie,
lo que no tiene motivos para ser pero es, sin duda alguna,
parte entrañable de sí mismo,
aunque él apenas lo barrunte y los cuerpos

lo hayan entrevisto
 como una aparición de la extrañeza
 en medio de la luz que actúa con tanta poca lógica
 que es poco lo que puede verse claramente,
 tanta crueldad para tratar las emociones
 que, al menor motivo,
 se desbocan y todo mundo pierde la medida
 y se asusta como un ángel
 que oye a la lujuria hablándole al oído
 y se corta las orejas para evadir la tentación
 que lo rodea por todas partes con formas admirables,
 gustosamente bien palpables,
 demonios de mujer que usan vestimenta angélica
 y sonríen con risa de querubines tiernos
 pero tuestan el alma de cualquier señor
 que pase cerca o mire, desde lejos,
 el ardor de sus miradas,
 fuego santo del amor santísimo
 que no sabe cómo describirse,
 cómo dejarlo señorear a plena esplendidez de carne
 que se muestra intacta,
 bien horneada,
 bien dulcificada,
 bien a punto de agradable manera de pecar
 con el riesgo de perder el alma,
 hundirse en las negruras de la mala muerte,
 la sádica señora que disfruta quitando poco a poco
 los alambres que sostienen al almario,
 hasta que éste queda colgando de un balcón
 que pende del vacío
 y mira a las estatuas desolladas que vacilan
 entre seguir o no seguir
 jugando a las estatuas que juegan a volverse espejos
 que reflejen la vida interior de las estatuas
 que es intensa y breve,
 turbia, a veces,

casi siempre alegre o triste, según el rumbo al que los barcos
decidan navegar con su carga de silencios,
otra discreta actividad que desarrollan
aparte de llevarse cuerpos,
no volverlos,
sí dejarlos perder en los naufragios
que los náufragos mismos se construyen
como práctica continua de que el náufrago
es un experto en hundimientos
de carácter trágico o patético, según se guste y mande,
pero, eso sí, sin afán alguno de alcanzar la gloria
a través del llanto
que incrementa sus demandas que exigen,
en forma perentoria, el regreso de los cuerpos
así sea como cuerpos de un naufragio
que no debía de acontecer,
pero se puso su cara de desastre
y motivó la cólera del viento enfurruñado
que no quiso dejar que los cuerpos tuvieran un entierro digno,
sombra desastrada,
persecutora de sí misma y de otras sombras también duales,
también menesterosos gemelos bifurcados
que requieren del auxilio espiritual
que brindan las lechuzas como ciertos moluscos
que reparan almas a punto de quebrarse,
clavículas desvencijadas,
preparación de llantos tristes
listos para usarse al menor motivo o sin ningún motivo,
buen pretexto para irse de parranda
y bendecir o maldecir al mundo,
gritar airadamente o conseguirse un buen trozo de silencio
y alquilar ausencias para parar los golpes
que nos da el destino,
aunque después prosigan por tiempo indefinido,
traquieten las vértebras
y los trombones continúen con su cante alegre,

pero no del misterio que se guarece en cuerpo de mujer
y se transmite como satisfacción de lo deseado por oculto
o cristalización de los detalles mínimos

con que la luna juguetea,
los cuerpos juegan,
se acomiden al límite perfecto de su sombra y juegan
en los dominios de la sombra,
a luz desvanecida pero que se mantiene firme

como luz entera,
disuelta ciertamente pero alcanza a iluminar el equilibrio
de los cuerpos cuando danzan bajo el aire fresco de la noche,
como en circo o en baile de salón algo solemne

donde los mustios caballeros visten de etiqueta
y las damas de ligero talle no sonríen,
sino, bien púdicas, semejan una flor que, sonrojada,
se desmaya, grácil,

casi etérea y canta, melodiosa,
con voces cristalinas como el agua

cuando dice que lo amoroso
guarda mucho parecido con el viento a la hora que amanece
o habla de las vicisitudes de la noche para no ser día,
seguir siendo un animal de sombra que jadea

cuando el deseo
camina a la manera de una lumbre que abre el apetito
por los cuerpos fulgentes en su carne viva,
delirio de hermosura o juego en que los cuerpos

se vuelcan hacia adentro
y queman y devoran proporción de mundo y de guitarra
y crecen en su afán de ser su propia mismidad,
su propia suma de naves que fomentan su alboroto

y vuelan en rápido y rasante resonar de alas,
desaparecen llevados por el viento y crean airoas formas
que hacen que el amante se conforme con juntar la sombra,
razone con toda seriedad acerca del problema

que plantea la falta de lo real corpóreo
para dejarles en sus manos las ofrendas que deben declarar,

sin género de dudas,
 su amor pero no sabe ante cuál oquedad depositarlas,
 llora un poco,
 reparte algunos lagrimales entre los viejos conocidos
 que asistieron a la fiesta
 y se quedaron esperando a que sonaran las campanas,
 bebieron demasiado trago y desandaron un camino
 que iba pero no volvía,
 se sentaba a esperar que sucediera algo
 que lo hiciera proseguir su oficio de camino
 que debe de llegar a algún determinado sitio
 en el que pueda alguien sentarse a meditar
 en lo que espera el último camión nocturno
 e ingiere un taguarnis que deja al alma
 en la devota situación de aguardar a que la muerte lo recoja,
 crispida muerte encanijada que tiritita
 y fija sus domicilios en la noche y sueña con que, tal vez,
 sería agradable disponer de alguna compañía
 que entretenga los tiempos muertos
 en que son pocos los difuntos
 que se acercan a inquirir por su futuro
 o averiguar la fecha de llegada
 de algún pariente próximo o amigo muy cercano
 que ya avisó que su viaje se aproxima
 y espera calurosa bienvenida,
 no una casa fría donde despache sus últimos pendientes
 y sólo haya de beber cal en abundancia
 para calmar su vaciedad extrema,
 sus ruidos de tambor que no permiten escuchar
 ningún silencio
 que quisiera decir algo que sirviera de algo parecido
 a unas palabras de consuelo
 o un dictamen acerca del estado lamentable
 en que los muertos llegan a su muerte,
 no los cuerpos que arden y disfrutan
 de un completo estado de salud soberbia

que los hace siempre ser iguales a como eran
 en el momento mismo
 en que el amante descubrió sus galas
 y cayó perdidamente enamorado y detuvo al tiempo,
 le ordenó volverse sujeto detenido
 y no tocar a cuerpos ni volverlos
 objetos fácilmente corrugables,
 formas expropiadas por una insoportable inclinación
 hacia los modos rípidos en que el cemento empieza
 a ser materia en resquebraje
 y se agudiza la ruptura que va de lo perfectamente
 bien armado al desajuste de los goznes
 y el fin inevitable en que sucumben los cuerpos
 que no entraron al espejo,
 se quedaron fuera dando mil disculpas
 con la excusa de que, adentro, el calor era insoportable
 y los espejos tienen instintos homicidas por lo que,
 casi siempre,
 acaban sofocando a las visitas y es entonces
 cuando todo el mundo piensa
 en el centro del espejo como siendo centro
 de todo el universo
 y que por eso hay espejos que parecen cuerpos
 y cuerpos que semejan universos,
 o sensación de carreteras que avanzan hacia lejos,
 hacia colinas o hacia labios que aprenden a ser mar
 o cuerpo de moluscos,
 caracolas verdes o vidrio que fue ayer
 y hoy apenas se palpó cortina que diseña una penumbra leve,
 o bajamar que se extiende y difumina a lo largo de la tierra,
 mar hecho luz en mezcla huraña con la sombra
 como acabado de nacer
 o que regresa después de un largo viaje
 a isla perdida en la distancia,
 casa desconocida con huéspedes impropios,
 como fantasmas que nunca fueron cuerpo

sino idea borrosa que jamás llegó a plasmarse en forma,
 quedó en proyecto interrumpido por los constantes devaneos
 de una sombra
 que no se decidía en quién dejar su corazón en prenda
 de un amor profundo,
 otro muelle que no fue el que es ahora,
 tan herrumbre,
 tan maderas a punto de caerse que no hay barco
 que atraque cerca o lejos
 ni milagros que hagan que los cuerpos partan
 aunque no sepan hacia dónde,
 a qué lugares llegarían si los cuerpos fungieran
 como velas encendidas
 y la luz llegara en espléndidas oleadas,
 otra forma en que silban los silbatos en su prisa de alcanzar
 los cuerpos
 y hacer que se regresen con la furia
 en que se convirtió el deseo
 y el deseo que acabó hecho una furia
 ante los cuerpos titubeantes en quedar o irse,
 desplegar banderas o hacer que se replieguen para siempre
 y los tambores se dediquen a ensayar las marchas fúnebres
 que sean precisas para que reine la paz universal
 y los cuerpos puedan dedicarse a sus múltiples quehaceres
 sin ningún estorbo,
 cuerpos en la duda de sí mismos
 y del *otro* sustituto de la sombra
 que, desde siempre, los acecha,
 caos perfecto o desbandada hacia los puertos que subyacen
 sin nadie que los pueble
 y son los vastos cementerios que la luna cuida
 para que nadie irrumpa en la rareza
 que se crea en torno de los barcos que fueron arrastrados
 hacia un amanecer que se quedó sin dar a luz la luz
 tan necesaria
 para que el ciego pudiera contemplar

la belleza de los cuerpos
 que se iban retirando casi en son de guerra
 y en medio de airados trompetazos,
 metales corroyentes que se anuncian como parte previa
 del desfile
 en que el vacío se instalará con todo su pesar
 sobre la vieja soledad acostumbrada a dialogar con el crujido
 que los huesos dejan escapar de cuando en cuando
 como señal de que la lengua les funciona todavía
 y aún pueden barbotar sonidos que semejen hablas
 o imaginen ser vocablos que dicen o desdicen
 algo de importancia extrema,
 uso de razón o la sombría carcajada en que se expresa
 la nostalgia
 cuando quiere ocultar el desamparo en que se quedan
 los cristales
 cuando saben que perdieron la pureza del ardor
 que llegaba de los cuerpos
 y sólo hubo un agujero abierto entre las nubes
 o un infierno que termina metido en un barranco
 y es causa de pavor en los espejos
 que no acaban de entender los sueños que el insomne
 cree que sueña
 y que transforma en pájaros que deja huir
 sin que lo arañe la tristeza
 o se lo coman los duraznos lentamente
 y lo perplejo tome su color cadáver
 y no vea sino la imagen aquietada
 que el obseso guarda con la idea de que es lo real
 y va a llegar en el momento en que él la llame
 y desatienda a los demás insomnios que quedaron
 como transfugas del otro sueño que el insomne soñó
 a partir de cuerpos cárnicos que aparecían,
 como si fueran de verdad,
 en formas que se ignoran y la demencia guarda
 con algún cuidado,

precaución para evitar que se extravíen
o escapen de regreso
a las mortíferas regiones de un olvido
que raras veces demuestra compasión
por las quemantes formas puras
que se alejan en el perdido resplandor de un relámpago
que arde en la lujuria,
barco que navega por aguas subterráneas
y que parece inmóvil,
como alguien sacado de su espacio flota
en una repentina suspensión de lo concreto
y se ata a las variadas condiciones
que el cableado adopta cuando piensa
que puede ser un excelente sustituto
de los postes de alumbrado público
que tanto atraen a los suicidas,
instante que quedó fijado en bruma,
en ojos de mujer un tanto llenos de añoranza,
cuerpos al olvido que usan mascarillas para ocultar el rostro
y no se sepa que están vivos,
son de carne y hueso,
hablan,
quieren,
aman y desaman con la misma sonrisa bondadosa,
el mismo espíritu tranquilo con que envían al matadero
al amante de la víspera y lo dejan henchido de amargura,
rebotante de hondísima tristeza,
jocoserio ante tanta desventura que no atina a reaccionar
de ningún modo,
ningún procedimiento le parece el adecuado
para elegir entre morir un poco
o no morir de nada y seguir picando piedra,
cavando en hoyos que ya no pueden dar de sí
porque ya extrajeron todo lo que se podía extraer
y queda sólo un vacío difícil de sacar y llevárselo a otra parte
en que pudiese quejarse sobre su pena de *no-ser*

sino un vacío hacia el cual los cuerpos sienten
una repulsión profunda,
un rechazo a dejarse escudriñar por las heladas manos
del vacío
que son la única manera que puede permitirles suponer
que existe algo que se llama lleno
que quiere reprimir a lo vacío para que no haya ni un lugar
donde los cuerpos pudieran refugiarse
en caso de que vuelvan
o los naufragios sigan con la espiral inflacionaria
que tanto daño causa a los amantes,
siempre sospechosos de querer cambiar las reglas
que imperan en el mundo y lo hacen un lugar inhóspito,
cuerpos sin su forma,
pero bellos,
juveniles,
rostros como lámparas lentísimas
que guardan manos que palpitan,
ebrias,
chamuscantes,
como calentador en pleno invierno,
como incinerador de cosas bellas o lengua del sediento
que penetra bocas,
besa senos o amasa muslos ávidos,
ardientes,
pubis estremecido por la tarde,
como noción de la medida del espacio,
la sensación de lo que flota casi etéreo lo casi imperceptible
pero profundamente dúctil del palpar
lo que parece que es inalcanzable,
lo indecible,
cuerpos bajo la luna desnudados,
algo trémulos como si el aire los golpeará quedamente,
el aire suavemente circulando entre las piernas
de los cuerpos lúbricos,
sólo un cuerpo,

ese que baila en el vacío repleto de deseos,
 de ansias,
 de sofocos,
 de rubores,
 cuerpo estremeciente con algo demencial en el desnudo,
 lujuria que saca los caninos y lanza el tarascazo,
 la mordedumbre deslizada y tierna,
 seno y seno como espiral al infinito,
 rotunda media esfera,
 viva,
 palpitante,
 pleno anhelo del deseoso urgido por hallar la calma
 en medio del desorden,
 el orden en el caos y el caos en un estado de quietud
 que nada puede perturbarlo,
 volverlo más neurótico o más organizado,
 tanta prisa,
 tanta celeridad para no llegar jamás a ningún sitio,
 tanto paso rápido para jamás abandonar
 la misma posición en el espacio,
 el círculo metódico que siempre se regresa pisándose
 las mismas huellas siempre y siempre el mismo instante
 siempre repetido,
 las formas de lo adverso que ocupan un lugar considerable
 en los diversos testimonios que el suicida
 se encarga de obsequiar
 para que puedan entenderse los motivos
 que lo hicieron elegir un poste
 en vez de encaminar sus pasos
 a la región de las penumbras leves
 donde sería posible adquirir la neutra cualidad
 de los objetos insensibles
 que no requieren de auxilio espiritual en caso de abandono,
 se remiendan solos y pasan de lo estable a lo inestable
 en cosa de segundos
 sin perder la noción de la distancia que hay entre amar

a una mujer concreta
 y perseguir la sombra que quedó como una zarza ardiente
 en medio del desierto,
 tanto incendio para acabar al rojo vivo
 entre denuestos de la tarde,
 tantísima devastación que causan los incendios
 y el alma sigue estando sola,
 ciudad sin ella derribada por péndulos amargos
 que golpean sobre coronas fúnebres,
 sobre entierros largo tiempo retardados,
 sobre sombras idas como cae un cuerpo que llegó muy tarde
 y que se extiende hacia otras formas
 que asume la extrañeza,
 lo palpable que no está pero está, sin duda,
 oculto en otra parte,
 ámbito prohibido,
 formas en que lo otro se asume como forma ida,
 sombría sombra o ángel desterrado en la tiniebla urbana,
 volcado hacia su entorno terrenal,
 su condición de la caída y el infeliz mortal en el delirio
 que provoca encuentro y desencuentro,
 ilusión y desengaño,
 muerte y vida y la impiedad de lo dejado
 en el campo de batalla,
 puro frío que se quedó después de que la noche se hubo ido
 y arrebató las islas al ensueño,
 tristeza de las islas en la mirada del insomne,
 la duermevela en la que nada existe
 y todo toma forma de fantasma ligeramente ebrio
 como llanura plena de nostalgia y sed de olvido,
 exactitud del taciturno en encender las velas bajo el llanto,
 regreso a lo molido que queda del espíritu,
 fogón inconsolable que no alienta ya ninguna brasa,
 fondo hueco y forma que viaja a lo vacío,
 pena inmensa,
 piedad sobre impiedad que recorre pasadizos,

usa elevadores,
 tranvías como destartaladas osamentas,
 hieleras al borde de la congelación por alta fiebre,
 transportes frigoríficos para dejar la carne
 a punto de horno crematorio,
 de ceniza que piedad sopla sobre impiedad mundana
 que enciende cautamente velas
 sobre el llanto sombrío del taciturno
 que muerde sus recuerdos,
 tasca nieblas,
 desgarece las imágenes prohibidas que nunca ven la luz
 y las expone al escrutinio del ausente
 para que diga si vuelven a su encierro
 o las deja libres para que muevan y remuevan
 los bajos fondos del alma perturbada por visiones
 que son como una pesadilla recurrente
 que no cesa de tocar la puerta pidiendo que le abran
 y termine el infortunio del poseso
 que quisiera encontrar algo de calma,
 paz por un instante que sosiegue la algidez
 que desazona la conciencia
 y la pone en trance de quedar como testigo
 de su propia destrucción
 por causas imputables meramente al ser que la cobija
 y que se encuentra en guerra permanente con el sonar ajeno
 del sonido estupefacto al escuchar que otros sonidos
 se le acercan
 y piensa que es su eco y no otra voz que se aproxima
 y parte hacia su encuentro,
 no hay sonidos
 pero sí otros ecos perplejos al no escuchar sus ecos
 aunque sí es posible que vislumbren formas
 que olvidaron su sonido
 y usen maneras expresivas que no se oigan
 y sean como silencios dialogantes
 o ecos tan profundamente enamorados

que no haga falta escudriñar fonemas,
sí silencios que remontan aire o resplandor terreno
o maneras de estar solo junto a un cuerpo
también enamorado,
tacto en bruma que encuentra compañía
y encuentra su reposo,
piel apenas como cuerpos crepusculares caídos de la luna,
y crueles
como los magos que destruyen, por despecho,
los símbolos nocturnos
o un homicida que le corta la cabeza al cielo
con un cuchillo perfectamente verde,
un antiguo personaje que descuelga los retratos
de las viejas casas y los rompe a martillazos lentos,
los rastrilla como si fueran pasto de una edad vetusta,
los acomoda por orden cronológico
como si fueran cuerpos sujetos por edades,
vilipendiados por el tiempo que acecha a los presentes,
los coge de la cola y los revuelca en tierra fresca
de panteón deliberadamente triste
aunque útil para la recepción a los difuntos,
la bienvenida a los nuevos domicilios,
depósito de fotos que despiden olor de alcoholes de velorio
sin muchos visitantes,
muerto ausente como un tonto de mirada grande
que absorbe cuerpos con los ojos
pero memoria débil que de inmediato los olvida,
que a sí mismo a duras penas logra retenerse débilmente,
como pura nata o foto de señor con aire de no saber
quién es el retratado,
entierro del que se ignora todo sobre el muerto
y no hay piedad que alcance
a suavizar un poco su rugosa muerte,
misericordia en dosis tan pequeñas que no perdona nada
y nada la disculpa de caer en los infiernos,
terriblemente derribarse con el alma a cuestras,

casi agónica,
 acabamiento de los vidrios y las imágenes
 que se sostienen de los vidrios,
 mujer en alto riesgo de pie bajo los puentes,
 mujer sentada en un jardín con la mirada ida
 detrás de la penumbra que la invade,
 peregrinaje de fantasmas,
 procesión de cuerpos vueltos sombras o sombras
 que figuran seguir estando en cuerpos,
 semejante a cuerpos,
 semejante a noche que semeja cuerpos,
 docilidad de lo nocturno pero cuerpo frágil,
 quebradizo como jardín desbaratado por el viento
 donde mujer empalidece
 bajo una luna roja que se hunde en un cielo rasgado
 por cuchillos color de cruel naranja equivocada
 en sus dolidos argumentos
 para ayudar a que todo se desplome sobre mujer
 que duerme bajo puertas que se cierran,
 combaten entre sí para lograr que se clausuren para siempre,
 nunca se abran,
 nunca nadie jamás penetre en los pasillos desolados
 a invadir los territorios exclusivos de los miedos pánicos,
 a que se extingan las lechuzas y no haya quién conduzca
 al extraviado en sus propios laberintos
 a una salida que lo lleve a un lugar seguro,
 salvación en pleito por salvarse o no salvarse
 o elegir la perdición como manera de atenuar los riesgos
 que se corren
 por el hecho de estar enamorado de mujer
 que habla casi a diario por teléfono,
 pero está muy lejos como cuerpo
 o sonido que avisa que se tomen precauciones
 porque lo *Solo* tiene primacía
 sobre el conjunto de factores que, de modo general,
 influyen negativamente en el curso de los hechos

que, presuntamente,
deberían de haber seguido una distinta trayectoria,
camino menos áspero que el de los cuerpos como líquido
que inunda el universo,
cuerpos de agua,

bien bebibles,
agua que baja por los muslos como navío condecorado
en tiempo de batalla y riega oscuras patrias lejanísimas,
territorios enormes donde otros cuerpos de mujer se juntan
y festinan la aparición de las esferas en otoño
cuando las hojas caen y la melancolía se instala

de modo permanente,
casi eterno,
casi manera de llover interminablemente

sin que se vea el final del agua,
principio de los cuerpos y la niebla

que desciende como tiempo fluido
pero clavado a su insana manía de perseguir a cuerpos
que no son propiedad del yo perseguidor del tiempo
que persigue a cuerpos,

los derriba,

los transforma en *Todo*,
como materia de la *Nada* que conforma
la caída de los cuerpos como hueco inmóvil,
calavera inmóvil que casi no sonríe,
casi no habla sino en signos mudos que casi no se escuchan,
no sonoros campanazos de camión blindado
o grandes tubos que se sienten

al borde del último ataque de neurosis
y lo gritan, para conocimiento y toma de conciencia
del insomne que vive en el pavor de la caída de los cuerpos

que caen vertiginosamente,
locamente,

con toda pulcritud los cuerpos tristemente míos,

del yo y del *otro-yo* que van conmigo siempre,
los fieles enemigos que libran de todo mal-Amén

y todo bien también,
 porque no hacen distinción alguna,
 les da igual estar de un lado o del otro
 del muro que separa el *Bien* y el *Mal*
 aunque siempre se confundan y no quede muy claro
 el por qué hay que definir lo que es indefinible
 por su propia esencia
 y los clavos cuando se derrumban
 cuando son abandonados por los cuerpos
 y no encuentran sostén porque se fueron las paredes,
 formas debidamente cohesionadas,
 firmes,
 no formas caídas en la angustia
 o cuerpos deliberando seriamente
 sobre las propiedades de la angustia que, a veces,
 aqueja a los amantes
 sino cuerpos inmensamente bellos,
 enormemente intensos y vibrantes como estallido de los focos
 que dan la luz al mundo,
 cuerpos en plena intransigencia de saberse hermosos,
 ser amados a pesar del tiempo que se arruga
 como un pedazo de aluminio viejo,
 espanto de hojalata que atarumba al ruido
 y sigue con su oficio carnicero de roedor en vela,
 su caminar exánime de casi un arrastrado animal
 que barbotea su baba
 y mancha las cortinas de amarillo verde,
 las alfombras de amarillo verde,
 los sillones de amarillo verde,
 cuerpos en carrera para huir del tiempo
 que todo lo dibuja de amarillo verde,
 huida de los magos a los que el tiempo
 los convierte en círculo amarillo verde,
 trapezio que no vuela,
 juego malabar que se queda detenido
 en un fragmento de aire,

un soplo de la nada como única señal de vida
y los cuerpos escalan a las nubes
y los magos actúan en circos en abstracto
o desdibujan formas
llegadas del espacio sin ninguna forma
pero sí suposición de que hubo formas
y los magos regresaron al sombrero los conejos
que, antes, extraían ante el fervor del público
y se fueron a su casa a lamentar
la mala suerte que acompaña en sus andadas al amnésico
que quiere no olvidar el nombre de cada uno de los cuerpos
que adoró en su vida
y dejar en claro que esa adoración ha sido la única causal
de fe que ha encontrado digna de seguirse, punto y firma
del suscrito que se sienta a redactar un poema interminable
que pudiera ser, al mismo tiempo,
una especie de Manual para náufragos sin salvación posible
que permita a los asiduos visitantes a los antros
donde se pierde el decoro intelectual,
pero el alma acongojada recobra su alegría
con grandes tragos de mezcal
y colma sus ansias de matar al depravado
que osó llevarse un cuerpo
a otros lugares que no fueran dominio de la noche,
posesión nocturna que arriesga la pérdida total del ser
con tal de *ser* en forma
de sueño acostumbrado a los desvelos
por desdenes de mujer
que estraga la conciencia como una mala noche
llagada por alcoholes
que quisieron olvidar las pesadillas que lo acosan,
historia que reincide, terca,
como búsqueda pero, también, como destino irrevocable,
final de viaje que no pudo cambiarse
y prosiguió su viaje hasta acabar
en un ajustamiento de tuercas y tornillos

para que no se desbarate la *nada* que ya estaba
y parezca permanente todo,
igual de alicaído como una deshechura bien deshecha
pero se hizo un tanto más endeble,
más perdida ante el delirio que los cuerpos causan
en las órbitas vacías
del tiempo que transcurre sin piedad alguna,
los cuerpos que transcurren
en torno de la cuerda del ahorcado que pende a media calle
y se asemeja a un ataúd flotante
o una escalera que recorre el miedo dando gritos,
sus sonidos quedos de trombón asmático
que canaliza a su interior bandadas de pájaros humosos
que estertoran sus pequeños cantos,
atroces sonatinas que amustian sus pesares
con modales rígidos al modo de esqueletos bien contruidos,
bien armada la ósea desazón que les provoca
la ausencia de los cuerpos que son un solo Cuerpo
y que no están guardados en la tarde,
escriturados a la llegada de la sombra como cuerpos/sombra,
bien sombríos y ligeramente anonadados,
vuelto poema o jeroglífico que no cuenta sus venturas
y, tampoco hay naves por ninguna parte,
océanos por ninguna parte,
pero sí un ocultamiento de los símbolos
y la piedad se aleja en viaje sin regreso
o fantasma llenado de penumbra que arde
como secuencia llegada del espanto,
pérdida,
noción elemental, pero muy clara,
del extravío que deja lo amoroso,
la helada cicatriz,
el repentino encuentro con el miedo
a no mirar el cuerpo amado entrando en el espejo,
saliendo del espejo a saludar años ausentes,
pero no hay espejos,

su miedo vuelto pánico a los dominios de la sombra
como lechuza taciturna y ciega

en los desquicios que procuran colarse en todas partes,
desquiciar cualquier lugar en donde encuentre cuerpos
como fantásticos navíos

volverlas como luz aunque algo oscurecida,
mar tenebrerante,

que se diluye bajo casi total desesperanza

y las linternas huyen, timoratas, bajo navegación en cuerpos
o desfiles con alegres tamboreros

que pregonan los próximos desastres,
las jubilosas hecatombes que se acercan
a celebrar el natalicio de las grúas

y la muerte de los últimos camiones,
festividad de cuerpos vivos y amuletos al borde del colapso

como granizo sin costumbre de ser papel quemado,
escriturario para cartas de amor o poemas largos

sobre cuerpos que se encuentran
en la desolación más infinita

como reparación integral de lo dañado,
prótesis para que el alma se componga

y eche aceite a los goznes que le chirrían,
crujen como cuerpos que le nublan la mirada

y no la dejan contemplar los cuerpos admirables,
manifestar su regocijo al verlos,

la táctea manera de palparlos,

de asombrarse ante su pulsación acelerada,
 la fiebre que les sube también de modo acelerado,
 el calosfrío que llega luego, de repente
 y toca el timbre o llama por teléfono,
 escandaliza en torno a las virtudes de los cuerpos,
 su paciencia para recabar la lluvia
 en forma de papel quemado,
 lo acumula, sin ver su contenido,
 y hace, después, con él, estatuas pequeñísimas
 que obsequia
 a los que beben su cerveza en los jardines públicos
 y rezan sus plegarias en plena madrugada,
 cuando los trenes pasan, silenciosos
 y ni siquiera los fantasmas se atreven a abordarlos,
 pero sí sus máscaras gritonas
 que gritan con gritos tan pequeños
 que apenas pueden verse los gritos invisibles que gritan
 y se incendian y chamuscan todo,
 las carcajadas y los pésames,
 las borracheras y las crudas,
 los nacimientos y las muertes,
 todo como ardición perfectamente organizada,
 como alquiler de hogueras al propio domicilio,
 menú para carnívoros,
 pechuga rostizada,
 muslo al horno bañado en zarzamora,
 costillar amasijado con médula y con tuétano,
 variadas menudencias en salmuera,
 quemazón de cuerpos como envidriados
 por la luna por no querer ser cuerpos
 sino formas completamente ideales,
 líneas que se disparan a lo abstracto y se consumen,
 se devoran,
 como estrellas a punto de ser decapitadas
 o fuegos gloriosamente fatuos que se extinguen,

se consumen a sí mismos con fruición golosa,
se lamen y relamen del placer de deglutirse
 en una soledad a la que nadie entra,
como el náufrago que se ahoga en aguas bautismales
y se cree salvado porque tiene nombre
 pero fallece camino del infierno maldiciendo a sombras,
bendiciendo a cuerpos que dejaron, cuando menos,
 sombras que dejaron, cuando menos,
recuerdos que el suicida piensa llevarse
cuando llegue el gran desequilibrio
y no haya otra sino el salto al final de los espejos
 donde no se guarda nada
y sólo el viento espera, con paciencia, la súbita llegada
de la racha de destrozos que suele acompañar
a los llamados por la noche a descender
 al fondo de las aguas lentas,
los pozos insondables que funcionan
 como límite puesto a lo infinito
para que no se expanda mucho tiempo más,
 no aniquile demasiado espacio
en forma de una *nada* embotellada en grandes garrafones
y dé tiempo al ahorcado de ocupar un hueco
 en el que quepa su amargura
y quepa la atroz beligerancia del fantasma que se empeña
en vigilar el destino de la niebla
 y de los cuerpos que se esconden al borde de la niebla,
 trémulos,
 cubiertos por la escarcha
el frío que se separa de la niebla y los congela,
los guarda en su blancura
 que está como reflejo de sus cuerpos,
mirada en esos ojos que contemplan mundos
 recientemente creados,
ciclos que comienzan, lejos,
 deseos en la distancia en trance de cumplirse,
 aniquilarse,

desesperanza esperanzada que da la vuelta al círculo
y regresa a ser desesperanza,
agotamiento de las formas,
fin o qué principio que no hubo pero queda el viento

LAS ESCRITURAS DEL SILENCIO
(CUERPOS CINCO)

*A Nube Corona
y Alberto Trejo*

como armamento en condiciones excepcionales de combate
 contra cuerpos y lujurias,
 contra desmanes de la noche o desbandada de las aves
 que no se aferran a ningún milagro,
 ninguna posibilidad de que la tarde se convierta en heladera,
 la madrugada en aguacero,
 la misericordia en agua chirle para que beban algo sano
 los fantasmas,
 la piedad guardada en una construcción inhóspita
 o en hospital para los náufragos que no padecen
 de terror a los abismos
 pero les duele la mirada y son asiduos
 concurrentes a las casas de la muerte,
 los alegres velatorios donde muertamente la muerte publicita
 su llegada y prende el radio y llora con un *blues*
 o gravemente desentona pero canta
 canciones del amor que se quebró en la noche
 y se propone escriturar un poema en que hable
 de los muertos y las cartas que dejan los suicidas
 y de los cuerpos vivos,
 dichosos cuerpos vivos algo ausentes
 como ángel de la guarda que sufre de jaqueca
 y padece por nosotros,
 pecadores,
 también carne como cuerpos en su carne pecadora
 pero, también, en estado total de la inocencia,
 lo deleitable y deleitoso,
 forma desnuda de mujer que desdibuja esferas,
 reverdece círculos que se propagan como esferas
 recientemente idas o que aún no llegan,

cuerpos en potencia deslumbrante como la inusitada
 actividad de los gorriones o un tiempo eternizado
 en un instante único,
 difícilmente repetible,
 aparición de un cuerpo justo antes de que el final se acerque,
 cuerpo uno con la muerte una dándole la vuelta,
 oteando los futuros cada vez más negros,
 más tumbantes como el sonido del trombón
 que se oye resonar arriba de las tumbas,
 adentro de las tumbas con sus muertos fuera
 girando locamente sin ninguna causa,
 por girar para volverse todavía más locos y vivir la desazón
 que causa un cuerpo visto como antesala del infierno,
 vestíbulo de los achicharrados que cargan su alma a cuestras,
 su muerte volteada de cabeza y con los pies desgañitando
 al aire,
 grite y grite los pies la traqueteada muerte
 que se trae a cuestras como un armario en desvencije,
 fisura del cochambre o cuerpo llegado de la nada,
 incandescente,
 pero cuerpo fumarola y decisivo incendio
 —centro, concentración del universo en una mínima porción
 de tiempo—,
 canción para desmañanados en la crudeza del espíritu
 que no soporta la cruelísima realidad envuelta
 en sus afanes destructores,
 las paredes que de repente se desploman con ciertas ansias
 de aplastar a alguien
 en la tremenda confusión causada por los mapas
 que no saben adónde dirigirse,
 como un geógrafo extraviado a la mitad de todos los caminos
 de este mundo,
 las sórdidas callejas donde la misma noche presiente
 que está a punto de perder la línea horizontal
 que le sirve como báculo para no errar su paso titubeante,
 su cansante función de cuidar que lo nocturno

no pueda dormirar un rato porque el alba

puede quitarle los anteojos
y hacer que caiga en un trastabilleo infamante que lo obligue
a cancelar toda oportunidad de que un cuerpo se le acerque
y le pregunte por la correcta dirección que tomarían

los barcos que se pierden en la niebla,
en el remoto caso de que quisieran llegar a una taberna
y deshojar las pálidas mejillas de una dama

que sonríe de un modo ciertamente tétrico,
pero sonríe con la misma seriedad que el amable capuchón
que cree que crear esferas es oficio simple,
acto innoble que no rompe con ninguna ley de gravedad

o asuntos tan traumantes
como el caso de los niños
que nacen adentro de un espejo que se alarga

indefinidamente
y considera que la imagen que refleja es algo semejante
a un cuerpo pero visto como cosa muy superflua y vana
una entelequia en estado de total pureza

o un arcángel que hace perdidizas las esferas
o las juega a cambio de beberse unas cervezas con el diablo,
bien simplón el diablo, que no pasa de ser un botarate
sujeto atrabancado

grandes y estridentes carcajadas que no le corresponden
en manera alguna,
dientes de bisonte y saco gris como ataúd irresistible

para masas adictas al pecado,
volúmenes no sobrios sino listos a cascar la carne hasta dejar
los huesos solos,

sin contacto alguno con las parcas vestimentas que utilizan
los artistas en los circos para no caer en la lujuria
que acostumbra traspasar todos los límites
hasta llegar a situaciones verdaderamente graves,
patéticas loqueras que ejecuta el maromero de la mala suerte
que salta y se fragmenta en varias piezas sueltas,

como pinzas,

curiosos abrelatas que se asoman a través de las ventanas
y contemplan la atroz melancolía
que se resana las heridas diariamente
y asume su papel de cuerpo roto,
imagen destazada que se ve con la cabeza en la única rodilla
que le queda,
el pie derecho sobre el hombro izquierdo, nariz en el tobillo,
ojos vaciados sobre el vientre pero muy alegres de ver
que los planetas siguen en sus órbitas
y muy agradecido con el público que lo sostiene en vilo
y lo empuja hasta hacerlo caer por un barranco
que no se acaba nunca,
sigue y sigue devorando espinas,
cápsulas para dormir sin pesadillas que distraigan la atención
de los enanos que se cuelgan del columpio
y brincan como brincan los álgidos gorriones saltarines
en los parques que el insomnio puebla con sus gritos
y acuchilla al torvo encendedor de los velones
que aún no aprende a custodiar los cirios
ni a velar a los muertos de manera seria,
respetuosa,
y que trate a los difuntos como ellos se merecen,
no como a los vivos que se arrastran con su ruido
de botella vieja y aroma de alcanfor adulterado,
agua para niños ebrios que regresan a dormir cansinamente
a los espejos
donde adquieren cierto conocimiento de los cuerpos
y las probables amenazas que traen implícitos los cuerpos
cuando llegan y llaman a la puerta
o entran sin llamar siquiera,
cuerpos en plena detención del tiempo,
como eternos,
vueltos ellos mismos tiempo frágil,
vulnerable
o tiempo que cesa de ser tiempo y queda con algo intemporal
que casi los absuelve,

los remite a lo más tierno de su infancia,
los transporta en golondrinas o barco de piratas
(Sandokan al desastre con rayos y centellas),
a la increíble suspensión en que se quedan los cuerpos
en medio del espacio,
adentro de los círculos,
adentro de la esfera que da vueltas adentro de los círculos
que laten como estatuas que quedaron fijas
en la ligera oscilación con la que el ebrio escucha
el transcurrir del tiempo que, a su vez, oscila
también ligeramente ebrio,
borrascoso,
encendido de furor por los carbones que arrojan sus ladridos
a hieleras que fallecen de álgida tristeza,
rojizas convulsiones que ocasionan que los campos
de batalla terminen estrictamente muertos,
casi cráneos postrados ante imágenes derruidas por la cólera
que se apodera del demente y lo hace convertir la luz
en una masa oscura que destila sólo espectros,
sólo un misérrimo cadáver que plañe sus congostas
y bebe una cerveza tibia que lo deja con un sabor amargo
de gris melancolía que se arrepiente de ser tan melancólica,
lo que no obsta para que una sensación extraña fuerce
a toda circunstancia a sentirse sola,
abandonada por las otras circunstancias
que prefieren una vida cómoda a una realidad un tanto
histérica
y empeñada en que lo ideal es una forma simulada
de querer ocultar los agujeros que se abren en la piel
cuando es el desamparo el que tose en la ventana
y lo friolento hace de las suyas con su clásica modorra,
sus vanos argumentos de que el metal es un testigo neutro
en los conflictos que los cuerpos sostienen
en contra de una anonadante convicción
de que el espejo falsea la verdad que cada rostro muestra
sin ningún rubor

y sí con muchas ganas de que el espíritu
que está detrás de cada rostro haciendo muecas
de hampón de mala muerte
caiga en un sopor profundo
que permita el acceso a ciertas formas
que permitan al descuido ingresar en la región
que el moribundo considera como suya
y no permite que nadie se aproxime a las astillas
que quedaron después que cada cuerpo
se fue desintegrando en lo vacío,
yéndose se fueron desarmando del mismo modo
que se alteran las posiciones de los huesos
cuando alguien da de martillazos
sobre una puerta recientemente clausurada
y todo queda igual que la neblina cuando parece
que la luz se funde
y lo mundano toma la decisión de también irse,
modificar sus altercados con lo indeciso
que hay cuando los cuerpos dicen *no* y hablan durante horas
o cuando dicen *sí* y guardan un silencio que aterra
a las circunferencias que actúan como satélites menores
de la infausta propiedad que la demencia tiene para unir
cada pieza de repuesto que sirviera para armar, de nuevo,
un cuerpo ya deshecho,
una estructura sin tornillos que perdió su base en una colisión
con los factores ontológicos que dotan a los cuerpos
de un ser que sólo a ellos corresponde,
ellos claman o pulsan las esferas con tañidos suaves
o hacen que los barcos naveguen nuevamente,
vayan/vengan de un destierro a otro,
un exilio a otro,
un destinar el tiempo a huir del tiempo,
trastocarlo,
hacerle creer que se equivoca en sus medidas
y que no transcurre tan de prisa el tiempo
como el tiempo quiere,

todo es calmo,
todo alcanza la misma lentitud en que lo quieto se desliza
por una superficie' esférica cubierta' por el agua
Vsiente que una inquietud le come los sosiegos
que se habían quedado guardados en el reposo
de aquella tibiedad dejada por los cuerpos,
porque ya no hay cuerpos sino sólo un poema:
que habla de los cuerpos que se fueron alejando y ahora sólo
queda memoria de los cuerpos hechos un desastre,
una hecatombe corporal que desmenuza iliacos,
islas de cemento armado con potentes garfios,
cláusulas de aliento tan quemante que los hielos arden,
los frigoríficos estallan en rabiosas: frases que se ensañan
en contra de un superfluo porvenir que se queda detenido
con cualquier pretexto en las inmediaciones de la luna
O utiliza fútiles argumentos a favor de una teoría
que pretende demostrar que un sonido,
por leve que lo sea,
hace más: ruido que todos los silencios gritando
al mismo tiempo
aunque pesan demasiado poco,
no resisten la embestida de las furias inventoras de la calma
1 fue sigue- a toda tempestad que se decide a terminar
lo que otras tempestades más pacatas dejaron que siguiera
funcionando como- si no hubiera sucedido; nada,
i.ada ocurriera o sucediese en torno a la creciente involución
i le los fantasmas que pretenden parecerse a las personas
vivas,
que ahondan la mirada en las regiones extraviadas
donde mora el descarrío
>no se ven caminar en las primeras puertas que conducen
a los vastos dormitorios donde nadie aguarda a alguien
que venga de visita
j tenga disponible una gran extensión del universo
para: albergar a tanta sombra,
tanta liniebla escalofriante

que
que
que
que
que

de a

sus m

as

demostración

de regar

casi a punto de morir de frío,
 no los lobos en camada que aúllan al unísono
 para dar muestras de que existen como sujetos de razón
 en un mundo de figuras que se quiebran
 en caza de gacelas
 al menor descuido,
 se quejan suavemente,
 dan ligeras coces,
 cabizbajan la cabeza
 y embisten con la parsimonia que es motivo recurrente
 en los monstruosos figurines
 que se muestran muy orondos
 a la hora en que los tedios se desploman por el tanto sueño
 que padecen
 y sepultan al neurótico señor que preside los entierros
 con cierto aire de luz entumecida que se arrastra
 muy cansadamente,
 con los ojos mirando hacia el subsuelo celestial
 donde se arman
 los ángeles que, al poco tiempo, iniciarán motines
 que terminen con el mito de que el reino de los cielos
 es un lugar paradisiaco adonde arriban los cuerpos
 en estado perfecto de salud y bienestar eterno,
 gloria a las alturas y repudio, en la tierra,
 a los molestos cancerberos que alejan a los réprobos
 de las edénicas delicias que tanto cuerpo tiene a mano,
 a labios,
 a lengua espiritual que tanto don ofrece cuando avanza
 por los vastos territorios de los bosques hendidos
 por la niebla,
 islas que escaparon al dolor de estar uncidas
 al antiguo carromato en el que viaja el tiempo,
 y los muertos despellejan a sus muertos,
 les arrancan las uñas cuidadosamente,
 les extraen los ojos con modales suaves y los ponen a mirar
 donde no miraron nunca,

las cuencas desterradas y al borde de su entierro
en una cavidad poco dispuesta a recibirlos,

ver sin verse,

sin oírse,

sin saber si están o meramente creen que están

pero no es cierto

porque nadie se asoma detrás de las cortinas a indagar
el porqué de los cuerpos que corren tan desesperadamente
y nadie los alcanza en su correr desaforado
y nadie saluda a la ebriedad o se despide de ella
que quisiera no tener que irse pero tiene que irse

porque nadie, tampoco,

le hace caso a sus llamados de piedad y acaba por no irse

pero no quedarse,

sino abrir un sitio donde lo ambiguo conserve su poder
y sea posible que en las batallas nadie pierda o gane,
arrebate o termine arrebatado por las aguas calcinadas
que amenazan con obstruir el paso de los cuerpos

cuando intentan regresar

pero una masa oscura los obliga

a dar la vuelta e irse lo más lejos que les sea posible
y quedan como cuerpos en la duda de si fueron
o tan sólo fue una tiniebla que pasó
sin conmover demasiado a los dispersos elementos

de la noche

o un final comportamiento de fantasmas que cambiaron

de lugar las viejas cicatrices,

pero dejaron todo lo demás en las mismas condiciones

de abandono

en que ya estaban antes de que llegaran

los trombones a cerrar las puertas,

remover los bajos fondos en que el espíritu distrae la nulidad
de existir en un vacío que carece de los cuerpos necesarios
para que pueda darse el caso de que la noche se apuntele

aún más sobre su propia destrucción

y encuentre un puesto en que se alquilen cuerpos

de repuesto
que se entreguen en múltiples fragmentos que puedan,
nuevamente,
congregarse y caer sobre las penas que ansiosamente
esperan que atardezca
para iniciar, de nueva cuenta, el ciclo temporal
que va del alba al alba
y del principio al fin de todas las cuestiones que pretendan
inmiscuirse en asuntos que no le corresponden
a un sujeto por completo irreal
que sólo sabe mordisquear la sombra
pero ignora todo lo que debe de saberse
sobre el modo de palpar los cuerpos,
llevarlos a los límites geográficos en que se hunden
y confunden infierno y paraíso,
mar y tierra,
aire y fuego,
tiempo que se queda detenido y tiempo
que galopa ferozmente tras los cuerpos
y los vuelve cuerpos que perdieron su carácter de perfectos
y quedaron como cuerpos bastante disminuidos,
casi nada cuerpos o cuerpos que van hacia la nada
como tortuga que se arrastra y encanece pero no termina
nunca de morirse,
caparazón indestructible para cuerpos que quedaron
entumidos por el tiempo,
colapso de los cuerpos vencidos por el tiempo
o sombra fiel llegada del espanto
y crea cuerpo en desamparo
que va en busca de su propio desamparo
en mar de pocas aguas y exceso de salitre
en barco desfondado que encalla entre la niebla matinal
y allí se queda,
no centella pero tampoco oscuridad que sale del espejo,
sí fantasma en el trasluz de los cristales

o quelonio que viaja hacia la eternidad eternamente
pero nunca llega,
se pierde en el camino y acaba deconstruido por el tiempo,
trozos quebrantados a pesar de tanta soldadura
y tanto radiofaro
que le han puesto encima para ayudarlo
a navegar en mares borrascosos,
cuerpos aún, pero desajustadamente tristes,
melancólicos como un cajón repleto de recuerdos
o de olvidos
que quisieron regresar pero olvidaron el camino,
no recuerdan nada del pasado y sólo pueden escarbar
en busca de señales de humo
que pudieran haber dejado los cigarros
que el suicida se fumó después de pendular un rato
en la pasmosa claridad que cae sobre los cuerpos
tan remotos,
islas extraviadas en la perdida indiferencia del silencio
que ya olvidó, también,
su facultad de hacerse oír con sus susurros que nadie oye,
sonidos inaudibles que perforan la gran capacidad
que tienen los navíos de guardar para sí
los secretos de los cuerpos,
los misterios que se encierran adentro del espejo
y que demuestran lo fiel con que lo helado resguarda
la memoria corporal,
tan breve como la luz con la que, a veces,
saludan los suicidas,
se alejan los ahorcados musitando sus canciones mustias,
los rencores que quedaron atrapados en el fondo
de los dientes
y no atinan ni a decir ni a desdecir las grandes desventuras
que los llevaron a subir a un poste,
otear el horizonte con sus cuervos negros
cerrando el horizonte,

transfigurándolo en un coto cerrado donde nadie sale o entra
o permanece cerca siquiera por un rato,
jardín para expulsados de todo paraíso
y, también, de todo infierno,
expulsión tras expulsión de todas partes para réprobos
marcados en el rostro por un signo de mala catadura,
ángel deslavado por una lluvia amarga
o demonio que arrastra su ceniza por los pasillos más lejanos
donde destellan los difuntos como señal de despedida,
cordial abrazo a los que bajan de los postes
con su carga de culpas
a la espalda y el trombón trombando con su voz de duelo,
su cirio entre las manos y su epitafio lamentoso
y breve escrito en breves líneas con palabras que se cortan
sin pedir permiso,
letras parapléjicas que intentan denostar al desamparo
que las lleva a los límites caóticos
donde la oscura sinrazón derrota al ente racional que oscila,
ya cadáver bastante bien fundamentado,
entre lógica e ilógica,
medida y desmedida en sus propuestas de cavar más hondo
para hallar la médula del mundo,
locura de universo que no cesa de expandirse
hasta encontrar la *Nada* en algún punto del espacio
y morderse las cavernas que le sirven de pulmones,
los silbidos que se escapan de todos los espejos
que se juntan en un soñar obsesivo de los cuerpos
y las formas que aprisionan cuerpos,
encadenan cuerpos a grotescas pesadillas y los hace razonar
de un modo que los deja un tanto estupefactos,
sin respuestas,
como inválidos que ni siquiera sospecharon
que las hablas servirían no sólo para hablar
sino para que nadie hablase nunca
de las formas lívidas y de los nudos gruesos
que sujetan a los cuerpos a los ácidos arpones que los jalan

demasiado lejos,
 tanto, que ni el ágil trapequista que salta del *no-ser* al *ser*,
 graciosamente,
 los alcanza y se entretiene en un buceo profundo
 del porqué lo *Otro* se expresa con tal dificultad
 que no hay modo de saber
 qué es, exactamente, lo que quiere
 o si basta arañar la superficie de las cosas para saber
 si el que recién se acerca cuaja en su forma negativa
 o alcanza a balbucir que ya se va en vuelo de palomas
 que repican niebla,
 como cuerpo,
 como navío con atracción hacia lo abstracto
 que navega en un mar de agua endurecida
 que cae en un sopor que lo aleja de cualquier peligro
 como cuerpos que transcurren en el silencio de la noche,
 silenciosos,
 agua quieta o agua, más bien, que se imagina quieta,
 se desea quieta como fijeza de los cuerpos
 en el agua abstracta
 o interrupción del agua siempre en movimiento,
 siempre yéndose buscando lejanías,
 cuerpo que huye como demostración de su existencia
 y cuerpos que van hacia lo errante,
 traslación de la imagen que abandona a los cuerpos
 en su viajar hacia la errancia
 como esferas que siguen su camino, imperturbables,
 sin hacer caso a la circulación de los vehículos
 provocadores de catástrofes,
 derrumbes en los puentes,
 inundaciones en los ríos que beben su calor
 a enormes tragos,
 cuerpos idos,
 como aislados,
 muy por fuera de su ser y muy por dentro de los muchos *no*
 que los hacen perder toda noción de espacio/tiempo

y quedan como el pasmo que contiene a los espejos
en su propia sombra
y los obliga a forzar a que las cosas
se detengan bruscamente
y el movimiento se aquiete por completo
y el tiempo se detenga como alambre
aquejado por parálisis aguda
y se relaje en su función agotadora de acabar con cuerpos,
guardarlos en sus fundas,
quitarles las almohadas y dejarlos descansar
sobre las duras piedras de un camino que se alarga
hasta saciar al más conspicuo pizcador de cuerpos
que se haya conocido,
y, al cabo, se tropiece con un enorme agujero existencial
en el que, inevitablemente,
se caerá sin salvación posible en una nadeidad
en la que mucha sombra traslape los cuerpos errabundos
en armarios polvorientos,
desenfrenadas alacenas que abren sus fauces pavorosas
y devoran núcleos con una oscuridad adentro
que mata toda luz
como medida preventiva para salvar al que se oculta
en su escondrijo
y bebe sedientamente cuerpos en forma casi despiadada,
casi estufa prendida en el crepúsculo para incendiar luceros
en ardición sin rumbo fijo,
pura errancia pero, también, ferrocarril
que no se para en ningún lado,
va sin frenos, como conculcación de la esperanza
o expropiación del sueño de una imagen en que un cuerpo
espera en el andén de una estación
y grita porque todo se chamusca y el mundo arde
desesperadamente con avidez trístísima,
devoción amarga o ansia de naufragio que padece
de cierta rabia oscura como demencia totalmente alucinada,
totalmente locura basada en lo azaroso del amor

que no se sabe, bien a bien, qué cartas juega,
 a qué destino apuesta la estada del amor en cuerpos
 no benévolos
 o pocas veces bien dispuestos a esperar
 a que pasen las tormentas que desquician al demente
 y lo convierten en una especie de furor un tanto apaciguado
 que, de todos modos,
 daña las formas que debieran de quedarse
 en un estado de total sosiego,
 región de la neblina ausente pero ausencia
 que anuncia su presencia en manos,
 dedos,
 labios que se entreabren y muestran horizontes
 que se pliegan,
 se abaten y alzan vuelo en aves o sonidos,
 espadas que quisieran detener cuerpos en fuga,
 cuerpo huido como tren en marcha
 o desconsiderado papalote
 que se aleja sin ningún remordimiento,
 sin tristeza,
 y los olvidos empiezan a bajar del techo
 y se instalan en los cuartos que emprendieron la tarea
 de cubrir las goteras de nostalgia
 que se caen y ya no se levantan,
 pura herrumbre sobre cuerpos descuerpadamente huecos
 que son como fantasmas fríos
 que habitan en una eternidad de inconsecuencias
 que los hacen parecer como melifluos globos aerostáticos
 que no saben comportarse seriamente,
 desquician lo que encuentran,
 sacan toda cosa de su sitio
 y la colocan perfectamente bien descolocada
 o en lugares que todo el mundo ignora
 donde puedan encontrarse, caso de que existan
 o sean tan sólo un invento de los cuerpos
 que disfrutan haciéndole perder su tiempo

a los graves personajes
preocupados por el tiempo que no cesa de causar perjuicios
en todo asunto que responda a lo perezoso de la carne
que se acaba con una rapidez que asombra a los crédulos
que aguardan el día de la reencarnación de los cuerpos
que fueron deshuesados impiamente,
hechos polvo sin respeto alguno a la belleza inmarcesible
que les daba un aire angelical y parecía garantizarles
una duración indefinida,
una seguridad de que la travesía podía llevarse hasta el final
sin mucho menoscabo de las partes cárnicas
que son las que padecen los estragos más violentos
que se muestran
a la luz de un público exigente que vigila que el desgaste
se produzca cada vez con mayor celeridad
y los cuerpos acaben en jirones de columnas vertebrales
que se alejan de lo que antes era el cenit y el nadir
del universo todo
y sus espejos adyacentes que se encarnan
de hacerlo aparecer aún más extenso
de lo que es en realidad,
lo que se logra porque espejo guarda en sí un infinito
de universos que se expanden,
dando a luz una mayor capacidad a volúmenes vacíos
que estaban a la espera de integrarse como nuevos
y más grandes agujeros espaciales
donde aún no llega el tiempo y los cuerpos están libres
de daños y perjuicios y puedan proseguir su juego,
ser esferas centelleantes o relámpagos
que lanzan enormes llamaradas,
cuerpan cuerpos felizmente corpóreos en corporidad sublime,
cuerpos que alborozan su ser cuerpos como canto de júbilo
o victoria sobre el graznido negro de los cuervos
que anticipan las rondas de la muerte,
los himnos funerarios que completan el círculo cerrado
que va del nacimiento a la frialdad mortuoria,

que llega de la ausencia
como un baño de vapor o red por la que escapa el agua
que el sediento pide con urgencia pero nadie escucha,
se destruye lo formal que se construye en cuerpos
o, al menos, se asemeja a cuerpos,
parece a los cuerpos cuando buscan horizontes
o acosan jaulas tenidas a distancia,
donde aves no pero fantasmas trinan
o parten al destierro en mustias caravanas
o cortejos que no atienden ningún llamado al orden,
los riesgos que se corren sobre no vivir la vida
a sorbos lentos,
mesurados,
líquido matinal y no aguardiente que enardece el ánimo
y conduce a malos pensamientos,
tétricas lujurias que muerden la conciencia sin reparo alguno
de dejarla expuesta al rigor de los infiernos,
en vez de amor en dulce paz como espejismo en el desierto
o canción que se quedó sin música
y apenas tararea salmodias
que aprendió del catecúmeno aprendiz de hechicerías
al final muy poco afortunadas,
pero que crearon la ilusión de que la magia era capaz,
en ocasiones,
de servir mejor que los hechos dados en toda su crudeza,
el malsano afán de que las cosas se produzcan
del modo que más convenga al *uno*
y que al *otro* se lo lleve el diablo,
el gemelo siempre perdedor que atiende sus asuntos
de un humor inaguantable
y termina hundido en una frustración
que lo acerca demasiado a un punto en el que no hay camino
de regreso,
se sigue hacia el abismo
y el golpazo se da como algo inevitable,

muerte en vida o vida parecida a un difunto sin exequias
que llegó muy tarde al crisantemo,
a la estación durísima de las violetas
donde se arma y se desarma
esa desolación llevada a los extremos
en que no sirven para nada
los golpes de un timón desesperado
porque el barco empieza a hundirse
y no hay manera de salvarlo,
todo se hunde,
todo ingresa en sus propios catafalcos
y se cierran las puertas
que podrían servir para escaparse del notable resplandor
que emiten los espejos que apaciguan su furor
por no tener ya cuerpos en su adentro,
y crujen,
crispan igual que ciertos cuerpos chirrían cuando parten
lanzando oscuridad,
no flama lúcida,
no vivencia de cuerpos o de auroras
que ni siquiera se aproximan,
todo yace demasiado lejos para llegar saltando las paredes,
corroyendo formas o criptas totalmente vacías,
huecos donde llueve o llovizna como si el agua naufragara
lentamente en su propia agua,
se ahogara en su desastre de ser agua
y no metal que se desgasta y lava, con toda propiedad,
su ser añoso,
la respetable vetustez de los recuerdos
que le impiden deshacer los nudos
y aullar de modo que se sepa que está vivo
y que prosigue su ansia por poseer a cuerpos aunque,
acaso, ahora un tanto desteñida,
pero ardiente y fiel custodio de cartas que jamás llegaron,
sujeto celestial que yace en el infierno,
carne bronca por golpes que el amor deja en batalla,

carne acongojada pero tremendamente dulce,
 casi amarga o campanario que se duele de su altura
 y proclama el silencio en sus campanas en señal de duelo,
 niña herida como forma de no escribir los sueños,
 sí vivirlos,
 desvivirlos a cada golpe del amor que quiebra las junturas,
 rompe los andamios,
 reparte el esternón en muy diversas partes,
 las costillas las vuelve cardiacas menudencias
 al borde del colapso y todo se tropieza
 con sus propios restos,
 sus propias propiedades,
 su substancia elemental que se crispa
 de un modo involuntario
 y ajeno a toda reflexión sobre las causas del derrumbe
 de los gritos que anunciaban los derrumbes
 pero ya no gritan nada,
 apenas sobreviven encubiertos por *ayes* de dolor
 que se encajan
 en los pétreos espinazos en que el alma se desgarra
 en propiedades mínimas
 y astrosas consecuencias que duplican el peso del fervor
 con que los muertos reciben al recién llegado
 al turno del aullido de los perros que atizan
 el furor de las demencias
 en la hora en que el orate tremola las banderas
 y ejecuta los pasos necesarios para destruir la extravagancia
 en que el amante se desdobra para eludir los compromisos
 que el amor exige en forma de abstención
 a los delitos capitales
 o morder y remorder los sueños
 como se muerden las ciruelas
 y se muerden cuerpos bañados por un vino ligero,
 un bosque espeso,
 una neblina leve que se sueña como cuerpo de mujer
 que corre como liebre suelta,

cierva asustadiza o luna que cabalga sobre potros que huyen
sobre vastos pastizales donde los cuerpos también corren,
huyen,
inventan la distancia como una forma dialéctica de estar
y de no estar al mismo tiempo en todas partes,
toda dimensión que pudiera parecer
como meramente imaginada pero vuelta sombra real,
penumbra estilizada en figuras de tamaño abrumador
que no descansan,
corren siempre alrededor de los suicidas
lanzando maldiciones,
blasfemias que cortan el metal en gruesas rebanadas
y se sirven opíparos banquetes
en las macizas construcciones repletas de cemento,
casas desoladas como escarcha que cubre las estatuas
y las torna como meras hendiduras que transcurren
en un vacío que se destruye por su propio impulso,
su tendencia a que todo se termina sin dejar ninguna huella
de que hubo palomas mensajeras llegadas de la nada
o cuerpos que extraviaron el camino
y olvidaron que tenían un cuerpo,
perdieron la memoria,
encontraron el olvido,
perdieron al olvido,
hallaron el vacío
urnas no habitadas o habitación sin formas
que le den sustento,
cuerpos nutritivos, pero considerable amor
a la manera de aceitunas o campanada en día de fiesta,
de barco algo mareado por el vino
y las guitarras que anoche estuvieron de jolgorio
y que se quejan de la mar en calma,
procuran tempestades que hagan arder a los océanos,
incrementen el volumen del deshielo que sale de los cuerpos
y el calor se expanda en tierra firme

444

puerta que abre puertas al misterio de los cuerpos
que llegan como cuerpos,
llaman como cuerpos y suenan como cuerpos
como esferas o triunfos de una noche frágil
poblada por fantasmas que entran al espejo y ahí se quedan,
cuerpos sin su cuerpo,
descuerpados como locura de los huesos
que patinan sin tener adónde dirigirse,
demencia del demente que se oculta en su escondrijo
y bebe cuerpos o formas de la tarde
o sueña en cuerpos soñados por los barcos
soñados por los cuerpos
que ya no son sino un simple paladeo,
un roce con el aire,
un aletear que apenas puede oírse
o engaño inútilmente enaltecido sobre carne impropia,
forma de soledad o de cuchillo que se clava entre la noche
y la desgarrar,
la atraviesa como si fuera un pedazo de cartón
sin nada que cortar al otro lado,
un desierto o una alambrada que clausura los caminos,
tapa mundo,
distorsiona las medidas de las cosas,
altera la razón hasta dejarla como cuerda loca y aturdida
que cae por el vacío y se agota,
razón atarantada que supone que los cuerpos disfrutan
al caer en el vacío en plena desbandada
como cuerpos yéndose,
cuerpos desviviéndose en otras formas de estar vivos
o estar muertos,
caída con final enfebrecido bajo goznes rotos
que degluten polen,
trigo germinado,
alguna que otra quemazón pequeña
que ardió por breve tiempo y se volvió musgo enlutado,
agua oscurecida como el carbón cuando entristece y llora

un llanto de color negruzco,
 suspira en un dolor inmensamente negro donde
 sólo hay huecos
 y campanas que se encogen como cuerpos
 después de la masacre y quedan enlatados
 —latan mucho,
 pero hay muy pocas latas para tanto cuerpo que da lata
 y causa las rabiets del sonido
 que quisiera escucharse susurrar sin ningún intermediario,
 mayor coraje aún para entender lo que la ida de los cuerpos
 implica en lo sonoro más allá de un abrumador silencio,
 repartición de lo quebrado en mínimos pedazos de silencio,
 restos de la historia de los cuerpos
 que se quedaron sin historia
 y los fragmentos como seña de que la muerte se traslada
 en un velero fantasmal que no cobra tributo,
 muelle en que los cuerpos se tropiezan y dislocan,
 se contraen y se fracturan
 —qué silencio el de los cuerpos fracturados,
 qué amasijo de tiempos que se enredan y confunden
 a los propios cuerpos y al que habla de los cuerpos,
 los persigue como a cuerpos que huyen
 evadidos de su espejo,
 la enfermedad propicia para que, ariscas, las campanas
 suenen férreamente y los cuerpos clamen,
 se anticipen a su propio júbilo y celebren su bautizo,
 bauticen todo lo que encuentran,
 islas o billares
 cafeterías o agencias funerarias
 donde maquillan a los muertos
 y los hacen lucir sonrisa encantadora,
 vestir pompones escarlata y teñir su calva cabellera
 de colores verdes,
 listones amarillos,
 bautizan casas con mujeres dedicadas a la mala vida,
 calles estrechísimas por donde no transita nadie,

salones de belleza o recámaras donde honestos bailarines
 desfogan su energía con cierto aire de lóbrega tristeza,
 un soplido que cubre a los que bailan con una niebla oscura,
 cierta dureza en los sonidos de la orquesta que parecen,
 más bien,
 de trombón que vigila que los muertos
 no se vayan de parranda,
 asistan a su entierro como muertos serios,
 muertos responsables de su muerte,
 mientras cuerpos vagan con aire de quejumbre
 sobre la cuerda en que colgó el ahogado,
 oscilan las esferas y los péndulos le dan la vuelta al mundo
 en giros rápidos,
 velocidad funesta a los mareados por las olas trepidantes
 de una mar crispada por atroces pesadillas
 donde surgen los ahogados con sus grandes baldes
 a dejar resecos los ávidos océanos
 que no cesan de ingerir naufragios,
 beber alcoholes henchidos de salitre
 que producen los delirios
 más terribles que puedan concebirse,
 pesadillas en que son los que *no-son*
 los que ocupan las plateas de los teatros
 y los grandes escenarios en que son los *nadie*
 los que actúan
 y los *nadie*, también, el fervoroso público
 que aplaude entusiasmado
 y nadie más sino rotundos y jocundos *ceros*
 son la única y la otra invisible/indivisible propiedad
 que se permite conquistar a los espeluznantes calosfríos
 que se aparecen como externos al inicuo bebedor
 que engendra tamañas obsesiones,
 semejantes desfiguros en que *Nada* es la similar protagonista
 del *Todo* que no figura nunca y es la nulidad
 la que dirige la obra,

la concreta como algo que es lo increado
y, a la vez, lo creado y, después, lo descarnado,
todo junto y todo a punto para que un cuervo
salga de su huevo
y dé a luz un otro mundo con payasos y jardín zoológico
y museo donde se exhiban los cuerpos que se fueron
y farolas en los parques que no hagan mucho ruido,
se estén quietos mientras pasan los amantes
tomados de la mano
y se oyen los susurros murmurar sus tiernas frases
sobre la cruda realidad que mata la esperanza,
le corta los alones con filudos fierros y la enjaula colgándola
del poste donde vuelan los cuervos graznadores
que musitan terrosas oraciones
con olor a pequeñas linternitas que intentaron penetrar
en la neblina que resguarda a cuerpos,
pero no se pudo,
porque los círculos sacaron las pezuñas y gruñeron
que nadie debía entrar al reino de los cielos,
que ya estaba bastante saturado y, en consecuencia,
todos debían irse a los diez mil demonios,
infierno para cuerpos e infierno para orates
que no dejan de acosar a cuerpos,
entes tan malvados que persisten en la vida delictuosa
a pesar de las constantes rogativas
que les piden convertirse en seres razonables
con ideas virtuosas,
no difusos centelleos imaginarios
que se van/regresan/vuelven a irse,
se apagan y se encienden,
se incendian,
se oscurecen,
nada en firme,
todo titubeante,
como ofidio que no oficia misa diaria,
rito cotidiano en gloria de los cuerpos,

cree sin creer y coloca y descoloca ofrendas alocadamente
en medio de la noche bajo tierras idas
que dejaron atrás toda zozobra y empezaron por hundirse,
no dejaron atrás la zozobra

pero, igual, se hundieron,
desmantelaron los tablones de las naves que, también,
se hundieron después de mucho sufrimiento,
mucho batallar para no hundirse o hundirse,
pero de un modo más tranquilo,
lento,
calmadamente zozobrar en las calmadas aguas

de un mar que goza
observando a los náufragos de qué manera se hunden,
cómo gritan,
cómo padecen los rigores de los témpanos

que caen sobre de ellos
o las inmensas barricadas que caen sobre las testas
de los próximos señores
que el betún habrá de embadurnar en un esfuerzo

que todo adquiriera un alegre color negro,
un luto riguroso con corbata blanca
y lentes bifocales que prohíban mirar hacia lo lejos
y mirar hacia lo cerca,

lo próximo remoto,
lo lejano que nos toca con la mano la cabeza
y nos pone a meditar en los vacíos
que se acostumbran a llenar con la oquedad que queda

cuando la muerte pasa cerca
y se lleva un *algo* de *alguien* que miraba el paso de la luz
cuando era la hora de llegar la sombra,
lucubrar la sombra como gemela de la luz

y paridora del duelo entre el fogón prendido
y el anafre extinto,

todos pierden,
todos insisten en ganar pero, de todos modos,
pierden aunque ganen

y derrochen su alegría dando saltos sobre la cuerda
del ahorcado
que los mira con mirada de vampiro frío,
vampiro desojado que ve cómo sus ojos se alejan sin mirar
los cuerpos
que regresan después de tanto pedimento de que vuelvan
y no ven que van hacia el origen de los tiempos idos,
los tiempos que se vuelven como una ceremonia de difuntos
que creen que aún les queda un poco de esperanza
y sorben su café
a la espera de que llegue *nadie* o *nadie*
asuma las formas de María y los braseros ardan nuevamente,
pero son delirios o crímenes sin redención plausible,
todo es falso,
porque son los privilegios de que gozan los dementes
cuando bajan del trapecio
y chocan con las cosas obstinadas en seguir de cosas,
objetos aplastantes o furiosas cabalgatas de color naranja
que amoratan todo,
dejan todo como clavos herrumbrados
que se comen a sí mismos,
mismidad ajena en una impropiedad bien propia,
la *otredad* del *Otro* que se pierde en otras *otredades*,
todo ajeno porque no es seguro que se sea
el que se piensa ser
y no un calamitoso constructor de grandes agujeros
que no cesan de expandirse y dar a luz a nuevos agujeros,
nuevos fosos en donde resguardar las viejas hendiduras,
los versos desgastados por un temblor continuo,
una desavenencia elemental entre el creador
y lo que cree que crea
y que termina en un pleito agotador entre el texto
y el pretexto,
el símbolo y los disímbolos resultados que hacen que
al final, el pretexto casi siempre gana
y el texto queda al fondo como simple idea,

buena intención que se malogra porque las letras terminan
 por salirse con la suya,
 pierde el poema y quedan las gramáticas orondas
 por haber ganado la penúltima batalla,
 puntuación correcta,
 acentos donde deben,
 palabreos que no disuenen mucho de las buenas obras,
 los vocablos santos,
 los rezos que musitan los cantos lujuriosos pero, después,
 se anudan en un silencio agreste,
 un salvaje grito que corta los espejos y divide los restos
 de la imagen que lo habita
 y los dispersa a lo largo y a lo ancho de los demás espejos
 que son como el reflejo débil de un mundo que parece
 dispuesto a disgregarse en una confusión de desmenuces
 que no tienen cabida en ningún cuerpo
 o retazo de cuerpo, dejado por azar,
 por una sombra indigna que usurpó el papel
 que antes ocuparon varios cuerpos,
 formas distinguidas por su buen carácter,
 sus amenas propiedades de ser cuerpos en la plena dicha,
 don entero que desciende a los míseros mortales
 en extrañas y no del todo claras situaciones,
 piérdese de pronto,
 aléjase sin que pueda indagarse la razón o sinrazón
 de tal ausencia
 que destroza a lo metal y cae sobre metal
 y sobre cuerpos de metal que suenan agriamente
 y suenan cáscaras y herrumbre y suenan los sonidos
 del metal
 que chocan con agriadas corcholatas sin fuerzas tan siquiera
 para entender que deben comportarse como cosas tristes
 o vicio acostumbrado a ser virtuoso ornitorrinco deleznable
 o miedo atragantado por su propio miedo
 o espátula que escribe desde la punta de la lengua
 poemas de un amor un tanto bronco,

aunque amor a fin de cuentas
y que grita, desde el final de todas las caídas

a cuerpos que regresan y se quema,
señor vociferante que arde en una operación conjunta
con los otros cartílagos que siempre lo acompañan
y no deja de gritar como recuerdo que deja en el olvido
con un remordimiento un tanto melancólico,
que sacia su penar entre estructuras que constatan
que el sueño puede convertirse en una pesadilla

que se enquistas a la mitad del límite
que ahonda la pequeña brecha que hay entre demencia
y lo que dicen que es razón
que da estabilidad al ordenado mundo

en que las cosas y los cuerpos viven,
se deslizan o sienten vagamente que el amor
es como un precipitado de contentos que se van
y no regresan nunca,

nada queda,
pero la amnesia insiste en no llegar
y los recuerdos mascan los destrozos que se juntan
en las frías anotaciones que hace la memoria

en su continuo reescribir la misma historia
de pérdidas y encuentros que se vuelven, nuevamente,
pérdida,

y quedan sólo pisadas que se alejan o póstumos recuerdos
que el ánimo se encarga de guardar celosamente,
dejarlos intocados por manos que no alienten la misión
que al desamparo toca implementar en esos casos

en que no hay remedio alguno
y las escasas dosis de cordura que pudieron ser salvadas
pierden toda conexión con las complejas realidades

a que el amor obliga
y el demente tira de la cuerda con el fin de completar
la cerrazón del círculo que lo mantiene atado a no saber
qué desdichadas situaciones son las que lo lanzan
a una cegata estimación de las debilidades que intervienen

contra un destino ineludible,
fuerza bruta que actúa como armamento
contra cuerpos y blindajes como celeridad del alma
en aceptar sus culpas y ser mole infernal

que cuida que el amante no se descompense mucho, pero lo pone a buen recaudo en una especie

los pechos de la amada,
los muslos terriblemente amados que la amada luce
como bandera que deslumbra

para gozo de marineros ebrios,
capitanes de ínsulas hundidas en un pozo que conmueve
a los escasos voluntarios que optan por tomar la ruta
que los barcos indecisos siguen cuando no están muy

puedan fallecer sin muchos cumplimientos,
muchos requisitos para lograr un buen fallecimiento
y las mejores honras fúnebres que puedan darse adentro
de las aguas convertirlas en mezcal

trompeteros que proclamen la hecatombe en que caerán
los vivos y los muertos

que radican en el neutro Purgatorio en pugna
entre el *sí* de su función celeste y el *no* de su terror
a los vinagres rancios,
su pánico a los cuerpos desgajados por la luna,
sangrados por la luna,
heridos en batallas contra cuerpos que huyen de sus cuerpos,
que regresan/no regresan,
se quedan en resguardo en la memoria memoriosa
del oscuro indagador de los jardines donde los cuerpos
quedaron refugiados
a la espera del dictamen que juzgue a los suicidas por amor
como entes de pésima conducta
y los fuerce a examinar sus acciones reprobables
en lo que toca a las virtudes
que los cuerpos mantienen como norma constante
de sus vidas,
cuerpos fieles, pero altamente espantadizos,
imagen de gaviota que se asusta y vuela, lejos,
o delfín que se escapa mucho antes
de que se oiga el silencio que viene a desplazar el eco
que los cuerpos dejaron murmurando
sobre el agua o en las hojas caídas en otoño,
tristes,
como imagen de un sueño que se duerme en sí mismo
y se despierta en fuga de relámpago,
luz que truena,
voz que canta y que domina todo el universo,
todo es fuego o labios empapados por la lluvia
como la oscura tentación que da ludibrio al mundo,
lo calienta como motor de combustión acelerada
que se excita cuando un cuerpo crea la fricción exacta
que hace falta para que estallen los espacios
y los cuerpos ocupen el lugar que ocupaba el universo
como certeza de que el frío no encuentra casa fija
y yace envuelto en densa sombra de duraznos
o agua virgen como agua de sapiencia,

cuando es preciso saltar sobre un abismo
 y subir a las alturas donde la amada se goza de su encanto
 y logra que palidezcan las estrellas titubeantes
 que enceguecen
 y no vislumbran nada que vaya más allá
 de los destellos de algún tímido cometa vagabundo
 que pasa y no se entera que los cuerpos gimen,
 se conforman como cuerpos que se cuerpan corporales
 y se muestran de manera honda como carnes
 alegremente comestibles,
 líquidos ansiosamente ansiosos de volverse vino
 o aguardiente y ser bebidos,
 generar demencia,
 hacer morir al que ya está al borde mismo de su muerte
 y retraerlo a las grandiosas novedades que se anuncian
 a la vista de los cuerpos
 que arman su mitote sin recato alguno,
 pena alguna al verse descubiertos en trajines
 que no se corresponden del todo
 con la cauta actitud que debieran mostrar
 ante los hombres crueles que persisten
 en hincar el diente en la opulencia de las formas
 que se agitan
 después de cada movimiento sísmico que hace que la Tierra
 se desmorone un poco más
 y los fantasmas padezcan de un temor que los vuelve
 bastante más inconsistentes de lo que eran antes,
 seres inconsútiles pero con cierta gracia anexa
 que los hacía parecer personas bonachonas
 aunque dadas a asustar a los infantes
 que todavía no conocen
 los rigores que la mala vida
 gusta en ofrecer a sus fieles seguidores,
 los señores que usan la razón como un pretexto para escapar
 del salvataje de cuerpos y memorias

que peca sin saber que peca,
santa ignorancia del sujeto que aún no entiende
que hace tiempo se inventaron *Bien y Mal*
y hay que comportarse bien o mal o pagar las consecuencias
de andar por el camino equivocado,
senda oscura y no gratificante aunque lo grato
sea un término bien fácil de captar hasta por locos inocentes
con poco entendimiento
pero sí luz natural de altísimos alcances que produce,
en ciertos casos, angustia por beberse lo infinito,
colmarse de infinito hasta ser, él mismo, lo infinito,
desmesura plena o ansia de ser-se lo vacío y dejar lo lleno
a las personas abocadas a sentirse llenas,
satisfechas con su ropa gris de miriñaque
en los últimos arreglos
que tuvieron que hacérsele a las brújulas
que perdieron la visión
y no captaron que debían señalar hacia regiones
aún carentes de existencia
por lo que daba igual el ir que el no-ir en dirección a ellas,
no hay lo ambiguo aunque lo ambiguo
nos presente sus respetos con muchísima frecuencia
y uno quede colgando de las cuerdas
sin saber qué es lo que debe de elegirse,
ser lo neutro, como un espejo que no refleja nada
y deja al musgo como una forma amable de sentir el malestar
que sale de los rostros que se aleja
y culmina en una desaparición total de las roturas
que ya estaban, desde antes,
lo suficientemente desquiciadas
como para vivir en estado de agonía perfecta
el resto de sus días,
no las noches, que deben consagrarse a los placeres que,
en forma de espécimen bien amaestrado,

los tantos hundimientos que se dejan venir como animales
que se emboscan
y tiran el zarpazo cuando debían de saludar
con toda gentileza,
señal de lo vacío que llega y se duerme entre lo quieto
y decide no encargarse de asuntos de importancia
que requieran de juicios acerados y sentencia urgente,
sino ser flexible
ser como indolencia que sabe que las cosas importantes
casi nunca tienen importancia,
suceden diariamente
y nadie toma en cuenta los vacíos espantosos
que se atorán en las minúsculas ofrendas
que el suicida dispone
al pie de los altares como forma de encontrar la absolución
negada por los cuerpos
que se ensañan al hacer morder el polvo al sujeto
de esta historia,
ente adolorido de pasión que escribe
porque es la única manera
que conoce de expresar sus más profundos
sentimientos de lívido cadáver
que no sabe a quién pedir auxilio,
socorro a qué instancias que pudieran sacarlo del infierno
en que se encuentra
y brindarle unas cuantas copas mezcaleras
que estimulen el don poético que las desgracias pasionales
traen consigo como un soporte para lo flácido del alma
que se muestra escurridiza
ante tantas desventajas que parecen cerrarle los caminos
como lumbre que se vuelve a las cenizas del origen
y no encuentra nada que lo obligue a modificar
la idea primera que lo trajo dando tumbos
hasta acabar en *esto*, no en aquéllo ni en lo otro
sino en esta incertidumbre que cuestiona, de modo radical,
la estructura básica que le ofreció

cierta seguridad de *ser* y de *no-ser* en tiempos simultáneos,
jugar al escondite con sus cómplices y estar en todas partes
y no estar, al mismo tiempo, en todas partes,
fantasma desdoblado en múltiples fantasmas
que actúan y sobreactúan en sus papeles
sin orden ni concierto
pero se abrieron un lugar en la penumbra
y amaron/desamaron cuerpos bellos
que dijeron/desdijeron cosas trascendentes
y cosas por completo intrascendentes,
cosas vanas o importantes asuntos
que casi todo diálogo plantea
y que difícilmente pueden resolverse,
quedan como Historia o esfuerzos que el vacío ejecuta
para mostrar su voluntad de ser indestructible,
pero falla y se cae hecho pedazos
el aparente ser voluntarioso
que acabó devorado por su propia inconsecuencia
e incapaz de estar seguro de algo, lo que fuera,
así fuese un punto de opinión
sobre un asunto por completo erróneo
pero aferrarse a él
y no dejar de sostener que la *Verdad* es ésa y no otra,
cualesquiera deleznable asunto que un cualquiera
soltara sin mayor empacho o convicción alguna,
todo es falso,
todo es como la imagen que se cree la imagen verdadera
pero es la primacía de lo fingido que cae sobre la forma
que se cruza, con violencia,
encima de la imagen que llega de lo real y se conforma
con ser como los restos de algo que se quedó
como un recuerdo
pero nadie recordó quién era o por qué se sentaba
en un lugar que no era el suyo,
y se camina lentamente alrededor del eso
en busca de una explicación de su existencia,

una notoria falta de interés en encontrar las causas
que ocasionaron el derrumbe

y posterior huida de los cuerpos,
muy poca vigilancia que impidiera que los tornillos se soltaran
por el puro gusto de sentirse libres
y dejar a los cuerpos a la buena de Dios

y a las malas del infierno
con su pésimo carácter de vejete malgeniudo y bronco
que se queja del pésimo servicio
de los trenes y de los cuerpos que nunca se le acercan,
huyen de él como del mismo Diabolo siempre interesado
en mirar lo que hay debajo de las faldas
y palpar las muy pudendas regiones

que funcionan como un buen aperitivo,
un placer anticipado que se obsequia
a los sedientos habitantes del desierto
que suspiran que por beber a grandes tragos
el agua alivianante
que libere a los espíritus posesos por el mal de amores
y permita que llegue la llovizna y el chirriar de la lujuria
y su jadeo en pleno desenfreno

y el cosmos se regrese
a su estado natural de orden y progreso,
justicia para todos y no unos cuantos gozadores de la carne
mientras los más padecen en silencio su inmensa desventura,
luego, hay sombras
y los manteles seleccionan el menú
y atraen miradas extraídas del fondo del abismo

y las congelan,
las alquilan a corazones desesperadamente ansiosos
porque unos ojos de mujer se fijan en los de ellos,
miradas tristes o radiantes miradas de pasión o de ternura,
de calma o de tormenta en alquiler para los tristes,
los dementes,
los forzados a considerar que la existencia es, casi siempre,
un tanto dolorosa,

un tanto amarga y que el amor es un fenómeno
 que no sucede de manera fácil
 sino un asunto trabajoso que ni los magos saben explicar
 con la funesta claridad
 que se requiere para tales menesteres,
 menos aún los que se aman que, casi nunca, nunca saben
 por qué se aman,
 se desean,
 crepitan todo el tiempo pero ignoran que se corre peligro
 de morir por las descargas con que el amor/pasión
 electrocuta
 a los amantes que intentan propasarse en la causalidad
 de los incendios que el furor provoca
 (búfalos en estampida, hielo eterno,
 la perrada lejos, ladridando),
 la detención del tiempo que el amor provoca
 y logra que el amante se pierda en laberintos
 que intencionan los juegos malabares
 que habrán de producirse cuando un cuerpo
 se encuentre con el otro y estallen las galaxias,
 los planetas se salgan de su curso y sea el caos
 el hacedor de nuevas fórmulas alquímicas que atraigan
 más la esencia de los cuerpos, que los cuerpos mismos,
 los obstáculos que colaboran con muchísimo entusiasmo
 para que todo salga mal
 y las pérdidas se junten hasta que sea imposible detener
 la llegada del gendarme universal que implante,
 nuevamente,
 el artificio que obliga a los que se aman a salir de escena,
 volverse seres invisibles con tal de no morder con avidez
 la carne tan deseada,
 sino dejarla al horno el tiempo suficiente para que alcance
 su máximo fragor de ser confín de lo nocturno,
 tierra incógnita,
 región inexplorada donde el lenguaje no sirve para nada
 y sólo la caricia salva,

el beso purifica,
 la mano que desciende hasta los pechos
 y cruza por el vientre
 y entra entre los muslos y descubre los orígenes del fuego,
 los éxtasis que dejan los diluvios cuando, después,
 llega la calma
 y la fijeza queda en un estado de pasmo indescriptible,
 asombro ante los dones que se dan
 como una consecuencia
 del encuentro, no muy lógico, en muchas ocasiones,
 de cuerpo que despide fuego y cuerpo atraído por el fuego
 que despide cuerpo que incendia los trigales
 y los barcos que se acercan en plena madrugada,
 crean delirios,
 crean fogosidad en medio de la niebla,
 esplendorosos espejismos donde los cuerpos toman
 las formas más radiantes y se saben vistos,
 observados,
 anhelados
 con cierta persistente angustia ante el temor
 de que desaparezcan al menor pretexto,
 sin ningún pretexto se arropen en sus sueños
 y huyan hacia un suelo más estable,
 firme,
 duradero,
 no tembelequeante extensión de tierra que se hunde
 bajo el peso del deseo,
 viento levantisco que pasa y nunca permanece quieto,
 indaga en la noción de culpa,
 irredimible,
 pero siempre bienvenida como los muslos de mujer
 cuando se abren y lo marino entra a raudales como fiesta,
 como jubilación de la tristeza,
 clamido de los cuerpos,
 espantación de los desastres,
 cuerpos en lo primario,

se trasladan por el mundo
 y hay cuerpos que hacen erupción
 y cargan lava de una esfera a otra que los pasa a círculos
 y los devuelve a la embriaguez perpetua
 como cuerpos magnos,
 fastos célebres para cuerpos debidamente propios,
 cada cuerpo entendido como cuerpo propio y rostro original,
 signo de identidad y marca del origen,
 formas de lo bello como cuestión de asentimiento
 a la belleza casi abstracta,
 la solidez que se palpa en lo incorpóreo
 cuando lo corpóreo se hace ausencia,
 ángel a grandísima distancia,
 los elementos naturales que conspiran
 contra el desorden amoroso,
 la manifestación de los espejos que protestan contra el ruido,
 que hablan en silencio como si fueran fugitivos
 de un campo de exterminio que acabó con las imágenes,
 dejó los huecos sumergidos solamente en una especie
 de cal viva que despelleja los rostros consentidos,
 los revuelca en ácido grisáceo que los pone amarillosos
 como pasto seco,
 agua lavada con lejía que raspa y raspa la carne estremecida,
 imágenes que sobreviven de las muertes pequeñas
 que rondan al acecho de sus presas ocultas
 en medio del follaje,
 emboscadas,
 cualidad distintiva del gemelo que persigue a los cuerpos
 que pasan por la calle,
 los cuerpos trashumantes que se ahogan en su leche
 como si fueran copias fotostáticas de un fantasma
 o azufre para la quemazón del fin del mundo,
 naves majestuosas que zozobran en mar indiferente
 a los naufragios,
 inmune a los protestas de los naufragos
 que prefieren fallecer en islas

que no sepan que los cuerpos existen todavía
aunque sea difícil dar con ellos,
ubicarlos en los mapas donde sólo lo encontrable
exige forma física,
materia desgastable,
afán de trascendencia con múltiples ejemplos
de virtuosa vida,
santidad frente a diabólicas catequesis
que hurgan los principios que habrán de decidir
si el mundo es un lugar inhóspito
o un hotel de paso para amantes descarriados
que quieren proseguir
la fiesta después de que llegó la hora de ir a los velorios,
lloriquear un poco a la memoria del difunto
que se fue en el peor estado de salud que fue posible,
enjuagar las lágrimas que se quedaron mustiamente secas
en los ojos de la dama soñolienta que esperaba
que pasara alguien a buscarla,
pero no hubo nadie que supiera conducir carrozas funerarias
con el vigor que se requiere para llegar
hasta los bordes mismos de la tumba
y regresar con vida a las cantinas más cercanas
y embriagarse hasta perder la noción
de que el tiempo tiene el tiempo suficiente
para destruir cualquier asunto
que le provoque malestar de estómago
o jaqueca indeclinable
y devolverse a recoger a las señoras olvidadas
en un zaguán umbroso
por tanta desmemoria que se fue formando,
tanta urgencia de olvidar los accidentes
que se iban sucediendo
sin que el suicida captara su posible importancia
para el poema que aún no se escribía
o la total indiferencia que llega a toda prisa
y no se entera de que el amor anduvo cerca

pero fallaron las alarmas que tenían que avisar
que un gran suceso jalaba las campanas de la cola
para que todo el mundo estuviera sobre aviso,
pero no hubo nada,
pasó nada y el espanto mejor cerró los ojos y guardó silencio,
porque casi todo es falso
o asume caracteres de falsía que hacen
que el sujeto dude de que tiene *ser*
y es un existente real con toda la apariencia
que la ley exige en estos casos,
los implementos y accesorios que se piden
para ocupar un hueco en la oquedad mundana
y verse como entidad propensa al infortunio
y a no entender prácticamente nada de su entorno,
sólo escribe,
sólo machaca las palabras y argumenta la pérdida de olvidos
y memorias como excusa
para dejar la hoja en blanco o rellenarla con equívocos
o muy sutiles frases que no aclaran las causales
que lo fueron acercando, sin remedio,
al borde del abismo en procura de los altos cuerpos
que se abaten,
huyen y no permiten escribir la historia de esos cuerpos
que están profundamente lejos,
como hechizos o distancias que no pueden mirarse
si no es con la mirada de los cuervos ciegos
que ven más hacia adentro que hacia fuera,
donde es poco lo que puede verse porque no hay afuera
pero quién sabe si sí pudiera haber algún adentro
perdido en las afueras
donde fuera posible hallar a alguien
que dictara los oficios necesarios
para la vuelta de los cuerpos,
los tranvías,
las formas, también idas que alcanzó la desmesura
de la esfera en los tiempos

en que el tiempo no tenía ninguna prisa,
 iba lento,
 las cosas eran lentas y casi no pesaban,
 no dolían y no había la tanta crujidera de andamios
 que hoy retumba
 como tambor acelerado que se acerca
 a los últimos sonidos del trombón que apenas si se escuchan,
 no se oyen sino los ruidos del sarcófago
 que aterra a los dominios de la noche
 y los hace saltar de sus cobijas en busca de mejor abrigo,
 los reinos de lo oscuro que ampararon funestas velaciones
 pero no acabaron de entender que las propuestas
 que traía lo frío
 no acababan de encajar en los requerimientos
 que el farero pide para dejar entrar las naves nuevamente,
 traspasar los mares,
 escalar el horizonte hasta la cima más alta que pudiera verse
 y parir otro horizonte más conforme
 a la belleza que los cuerpos necesitan para estar contentos
 y repartirse en muy diversas formas
 a entregar sus dones al amante
 que aguarda la llegada del tiempo
 en que los justos serán recompensados
 por los años de sequía
 y podrán beber todo lo que quieran/necesiten
 para seguir en la batalla,
 fallecer en guerra y no morir ahumado
 con las viejas veladoras como únicos testigos
 de una vida que valió la pena
 en medio de los cuerpos y los rostros que vagamente
 rememoran algo,
 un signo que descifre el infinito que regresa
 como cuerpo indescifrable,
 cuerpo que se encierra en su-sí mismo y queda
 como un bastión inexpugnable,
 un deseo que no se cumple nunca como tiempo

y puesto a remojar en una secadora de ardores inconclusos,
 carne lejos, de cuerpos que pelean contra el tiempo,
 contra fantasmas derribados por el tiempo
 que atrapan a los cuerpos que se quedan solos,
 indefensos,
 deslavados por la lluvia que cae continuamente
 y les suprime todo pulimento,
 todo adorno,
 toda ornamentación que sirviera, quizás,
 para que el tiempo no prosiga tan abiertamente
 su tarea deshacedora
 y retarde a acción de los espejos
 que acostumbran poner los alfileres
 donde más se noten los descarnes,
 más lacerantes las punzadas que detienen los latidos
 que se van desvaneciendo poco a poco
 hasta llegar a cero pulsaciones por segundo,
 cuerpos inmersos en la historia que se oxida
 entre calambres grises y fríos espantosísimos,
 historia que colapsa en mundo al borde del colapso,
 mundo en finiquito que estertora,
 suelta baba,
 escurre ácido quemante,
 chifla como un sujeto estropiciado que se ataranta
 y corre sin saber para qué corre pero corre
 porque algo le aúlla en la garganta,
 le duelen las pisadas del que corre,
 los pisotones que le muelen los dedos de los pies
 y deja de correr aunque su sombra continúa corriendo,
 seguirá corriendo bajo los gritos estentóreos del que corre
 sin saber correr
 pero sintiéndose final de cuerpos y de cosas y de historia,
 condenado a muerte,
 sepultura o lámpara que duda entre ser lámpara
 o convertirse en cuerpo como un dolor que estalla

porque ya traspasó sus propios límites
 y no le queda nada por guardar como recuerdo,
 carne demenciada y carne demenciante,
 locura que se inicia en el momento mismo
 de abordar las naves y partir
 para tener en claro que no quedan nuevas tierras
 en qué plantar los huesos que volvieron de un exilio eterno
 donde no había formas,
 dimensiones,
 volúmenes aunque ya estuvieran calcinados
 o esferas derretidas por el fuego que dejan los escombros,
 altas fiebres o recuerdos de lo abstracto
 en que el amor se mide,
 cuerpos en plena desnudez que llegan y no llegan,
 disminuyen o acrecientan su figura
 según el sol se ponga o salga,
 arda la luna o siga su rostro congelado contemplando
 cuerpos bellos,
 desalmados,
 con fuego que devora cuerpo y alma
 y viento que ladra y que galopa con furia desatada,
 cuerpos salvan y llega algo
 al modo de una sanación camina,
 próxima,
 cercana,
 de cuerpo enamorado,
 cuerpo ideado,
 cuerpos que deslumbran,
 palpan lo sólido terreno,
 lo difunden de modo extraordinario por el mundo entero
 que los cuerpos habitan en plena desmesura,
 ingieren descomunales cantidades de agua
 con un alto octanaje de sazón bendita,
 y realizan milagro tras milagro a todas horas
 sin esfuerzo alguno,
 magia pura,

generosa extremaunción gratuita para ánimas perdidas
en los pozos que abre el desconsuelo con toda cortesía,
afán de complacer al prójimo en desgracia
de que los cuerpos hacen gala,
ayudan al que pide auxilio guiándolo con una luz oscura
que tiene algo vegetal en la mirada,
un rastro de la noche escamoteado a la circunspección
que deben guardar las líneas que se empeñan
en ser perfectamente rectas
sin permitirse curvatura alguna
o excentricidad cualquiera que las fuerce
a ser un poco más flexibles de lo que hasta ahora han sido,
inclinarse un poco más, de cuando en cuando,
hacia la vida airada
y permitir que los descensos al infierno
no supriman la virtud,
entendida como un mal bastante necesario
para lograr una adecuada santidad de los espíritus malignos
que residen en la paz de los amantes
que se aman alocadamente,
con un amor de espinazo quebrantado,
médula vuelta del revés
o carne atónita ante su construcción acelerada,
su hermosura que crece a ojos vistas,
incluso de los ciegos que ven sin ver
lo que hay más allá de aquella esquina
y más acá de la otra esquina que, por regla general,
está más lejos que la otra,
de modo que apenas puede concebirse como esquina
sino, más bien,
como una desdichada aparición de lo súbito
que llega como un ferrocarril escapado de otro poema,
una falsa adscripción de los hechizos
al reino de los seres vivos
que aparentan *estar* en todas partes pero, en rigor,
están en *la ninguna* parte

que carece de razón de ser
o de manifestar algún resentimiento
contra la absurda situación a que debe enfrentarse
en su ambiguo juego,
la neutral usurpación que hacen de los *sí* y de los *no*
que nunca se arrepienten del confuso papel a
que se encuentran sometidos
y se cambian de uno a otro sin ningún respeto
de los fosos que separan la continua negación de todo
de la conducta siempre sospechosa del que solamente
afirma su acuerdo con el mundo,
no su desventura,
no la continua irritación que causan los ojos de los locos
cuando están de acuerdo con su cuerda rota
y afirman con vehemencia que todo está bien hecho,
nada duele o lastima la andadera por los caminos
que el destino
señala como ejemplo que debe seguirse
pero el azar irrumpe con sus bruscos modos
y desplaza la atención a lo fortuito,
lo inestable,
los cuerpos que aparecen de improvisto
y se van con el mismo tranco largo en que llegaron
y se queda, otra vez, la visión de un paraíso siempre en fuga
y, además, ajeno,
sin espacios para que un intruso
entre a saco en donde están los cuerpos
propicios al banquete,
dispuestos a ceder porciones generosas de su carne
para un máximo disfrute
por parte del constante acechador de encuentros
que terminan, de inmediato,
en continuos desencuentros donde nada queda,
todo se vuelve una feroz prosecución de los naufragios
y una terrible desazón de los guerreros
que no encuentran el campo de batalla,

exilio que no acaba,

sigue como nubosa formación de espectros
que cambian de lugar y tiempo,
de modos de quedarse o irse,
juntarse y desjuntarse como andamios o ladrillos
que se caen
y tropiezan con los otros pedazos de tabique
que andan sueltos por ahí, sin sentimiento,
sin dolor o queja que compense los posibles daños
que se causen a los cuerpos
que descansan en sus altas vanaglorias,
sus maduras formas corporales que relucen
como espejos mirándose a otro espejo
que refleja sólo espejos que se absorben en sí mismos
y dejan fuera cualquier otra circunstancia
que pudiera darse acerca de presuntos cuerpos
que no son sino alambiques insistentes
en ser considerados cuerpos verdaderos,
metales asombrosos que resuenan como cuerpo levísimo
que se abre a otros espacios,
otros tiempos en que el tiempo pudo haberse detenido
—pero no lo hizo,
siguió con su loquera acumulando quejas y desaíres,
represiones que desgarran piel y la convierten en pellejo,
culpas acumuladas como un sudario enorme
o infierno que se instala bruscamente,
enfurruñado jabalí o arisco erizo que entierra sus espinas
a plena intolerancia,
furiosamente furia,
pasión descongelada,
sistemas de criogenia para almas recientemente fallecidas
y cuerpos envueltos en ceniza,
preservación del polvo como única manera
de guardar los cuerpos en el delirio del delito,
vivos,
hacedores de rescoldos de humo,

de llamaradas viejas como el tiempo
que todavía incinera cuerpos,
crema carne,
tuesta espíritu considerado como agua de lavanda
pero con algo de maléfico,
como traída por el diablo para usos poco prácticos.
no sucursal benevolente del infierno
que aguarda, complacido,
a que llegue su clientela para condonar sus penas,
aliviarlas, cuando menos,
sirviéndoles el aguarrrás en grandes vasos mezcaleros
que se beban hasta hundir
todos los barcos que transportan culpas,
demandan expiaciones por la vía más rápida que sea posible,
urgen varias absolvensias que rescaten de todo paraíso
a los ímprobos sujetos urdidore de patrañas que, después,
enquistan en oscuros textos poéticos
cuajados de incongruencias,
oscuros garabatos trazados con las uñas
que no explicitan nada
pero dicen, o quisieron decir, lo que salía a pedradas
de los pozos donde un agua cenagosa lo tenía oculto,
pero nada expresan,
no traducen el fondo verdadero de los cuerpos
ni la angustia que provoca el no tenerlos cerca
y se sabe que partieron para siempre
y no dejaron ni la huella de sus pasos,
imágenes considerablemente disminuidas
como recuerdos de relámpago que cruza el cielo
y se disipa,
símbolo de que los cuerpos tienden a lo huidizo
y sólo dejan su silencio,
porque las cosas nunca van a ningún sitio,
se estacionan y fundan sus ciudades
mientras los cuerpos siguen su camino,
como etéreos,

idos,
 pero flaman,
 ciertos cuerpos dan flamazos siempre
 o usan los silbatos para avisar que ya se fueron,
 no se busquen,
 porque no se encuentran en lugares
 frecuentados por la muerte y sus lúgubres lechuzas,
 sus chacales con su risa carcajeante
 y su sonrisa afable que señala que los cuerpos se quedaron
 al final de la memoria del espejo
 que resguarda todo rostro
 que entienda haber estado enamorado,
 truenan,
 menoscaban el rencor de las tormentas
 que les crece por adentro
 y las vuelve furias alocadas que se asoman por los ojos
 de sí mismas,
 los ojos del gemelo y de los otros personajes
 que sacan los colmillos,
 gruñen,
 ahuyentan a los cuerpos que, se espera, vuelvan,
 así sea sin indulgencias plenas,
 perdones que perdonen algo,
 cualquier cosa aunque no haga falta perdonarla
 (antiguas cicatrices, magulladuras hondas en el alma,
 aquejamiento del dolor en la conciencia y su desdicha
 incólume, con su decencia a cuestras y su indecencia al lado
 —disculpe las molestias que ocasiona esta obra)
 lo que sea,
 deconstrucción total de lo tenido por lo dado
 pero que es, en verdad, una falacia,
 engaño para tontos o desquicio cerebral
 para hombres y mujeres cuerdos,
 cuerdas para amarrar el horizonte
 e impedirle que, también, se vaya,
 se lleve las ventanas y deje que se vean las obras buenas

pero no las malas intenciones,
que igual valen,
la piadosísima costumbre de besar los cuerpos
y ahuyentarlos de inmediato,
prohibirles que se queden bajo pena de amarlos
con una desesperación que acabe por destruirlos
como cuando una manada tropélica de búfalos
remonta las colinas y no deja hierba intacta,
pastizal entero,
lumbre que no apague ante el temor de que el viento
que sopla del desierto
avive los incendios y las aguas no se den abasto
para cumplir su obligación de acrecentar lo frío,
incrementar la soledad de los que tienen ya bastante sombra
que bloquea el paso a los extraños miradores
que se instalan en lo más alto de las casas
y pretenden introducir la confusión que suele presentarse
cuando la noche se aposenta en los terrenos
que debieran ser parte del día
y no el *no-ser* gelatinoso que crece a expensas
de los *otros-yo* que *son/no son* sin marca alguna,
y lo empujan a caer en los barrancos
como perpetuación final de los exilios,
sello propio como niebla muchas veces masticada
o campana para llamar a los difuntos,
frialdad de los gemelos que jamás se encuentran
pero andan siempre juntos,
paso de los lobos cuando acechan muy cerca del abismo
y traen el precipicio adentro,
la caída adentro y desgarran cuerpos leves,
cuerpos-desgarrón que no miden consecuencias de sus actos
y lapidan las formas que quisieran mantener un aire grave,
una terrible y altamente sospechosa manera
de jugar a que son formas formales
que adormilan al sujeto preso entre los círculos inmóviles
que no dejan escapar ningún hálito de vida,

sobre negros cuervos
que ostentan las miradas torvas que acostumbran usar
cuando se topan con lo gris que sale de los cuerpos
lejanamente tristes
y un aire de cierta dignidad emerge del infierno,
sube las escaleras como un cadáver responsable y serio
que busca un traje negro y un cigarro
para decirle adiós a los demás difuntos
y buscar mujer desesperadamente,
sensación de alivio al encontrarla y no encontrarla
al tiempo que se bebe su café y espera la hora
en que el camión arribará en su última corrida,
caballero sentado en cada esquina que busca incrementar
el paso de los trenes que siempre tienen prisa
por llegar más lejos,
volverse inaccesibles para cualquier sonido de trombón
interesado en saludar a cuerpos
o mirar desde muy cerca sus rostros
que traspasan la tiniebla,
cuerpos sin nada más que hacer que estarse quietos
o jugar a que la tarde se hace lluvia de repente y tienen frío
en tanto los fantasmas requisan pedernales
para encender el fuego y calentar la tierra,
cuerpos en caliente o estufas que, a su modo,
también brindan calor
pero, podría decirse, de un modo más metal
y con menos aspavientos que los cuerpos que, a veces,
hacen mucho ruido
y perturban el desorden melancólico
que casi toda cosa trae consigo
como un principio de moral amable,
cuerpos cálidos o humedal para cuerpos
a punto de abandono,
o pecera para que los cuerpos demuestren

sus virtudes natatorias,
 se entretengan contando las estrellas,
 desaparezcan bajo el agua que cae por la mañana
 y sean cuerpos de agua,
 cuerpos estelares dispuestos a iniciar a cada instante
 el ciclo de la vida,
 la canción agónica que se susurra cada vez
 que un niño nace
 y una dama o un sombrío sujeto se van del escenario,
 lengua que sólo habla lenguajes de ceniza,
 cántico de amor que acaba hundido entre la fría congoja
 de un *rigor mortis*
 que no encuentra palabras adecuadas
 para expresar su desamparo
 y un destierro en el que no zozobra pero no encuentra
 los cuerpos anhelados,
 que son los que se ahogan
 como barcos que perdieron el ánimo a mitad del viaje
 y optaron por morir de pena,
 ahogar sus pensamientos en las aguas turbias
 que encanecen
 de tanto repensar las mismas desventuras
 que perdieron mucho tiempo en darse cuenta
 de que estaban en una situación bastante embarazosa,
 algo patética porque jamás llegaron a entender
 qué había pasado
 que ocasionó tanta rotura y por qué las cosas
 fueron de ese modo y no de otro,
 grave asunto,
 inconfesada confesión de que morir en el campo de batalla
 no siempre significa gloria y sí un montón de escombros,
 una larga fila de gemelos desahuciados que suenan
 sus clavículas tronantes en señal de duelo,
 graciosa marcha fúnebre que oscila entre una fría piedad
 que peca por absurda
 y la impiedad más despiadada que hace acto de presencia

en todas las ausencias
que requieran que lo impío predomine sobre toda intención
de perdonar al extractor de cuerpos
que los saca de su propio cuerpo
y los pone a gravitar en torno a las esferas y, después,
no encuentra los hermosos cuerpos idos
entre pistones y sartenes rotas,
ruercas gravemente heridas
o tornillos muy cerca del último suspiro,
la última llamada para volverse a los tambores
y redoblar el paso del silencio,
la arboladura de los barcos en el mayor silencio,
el ruido de las sombras que se arrastran en busca del silencio
pero ejerciendo su poder de lograr que la tiniebla
suene como cosa hueca con bocina adentro,
rocola por afuera que usa un altavoz para clamar
porque los cuerpos vuelvan pronto
y autoricen a sus buenos sentimientos a tender la mano
al náufrago que acabará como insano alimento para peces,
bulimia extraordinaria para obesos animales
de origen indeciso
que fluctúan entre el morir andando o el andar muriendo
todo el tiempo,
dando lástima su tímida visión de un mundo
supuestamente curvo que es, en realidad, un plano,
una delgada superficie que aparenta tener algunas curvas
que pudieran ocultar su calva cabecera que se estrecha
en forma demasiado rígida,
sin normas de moral que permitieran fundar espacios
más o menos habitables,
cubículos pequeños en que quepan los sobrantes
de las ánimas benditas que caminan sin hallar descanso
como hueco en propiedad para romperse
como una cañería ya rota,
un desfondarse de las cosas que se van
por sus propios agujeros

sin idea de lo que pueda sucederles al final del año,
principios de lo entrante que se atasca en el lodo del camino
y se estanca en un desagadero del que no hay reversa
chance de irse,
regresar a los jardines de la infancia
y expresar el descontento
por los cuerpos que se alejan tenuamente,
tuvo en desencuance como cuerpo roto,
flojedad de espírita señora
que parla con los cuerpos muertos,
los acuna,
les da ciruelas pasas para el sueño
y les habla del pasado y del futuro,
nunca del presente porque el presente carece de importancia,
dura poco tiempo y no da tiempo de hacer nada
con su corre y corre de neurótica señora
que sueña ser vidente,
dictar oráculos en medio del vacío,
transmigrar de cuerpo muerto a cuerpo vivo
y proclamar que ha vuelto,
que es posible reencarnar sin muchos tratamientos médicos;
mucho sufrimiento en el tránsito que hay de lo mortal
a lo inmortal de la carne entendida como una gloria excelsa,
un modo de morir y renacer de cualquier modo,
objeto estafalario o paupérrima condición del extravío
a que los cuerpos son adictos,
tan extraños,
tan dados a perderse cuando más los busca uno,
los requiere uno en los casos de desquicio
o pérdida de la razón
por causas superiores al entendimiento humano,
tan terribles, los cuerpos,
que navegan como un amenazante acorazado
que desdeña todos los obstáculos
y ataca sin parar en mientes quién resulte herido,
quién fallece,

enterramiento de los muertos con acidez estomacal
por culpa de los vivos,
los sonámbulos que casi nunca mueren
pero divagan por el mundo muy cansados,
se caen pisando sus pisadas y ya no se levantan,
no están muertos pero casi pueden considerarse
como muertos,
agónicos de modo agobiador y muy cansados,
profundamente fastidiados por la veleidad del mundo
de los cuerpos,
que aparecen cubiertos por un delirio existencial
o réplica multiplicada de algún espacio abstracto con espinas,
a veces, poco amables
clavos afilados que impiden su traspaso a propiedad ajena,
sean de uno y no de otro sujeto los cuerpos
que, en ocasiones,
se destemplan y se sienten perseguidos
por un ardor que cuece las entrañas poco a poco
y suceden hecatombes por todo el universo que se expande
como una mano ardiente que causa furiosamente estragos,
daña pero cura, y alivia, pero no del todo,
el dolor que dejan las heridas cuando triscan pasto verde
enamorado de su curiosa situación de amante sin amada
y parte lejos,
en busca de un futuro que se instala, pero malamente,
antes que sea su hora
y pisotea la lluvia o aleja golondrinas que no salen del sueño
que imagina ser la forma pura,
pura línea o cuerpo casi transparente
como clausura del espacio que se apaga,
dice *adiós* entre borrosas escrituras que plantean
las dudas metafísicas
que se ocasionan cuando un enamorado pisa en falso
y cae, irremediabilmente en palabras que desbarran,
se equivocan,
entran en grave crisis de conciencia

porque las lenguas en servicio
 son bastante inútiles para expresar cualquier asunto
 de importancia suma o, incluso, relativa,
 más bien en casi nada y, hablando de la *Nada*,
 es casi nada lo que puede transcribirse
 como producto de una reflexión profunda,
 lo equívoco es lo único que puede ser narrado,
 sin riesgo de caer en múltiples equívocos,
 textos neutros,
 incapaces de guardar memoria de los cuerpos
 como refugio ante el olvido que llega y lo machaca todo,
 lo oscurece todo como un naufragio a plena luz del sol
 o un fogón que concluye su velada
 entre estentóreos estertores
 y muere con los labios secos sin ningún auxilio,
 solo y su alma y su capilla ardiente
 —sinfonola anexa,
 música difunta para personas disecadas
 entre hojas de papel secante y tristes crisantemos,
 trombón vuelto una furia ronca, tromboniza
 y talla en hueso su casa sepulcral,
 su osamentario construido formalmente
 con base en otras muertes
 que se cuentan como un rosario largo y fatigado que se duele
 y canta como cuerpo en forma y fondo siempre generoso
 hecho a la medida de la carnable tentación
 que se despierta a cada rato
 y da gritos de júbilo porque se sabe jabalí salvaje,
 brame y brame el animal en celo
 que alebresta a su gemelo ofídico que rept a su lengua
 las porciones cárnicas que modales
 en desuso acostumbran no palpar
 so pena de desgaste que pueda conducir
 a que la especie se aniquile en breve tiempo,
 luz propicia a todos los desmanes
 o estricta soledad que se guarece tontamente

en un cajón vacío de recuerdos
 pero lleno de nostalgia donde los cuerpos arden
 y las personas disecadas juntan montón de calaveras
 y festejan la ida de la muerte
 y el regreso pronto de los cuerpos resurrectos
 que anuncian su regreso con grandes carcajadas,
 y animan la circulación de los tranvías
 y de los coches pintados de morado,
 desandan los caminos pero no tocan a la misma puerta,
 siguen como siendo sombra perpetuamente ida
 que solamente silba y traspasa las paredes
 sin dejar ninguna huella
 o restos que se borran sin dejar memoria,
 nada queda,
 nada sostiene las friolentas construcciones
 que el vacío luce de modo casi edificante,
 casi ejemplo de lo que no debe hacerse ni decirse,
 cuerpos siguen siendo sombra y síguense de frente,
 mitos de la
 sombra,
 persona enhiesta de manera grave que se establece
 en sus calambres y no cuestiona nada,
 acepta todo lo que llega sin preguntar de dónde viene,
 del cielo o del infierno,
 del amanecer o del crepúsculo,
 de las entrañas de la noche
 o del señor malencarado que rocía veneno en las paredes
 y musita oraciones que provocan dañinos maleficios
 en idioma inteligible,
 loco Lucifer que bufa como un roñoso enano jorobado
 que casca betabeles y presiona a los cuerpos a la huida,
 alambrón acalambrado,
 triple salto mortal con caída hasta el final del fondo
 —grito incluido,
 inclusión de los gritos en la caída de los cuerpos

y gritan como fríos
 plumeros,
 como radios con mucha interferencia,
 como agujas pataleando sobre un disco ya rayado
 (música para cortejo fúnebre,
 para trombón en estado cataléptico),
 personas embaladas como telón de fondo para cuerpos
 que giran, inestables,
 como esferas fugadas de su constancia
 en ser la esencia de lo
 esférico,
 y huyen de este mundo girando en la inconstancia planetaria,
 lo errabundo del sistema que quisiera parecerse a cuerpos
 pero es,
 más bien,
 noción de lástima o culpa dolosamente acumulada,
 triunfo del Mal sobre virtud ajena,
 culpa, acaso, henchida de bondad pero merecedora de
 castigo,
 de que el remordimiento le roa las entrañas al demente largo
 tiempo,
 desmenuce la porción de alma que le quede
 y la convierta en alimento para perros viejos, desnutridos,
 espíritu que se declara en vencimiento bajo el peso de las
 culpas,
 casi estoico el demente pero aquejado por temblores,
 fríos
 helados,
 crujido de los huesos,
 chirriazón de las vértebras y los fragmentos pellejados
 que le quedan,
 la ética en barata con grandísimos descuentos,
 la concepción del mundo y de los cuerpos en el mundo
 vuelta un amasijo de cráneos destrozados y virtudes
 teologales

a nada,
por huir para no estar en lo visible,
cuerpos idos a lo definitivo de la ausencia,
casi hasta el olvido,
que es como llegar a una región en la que sólo hay brumas
o amnesias que se visten de color azul marino
y están como tristonas damiselas que sollozan
cada vez que ven pasar un cuerpo que oculta su belleza
por un pudor inconcebible en los carbones que arden
con la cruel irritación que les produce
el saber que son mirados con un desprecio
ciertamente absurdo,
pues aún funcionan como calentador de cuerpos gélidos
que llegan entre el rencor de lo celeste que se inflama
y la ácida dulzumbra en que la tarde se dedica
a pastorear ovejas
o cuerpos que recién se aproximan a la tierra,
frescos,
húmedos
porque el agua ejerce sus dones bienhechores
y se encarga de que lo líquido los mantenga
como formas puras,
los conserve como cuerpos que se beben
como licores calcinantes para una fiesta inmensa y amen,
canten,
bailen,
lloren
y desgarren aquellas densidades en que el mar lo huela todo,
lo detiene todo como aire suspendido de su propio aire,
su extensa infinitud que se mantiene quieta y calma
como cuerpo en estado de evasión constante,
fuga hacia delante siempre,
hasta perderse,
no-ser ya sino un montón de sombra,
un veredicto de condena que se cierne, de modo amenazante,

sobre sombras que huyen al metal
y guardan sus costumbres al fondo del espejo
o en las rutas de viaje
que los cuerpos, muy seguido, emprenden,
en los mapas que no indican adónde se encaminan,
en los cruceros donde pelagra la existencia por tanta soledad
o por exceso de los cuerpos que pasan vastamente
pero a distancia enorme,
con gran catástrofe de los anhelos del amante
al que la paz y los sosiegos se le fueron yendo
en medio de una atolondrada estampación
de verbos inconexos,
prefijos sustitutos de palabras reales,
pronombres que equivocan los nombres verdaderos
y farfullan occisiones que no se corresponden
con los cuerpos vivos,
denominan diversas catalepsias que incidan
en nombrar cuestiones carentes de importancia
pero cierran todo escape al que corre, pero queda fijo,
atado a sus recuerdos como el suicida a su colgajo,
como el amado al cuello de su amada,
como la luz cuando quiere convertirse en sombra
y se hace añicos,
piel escarmentada,
cuerpo en aire como medida exacta
de la torsión que sufren los espejos
cuando la imagen que aparece
no es el cuerpo ideado sino un resumen fantasmal
aglomerado por el miedo,
cuerpo percutido como tambor que suena y suena
pero no resuelve nada,
sólo canta y se vuelve lineamiento elemental
pero constante en su firmeza
de seguir en la batalla hasta que el tiempo clausure
las entradas,
funebri todo y los velorios vengan en busca de su presa

vista como un pedazo de cartón que se arruga un poco más
 a cada instante,
 se deshace como un vértigo que se desploma
 aceleradamente
 y acaba confundido entre su propia destrucción,
 su peculiar manera apocalíptica de terminar con su existencia
 sin tomar en cuenta los otros beneficios obtenidos,
 algún que otro milagro que acaeció desatinadamente
 y no dejó ningún resultado positivo
 aunque sí cierta esperanza en el futuro de la astilla
 o en la ingenua creencia de que el calor, por sí solo,
 alumbra lo bastante como para asustar
 a los que tocan las campanas
 y decidan irse a platicar sobre lo grave que es que las cosas
 se derrumben diariamente y por montones
 al igual que cuerpos se derrumban con hosca mansedumbre
 que lapida todo,
 abate todo,
 desarticula por completo lo construido por las mismas cosas
 que encementan la raigambre de los cuerpos,
 las profundas raíces que los sostienen
 y los hacen ser los cuerpos que uno busca
 y no otros cuerpos también seguramente bellos
 pero que no llamaron la atención de los insomnes
 que buscaban, justamente,
 esos otros cuerpos que los hicieron olvidar
 que había más cuerpos
 que también podían ser objetos del carnoso apetito
 de los lobos que deambulan por los parques,
 pero no hicieron el debido caso de ellos
 y los dejaron ir sin causar mayor molestia,
 mayor cavilación sobre por qué no se encendieron
 los focos preventivos
 de que había peligro cerca y dejaron que las cosas
 ocultaran esos cuerpos que no importaron mucho,
 no aparecen en el poema que se llama *Cuerpos*

porque ninguno de ellos forma parte de los mitos
que alientan al suicida a postergar, tal vez indefinidamente,
su entrada en el mundo del azufre y el plomo derretido
que cae sobre la espalda del señor que dejó que sus mitos
lo fueran tasajeando poco a poco
y no supo qué hacer cuando los mitos se le fueron yendo
y las pezuñas de las cosas pisotean al cuerpo

que rodea a los cuerpos,
los custodia,
los protege de las pezuñas y los cuernos
y los dientes de las cosas
que horadan la carne de los cuerpos que se aman
y el vacío dejado por la carne removida

es causa de que el sujeto se pierda
en la orfandad característica de los hospicios
que habitan sólo los mochuelos de mirada torva,
ojos que penetran al interior de la orfandad
en que el desmemoriado no halla en dónde detenerse
y se da cuenta de que el derrumbe de los mitos

es el origen de todas las caídas,
porque las varias maneras de existencia
que podían comprarse se acabaron

y los mitos no se ofertan ya en cualquier esquina,
hay que crearlos,

aceitarlos,
darle los cuidados que requiere todo cuerpo
para estar en buen estado,
buen mantenimiento para que gocen de salud espléndida,
manifestar, de buen grado, su aceptación para escuchar
la voz de los oráculos que pueden predecir

la buena o mala estrella
que ilumine o deje en las tinieblas al feliz

—o al desdichado—
amador que muere por saber si su amada
lo aguarda con toda la impaciencia que él la busca
o lo mira, desdeñosa, y acaba por cerrar la puerta

cuerpos que sobreviven a las cosas),
o un vacío formado por las puras cosas,
los puros carcamales deshuesados
que recorren diversos hueseríos
procurando derrumbes susceptibles
de servir de refacción a derrumbes tan antiguos
que ya ni fuerza tienen de seguirse derrumbando,
se sostienen por lo débil del carácter que les da su fuerza
y los convierte en un viajero que llega de un glaciar
y se espeluzna de saber que los glaciares, casi siempre,
pertenecen al reino de lo frío,
no a los cálidos cuerpos que, con grandes sacrificios,
brindan algo de calor a los gélidos y tiritantes
miembros de la especie humana que padecen de un temblor
en las rodillas que los hace caminar hincados,
casi divagantes rezanderos que auspician
la extravagante devoción
a las formas gestuales que se exhiben
muy más allá de la ceniza
y de su extraño modo de olvidar que las cenizas no son,
vistas desde un punto de vista general y poco apasionado,
sino el montón de polvo que queda de los cuerpos
cuando son cremados
y se guardan, con muchísimo cuidado,
en esos ataúdes móviles que se llaman urnas,
para que puedan trasladarse al sitio que más se les antoje
sin crear muchos problemas al celoso acompañante
que no quiere que se queden solos por ningún motivo,
no por desconfianza, sino meramente por el gusto
que le da el llevar siempre consigo las clavículas amadas,
así sea en su versión polvosa,
aunque no atinan a pensar del todo en lo incorrecto
que es gesticular de modo abierto en los transportes públicos,
sí no hay un motivo valedero para el grito
que sale de la estufa cuando se queda inmersa
en el sopor que causan las estancias

que sus dueños dejaron como yéndose,
del puro arrepentidas de haberse equivocado
en las horas de visita de los círculos que se persiguen solos
a falta de otra actividad más útil o más carente de sentido
que esperar a que los cuerpos den la vuelta y se regresen
al tiempo de los viejos lobos que vuelven al pasado

en busca de antiguas mordeduras,
viejas cicatrices que quedaron escondidas en los sonidos
del último trombón que resonó en la noche

y que salieron al sentir que su fin se aproximaba
y no querían quedarse en un tubo de metal

aquejado de dolor de muelas,
fantasmas turbulentos que lo acosan
cuando un cuerpo pasa demasiado cerca
y se escucha lo silente del silencio

que roza suavemente un rostro de mujer
que oscila al tiempo que los péndulos se van,

regresan y se van eternamente
como una negación del tiempo
que sigue en su labor de moler carne

sin ocuparse de otras cosas,
jugar al extintor que no apaga extensa llamarada
pero quema vidrio,

lámina expuesta a todos los peligros,
hormigón armado con criaturas inocentes
que sollozan porque no encuentran a las pérfidas matronas

que cargan su tocino a cuestas
y lo llevan y lo traen como un pretexto
para mostrarse desatentas

con los rudos visitantes que bajan de los trenes
en las sombrías terminales en que el placer está prohibido

y se suceden los espantos uno a uno,
las grotescas cámaras mortuorias donde se deja muy atrás

la trascendencia
y se oyen los ulules de los cuerpos carentes de sonido
pero con gran capacidad de conversar de casi cualquier cosa,

cuerpos esfumados,
 cuerpos como enquistados en la luna y vacíos de toda luz
 pero repletos por la sombra que cada barco trae consigo
 como carga única,
 ferrocarril que permutó las vías por el oleaje
 y acabó por zozobrar antes que nadie se subiera a bordo,
 pisara los andenes,
 caminara por las mismas vías que se extienden
 hasta encontrar el absoluto vacío que recubre
 las formas de las cosas y los cuerpos
 y los hace aparecer como una intervención fugaz
 de los designios
 de un benévolo señor que considera que todo efecto
 viene de una causa
 y toda causa proviene de un efecto y, por lo tanto,
 lo más justo es demostrar que el equilibrio
 carece de importancia
 y son los fuertes vendavales los que crean las conmociones
 que originan que los mitos nazcan de los cuerpos
 y se vuelvan cuerpos-mito,
 seres mitológicos que cuidan que la luz y la tiniebla
 caminen de la mano
 y que el sonido y el silencio sean lo mismo,
 carne estricto pero lento velocípedo
 con ignorancia del manejo de los cuerpos,
 las formas de envolverlos,
 los cuidados que requiere la salud del cuerpo,
 la salud del alma que disfruta de la bienaventuranza
 a manos llenas,
 los goces celestiales,
 las campanas que disfrutan cuando llaman a misa de difuntos
 y se pide que rueguen por nosotros,
 gesticulen por nosotros,
 griten por nosotros,
 los pecadores que no alcanzamos la salvación por el espíritu,
 la extremaunción por medio del bautismo de la carne

que da su forma a los cuerpos,
la festiva carne,
pensativa,
causal de redención,
de gozo eterno,
de absolución de todos los pecados
con permiso de absolver los que faltaron,
saborearlos como si hubieran sido, de verdad, logrados,
masticarlos lentamente,
carne ansiada,
lágrima vuelta sumisa calavera que estalla en mil pedazos
y que uno a uno se juntaron e inventaron otra,
más rebelde,
más prepotente calavera que saluda a las visitas
con sus brazos demasiado cortos
y los empuja para que caigan al vacío,
no para subir al cielo sino para indicar a los presentes
que ha llegado la hora de ajustar las cuentas,
que anochece y que es mejor no irse de parranda
sino tomar las cosas muy en serio
porque el apagamiento está cercano,
fundición de focos y apertura total hacia el desastre
que se acerca con su lengua bífida lamiendo cuerpos
y paredes,
muros de contención o lenguajes de tono apocalíptico
que auguran que hay un desgajamiento general
de cerros y cencerros,
ovejas y pastores descarriados que dejaron que se fueran,
descarriadas por los gruesos laberintos que concuerdan
en que es mucho mejor que se extravién los otros
a extraviarse uno
en la vida perdularia que no lleva a más lugar
que el que ya ocupan los elementos del furor
que intentan excavar en los cimientos
de las casas bien construidas
que solamente quieren disfrutar la buena vida,

el amable confort que produce una existencia placentera
y ajena por completo a los conflictos
que la conciencia plantea, a casi cada instante,
con respecto a una enormidad de planteamientos
 que hay que hacerse con respecto
a otra infinidad de asuntos que no se sabe, bien a bien,
 qué papel juegan en estas trastereadas
que la vida acostumbra jugar en la ruleta
y piérdese noción del *casi todo*
que se parece mucho al *casi nada*
 en que ambos tienen sonrisa de hipócrita beaterio,
seda estropajosa que adquiere formas físicas
 terriblemente feas,
casi repelentes como signos encubiertos de terror siniestro,
lumbres misteriosas que asemejan llamas
pero son como la oscuridad total que se presenta
 ante sí misma
y embiste contra el menor objeto luminoso
que pudiera entorpecer su misión de divulgar
 que la negrura puede ser
lo suficientemente luminosa como para que todo el mundo
 reniegue de su rostro y salga huyendo
en busca de una máscara que lo proteja de tanta aberración
que suele aparecer en toda madrugada digna de tal nombre,
tanta perversión que se acumula en la cabeza del demente
 y chillar
como una endemoniada posesa de las largas,
torturantes noches de insomnio en que las luces de los faros
 no son de utilidad
para evitar que los barcos naufraguen sin tomar en cuenta
el pasaje fantasmal que cargan y descargan
 en cada cercanía de puerto
o lugar de residencia en que el cartero
tiene la pésima costumbre de dejar las cartas
 que nunca se escribieron,
se pensaron, pero jamás llegaron a escribirse

porque las letras salieron tan torcidas
que no se hubieran entendido
y era un enorme desperdicio de papel
mandarlas si no tenían destinatario o gestos de persona
que oyera el resonar del timbre
y corriera para abrir la puerta y recibir noticias llegadas
de otros mundos,
las tortuosas cariátides que ponen mala cara
ante cualquier problema
pero sonríen cuando las toses del tozudo fumador
las obligan a cerrar los ojos,
no ver nada que no sea sino la parte oscura
de las cosas que mordiscan muslos,
aunque pretendan ocultarse como cosas vestidas
de un blanco virginal
que, en realidad, ocultan sus malignas intenciones
llenas de rencor y perfidia
en contra de las masas blandas que se posan suavemente
en ciertos libros viejos que hablan de los cuerpos
que dejaron de ser cuerpos hace mucho tiempo
pero que siguen, a la vez,
en una especie de corporidad que las hace aparecer
como al alcance de la mano
pero, también, como si no pudieran alcanzarse nunca,
hubiéranse ido de manera radical y brusca
al modo de la estatua
que siempre desatina en sus propuestas amorosas
aunque guarda una profunda devoción
a las formas más elementales y prístinas que pudieran darse,
poco acostumbradas a buscar conflictos
con las otras formas más prudentes y que ocupan,
ellas solas,
la total totalidad del universo-mundo en su porción terrestre,
no los nautas imprecisos que logran que sus barcos
permanezcan quietos en medio del oleaje
y carecen de interés en llegar a cualquier sitio

e ignoran que los mapas pueden tener alguna utilidad
en caso de naufragio
ya que pueden convertirse en barcos de papel
e irse por su cuenta
y dejar a los náufragos en excelente condición
de llegar al fondo
y convivir con las terribles fieras que lo habitan,
cuerpos en pleno deshabite,
que son como las viejas estaciones ferroviarias
en donde sólo los fantasmas anuncian la entrada y la salida
de las potentes maquinarias herrumbrosas
que llevaron y trajeron cuerpos,
no volvieron,
modificaron existencias con base en concursos de belleza,
tal vez un tanto adulterados pero muy confiables,
porque todo cuerpo es, en sí mismo, ejemplo de belleza
y excelsa suma de sí mismo,
creación de la ardorosa forma primitiva
que siempre se renueva
y se abre a la creación de formas nuevas,
cuerpos nuevos,
magnas nebulosas,
constelaciones de astrolabios que consultan sus horóscopos
con un afán imperceptible
de saber que su futuro parece promisorio
y no ven que los cansados espíritus del mal
caminan por el mundo
no dejando ningún ánima bendita con sus huesos dentro,
sus lágrimas afuera,
la pasión ensordecida por tanto que gritó
pero la última mujer pasó, sin hacer caso de los gritos
y las señoras enlutadas que debieran
de encargarse de prender las velas
no estaban o se hallaban momentáneamente
fuera de servicio,
de modo que el finado fue el que tuvo que buscarse

las cobijas pertinentes
y gruñir porque su perra suerte no le organizó un velorio
como el que él quería,
gozaba de antemano bailando con la muerte
los últimos danzones silenciosos que jamás bailó en su vida
y beber todo el alcohol que sobrara por el mundo,
traspíes para el infame que acabó enroscándose en sí mismo
como los huecos que acostumbran vaciarse, de continuo,
de sí mismos
para tener la total seguridad de estar siempre vacíos,
no llenazón de congeladas formas catalépticas
que se encuentran demasiado prevenidas
por el posible advenimiento de una catástrofe
que termine, de improviso, con las últimas médulas amadas
y el despecho del amante llegue a extremos paroxísticos
que amenacen acabar
con toda posibilidad de que algún equilibrio sobreviva
y algún demente quiera, de nueva cuenta,
devolverle cierta graciosa sensación de orden
a los diversos caos que llegaron a formarse en fila
para armar un borlote del que nadie se salvara,
rotura de los mitos y general acabamiento de los cuerpos
que, con mucho esfuerzo,
lograron ser sujetos a los clavos memoriosos y ahí quedaron,
detenidos,
como señal que el deterioro se iba midiendo
en grandes pizarrones
con un gis descolorido que acabó por irse de parranda
y olvidar el fastidio que le causan las quejumbres
de los grandes pecadores que, de pronto, se arrepienten
y pugnan por llegar a los altares,
serse santos,
deshacerse de demonios infaltables
en toda ceremonia fúnebre,
tener presencia viva alrededor de los difuntos que fallecen

y nadie invita los mezcales ni pregunta por el estado de salud
que guarda el muerto
ni se preocupa de cumplir sus últimos deseos
que a nadie importan,
o escuchar las últimas canciones con que el muerto
disfrutó su vida
en los jardines que resuelven convertirse
en domicilio de todos los olvidos
ni se inquiere por el propio olvido,
que se adapta a las nuevas circunstancias
y escritura un texto interminable
donde consta el recuerdo de todos los recuerdos
que le quedan,
memoria de los cuerpos
memoria incandescente de María,
fidelísima aunque bastante atrabancada memoria
que los locos guardan
ante el temor de que alguien se las robe
y duela como una dentellada
porque el olvido duele y los recuerdos ladran,
lejos, la perrada,
los cofrades, aún más lejos,
los inhóspitos, que se fueron con el señor de los naufragios
y a nadie le interesa averiguar si de verdad
el muerto se murió
o nada más su nombre figura en las esquelas,
en los programas de los circos
o en los torvos estropicios donde gozó de cierta nombradía,
cierta fama póstuma que habrá de conservarlo
como fiel usuario de los últimos tranvías,
insaciable saciador de cuerpos siempre insatisfecho,
siempre ávido de más cuerpos y de más esferas,
más demostraciones de que algo debe haber que sea lo *Real*
aunque no se encuentre nunca
y todo dé comienzo y llegue a su final
al mismo tiempo y con la misma desmesura,

la misma destemplanza que usa el fugitivo
para evitar que lo acorralen y huye, seguido de su sombra,
a donde nadie nunca encuentre las pisadas
que el *Otro* fue dejando, pero muy dispersas,
por las vastas regiones del averno,
con la sana intención de que no hubiera ninguna posibilidad
de reconstruir la historia del poema que se llama *Cuerpos*
y que es como la historia indescifrable de otro poema
visto o entrevisto como un amasijo de inconexas opiniones,
escrito sobre una insana contextura
que siempre está al borde de venirse abajo
gracias a una urdimbre ilógica
que no puede llegar a ningún lado
o, tal vez, no quiere llegar a ningún lado,
se articula y se desarticula simultáneamente
y sin respeto a la más elemental noción de la cordura,
la verdad por más que acabe siendo una mentira más
de las muchas que aparecen diariamente
y que se van con la misma desvergüenza que llegaron,
discute que discute acerca del punible autor intelectual
del poema eterno
que se oculta detrás de la *otredad* en que los *Otros* disimulan
su existencia como seres no del todo fácticos
pero, tampoco, por completo inexistentes
o ficticios en tan alto porcentaje
que pudieran ser considerados como una nulidad
que carece de algo parecido a la substancia material
que corresponde a los sujetos vivos,
numen poético
vértebras un tanto dislocadas debido
a las influencias negativas
que ejercen las metáforas en el decurso
del sano desarrollo de los mitos que los cuerpos
fueron inscribiendo, sin quererlo,
en los huesos del primer escritor
que instituyó la idea de que debía/podía/quería

escribir un poema consagrado a la memoria
 de los cuerpos-mito
 que son como los huecos que conservan
 el nombre de los mitos para no acabar tan solos,
 quedan nombres y figuras muy desfiguradas
 que hacen rondas
 en torno a los espectros que ya estaban desde antes
 corriendo en sus triciclos
 y despiden cierto aire enrarecido
 que hace que los propios nombres pierdan su difusa identidad
 y sean como una muestra desgastada
 de que casi todo está por acabarse,
 hacerse neutra evocación hacia lo insólido que toma formas
 cada vez menos precisas
 y contorna la imprecisa zona
 en que un desastre se abate después de que llegó
 un primer desastre aunque, después,
 llegaron otros que pusieron
 un toque de impiedad sobre las brumas cadavéricas
 que hacían sonar sus sonajeros en señal de gran contento,
 alto regocijo por la entrada intempestiva de los muertos
 que, a duras penas,
 lograron alcanzar boleto para el viaje del vapor que,
 distraídamente,
 se olvidó de encender los calderos necesarios
 para alcanzar algo parecido a la velocidad
 con que camina la tortuga
 y dejar a buen recaudo los bultos que llevaba,
 fiambres todavía ardorosos de amor hacia los cuerpos
 que quedaban colgados al modo tambaleante de los suicidas
 que olvidaron llevarse su memoria a cuestas
 y pendulan entre grandes titubeos
 de lo que es mejor hacer en esos casos en que nada
 es lo mejor que puede hacerse,
 loar el desvencije,
 entonarse uno mismo los *réquiem* que se crean precisos

502

pero da lo mismo,
a ese lugar del que él no estaba muy seguro
de dónde se encontraba
ni si valía le pena viajar a un sitio tan lejano
en el que, al parecer,
no había razón que motivara ninguna travesía,
travesía alguno iba a encontrarse que auxiliara
la pesada lentitud con que el camino parece caminar,
pero no es cierto,
porque el camino está en donde está
y no acostumbra desplazarse mucho
para que todo el mundo permanezca inmóvil,
no escape de sí mismo y quiera correr precipitadamente
en busca de los cuerpos y termine por no saber en dónde
dejó que se rompieran las junturas
y los barcos comenzaron a irse a pique
de un modo muy modesto,
muy como sintiéndose culpables
por tanto ahogado que empezó a clamar por su ánima
que iba en dirección al fondo del océano, sin saber nadar
y bajo el peso inmenso de un remordimiento
en las penumbras
que se acidan a tal grado que la conciencia queda
amorsomada como un novísimo estilo literario
que no acaba de encontrar gaveta en la cual acomodarse
o modelo de fúnebre estatuaría
al que no le llegan muchos visitantes,
pernos que lo aten,
básculas que pesen el exceso de rigor con el que quiere
lanzarse sobre cuerpos succulentos que estuvieron
pero ya no están
y los camiones no siguen las debidas instrucciones
para el ascenso o descenso de pasaje
que quisiera llegar a lo más alto y lo más bajo de la noche,
lo que es igual en todas partes,
como lo abierto y lo cerrado o lo muy simple y lo complejo,

que acaba siendo una simpleza

a la que dieron demasiadas vueltas,
la enredaron de tal modo que perdió el sentido
de lo que es lo vertical

y lo que debe ser la línea horizontal
que lleva a donde nacen las auroras

y mueren los crepúsculos
y no cesó de barbotar las crueles quemaduras
que el amor abrió en su pecho por tanto azufre

ingerido a borbotones,
tanto cuerpo que se fue volviendo miedo
y tanto miedo que acabó formado como cuerpo,
pero miedo,

pero terror a que los cuerpos den la vuelta y se regresen a las frías
estancias del mochuelo que escruta entre la noche
y ve lo que no ven los ojos enjaulados del vidente

que aspira la humedad nocturna
y asegura que los espejos no cumplieron su promesa
de impedir que los cuerpos se fugaran de sus límites,
cuerpos enclaustrados en el fondo del vacío que hablan
o mascullan sin coherencia alguna

acerca de otros cuerpos que, se sabe,
no se atrevieron ni a acercarse por las calles
que el suicida recorrió aquella noche
en que los postes se portaron muy amables
y no hubo modo de evitar las sugerencias que le hacían
en el sentido de que no podría encontrar

postes más dispuestos
a acoger, con toda la benevolencia que fuese requerida,
al señor que desoyó los claros mensajes que llegaban
desde un amanecer remoto
anunciando que la luz estaba a punto de irse para siempre
y que sería muy conveniente adquirir una linterna

para alumbrar
la innegable tortuosidad que los caminos del Señor ofrecen
al viajero que aprendiera a saltar la cuerda floja,

gracia plena de cuerpos dadores de nostalgia
o neblina que llega desde lejos,
fríusima costumbre de darse por vencido
y no acechar a nadie,
atragantarse a solas,
cuerpos en consumación más que acelerada,
no-cuerpo ya, sino bifurcación de cuerpo
por caminos que se van cada uno por su propio lado,
cuerpos destazados en muelles que quedaron solos,
paradas de tranvía donde no pasan los tranvías
desde hace demasiado tiempo,
preparación para la muerte que llegará de modo indubitable,
hosca,
como alambrada con sus garfios listos
para lanzar la dentellada,
la cuerda por la que suben los ahorcados y se cuelgan,
se descuelgan,
se columpian como bebés que juegan en los traspatios
de las casas
con los cuerpos que están a punto de irse
y afinan los motores del triciclo que deberá llevárselos
muy lejos,
de los brazos del amante que tarda en comprender
lo duro del dolor que va a tener que soportar
cuando los cuerpos se hayan ido y quede solo,
en un estado semejante al de la huideza del que ama
pero le teme a los duraznos
y a la sombra que dejan los duraznos
cuando la luna los deshiela y son mordidos suavemente,
queman,
arden los altos vitrioleros de la muerte
y su misión de resguardar lo que quedó de los incendios,
la flamiza
o el chamusque que se extiende a las esferas
y entenebra aún más lo que ya es, por sí, bastante tenebroso,
como el espanto cuando le entra el miedo y pega la carrera

y se estrambota y pierde piso y da de marometas,
 se desnuda y la cabeza da de vueltas como un trompo
 y trompa
 con un trompeterío infernal que anuda cuerpos y trombones
 y manifiesta enorme algarabía,
 ruidos sobre cuerpos que alguna vez tuvieron forma
 y hoy son solicitud airada de volver a formas,
 líneas,
 distintas perspectivas onduladas que se alejan de lo recto
 y asumen cierta posición
 hacia las curvas deleitosas o las pechugas de ángel
 que parece que quisiera remontar el vuelo
 y ofrecer al mundo la leche que tanta falta le hace al mundo
 para salir de la crónica anorexia
 que padece desde hace algún tiempo,
 luengos años que hace que los cuerpos comenzaron a irse
 y el planeta derivó a la extrema palidez
 que los sistemas planetarios muestran
 cuando se quedan sin calor
 y es el frío el que preside los velorios
 con su solemne tintinear de huesos,
 mandíbulas que ríen a columna vertebral batiente,
 calaveras en la búsqueda de dientes
 y ojos sin ninguna garantía
 de hallar un algo de consuelo en cuerpos que no existen,
 no están en parte alguna por más que se les busque
 o llame a gritos
 que atruenan el silencio cósmico
 y se escuchen trompetazos persistentes y arduos,
 vísceras comidas de nostalgia como tambores
 que resuenan fuertemente,
 redoblan fuertemente sin que aparezca nadie,
 sin que nadie crepite como vela encendida en la ventana,
 sin que alguien cruja como astilla que se quiebra
 y resulta que las astillas se acabaron,
 que sólo hay un silencio denso y aplanado,

un eco que repite interminablemente aullidos y fallece,
desfallece,
no renace y queda como una herida lacerante,
un tamboreo de vidrios
que se ufanan de su triste circunstancia,
sus modos de morir un tanto ajenamente de sí mismos,
irse y no irse o quedarse pero no quedarse,
como los cuerpos cuando crecen en medio del olvido
y se dispersan,
de modo atrabiliario se sulfuran como terribles ventoleras
o jardines que se cierran, con toda seriedad,
en sus dominios propios
y prohíben la entrada a los extraños,
los tecuates mezcaleros que silban
todo el tiempo sus canciones turbias,
desbalagan,
pierden suelo y se estrepitan
jardines que no les corresponden,
anafrio tras anafrio caen los más manchados
en sus broncas fosas
y palabran/descalabran sus rencores viejos sus sintaxis
estropeadas por el uso,
sus coyunturas bastante bien descoyuntadas
que semejan parecido a cuerpos
que jamás salieron de la sombra,
jamás consideraron necesario simular que sí existían,
eran reales y no deslumbradoras formas arquetípicas
o visajes que llegaban desde el principio
de las máscaras sombrías,
la neblina,
los crueles hados protectores que invalidan todo buen efecto
que pudiera darse a partir de un cuerpo que se escapa,
huye y se lleva los poquísimos sonidos
que quedaron arrumbados después que se alejaron
los que hacían ruidar a las trompetas,
festejar los pífanos que actuaban como excelentes

vendedores de esperanza,
 tamboreros locos o entes desalmados que timbraban
 las flautas y las arpas,
 no las puertas donde los cuerpos eran esperados,
 pero los cuerpos se alejaron camino del espanto
 con conjuros no del todo edificantes para las ánimas benditas
 que dejaron los suicidas colgadas en los postes,
 ya no hay puertas,
 ya no hay escalofríos que impidan
 la libre circulación de los cometas
 que dejaron de ser cuerpos
 y se hicieron un poco más astrales,
 vagarosos,
 tenues,
 impalpables,
 menos que aire,
 bastante menos que cartílagos que humean
 o uñas que se clavan en lo escasísimo de carne y hueso
 que aún desanda el mundo,
 carne en riesgo de perder su sólida textura
 y convertirse en un trozo de sombra que se evade
 e ingresa en la costumbre del silencio de no adquirir
 dominio alguno sobre cuerpos idos,
 carne dura y, a la vez, en alto estado frágil,
 al borde de romperse,
 cuerpos en cierta forma aniquilados por completo,
 tremulantes por lo ácido,
 lo corrosivo de sus gestos córvidos que asusta
 al que hace un recuento de los daños
 y ve que solamente quedan muchos huecos,
 mucho lote vacío o inmensas destrucciones
 de las que no quedó memoria alguna,
 resto alguno,
 aunque sí una corpulencia ausente
 y congelada en un poema que no termina nunca,
 un modo de morir sin estar muerto,

sigue porque los cuerpos siguen siendo bellos y,
 de algún modo,
 hay que destruir de nueva cuenta lo derruido
 para que todo permanezca,
 sea lo incólume,
 fijeza que no tiene más remedio que quedarse fija
 en lo inestable de los últimos reflejos que no reflejan nada,
 carne carcomida,
 devociones envueltas en capuchas negras,
 fierros viejos,
 latón desanimado que no acaba de entender
 que ya no es tiempo de alcanzar los barcos,
 ya no hay barcos,
 ya no hay navegaciones ni maneras de entrar en los espejos,
 salvarse de las teas ardientes
 y de las teas que ya no arden pero queman,
 no salvarse sino, más bien, dejar que los silencios
 se apoderen de uno y todo sea círculo que acaba,
 se vuelca hacia hacia sí mismo y se comprime,
 finaliza y se convierte en fórmula vacía,
nadeidad concreta,
 la contingencia disfrazada de señor que guarda luto
 y fuma mientras espera que sus huesos pasen a buscarlo
 y lo lleven a un sitio más tranquilo
 donde no abunden los descabezados
 y los cuerpos aguarden a que llegue el Día del Juicio
 con las últimas ofertas de perdón que puedan conseguirse
 a bajo precio,
 saldos malhabidos,
 productos ya discontinuados que formaron parte
 de una piedad un tanto macilenta,
 fofa y que se arrastra como un esqueletario de impiedades
 que dan pena por su mal carácter,
 cuerpos agrios que resanan pero no resanan
 la circunvalación de lo nocturno;

las volteretas que se da la noche
 cuando se lanza a caminar sin otra compañía
 y deja que su tiempo se le vaya miserablemente
 sin encontrar a ningún cuerpo o alguna otra maravilla
 que repare las poleas que permitan al ausente
 arribar a donde nadie quiere que se acerque,
 en menoscabo de la luna que protege las fábulas que corren
 en torno de los cuerpos magnos,
 los espejos que reflejan el silencio dejado por los cuerpos
 y no se rinden en su búsqueda de cuerpos,
 su rondar al acecho de los cuerpos
 que no están en lo de adentro del espejo,
 como lobos o bisontes que van hacia lo gris
 y entran en las afueras de la estatua
 y le mordiscan sus partes más pudendas
 y resbalan para encontrar que ya no queda ningún sitio
 en donde terminar el viaje,
 ninguna forma que contenga huecos
 que puedan ser tomados por asalto,
 rellenarlos con cuerpos lejanamente establecidos,
 lejanamente división del agua
 o raíz que apenas se mantiene a flote,
 pedazos de caliche que llega muy tardíamente a pensar
 en ser un cuerpo enamorado,
 pasión sujeta a toda clase de avatares o espíritu estatuario
 que no cabe en sí del gozo de vivir de modo ultraterreno
 no la sensible realidad con su urticaria
 quejazón de males y melindres
 sino el empíreo reino divinal donde hay bastantes
 cuerpos en estado de purísima existencia incorporeal
 pero dispuestos a caer en tentación sin pedir permiso
 a ningún deshacedor de orgías
 o sacerdotes encargados de cuidar el orden,
 los padres putativos de moral dudosa
 que procuran ejercer una presión muy fuerte
 en los benditos cuerpos

para que no se alteren mucho
cuando el viento sopla con un ardor terrible
en dormitorios al borde de la ruina
o jadeos que se sepultan en la almohada,
los sumerge en clavos que en vísperas del llanto
encienden veladoras y creman a sus muertos,
cantan en los orígenes del mundo y lo reviven,
autorizan la apertura de las tumbas acostumbradas
a que los labios se los repletan de ceniza y lloran,
como
túneles,
como escondite para escapar de los incendios
pero, de todos modos, morir a pleno incendio,
quemazón oscura,
llaga que alarida como demostración
de que los cuerpos duelen todavía,
llaman pidiendo a voz en cuello que los libren
de la memoria del ahorcado que les cuelga del cabello
como el cuerpo del ahorcado cuelga de los postes
y la memoria de los cuerpos cuelga
del pescuezo del señor que baila
cuando suenan los trombones y se van los cuerpos,
los sube a los tinacos y no les deja huir hacia el olvido
donde el demente no encuentra las entradas,
sólo hay honestas cavidades que no ofrecen hospedaje
o latas de cerveza o maquinaria
que se enmohece dulcemente
o recuerdo de que un barco se perdió, alguna vez,
en aquel muelle,
aquellos territorios en que el miedo sujeta férreamente
a las esferas y las clava a la pared para dejarlas fijas,
detenidas en un instante exacto,
como muertas o como recio temporal que llega
lanzando maldiciones o cuchillos que despiden densa lumbre,
truenas como espejo y entra en vidrios superpuestos
o campanas que ya se aniquilaron

y no emiten sino las vaguedades propias del silencio,
el susurro de lo ácido que se sulfura y palpa en el ardor
y le contesta el frío que la razón se fue
y que lo irracional es quien enciende, ahora, las estufas
pero el calor carece de existencia propia,
lo gélido domina y hay que acudir a las lechuzas
para topar con el delirio de la luz y la fatiga de la sombra,
lo que se va y lo que regresa o no regresa nunca pero, igual,
no afecta mucho la mortandad inigualable
de cuerpos y de cosas,
luz en luto o sombra en crecimiento
a velocidad prácticamente indescriptible, pero rígida,
mecánica,
sin entusiasmo por lo distante de los cuerpos,
nulas intenciones de atraerlos al furor de los espejos
para que escuchen los sonidos que regresan
de las últimas imágenes que quedaron olvidadas,
sin convulsiones propias o tentáculos que fueran
como una prevención al miedo-pánico
que se aparece a cada rato con su lengua fuera,
sus corcovas a gran distancia
como cuerpos que se miden lejos,
sus penachos de hojalata que hacen un ruido funeral
que evoca el paso de la muerte
cuando escurre su sombra iluminada,
su verdor negruzco que es como la lama
que se escurre de los cuerpos idos
y permite a los extraños entrar en lo vacío,
ausencia tan palpable como el hueco
que camina por delante de uno,
por en medio de uno,
que camina huecamente en medio de sus huecos,
cuerpos solos como semáforo dejado por azar
en una esquina por la que no circula nadie,
ningún cuerpo ni nadie manifiesta
ser siquiera fantasma adolorido,

sombra mustia o esperpento que usa su taladro
para mirar a través de las paredes
y ver que es poco lo que queda entero,
casi nada
sólo obstáculos y una que otra divertida aparición
del alambique primordial
que cuida que no falte el alcohol en ninguna ceremonia
en que se deba guardar luto,
vestirse de etiqueta,
asombrar a cuerpos con las artes del birlibirloque
que se muestra
con su calva centelleante a plena luz del día sin rubor alguno,
pena alguna por el descuido
con que usa sus vetustas estridencias
con metales que no estridentan nada,
hacen mutis y salen de la escena como si no pasara nada
o todo fuera un sollozar continuo por los cuerpos
que siempre se están yendo como imagen de otra imagen
que escapa de un espejo y se reencuentra en otro,
se diluye en otro como sombra olvidada por su sombra,
ánima sola en la penumbra que olvidó su sombra
o cuerpo implícito en los placeres de la noche
pero nunca en forma que explicita su *ser* cuerpo
que *está y no está*, al mismo tiempo,
en todas partes y en ninguna parte
o división que se lograra hacer de los dones corpóreos
de este mundo,
cuerpo que se abre a lo nocturno y se disuelve en agua,
cuerpo en hueco que regresa ahíto,
colmado por su fuego,
cuerpo ardiente,
luz acostumbrada a figurar como jamás en tierna forma,
luz arisca como extrañeza de las corrientes subterráneas
que complican todo intento de querer atajar a los cuerpos
en su huida hacia lo oculto que se engrasa en las costillas;

ángel huérfano de corchos y botellas,
de silbidos,
de timbres que no suenan ni practican ninguna forma
de ejercicio o profesión alguna,
pero beben y desenvainan los plumeros
que fiestan por los cuerpos o arman pleito
o aplauden transgresiones de cuerpos a guitarras
o de vidrios a amargos danzarines que transmutan
la música en metales
o tristes desatinos de disolverse las palabras sin decir te amo,
beben sus alcoholes gruesos,
sus desaires,
muere y baja a los infiernos como un suicida
en busca del reposo que no encontró en la muerte,
un reglamento funeral en que se exija
que cierta dosis de piedad
descienda desde las alas de los cuervos
y se clave en la sombra dejada por los huecos
que, cansadamente, decidieron irse,
transterrarse a oquedades un poco más benevolentes
que quisieran, tal vez, prestar mejor servicio
a los que anhelan amar desesperadamente
como furia o pasión que irrumpe sin tocar la puerta,
hoguera que anochece en flojedad de sueño y brama,
lanza fuego por las lenguas ardorosas de lamer la carne
y ruidita como un tambor furioso o un timbal alebrestado,
trombón muy cerca de morir con todo
y trombonista a cuestras,
señor que sólo tromba mientras descuida los jardines,
las cercas que vigilan que los muertos no se escapen
y hagan de las suyas,
se comporten como buenos muertos y cuiden que los vivos
no se alteren mucho cuando les jalen las orejas,
dócilmente se dejen trasladar de un mundo a otro,
de una dimensión imaginaria a otra dimensión
aún más imaginaria

lo que la acerca demasiado a una dimensión concreta,
no la abstracta extravagancia que requieren los vivos
para no saberse muertos pero muertos dóciles,
sin actos de acrobacia,
sin muebles que rechinen o maneras pudibundas
de no enfrentar problemas de conciencia en crisis,
conciencia destrozada por los mordiscos de los perros
que vigilan que casi nadie entre a los talleres
donde se fabrican noches o desvelos,
pesadillas,
tabernas comedidamente amargas,
cuerpos a la orden con servicio expreso,
bien cordiales y no cuerpos a los que haya que arrancarle
el corazón de cuajo y servirlo en estofado
o hacerlo rotundo picadillo y degustarlo
con buenos tragos de mezcal como venganza
por tanto daño que causaron,
tanto amor que subió a las azoteas y fuese
haciendo muchos remolinos,
pocos aspavientos,
ilustremente muertos bellos tan queridos,
tan extraños como una almohada armada con soplete
o un salvavidas que se ahoga en un árido desierto,
una cantina donde sirven frutas secas
o el agri dulce olor que dejan los recuerdos
cuando saltan de un alambre a otro,
un trozo de alquitrán a otro,
un azufre que canta desgadamente o una leve oscilación
de los péndulos
que tienen cierta inclinación a no moverse,
actuar como no-péndulos pero sí círculos
que tiemblan de pavor
cuando les piden que disculpen las molestias
que causa el movimiento cuando emprende el vuelo
y les pide que se vayan a otro lado,
lejos, como cuerpos,

que arriban a la niebla y no encuentran a nadie,
ni a la niebla
y hay dudas de que la niebla sea, de verdad, niebla
y no un tactar de ciegos que acarician polvo
o un espejo carente de reflejo donde ningún rostro se asoma
a contemplar el estropicio dejado por los muertos,
cuerpos con una extraña sensación de ser la *Nada*,
de navegar en nada,
un espejismo,
lo irreal vislumbrado como parte sustantiva de lo real
y no una falsedad entelerida y harto lloriqueante
o lección de que los cuerpos y las cosas también mueren,
rabian,
se retuercen,
gritan,
se adoloran,
crujen como manera de entenderse idos,
muy remotos,
muy remota percepción de que tuvieron cuerpo,
carne,
músculo,
energía,
calor entre los muslos abiertos al espacio,
y queda el agua en flotación latente,
pronta a hundirse como agua que se encuentra
muy abajo del agua,
muy debajo de círculos y esferas en que los cuerpos yacen,
franja estrecha de tierra,
resquicio de planeta alguna vez poblado,
ahora solo,
curso para ahogados o espíritu que cae en la mendaz idea
de que la libertad es una voluptuosa dama obesa
que camina con los senos fuera
y sonríe muy desdentadamente,
sin ninguna gracia o afeites que le cubran las grietas
de la cara,

cuerpos como en huelga de mostrar lo bello de la carne
y organizar un mítin en pro del predominio de lo cárnico
sobre otras virtudes terrenales,
mundo en lo horadado y muerte imaginada
o imaginario en que la muerte toma posesión
de cuerpos y despojos,
vías férreas,
avisos para los que alquilan su alma
de que la perdición está muy cerca y puede arrebatárselas,
volverla cenicienta o hacer que los manubrios del triciclo
no funcionen
y se estrelle contra el poste que el suicida escala
trabajosamente,
muy patética la escena en que el pegoste principal
se descompone
y fallan los recursos para que el nudo apriete donde debe
y no donde le dé la gana,
y el suicida manda y se desmanda,
corta el aire con súbita elegancia
se desploma con feroz confusión de huesos rotos,
tuercas romas,
tornillos en pleno desajuste con lo ideal del mundo,
los cuerpos incorpóreos y sus danzas lúbricas
de cuerpos afiebrados porque el pecado ronda
y establece sus reglas siempre crueles,
siempre atento a causar el mayor daño que le sea posible,
repetición constante de lo escabroso de la culpa,
el dolo en manifiesto,
el arrepentimiento como un jurar en vano,
cuerpos en pecado pero cuerpos bellos,
carne absuelta y lanzada al infinito
como un gemir de alondras o susurros
o mujeres que sollozan bajo la luz de una llovizna triste,
desvaída,
con modales de ángel acurrucado en la distante somnolencia
de los cristales adentrados

en las viejas costumbres amatorias,
 lo lejano que hierve como historia próxima
 y que machuca dedos que se avorazan sobre cuerpos
 y cintilan bajo muros de cal
 o espejos deslumbrados por los cuerpos
 que administran los ruidos de la noche,
 las hogueras profundas en que los cuerpos arden
 y la nocturna hornaza lame la oscuridad que brilla
 sordamente,
 disolución de formas que se estrella en los cristales
 y penetra en estaciones donde se oxidan los tranvías
 y la luz apenas se percibe como un destello inútil
 que emborrona formas que se tuercen,
 crispan,
 muerden,
 crujen,
 trastabillan,
 parece que se caen, pero se quedan firmes, casi enteras,
 casi nervios a punto de venirse abajo
 pero aguantan el peso de los años y no lloran,
 pero ladran,
 trinan en forma despiadada como figuras inclementes
 que quisieran expulsar de la sala a las visitas,
 arrinconarlas en un cuarto sin puertas ni ventanas,
 exorcizarlas,
 extraerles los ángeles custodios e ingresarles en sus ánimas
 todo un tropel de búfalos sedientos,
 ahogación de alcoholes que descienden, turbios,
 por gargantas secas,
 mesetas desoladas donde abundan
 los fantasmas quejumbrosos
 que acostumbran desollar ovejas con el fin de hacer
 que se despierte el miedo
 y atolondre a los serenos sujetos que, objetivamente,
 están al margen

de los hechos relevantes de su propia historia,
 muy venida a menos,
 poco atenta con los cuerpos que gravitan gravemente
 sobre esferas pálidas
 y moran lo vacío que tasca hueso atorado en la memoria
 o tasca solamente su duro tarascazo final
 que se aproxima desde el fondo de los dientes
 en plan de buscar pleito con cualquier objeto
 que pretenda poner fin
 a los desmanes que el demente procura
 traer siempre consigo
 por si aparece la cordura con sus uñas afiladas
 y pretende hacer que la razón se lleve el triunfo
 y reine sobre puertas y ventanas,
 cometas y asteroides,
 lavadoras y planchas que compren ropa ajada
 y la dejan como casi nueva
 diluvio universal de plomo derretido junto con cerveza fría
 que permita gozar del bienestar de que disfruta el mundo,
 los cuerpos consagrados,
 partición de lo múltiple que se reparte por sí mismo
 en grandes trozos de absoluto,
 pequeños desgarrones de dolor que hacen
 que la unidad de los contrarios sufra mucho
 y lo grande se vuelva irresoluble condición
 frente a las cosas pequeñísimas que tanto estorban
 la unidad del mundo,
 suma de los cuerpos y suma de lo *Todo*
 o boquete que no encuentra manera de hallar su tapadura
 para evitar que los cuerpos se le escapen,
 se diluya como alfiler que no detiene nada
 o sábanas envueltas en cuerpos que no existen,
 no inventados aún o, ni siquiera, como simple imagen
 o idea de la pureza de los cuerpos que están lejos
 de que la muerte escale las ventanas
 o resople como animal que desconoce el miedo

que los cuerpos de verdad
 despiden como apenas no-meditación sino tristeza
 que se duele de lo enteramente ido,
 lo enteramente no-quedado en ningún sitio
 como mirada de fantasma que traspasa oblicuamente
 los vacíos
 y no encuentra después de la pared
 sino la sensación de que las cosas y los cuerpos
 se escurrieron de manera abrupta,
 ellas solas,
 como empujándose a sí mismas para salir atropelladamente
 para encontrarse más allá de la pared
 y ver cómo el suicida se cuelga de la cuerda y salta,
 conciencia hecha pedazos,
 no-conciencia, más bien, de que la muerte se ataranta,
 a veces,
 y bufa como un señor sentado sobre una cuerda floja
 que se mantiene en equilibrio un rato,
 pero acaba por caer justo donde ya no hay cuerpos
 ni memoria siquiera de esos cuerpos,
 nada-nada,
 pero un montón de escombros
 se sacude su propia escombradera
 y se resuelve a ser amante fiel de las nocturnas formas
 que hubo
 cuando el escándalo pasó y no había nada por tatar
 o solamente viento hubo y se fue gritando quedamente,
 susurración ahogada en su propia ventolera,
 su crujimiento de airón que se desploma
 o cavidad que se transmite a su caída
 y cae interminablemente,
 cavidad tras cavidad de arriba para abajo
 hasta que acaban las bajadas y hay que subir de nuevo
 para iniciar el ciclo,
 construir las cavidades que uno crea
 que le pueden hacer falta para caer con toda dignidad

o un espacio para que los suicidas se entretengan
jugando al escondite con los cuerpos,
pero a oscuras y sin cuerpos,
pura fluidez de los escombros que circulan gravemente
arrastrando todo,
amontonando todo,
como básculas para el pesaje de los cuerpos
o exacta medición de lo corpóreo,
el tonelaje real de lo destruido por los cuerpos,
la culpa como una losa de cemento que se agranda
a cada día de modo milagroso
como prueba evidente de que la expiación
no llega por vía fácil,
se incrementa su volumen de modo galopante
como presagio del infierno que está donde los cuerpos
y su imagen desaparecen por completo
y queda sólo la ruptura de los huecos,
algo parecido a nada, pero vuelto cuestión sólida,
tangible,
que se palpa,
se mastica como cuerpo envasado por la *Nada*
y distribuido ampliamente por el mundo como *Nada*
o cosa que cae sobre la piel y no puede desprenderse,
metafísica de lo concreto pero abstracción de los cuerpos
vistos como sonatas para piano,
oídos como esferas que suenan como luz ligeramente infame,
turbia,
como salvada de otra luz que se apagó por falta de aire,
de guitarras,
luz que sobrevive en lo salvaje de la nada en que el ahogado
intentó saciar su sed
o retornar a la demencia alcohólica
que desentierra ceniza solamente
o un vacío saciado de su hartura,
agua hueca repleta de vacío que se derrama
sin ningún objeto

pero sosiega un poco el furor de las máscaras
 en que los cuerpos agonizan con lentitud pasmosa,
como suicida que quiere arrepentirse pero ya está muerto
 y no le queda sino encontrar su sombra
e irse como sombra o palidez característica de los difuntos
que abjuraron de su amor para volverse
 gente cuerda y sobria
y quedaron convertidos en formas neblinales tristes,
 poema inacabable,
tristísima novela que acaba cuando los amantes se despiden
 en un parque
y no vuelven a encontrarse nunca,
 lloran mucho,
lloran todo el tiempo y sus lectores sienten ganas
 de llorar como ellos,
junto a ellos y ahogar la pena en jugo de jengibre seco,
 pero no pueden porque son seres ficticios,
no reales vestimentas resistentes al ácido
y demás procesos corrosivos con que el tiempo juega,
 se lame y se relame los bigotes,
maúlla de contento ante la imagen de los cuerpos que parten
 de manera estoica pero firmemente,
con nobilísima constancia como si no tuvieran otra alternativa,
 otra forma de desasirse de sus cuerpos,
de quedarse carne alimentando brasa,
 siempre brasa calentando fríos,
no disección desventurada ni círculo
 que se retrae a sus orígenes como finito
que sigue siendo comienzo de infinito,
mero inicio o infinito que apenas si camina
 sus primeros pasos,
sus vagidos prenatales que delatan su absoluto carácter
de inocente criatura que se asoma a lo que todavía no existe
y le da un poco de miedo mirar lo que no puede mirarse
 porque nada existe,
todo es futuro por completo impredecible

y golpeadas con furia ferozmente reprimida
o descenso hacia una muerte oscura,
un sol que se achicharra y no se extingue,
una violenta luz que se convierte en agua sulfurosa y arde,
un solo paso más y aparecen en escena los pozos
que suben desde abajo
y caen encima de uno y lo sumergen en ese líquido viscoso
que es la melancolía,
dama adusta,
señora demasiado seria que sonríe pero no se nota,
cuerpos en pecado y, en sí mismos, bien pecaminosos,
bien ardientes,
abrasivos como un ácido dulcísimo o una espina que quema
pero que cura de inmediato,
desgarrón que llega, inopinado, sin consulta previa y mata,
pero vive,
sana heridas,
resucita muertos que entonan sus cánticos de gozo
con pasión extrema,
delirio inenarrable que rompe los sistemas de la lógica,
los goznes de las puertas,
la oscuridad que escapa de las lámparas
cuando no ejercen su función de luz inmóvil,
su misión de transportar los cuerpos del hielo al tiritar
en que se cuecen las estufas
o radiador que se congela como señal de que alguien
se asomó a la sombra;
olfateó la densidad acuosa que viene de la sombra,
se metió en la sombra con un adentramiento hacia lo oscuro
de las lámparas cuando iluminan quedamente,
signo que baja de modo silencioso como señal
de cautelosos pasos,
casi miedo a lo noctámbulo que no se acerca mucho
o salvación pero extrañadamente fija hacia lo lejos,
cuerpos traspasando nieblas,
rostros,

continuo acicalar de las formas a que el amor parece
estar acostumbrado,
cuerpo leve,
deleital,
lenguable en alto grado de excelencia,
totalidad como de mundo convertido en cuerpo
y cuerpo en mundo,
en palabra fundante de otros mundos menos áridos,
menos corrugados,
más espacio libre,
disipado,
cuerpo a lo infinito,
la sangre como una vaharada enorme que sale a borbotones
que desnuda todo,
vivifica todo,
el desenfreno como expresión de que la vida
vale la pena de morirse
y amor implica la creación del caos,
la vuelta del desorden primigenio,
tatemazón por los chisporroteos
que llegan de todos los infiernos,
la carne alebrestada con su jauría en persecución
de un acto delictuoso pero bello,
como un crimen contra la norma establecida,
asesinato de lo dado como modelo
para los matrimonios y las muertes,
subversión de lo real como procura del abismo
en que el amor encuentra fundamento,
derramamiento de las aguas,
desbordamiento de los ríos como certeza
de que los dientes chirrían
y la locura se transfiere a los espejos que giran locamente,
se enardecen,
confiscan brutalmente todo cuerpo o sensación
que salga o esté cerca de los cuerpos,
deestructure la armazón corpórea que los circunda

y libra de agresión externa
y los maniata para asarlos lentamente,
cuerpos en salazón y lógica ya inútil que se derrumba
con el mayor estrépito posible,
moral como completa prohibición de lo estatuido,
lo correcto,
liquidación, más bien, de normas y costumbres,
de máscaras y tanques de buceo,
cuerpos en traspaso por espadas de delirios escapados
del ludibrio
o aullido atrabancado en boca en pleno azoro
de sentirse fuego y saberse que es deseo,
oscuridad furiosa que detiene al mundo,
lo domina con estertores o balidos,
con relinchos,
potro ensimismado que jadea bajo la luz marina,
susurros ciertamente o lengua silenciada
por múltiples asombros,
fuentes luminosas desde antes del origen,
amasación de cuerpos en busca de mundos fecundados,
luminosos desde la *Nada* misma dadora de la vida,
glotón goloso de la carne fresca,
húmeda,
casi ardiente,
casi ardor más allá de toda comprensión posible
o alarido de un tigral que salta del beso delicado
al más feroz zarpazo y que se aleja,
vuelve,
desquiciador de mundos y de cuerpos
y desquiciado él mismo,
maremoto que se abate sobre cuerpos náufragos,
imágenes para después de la hecatombe
que apenas comienzan a reunirse
y ser como olfateo primero de los cuerpos nuevos,
la lengua en plena actividad cognoscitiva,
conocimiento por los cuerpos de que lo real existe,

de que la realidad se desarrolla
 aunque con pasos de tortuga asmática
 y al borde de la muerte que recoge el silencio de los signos
 como pared frente a lo hermético corpóreo,
 la indecible señal de que el silencio siempre gana
 en la misteridad
 con que los cuerpos se resguardan del lenguaje,
 mudan lenguas
 parlan en idiomas que destilan un algo que resuena
 como asunto amenazante,
 un poco tierno,
 como esferas novísimas que aún no saben
 cómo se ilumina el mundo
 pero hacen su mejor esfuerzo
 por lograr que la luz esté presente
 en casi todas partes aunque sobran sombras,
 hay una enorme cantidad de sombras excedentes
 que no encuentran lugar en donde descansar un poco,
 sollozar un poco,
 sentir nostalgia por su propia sombra que dejaron olvidada
 no se acuerdan dónde,
 en qué pasillo olvidadizo se perdieron los restos de la noche
 que se fueron desgajando sin casi darse cuenta
 y terminaron como un costal herido por los vidrios
 que se guardan dentro de las zonas subsidiadas
 en que el amor parece que aparece
 pero hay un fingimiento general que afecta, sobre todo,
 a las regiones perdularias que el demente habita
 en medio del normal conflicto entre razón armada
 hasta los dientes con sutiles argumentos
 y locura con su rostro de inocencia plena,
 insania que goza de un estado de salud perfecto,
 casi angélico,
 casi voluptuosa sensación
 de acariciar un cuerpo eternamente,
 fin de fines y principio de todos los principios,

origen del origen que dio origen al pecado
como fausta letanía del mundo,
carne en que se absuelve todo,
aunque ligeramente se arañen las espinas
y los cuerpos crujan,
pero leve,
pero tierna,
suavemente suenan como aguacero en santa calma,
beatitud de la carne en viaje hacia lo excelso,
carne plácida como estructura henchida de silencio
ceniza constituida por silencio,
silenciamiento del silencio que se calla a sí mismo,
silencia a su silencio,
lo reduce a un mínimo silencio que pesa densamente,
gravita sobre cuerpos como señal
de una catástrofe inminente,
un desgaje pavoroso de los objetos demasiado grandes
que padecen de cierta flojedad congénita
que los obliga a caminar con la cabeza gacha,
mirada en el subsuelo,
pies que arrastran las pesadas cadenas que el espanto obliga
a mal llevar a los penados
por el gozo irreprimible de amar
y no ser correspondidos en la misma proporción
de llama y de sofoco,
salvación que sea, a la vez, condena y sea infierno y paraíso,
al mismo tiempo,
carnidad perfecta en el reencarne de los agrios fantasmones
que tuvieron forma de cuerpo de mujer e irradiaron luz,
pero después,
sombra o negrura salida
de una noche que no termina nunca,
sigue siendo noche negra como cuerva que se queda ciega
y escucha que las cosas caminan hacia ella
y la empujan brutalmente hasta dejarle el corazón con un latir
como de ave en paz consigo misma pero en guerra,

también, consigo misma,
 combates que se dan entre el gemelo *uno* y el gemelo *otro*
 que pendulan
 porque no hay un *centro* que detenga el oscilar
 de los cadáveres
 que no atinan a saber adónde dirigir sus pasos,
 subir las escaleras para, después, bajarlas y subirlas,
 más después, para bajarlas nuevamente y así,
 hasta que sean las escaleras las que cesen en sus mañas
 de que todo el mundo suba y baje,
 baje y suba,
 sin tener jamás un chance de quedarse inmóvil
 o ir a la derecha o a la izquierda de los cuerpos giratorios
 en torno de los postes
 que el suicida usa en sus juegos malabares,
 sus continuas fugas de un espejo a otro
 o del ruido de un metal tranquilo
 al ruido de un metal que no hace ningún ruido
 pero arma una atroz escandalera en sus mitotes de metal
 desgarrado por múltiples navajas que llegaron de repente
 y, sin pensarlo mucho,
 comenzaron por cortarle la cabeza a todas las palomas
 que moraban
 en los altos campanarios y tañían sus tenues alas
 con toques de trombón en plena moribundia
 que exhalaba sus trombosas quejas
 en medio de rudos artefactos que volaban en sentido opuesto
 a la esperada vuelta de los dulces cuerpos,
 los cuerpos estimables que avisaron que seguramente
 no vendrían pero nadie sabe,
 porque son cuerpos volubles como esferas
 o sonidos que regresan
 sin tomar en cuenta los avisos
 que el pregonero de la mala suerte
 envía con un extraño mensajero
 con disfraz de espantapájaros de mucho colorido

que sugiere
 que los cuerpos se fueron a otra parte para estar tranquilos,
 vivir la buena vida y no los coletazos del demente
 cuando intenta penetrar al interior de los espejos
 y se encuentra que no hay nadie que le abra,
 amablemente, los portones,
 invite los mezcales necesarios para que crezca la autoestima
 y el señor de los presagios que casi siempre fallan
 se sienta en buen estado al confesar sus culpas,
 una a una y desastre tras desastre sin faltar ninguno,
 caos tras caos que el réprobo dicente creó
 por donde huyeron sus pisadas siempre huyentes,
 sus pasos siempre perdedizos que buscaban siempre
 no dejar ninguna huella para que nunca lo encontraran
 pero pedía a gritos que los cuerpos idos volvieran a buscarlo,
 regresaran a girar alrededor del poste en que el suicida
 daba vueltas por ver si los veía acercarse,
 saludarlo,
 entonar sus cantos funerales,
 despedirse,
 cuerpos de Alejandra,
 de Gabriela,
 sombras de una Blanca oscura,
 sombra María Elena,
 cúmulo de sombras sobre el cuerpo roto de Elba,
 cuerpo de Roxana y cuerpo de María,
 rotundidad de los espacios que se angostan,
 se clausuran,
 terminan en no-espacios,
 sí cajones encerrados en sí mismos donde el poeta
 desarchiva sus memorias y se vuelve hacia lo ido,
 recordación para difuntos que crujen en las calles,
 chirrían en las calles,
 vivos,
 calmos,
 materia corporal radiante,

giratoria,
 adentración del poema en los silencios de la muerte
 o palabras que pierden su sentido en medio de desastres
 o derrumbes que apagan los sonidos,
 catapultan huecos que tiran las paredes,
 inauguran agencias funerarias que otorgan
 menciones honoríficas a los bellos cuerpos táctiles,
 los cuerpos bien amados que también llegarán
 a las regiones tristes,
 sin danzantes,
 sin magníficas parábolas que impliquen una buena vida,
 mezcaleada para occisos,
 el poeta y sus demonios gemelares
 que siempre lo acaparan todo,
 lo retuercen todo y dejan sólo huecos,
 mezcal para llenar los huecos que se tragan todo,
 lo devoran todo,
 palabra que no rebata nada pero rebata las preguntas
 que llegan de los cuerpos,
 las oculta o las convierte en signos del misterio,
 las condena a lucidez extrema pero hablando a solas,
 coruscando solas como agria letanía en pleno desencanto,
 plena maduración de la extrañeza vista como forma arisca,
 forma despiadada que rumia sus errancias
 y se evade por patios traicioneros,
 zaguanes semiocultos por una niebla fría,
 salones donde el vino vigoriza los espejos
 y los convierte en rostros que despiden flamas,
 labios como dientes que sueltan su mordisco y besan,
 caen como cuerpadamente corporosos cuerpos caen
 y se aparecen como cuerpos reales,
 cuerpo entero erguido y bien erguido,
 casi real como una palpación de carne de mujer
 que llega por la tarde
 y logra que resuenen, nuevamente, las campanas,
 canten parques o suban los jazmines hasta el cielo,

bailen en la materia prima sólida y concreta,
masa cárnica como único platillo para un banquete óptimo,
lujuria trae lujuria que ocasiona

que las cosas queden arrumbadas,
solitarias,

menesterosas de una dádiva por parte de los cuerpos
que celebran su sutil belleza

o banquete dado como devoración de esferas
o suntuosa ceremonia para escandalizar a las estufas,
devolverlas al sueño original de las hornillas que padecen frío
y tiemblan

y se oye a la misericordia golpeando los cencerros,
pero lejos,

perpetuación de lo vacío para llegar donde la noche acaba,
zona de riesgo donde se atorán las imágenes,
se tuercen o quedan entrampadas en la mala memoria,
la deficiente red que distribuye los recuerdos malamente
y de mal modo,

la cruel insuficiencia de la memoria golpeada
desde el punto de vista de lo que se quedó lejano,
pésimo instante en que los cuerpos decidieron irse,

desalentar a los metales a que suenen,
a los suicidas a que giren con grandísima alegría,
a los círculos a que circulen velozmente

y armen un ruidero grande,
no se enmohezcan,
no contabilicen las pérdidas y las ganancias

sino signos muertos,
círculos perfectos y esferas denodadamente puras,
cuerpos amorosos como agua enfebrecida a tiempo

para que el tiempo se desgaste un poco,
se corra bastante,

muerte a diario bajo tensión de las espinas en extremo cautas
ante los fríos que ascienden del infierno
y temblorinan grandemente sobre cuerpos bellos,

cuerpos como una eternidad frustrada por la irrupción
de los espejos,
cascadero de huesos o de ausencias ya cansadas,
ya multitud en sombras o fieramente los labios se entrecruzan
y combaten arduamente,
lenguas combatientes como arcángeles posesos por la furia,
conmocionados por una rabia oscura,
sombrios cuerpos se cuerean y descuerpan,
se determinan como cuerpos dedicados
a los deberes de la noche,
los pone a discusión como sujetos de cordura o, más bien,
demencia para cuerdos,
razón para dementes,
música para trombones con hartísima nostalgia
o demonio que farfulla tristemente sus cuitas amorosas,
hoscocidad de las regiones vencidas por lo lejano de la tarde,
los cuerpos escondidos en donde el aire no fermenta
y se transmuta en vino
sabe a fuego y a cal deshidratada
a café como pedazo de carbón amargo
como espina que se clava,
escrupulosa, en cualquier carne o cosa que semeje carne,
materia vuelta hacia sí misma,
cuerpos idos pero, también, cuerpos presentes,
conjunción de cuerpos de fantasmas que, alguna vez,
tuvieron cuerpo
y se juntan a la manera de linternas o flautas cantarinas,
conocimiento de los cuerpos como materia básica
para entender el mundo,
soportarlo, como un elevador añoso que tiene que empujarse
para llevarlo al primer piso y, luego, darle muerte,
desahuciarlo,
subir a pie o, mejor, quedarse abajo o más abajo aún,
poblar el sótano de sol y masa vegetal
y mar que irrumpa en la disolución de lo terráqueo

o incrementalmente la proporción de los ahogados
de un modo consistente,
firme,
sin piedad alguna o desconocimiento de los cuerpos
como manera de insistir en que lo real existe
bajo la forma de un vacío
o un despropósito que ni siquiera alcanza a realizar
sus más fútiles sueños o, en realidad,
no haber algo que sea realmente real sino apariencia
de figuras o máscaras
que bailan detrás de un mamotreto oscuro,
un miriñaque que se espanta de su sombra
y corre como un desprevenido hacia las níveas formaciones
que dejan los espíritus cuando persiguen a sus muertos
y no hay quien les cuide las espaldas
o vigile que el fantasma no muera de la risa
y se le caiga su falsa dentadura,
sus orejas percutidas con leña,
lenguas vociferantes con un ruidero extremo,
bien ruidoso,
bien estremecedor con sus potentes carcajadas,
buen acostumbramiento para que no se entienda lo que pasa
y todos lloren en tono lamentoso
porque no se entiende ni a los cuerpos ni al lenguaje
con que los cuerpos expresan sus deseos,
su desesperación por ser cuerpos de verdad
en medio de tanto titubeo,
tanto desheredado guardián de las costumbres,
tanto orden y decoro,
tanto ahogado que no acaba de anegarse,
tanto sermón que se emborracha con tanta moralina,
hosquembre del lenguaje que no sabe decir "te amo"
o no quiere decirlo porque el miedo despliega sus silbidos
y no hay manera que los cuerpos se aproximen,
se desnuden,
den rienda suelta a golondrinas y fantasmas,

sean,
 adquieran un sentido de lo irreal que los acerque más
 a lo indecible,
 lo que se mira solamente pero no puede tocarse
 porque quema,
 lo lejano,
 pero lujuria llega desatada desde el fondo de los pozos,
 ávida de carne,
 apetencia de los cuerpos y extenso recorrido
 por lo radioso de los cuerpos,
 lo estable de los cuerpos,
 magnificencia del amor para que las trompetas
 magnifiquen cuerpos,
 elaboren manuales para el disfrute de los cuerpos,
 recetas bien armadas para la sazón perfecta,
 la cocción exacta,
 saciamiento del hambre hasta llenar los huecos densos,
 las médulas vacías,
 agua que reverbera y arde como un desbarajuste
 que sale de los cuerpos bajo el calor que dejan los sofocos,
 la altísima temperatura que emana de los cuerpos
 crepitación y crujidera,
 terremoto,
 cuerpos náufragos,
 o imágenes para después de la hecatombe,
 sonoridad de lo silente como sirena de vapor cercano
 ya a su ocaso,
 último viaje para cuerpos sentenciados a ser sólo un recuerdo
 en continuo proceso de desgaste y que, implacablemente,
 termina en el olvido,
 país extraño donde hasta los olvidos
 se olvidan de que son olvidos
 y regresan en busca de que alguien los recuerde,
 les prenda veladoras en los parques públicos
 y beba una cerveza a su memoria,
 un trago para irse haciendo él mismo cuestión olvidadiza,

sujeto del olvido,
 señor que se entretiene inútilmente en busca del recuerdo
 dejado por los cuerpos
 que no reparten salvación alguna
 y lanzan bendiciones tristes,
 palabral envuelto en un silencio espeso de cemento armado
 hasta los dientes que sentencia a cuerpos a no irse,
 a ser siempre una perpetua sombra,
 repetir los mismos bombres, al modo de un olvido
 que recuerda todo y se lo incrusta en la memoria
 como un cadáver sentenciado a muerte que busca compañía
 o el tumulto causado por el mar cuando se vuelve hosco
 y deja atrás sus turbulentas aguas,
 las manda tierra adentro como si fueran cuerpos
 que penden de la luna
 y que descenden lluvia que empapa a las personas serias
 como pingüinos con su cara mustia,
 pelícano desmañado que aturde golondrinas
 y las manda a volar sépase dónde,
 mientras los cuerpos se descuerpan como pluma en vuelo
 de equilibrio leve y a punto de caerse siempre,
 pero salvan cuerpos que caminan con lentitud
 de asunto grave que no tiene respuesta
 y se demora eternamente en dar la vuelta al globo,
 nunca responderse,
 seguir con la mirada lela que adoptan los asuntos graves
 para que crezca su importancia
 y la gente hable de los cuerpos y sus constantes devaneos,
 sus fluctuaciones de carácter que asustan al cambiante clima
 y lo hacen refugiarse en una calma chicha
 una voluble destemplanza que ocasiona
 que el amante piense en el suicidio
 como razón para quedarse con algo de cordura
 a bordo de las naves locas que los cuerpos guían
 por mares tempestuosos sin tener el rumbo claramente
 definido,

538

crujimenta todo como falsos huesos
que buscan hueso verdadero,
buscan cuerpos que anuncian la tristeza como cuerpos rotos,
desfasados en su tiempo propio,
dimensión oculta en que se esconde la carne fragmentada
de mujer amada pero distantemente lejos,
como ajena,
como jardín cercado por fuerzas enemigas,
disolución de las virtudes hogareñas
para dar paso al desenfreno,
gruñido de los lobos o jinete desbocado
que trasnocha los límites del sueño
en un espacio imaginario que se convierte en real
al paso de los muertos
donde una tenue oscuridad mastica la lujuria de los cuerpos,
hidra o yedra o muro a duras penas contenido
en su derrumbe de cuerpos afiebrados,
muslos como una flama hendida o fuego en plena brama,
cuerpos en corporación continua,
movilidad de lo continuo que sólo se presente,
no se roza,
no puede ni mirarse,
pasa como un desesperado fugitivo que no encuentra lugar
donde ponerse a salvo de tantas acechanzas
que le cierran el camino,
tanta trampa que se le abre a cada paso
y amenaza hundirlo
en un berenjenal de asuntos que no alcanza
ni a plantearse claramente, menos resolverlos,
entendimiento oscurecido por su propia visión del universo
como un obstáculo imprevisto que aparece
cuando nadie se lo espera,
surge muro negro,
pesadillesca concepción de lo vacío como un cuerpo
sin destino propio

que no conoce el frío que sueltan los dementes
 cuando chispan,
 no amartillan la pesadumbre del ahogado
 cuando es un mal oleaje el que lo lleva al fondo,
 los revuelca en la ternura que demuestran
 los difuntos hacia sus propios méritos en vida,
 su pasado estropajoso como una virtud pecaminosa
 que abomina su malvivir pero, también,
 de los fastos de este mundo,
 las pompas de jabón iridiscentes que proclaman
 el fin de la maldad
 y el principio de los objetos un tanto sensibleros,
 lloriqueantes,
 amables en exceso como pesada maquinaria
 que procura no romper del todo
 o hacerlo con muchísimo cuidado, en todo caso,
 a las recién nacidas que transporta del útero materno
 a las heladas regiones de la luna
 donde deben adquirir un delicado olor de golondrina
 que los aleje de los riesgos que implica ser un cuerpo bello,
 una adorable lámpara que brinda luz perpetua
 a los pobres descarriados que buscan un camino
 que los salve, no de todo mal-Amén,
 sino de aquellos males que lindan
 con el *Bien* de modo peligroso
 y pueden provocar daños irreparables
 en las crujientes tablas que sostienen, aún en pie,
 al pecador que se merece una condena grave,
 un hemicycle de sentencias oprobiosas
 que le enseñen que el *Mal* es algo maligno de verdad
 y no el simpático avestruz que ondea
 sus banderolas de arcipreste
 por las calles más sórdidas que hubiera en el planeta,
 como signo de que un furioso vendaval se acerca
 y pudiera trastocar todo el espacio dedicado
 a los volúmenes corpóreos,

los cuerpos corporosos que lo invaden todo y, luego,
descorpan y se van como un fantasma

vestido de alquimista,
una sábana que se desgarran en varias caperuzas negras
que lanzan ayes de dolor que descoyuntan
el fervor que los alambres sienten por las formas informales
que puedan permitir sujetarse a voluntad de cualquier cosa
o flotar indefinidamente sin que el sueño de los cuerpos
caiga en un sopor profundo,
una total indiferencia hacia las cosas vanas de la vida
y sean no cuerpos rigurosamente formateados

sino pequeñas bienandanzas
que los espíritus jocosos echan a caminar

en prueba de que pueden desmontarse cuerpos,
reubicarlos, de manera que impidan que los espejos

se salgan de su quicio
y deambulen por las calles y se escapen las imágenes

que deben siempre de añejarse adentro,
nunca afuera porque hay peligros inminentes

que pueden desgastar los cuerpos,
deshacerlos o dejarlos hechos un hueco de cemento
o un tendón que se quedó sin nadie que le hiciera caso,
médula sonriente o labios que no besan,
no acarician los ojos del insomne

que no ve hacia dónde se dirige
y se tropieza con todos los objetos clausurados

que ciegan los caminos,
tristes formas o cantos que asumen la derrota

y glorifican el reino de los cielos,
dominio del nocturno que hachaza las tinieblas

pero se queda sin su alma y sin su espejo,
su imagen del gemelo que lo daña y salva,
nulifica y vuela a las andadas

con su presa prendida de los dientes,
dentición amarga para perros agrios que mastican sombras,
devoran campanadas que salen del sepulcro

del primer difunto,
el muerto corroyente que saluda muy ufano
a los tardíos esqueletarios que llegaron demasiado tarde
y no encontraron sitio en parte alguna,
porque danzan por el mundo apavorando cuerpos,
maniatando cuerpos para que queden

bien sujetos al delirio pasional
del viejo horadador de lo que ya está siendo lo horadado,
lo meramente hueco y carente de sentido como mundo,
como cuerpo enfrentándose a sus cuerpos
y cuerpos como yéndose pero después de haberse ido,
no volviendo,
no destroce de su propio cuerpo

envuelto en blancas vestiduras,
no la carne que se clava, inmaculada, en otra carne
y se mantiene, atroz, como causal de la caída de los ángeles
que arman un ruidero en lo celeste
que empuja las virtudes a caer
en los vicios más nefandamente honestos

que puedan concebirse,
del modo en que la luz camina hacia la sombra
en los tétricos billares donde gana el azar
con sus más desleales tretas,
mañas del mañoso jugador de cartas

que carga dinamita en los bolsillos
y la hace estallar en medio de la feria
y salta por los aires todo mundo,
toda desproporción recoge sus grandezas
y camina con paso acompasado y grave

que suben a sus broncos caballitos de madera
y gritan de alborozo cada vez que algún jinete
se cae de su montura y se parte el esternón en mil pedazos,
mil estallamientos que comparte un círculo con una esfera
para dar la vuelta al resplandor dejado por los cuerpos
y saltar a la otra dimensión en que los cuerpos

esperan el tranvía que debe de traerlos de regreso,
 corre que te corre maquinaria absurda
 que desoye
 toda clase de advertencias de que más vale no llegar jamás
 que llegar muy tarde o muy temprano
 porque nunca hay alguien a la espera
 que los muertos lleguen y los cubra con cruel benevolencia,
 fría dulzura,
 maromas para la hora del golpe terrenal
 que hace que crujan las débiles costillas
 que intentan exhalar el último suspiro
 con la mayor dignidad que sea posible,
 fuertes pero pocos estentóreos
 gritos que hagan destemplan al mundo
 y lo sentencien a un congelamiento lento y prolongado
 con venta de hieleras para los hombres probos,
 las señoras fragmentadas por excesos en procrear virtudes
 que despiertan sedes insaciables
 que fenecen en vasos de mezcal que se beben a sí mismos
 en una inagotable procesión de velas apagadas
 que susurran cánticos luctuosos
 cuando la banda toca marchas fúnebres
 y los amables asistentes al velorio bailan gentilmente
 mientras los fiambres recorren la escalera
 como en una exhibición de modas, muy contentos,
 a la mitad de un magnífico espectáculo circense,
 ballenas amaestradas,
 sombríos payasitos escapados del armario
 en que se guardan los rostros olvidados de los cuerpos idos
 que se quitan los tornillos y desarman pieza a pieza,
 clavícula a clavícula como un rompecabezas
 fácilmente transportable,
 jamás de los jamases ensamblable nuevamente,
 parlante cementerio de recuerdos que se oxidan
 y acaban por perderse.
 circo triste con elefante vencido por la tirria,

y se va, como dejando atrás las destrucciones bien habidas
sin tomar en cuenta que alguien caminó/descaminó
las mismas tentaciones corporales
que suelen suceder siempre

que un cuerpo se encuentra al otro cuerpo
y el espinazo deambula por un escalofrío que va desde la luz
a lo que está después de que la luz se apaga,
y tiene algo que decir acerca del curso irregular

que siguen las estrellas
cuando viajan hacia acá y padecen ese ardor friolento
que se da
cuando determinadas destrucciones

o ciertos campos de batalla
poblados por los muertos roe conciencias
o devuelve a los fantasmas

a su sombra eterna,
su espectral vigilia que espera y desespera
por el inviable regreso de los cuerpos,
que son como un vacío que brilla pero muy oscuro,

muy cenizo,
como señal de la derrota que se acerca con su cara seria
y grita que los cuerpos ya no existen,
fuéronse fuereando por fuera de la esfera
e inventaron un mundo más lineal en que las cosas

no regresan nunca,
siguen derechuras que llegan al vacío

y ahí se finiquita toda acción concreta
y entrase en la abstracta disolvencia general de toda cosa
formada por materia mineral o grasa cárnica o amable vegetal
que fue verdor y acaba como seca astilla,
cuerpo que ya es como un no-cuerpo o un *no-ser*

al que aún le queda un algo de estructura
o similar condensación de huesos que se empolvan
y crisan desusadamente,
pero no hay validación de los rituales de la magia

que los haga corporarse como si no anduviera muerte
de por medio
con su silbato de color naranja silbando alegremente
sus pelambres ruines,
puro ensueño,
pura fabulación de la palabra que no encuentra en dónde
aposentar su majestad sacrílega y tantas veces mancillada
por los diversos acaeceres
que mascullan sus lenguajes residuales
en líneas demasiado planas,
regiones extensísimas en que domina el lloriqueo
y las cotorras parlanchinas no interrumpen
la ociosidad del laberinto en que el *ser* se pierde
en busca de una identidad más fácilmente prescindible
que la que le vino adjunta,
suya,
irreductible,
de él y no de tanto gemelo que se fue agregando
en el camino,
tanto cofrade que pintó o no pintó jamás su raya
o se siguió o no siguió de frente
o derribó/no derribó las escaleras que la noche pone
para impedir que los extraños se salten las paredes que
impiden que un réprobo ingrese al Paraíso
sin pagar su cuota,
pida perdón a los cuerpos ofendidos
por tanta brusca interrupción
que los gemelos les causaron en sus vidas diarias,
llamados importunos que desviaron la atención corpórea
hacia otros menesteres mucho menos importantes
que los goces que procuran bienestar a los espíritus tristes
por la falta de amor en los sistemas planetarios,
las órbitas celestes altamente rotatorias
que gravitan, incansables,
en torno de los cuerpos para hacer
que se mantengan en orden los restantes cuerpos celestiales,

los querubes con sus lánguidas miradas de arrebol pintadas,
los aviesos serafines que se asoman a los parques públicos
para ver a los amantes tomarse de las manos
y estudiar los mensajes del astrólogo
que augura buenos tiempos
que aún no tienen fecha de llegada
pero recién comienzan a brotar en los jardines
barridos por la lluvia,
lontananzas que se integran, lejos, para dar paso
a una forma
que interrumpe bruscamente su potencia
y se evade de sí misma,
se convierte en grácil sombra,
cierva que huye, pudorosa, y jamás vuelve la mirada,
nunca torna a regiones conocidas
y se convierte en fortísimo desastre,
baño de agua helada,
porción pequeña de rencor ligeramente corrosivo,
desgastante
qué memoria pero, también, qué desmemoria
tan cortante empezó
a deslizarse en los andamios
y no llegó a caer pero quedó en el punto exacto
en que se cruzan los espejos
y todo pareció quedar en suspensión bastante ecléctica
de todos los finales y todos los principios
que pudieran declararse en un poema interminable
y sobrevino un serio y enredado proceso desestabilizador
de los gemelos que empezaron a pleitear
los unos con los otros en fiera sarracina,
zafarrancho oscuro en el que todos fueron los vencidos
y a nadie le tocó el menor premio,
el menor aplauso,
el más pequeño cuerpo que bajara de un tranvía
y se subiera a otro sin rumbo conocido,
tanta conciencia desgarrada que se hacía pedazos

550

o barcos ahuyentados por un miedo cercano al paroxismo
o pavor a un paraíso acalambrado,
tieso,
demasiado sujeto a reglamentos, órdenes y contraórdenes,
contradictorio, que no hay modo de sentirse a gusto,
poco paraíso, a fin de cuentas y así sea de mala muerte,
casi hospital para cuerpos desarmados
o infierno como puente que desemboca en lo salvífico,
grave cosa que motiva profunda reflexión
acerca de la dicha eterna o la condena,
también por todo el tiempo que le dure a uno
su otra perra vida,
agonir continuo,
ladradazal de perros que se asoman a la noche
y no ven cuerpos, sino sombras dejadas por los cuerpos,
sólo sombras que caminan fatuamente,
se desvisten fatuamente,
fatuamente muestran la gran disposición de los dolientes
a velar al muerto,
acompañar al muerto en sus últimos quehaceres,
las devociones últimas debidas a los cuerpos
para que el alma se detenga y cruja menos
o cruja débilmente apenas,
que no se oiga o sólo suene para que no se olviden
que existe pena en su alma,
dolor en sus congojas,
no se apaguen perpetuas veladoras
o rayo ansioso de sentirse cuerpo,
quemazón herida,
llama que lame su custodia,
su calavera de la guarda,
ángel también a su manera aunque muy poco hospitalario
pero útil para indicar el buen camino,
las vías de salvación que están casi al alcance de la mano
pero, más bien lejos,

lejanísima la posibilidad de salvación para uno o para otro
 de los cofrades y, no se diga
 para el conjunto de los *ellos* que cohabitan
 con el ser de Rojas y el no-ser del otro Rojas
 que entra y sale de los círculos como si fueran puertas
 que se abren al menor esfuerzo y no se cierran nunca,
 siempre
 amables,
 siempre cuidadoras de un orden
 que respete a los desórdenes que vengan de visita,
 siempre protectoras de cualquier conciencia que proclame
 su desdicha con grandes vozarrones
 y beba el suficiente alcohol para curar las rupturas
 que ocasiona
 un examen demasiado crítico de la realidad presente,
 idea de muerte pasmarota y regordeta
 que circula con ropaje un tanto indecoroso
 por las calles en busca de sus víctimas,
 a las que arrastra al fondo de las más negras atarjeas
 y las dispone para ser, lisa y llanamente, degolladas,
 después desbaratadas y, al final,
 incineradas entre pasto seco,
 leña verde,
 cartón acanalado y tieso,
 corrugación del entrecejo para ni ver ni oler
 la carne chamuscada tan horriblemente
 como pasión que no se cumple nunca,
 como desplome absurdo de las aguas o amor que el viento
 lo congela de repente y convierte el calor en heladera,
 vacío que cae en lo vacío y queda sólo una pequeña llama
 oculta en el subsuelo,
 pero viva,
 ardiente,
 como hueco que se administra los santos óleos a sí mismo
 y recupera la inocencia aunque el demonio
 esté siempre al acecho,

de la carne que huye
pura incomodidad de lo incorpóreo que no se siente a gusto
perdiéndose en la noche,

masa enteramente etérea, así fuera muy poco consistente,

hasta quedarse tristemente sola,
colmo de la carne asada en la freidera.

o semejarse a cuerpo,
deslumbramiento ante los cuerpos como destello

casi viento estremecido por su propio fuego,
cuerpos-llama,

fogata que prosigue, inacabable,
siempre ardiente como una arribazón de cicatrices
no buscadas,

553

lo insondable,
 como cuerpos en el misterio de ser cuerpos,
 llanto, a veces,
 luz que se derrama lentamente
 y queda como fanal oscurecido
 en medio de las aguas broncas,
 las aguas malheridas por lo árido del mundo
 como devastación que cae sobre las cosas y los cuerpos,
 los destruye,
 aplasta formas inconclusas,
 las acaba,
 cuerpos cuerpan, alebrestados como disparo de fusil
 que aleja a los guardianes del decoro
 y ensancha el campo al desenfreno,
 lujuria desatada y cuerpo bellamente poseído,
 vello púbico ligeramente pudibundo
 como azucena enamorada,
 casi tímido,
 zona para dulzumbre de aguas quietas,
 aguas en sosiego,
 calmas,
 luz también en calma que ilumina mares,
 barcos,
 velas,
 náufragos llevados por las olas,
 cuerpos como en fatal desvalimiento pero firmes,
 cuerpo en guardia contra vidrios y linternas,
 contra silbatos que suenan desde lejos,
 contra rumores que circulan en la noche,
 contra espadas violentas como lirios,
 fuegos que despiertan carne y sangran,
 amorosos,
 sapiencia de la carne para conocimiento de los huesos
 que preceden a un cuerpo en su llegada
 señales que señalan los riesgos que se corren,

focos rojos que avisan la inminencia del peligro que se corre
 cuando los cuerpos llegan,
 rompen sombras,
 desgarran alambradas
 pifan o suenan los silbatos en señal de júbilo,
 fuego bien doliente,
 osario que graniza y apaga los fogones,
 encementeria los anafres pero fecunda lineamientos
 de batalla,
 órdenes de guerra sin cuartel contra materia belicosa,
 conjuras de lo pétreo,
 espejos sórdidos que no reflejan lo pedido
 sino miradas tristes,
 nervios a punto de estallar de tanto coraje acumulado,
 manos ávidas que arañan sombras,
 rasgan piel que se eriza como un potrillo agreste,
 balan con la sapiencia que el ahogado tiene
 de lo pesado de las aguas,
 soplan para alejar los tiempos del naufragio,
 la cercanía de los desastres,
 los huecos rotos y la rotura de los cuerpos densos
 que se rompen de modo casi improvisado
 como si fueran cuerpos sin coherencia alguna,
 cuerpos insensatos que sólo dan de vueltas y se marchan,
 desbielados,
 forzosamente casi descompuestos,
 sin teléfono para asuntos de importancia
 o absoluciones imprevistas,
 rezos del último momento que llega sin aviso y desencaja
 todo
 como desencajados rostros de los
 cuerpos idos,
 victoria de los cuerpos sobre benéfico destino que subleva
 cuerpos,
 los pone al rojo vivo como carbón oxigenado,

casi demostración de que la carne cumple funciones
redentoras,
mensaje celestial que patrocina el uso de los cuerpos
para sacar las ánimas perdidas del fondo de los pozos
y uncirlas a la luz,
luminizarlas aunque sea muy toscamente,
oscuramente darles poca luz para volverlas sombras
o mera reflexión sobre el papel que desempeña
la sombra en lo amoroso,
la luz cuando se vuelve oscura
que es como si fuera un cuerpo o es, más bien,
la idea de un cuerpo que se hunde pero no es, en realidad,
ni un no-cuerpo que se hunde ni una idea,
porque una idea de cuerpo es el reflejo corporal
que sale del espejo
y no hay ningún espejo en ningún lado
pero todo se hunde

SEPARACIÓN DE LOS AMANTES
(CUERPOS SEIS)

*A Sara
y Fernando Corona*

cuerpos como llegados en tiempos de borrasca,
maltrechos,
malheridos,
ciertamente en estado lamentable de confusión
que apunta hacia el extremo opuesto adonde nacen
las corrientes de agua
o se entenebran las lechuzas con el sordo graznar
que viene de los cuervos idos,
los córvidos solemnes que ayunan cuando los muertos
tienden, también, a irse
y se dispersan y dejan un reguero de memorias
difícil de juntar en un todo coherente,
una armazón que dé sentido a las visiones
que se guardan de lo ido sin remedio
como cuerpos idos,
cuerpos como empujados profundamente
en lo vacío que hay adentro de lo hueco,
lo que se queda de modo permanente
porque carece de memoria,
lo inmóvil en pleno destartale y que se mueve
a pesar de su firme convicción de que lo inmóvil
es lo único con cierta posibilidad
de ser considerado como eterno,
lo inmutable,
no los cuerpos vistos como móviles perfectos
que cambian de carácter y se vuelven hoscós,
ligeramente turbios en su idea del mundo y del espacio
que intenta proteger al mundo de los riesgos
que se corren cuando un planeta se escapa de su órbita
o un cuerpo deviene en meteorito

y en paz sobre la tierra,
 desordena todo y deja un algo parecido a la pasión
 ardiendo en los braseros,
 estimulando a las fogatas a proseguir con los incendios,
 os juegos pirotécnicos que salen del oscuro cielo
 y parecieran querer iluminar al universo,
 pero no lo logran y regresan, bien cohibidos,
 a rumiar su desencanto,
 la enorme frustración que causa tener que andar a ciegas
 con un bastón que acaricia las paredes
 sin poder sentir su piel tan suave,
 su carne de neblina,
 su indeclinable vocación de carne terriblemente tierna,
 perfectamente saboreable,
 cuerpos como en vigilia dolorosa,
 alertas,
 en amorosa duermevela pero agitada por fantasmas fieles,
 casi baño de luz o torrente iluminado
 por un faro vigilante al llamado de las naves
 en riesgo de
 hundimiento, las nocturnas catástrofes que pasan
 cuando los muertos rezan el rosario
 y la crueldad del viento se hace manifiesta aunque se cierren
 las ventanas y haya alguien en la mejor disposición
 de detener los ruidos que se escapan del tonel del tiempo,
 metales de ultratumba que requieren
 que los cuerpos lleguen prontamente,
 sean las piezas predilectas en un museo polvoso,
 cadáveres fríos para osamentas
 que no pueden ni morder ceniza
 por culpa de su falsa dentadura
 y solamente lamen polvo embotellado
 en botellas de licor sangrante que son como recuerdo
 de batallas idas,
 lujuria para muertos recién desembarcados

con un adiós definitivo a todo viaje y en la mejor disposición
de clausurar las puertas para siempre
hasta nunca volver a contemplar los cuerpos tan queridos,
entrar en la ceguera radical en que tan sólo
pueden verse las muy diversas formas
que lo oscuro ofrece para ver los cuerpos devastados
cada uno en su vitrina,
polvo en exhibición y no sujeto/objeto de todos los amores
y todas las tristezas,
porque todo encantamiento acaba hecho un desastre
y toda magia termina en una confusión terrible
de destrozos cárnicos
en situación de estar afuera de cualquier lugar concreto,
no-estar adentro de ninguna parte,
ubicación en algún sitio en el que sea posible palpar
la carnidad con el detenimiento imprescindible,
olvidar el rumor que llega de la noche
y que habla de los sueños
que tuvieron que irse en un camión nocturno
o un tranvía que se detuvo en medio del desierto
donde no había nadie a la espera del noctámbulo
que decidió dejar atrás su noche
y hundirse en los espejos que afrontaban el terror
de verse sin ninguna imagen dentro,
de no-verse,
porque los espejos no son sino la más estricta realidad
de las imágenes
que parecían estar seguras por ser sólo un reflejo
y no lo real que, casi siempre, padece de jaqueca
y no atina a descifrar los signos misteriosos
que, de cuando en cuando,
se dignan ser benévolos y permitir que los extraños entren
en la penumbra que hace que los cuerpos sean, a veces,
tan terribles,
los cuerpos demenciales que persiguen al suicida
aún después de haberse desprendido de su poste

y lo fuerzan a seguir en sus andadas,
las vueltas y revueltas que se obliga a dar
en torno de sí mismo para olvidar quién es
y devolver a sus fantasmas lo que, en rigor, es de ellos,
el préstamo que hace a algún *otro* que paseaba
en los jardines públicos a altas horas de la noche,
para que fuera *él* y cumpliera con el ciclo
que no debía tocarle,
puesto que no era el de él sino el gemelo alebrestado
que corría sin rumbo en busca de algo
que pareciera claridad
o semejanza con lo que llaman claridad
y llega con los cuerpos y se queda un rato más
después de que los cuerpos ya se hubieran ido
y los círculos
se estrechan de tal modo que la distancia
se angosta demasiado
y no se puede ni mover un dedo para encender un cigarrillo
y esperar,
por si pasa el círculo que sí le pertenece a uno,
no el prestado,
aunque el que uno cree que es el de uno no lo sea del todo
sino un préstamo del todo involuntario
y suelte el equipaje cuando quiera prestar su circularidad
a cualquiera que pase por la calle
o a otra soledad enmarañada que no encuentre
otro medio de transporte que lo lleve y que lo traiga,
lo distraiga haciéndole sentir que es persona de importancia
y que su círculo se encarga de volverlo un sujeto
que trasciende su existencia fáctica
y lo lleva a un más allá de verdad inolvidable,
ser en la perpetua memoria de la especie
un inaccesible objeto rutilante,
casi un cuerpo que se instala en la perennidad
de las estatuas
que miran con desdén a los míseros mortales

que se afanan en cumplir con sus tareas piadosas,
 cuerpos bellos,
 trascendentes,
 aunque lo trascendente pasa y quiebra, casi siempre,
 el espinazo o, al menos,
 trastoca el orden de los huesos
 y los pone en la extraña situación de que el abajo
 queda arriba
 y el arriba se va sin que se sepa dónde y por qué
 decidió abandonar sitio tan alto,
 honor tan merecido que se queda sólo
 reservado a cuerpos verdaderamente hermosos,
 ejemplos magistrales de que lo espléndido es como la lucidez
 que despliega sus virtudes de modo que nadie pueda verlas
 y la deje vivir y desvivir en santa paz consigo misma
 sin ningún remordimiento de conciencia por no atender
 los múltiples llamados que recibe para dar algo de luz
 a los oscuros dilemas que plantea
 el mero hecho de estar vivo,
 de tener que enfrentarse con la muerte a cada instante
 y seguir en la batalla,
 el amor, del que es difícil no salir sin magullones
 debido a lo azarosa que se presenta cada circunstancia,
 cada caso que es, por sí mismo,
 por completo insólito y al que es preciso adecuarse
 por entero
 pero sin estar muy claros en qué debe consistir
 ese adecuarse y adónde debe conducirnos,
 y qué navío se aborda que llegue exactamente *allá*
 y no a otra parte,
 otro destino en que la trascendencia carezca de importancia
 y lo que importe sea la intrascendencia de los hechos
 que concurren a que los trenes se detengan de improviso
 en medio de la nada,
 y los cuerpos bajen,
 se despidan,

aleteen con toda propiedad y píen pidiendo alpiste,
 solicitando asilo en cualquier parte menos ésta,
 digan adiós o no lo digan
 y se hundan en la noche protectora de los cuerpos náufragos,
 los cuerpos colocados al límite de sus posibles fuerzas
 que se cansan de luchar
 y rinden armas ante las hoscas
 maneras con que el erizo defiende su guarida,
 y se van con cierta certidumbre de que el señor
 que las sigue cortejando tercamente
 en realidad es un fantasma irresoluto
 y poco dado a compromisos serios,
 no los cuerpos que pierden en la bruma su materia
 pero siguen hirvientes como un vacío solemne
 o una colección de memoriajes que el insomne
 debe resguardar
 so pena de perder la vida mucho antes de que el duelo
 lo agarre de los hombros y lo fuerce a torcer la dentadura
 y olvidar las pequeñísimas manías
 que, aunque algo entumecidas,
 los cuerpos le dejaron como un recuerdo poco grato,
 una amabilidad complementaria al desamor
 que se instaló en los huesos
 y los hizo retumbar de frío mientras el sol quemaba
 los vidrios de la noche,
 cristales sin ninguna vocación suicida
 pero dispuestos a dejar que el clima estropiciara
 cualquier esfuerzo del amor
 para que el viento prosiguiera favorable a los amantes
 y llegaran a buen puerto,
 prístina existencia en el planeta Tierra y, después,
 en el sidéreo majestuoso y sus estrellas múltiples
 que multiplican la imaginación
 y la hacen creer que la dicha puede ser eterna,
 el goce permanente en las cálidas nubes sonrosadas
 si no intervienen las potencias extrañísimas

que siempre están cerradas,
las antiguas costumbres del metal y de su ruido oscuro
que siente el desamor como una habitación enorme
en la que nadie habita,
ni el vacío

y sólo queda la sensación
de que se está en una habitación enorme que no existe
porque los cuerpos se le fueron yendo como cosa suya
al tiempo que se iban perdiendo entre la bruma,
tan opacos,

los círculos que adentro de sí mismos se derraman
y se pierden

por su propia lógica,
 escapar de un círculo mayor que lo captura
 y lo somete a una feroz persecución interna
 que lo obliga a limitar sus giros a una minúscula fracción
 de vueltas

568

y producen la exangüe sensación
 de que es lo inútil lo que siempre gana,
 o vacío lo que siempre prevalece
 y que las cosas arden como cuerpos,
 las cosas toman forma de los cuerpos y asumen sus rabietas,
 sus profundos desesperos,
 sus querencias,
 mascan tiempo ácidamente rencoroso,
 espuman cólera las cosas,
 los diversos objetos que tirrian por el mundo,
 murmurantes,
 tenebrosos y algo ciegos,
 temblorientos,
 pero flamean puro humo flojamente humoso
 y con esa sordidez característica
 de la osamenta de las cosas,
 los cuerpos idos pero levemente infames,
 levemente cosa que arde de manera cuerpo de manera frágil,
 espejo que se enrolla,
 se estrangula y estrangula a las imágenes
 que da a luz al tiempo que se extingue,
 se deglute y contempla su propia destrucción
 como reflejo de las cosas que, a su vez, terminan,
 los cuerpos con su ácida tendencia a corroerse,
 escoriación que se diluye lentamente
 pero arde o muge o bala tristemente
 y encósase hasta ser la pura idea de no ser
 sino la idea de cosa,
 cuerpo ideado,
 flama pero, más bien, flama apagada y su cenizo espejo,
 lo cósico muslar y el pubis de lo cósico
 que se detiene al borde
 de la misma cavidad que da origen al fuego,
 mujer tan abstraída en lo metal que emite ruidos metalíferos
 que pueden provocar ardor en la garganta,
 sed aniquilante como cuerpos lanzan llamas,

crean disturbios que ocasionan serios desperfectos
 en las máquinas que alientan lo ingrátido del pasmo,
 el estupor que sobresale entre las formas
 menos dadas a mostrar su débil consistencia,
 su frágil estructura que se quiebra
 cada vez que un cuerpo pasa cerca
 y las esferas sienten que un escalofrío
 les baja por las vértebras y las hace girar más locamente,
 porque la carne tiene la virtud de que se pierda el sentido
 de medida
 y todo sea o parezca inmensamente vasto
 como un espacio innumerable
 que no cesa de crear nuevos espacios,
 nuevas dimensiones que se abren a medida que el espejo
 se fragmenta
 y es posible penetrar en otras realidades
 en que lo esférico ejerce su dominio
 y patenta oscurísimos lenguajes en que se habla del amor,
 pero que nadie entiende,
 nadie conoce semejante maravilla
 pero los caminantes van dejando, en su pasar,
 trocitos de toronja que no anuncian nada bueno
 y herrumbres de muy diversas formas y tamaños
 que, ciertamente,
 lloran con una tendencia deplorable a la congoja
 en vista de los cuerpos rotos que se acercan,
 los cuerpos desgajados y hechos cisco
 recludos en un espacio al que le falta espacio
 para que los cuerpos puedan desarrollar
 sus múltiples potencias,
 los dones majestuosos
 que irradian sus bondades al cismático hacedor de huecos
 en que quepan cuerpos recientemente idos,
 cuerpo de María,
 cuerpo de Roxana,
 que arden como arden los sonidos que se escuchan llegar

desde detrás de los espejos,
detrás de los desdoblamientos de la imagen
que realizan los espejos
como parte de su hacer secreto y que duplica
rostros o caderas o fantasmas que suben a los barcos
y lanzan alaridos por la suspensión indefinida
de las demás funciones que debieran cumplirse
por parte del espectro que ocupa un lugar preponderante
en cada espejo
o porción que haya quedado de otro objeto que, también,
pudiera servir como reflejo de los cuerpos
rabiosamente idos,
rabiosamente vueltos nada a cada noche
en que el insomne sale a perseguirlos
y regresa cada vez más solo,
como estructura funeral que descuartiza signos,
lenguas,
ceremonias,
ideaciones,
símbolos,
clamores que susurran y susurros que ladridan,
emboscados,
manutención de la tristeza como forma útil
de llegar al toque de campanas,
retumbe de tambores indecisos entre cruzar los límites
o seguir a la mitad del miedo,
las guardas de la noche y su terrible exposición
a la frialdad característica de los objetos móviles,
los artefactos que hábilmente sustituyen el calor
con los cristales empañados
que se asustan de cualquier deformidad
que se les ponga enfrente o dé la vuelta
para ajustarse los tornillos
y no vea sino a un señor que fuma en medio de la lluvia
esperando que alguien le dé informes
sobre cómo bajar a los infiernos o subir al cielo,

da lo mismo,
 lo que quiere es irse y no precisamente subir a los infiernos
 o bajar al cielo,
 porque todo es la misma situación endeble,
 la misma confusión en lo que toca a si el que sale del espejo
 es uno mismo
 o es el otro sujeto que sólo quiere irse
 y fuma mientras halla un lugar al que irse con la lluvia,
 cuerpos no regresan
 no manifiestan alborozo por volver a lo concreto aquí y ahora,
 siguen en lo abstracto de una memoria
 que se abstrae y casi no recuerda nada,
 rememora nada que no sea una percepción
 de que las sombras construyeron una nueva casa
 y él quedó como el huésped no deseado que perturba
 el orden que los cuerpos quisieron imponer
 a su modo muy distante,
 muy sin guardarle alguna consideración o un resto de piedad
 por los desvelos que tuvo que pasar en busca de los cuerpos
 que hicieron caso omiso a toda clase de llamados,
 súplicas atentas,
 maldiciones atroces que rasgaron el reino de los cielos
 y llenaron de negrura los rincones del planeta,
 no se dignaron contestar a los silbidos que salían
 del lado izquierdo del desorden cósmico y llegaron
 hasta el lado opuesto donde habitan los antípodas
 y las curiosas formas
 en que suelen parecerse a los incrédulos sujetos
 que pueblan esta orilla en sus modales esperpénticos,
 sus grotescos anteojeros que los hacen ver tan sólo
 la mitad del mundo,
 la mitad de cuerpos que aparecen con figuras
 mal moldeadas,
 peor estilizadas
 o según el uso y las costumbres de las viejas hecatombes
 que ponían al mundo de cabeza abajo

y las manos a manera de obsoleta maquinaria
que intentaba reparar los desperfectos que ocasiona
la altísima velocidad a que los cuerpos acostumbran irse
después de exterminar a los resuellos

que se quedan blancos como blancos lirios,
los lirios funerales que acompañan al entierro
de las últimas nociones básicas que quedan de la ética
después de tanto desvencije,
tanta pianola sordomuda que quiere hacerse oír

en medio del estrépito
que arman las cosas cuando arden como cuerpos
o los cuerpos cuando se asan como asuntos bienamados
y el demente busca en hospitales los cuerpos malheridos,
trina en ocasiones tristes y grazna cuando lo queman

los metales camino a sus jolgorios,
las grandes borracheras que se corren para ahuyentar
a los espíritus malosos que separan a la amada del amante
y lo conducen a una situación desesperada
en la que no le queda nada por hacer

sino esperar la muerte que vendrá
sin ninguna intención de ofrecer misericordia al infamado
que creyó posible hallar la salvación por medio de los cuerpos
que aparecían como dispuestos a ejercer

una acción benefactora
en pro de las conciencias desgarradas

que oscilan permanentemente
entre el *estar* de algún modo presentes, aunque no lo estén,

en todas partes
y el *no-estar* definitivamente, sino sólo en sentido figurado,
en alguno que otro acto en que sea por completo prescindible
su presencia y su ausencia sea ligeramente percibida,
no notoria forma de mostrarse ante sí mismo

y sus borrascas de chiflón quemante
o vendaval enamorado en busca de campanas
que se vuelvan cuerpo
o cuerpos que regresen con campana adjunta,

cuerpos sin su cuerpo
o cuerpos que se extrañan de su cuerpo
y se refugian en espejos que se muestran incapaces
de guardar recuerdos,
mostrar imágenes de cuerpos cuando alguien pide verlos
y sólo sale bruma que enceguece la mirada
que el ahorcado quisiera dirigir a las regiones póstumas
que tuvo que dejar
porque el alambre llegó hasta el fin de la tensión
y el riesgo de caer sin nadie abajo era muy alto
y era mejor que hubiera nada a la espera de sus gritos
a que no hubiera ni siquiera nada,
cuerpos inventados,
trastocados,
que se acaban,
se consumen como cosas o furias
que ascienden del infierno y vuelven,
llaman,
tocan puertas como si fueran pianos o veleros
o abismales mariposas que aletean con furia,
furiamente demuestran sus deseos de irse,
pero con cierta forma de elegancia,
plenos de virtud y dicha,
de alegría,
que disfrutan del aire y de la luz
y de ser bastante más que aire
y bastante más que luz o agua adormecida,
cuerpos como ensueño,
como deleite que anticipa los goces terrenales,
paladeo de esferas,
de delirios,
razón de mundo equilibrado aunque algo tambaleante,
resurrección casi inminente para el suicida
que pende de las sombras,
paraíso al alcance de la mano,
qué deleite

qué de cuerpos gravitan cada madrugada
en territorios de desdicha,
en mundo sin ángeles custodios que liberen
a las ánimas penantes
del rigor que se exige a los que purgan su condena
en tierras que el olvido habita
y la amnesia desaloja de antemano a los posibles inquilinos,
los remite lejos,
a un distante exilio donde no hay poco ni mucho
que encontrar que se parezca a cuerpos,
sólo formas un tanto envilecidas a punto de perder su forma
y convertirse en el sobrio esqueleto memorable
de mujer amada,
hembra de férreas convicciones que optó por no quedarse
pero, también, por no irse
y el resultado fue una imagen que se queda exangüe,
desvaída,
borrosamente vuelta hacia sí misma
replegada en densa imagen,
denso infierno que en sí mismo se anuda,
se abre,
devora cuanto cuerpo pasa cerca,
suda,
se cierra como espejo,
se alebresta y gruñe como perro encabronado
que gruñe adentro de un espejo que cerró sus puertas
y no deja que nadie se aproxime y quiera entrar
o tuviera la osadía de querer irse
y dejar al can desguarecido
que gruñe como lo hacen los barcos
que no saben escapar de la tormenta
y se hunden junto a cuerpos fríos,
las imágenes heladas que quedaron después
de los naufragios
y se aferran a lo fiel nocturno que llega en los diluvios,
los relámpagos que alumbran las zonas peligrosas

del ser imaginario
 que recorre mundos también imaginarios
 y está en constante riesgo de perder su identidad
 y no volver a rescatarla nunca a ningún precio,
 ser en otro ser que no es él mismo
 y que no sabe de qué modo comportarse
 si se encuentra de pronto, en un vacío absoluto
 o entre imágenes perpetuamente desveladas
 que le tienen terror a los espacios cósmicos
 y no están acostumbrados a la *nada* pero, tampoco,
 a la *no-nada*,
 a doble negación en que los cuerpos deseados de mujer
 a veces se abandonan,
 claman o suenan como flauta
 o viento ligeramente ensimismado,
 la forma elemental,
 la estructura que ya estaba desde antes
 que el *Todo* se formara y se pudiera accesar
 a todo lo que falta
 o que jamás obtuvo dimensión alguna y sobra,
 cuerpos como afuera,
 como muy lejos de las puertas de salida,
 pero también, muy lejos de las puertas de llegada
 en el caso de que hubiera puertas,
 si de verdad hubiera formas de entrar o de salir
 de cualquier lado
 y no fuera el puro impedimento el que aparece siempre
 con sus malas mañas,
 su disfraz de payasito que respinga a cada paso
 del desvelo a las peores pesadillas que engendran
 los insomnios cuando no hay manera de correrlos
 y no hay nadie capaz de repartir cianuro
 entre los entes espasmódicos que salen del subsuelo
 y apavoran al ser que, de por sí,
 resiente la caída de todos sus andamios,
 el perno principal que lo sostiene

y que amenaza con venirse abajo
en lo más duro de la lluvia
y occisar a todo lo que falta por volver occiso,
sobra como cuerpo ido que deja los rescoldos
pero no la carne,
y la ceniza como árida sustitución de la palabra
o rostros de luna congelada,
inmóvil,
tan solemne que es imposible contemplarla
sin sentir el frío que baja de la sombra
o el encono de los ángeles que aumenta de volumen
conforme su furor alcanza una estatura respetable,
casi angélica,
casi divina afirmación de que lo divinal existe pero oculta
su divino rostro
en formas difusamente enmarañadas,
no para gentes del común sino iniciados
en profundas esoterias,
abismos insondables del saber que los mortales ven
como materia infusa,
inobjetable,
verdad que es verdadera por sí misma
y no requiere de razón o sinrazón para acatarla,
como a cuerpo que se vuelve
y pesa como una duermevela eterna,
cuerpos silenciosos como el ruido del vapor
que llega del infierno
y deposita su color de plomo sobre huecos
que empezaron a irse,
no se fueron,
se quedaron a mitad de todos los caminos
que van hacia ninguna parte,
ningún lugar determinado en que los cuerpos
prosigan su existencia y sea fácil encontrarlos,
jardín abandonado o sórdida cantina
en que encuentre la desdicha algún descanso

o propuesta razonable de atisbar por las rendijas
la carne abandonada por los cuerpos cuando adoptan
el aire inmaterial que los convierte

en una nulidad existenciaría,
un camuflaje para librar de riesgos a las formas provocantes
de deseos malignos

que pasean muy cerca de uno y que provocan
un quemor insoportable en los espejos
que aún mantienen la esperanza en el regreso de los cuerpos
a los faros que aún mantienen sus luces encendidas

pero no guían a barco alguno,
porque los viajes quedaron suspendidos

desde que un cuerpo de mujer
se atravesó en medio del océano

y no dejó pasar ninguna embarcación
que no llevara a bordo equipo contra incendios,
un argumento muy sutil que acaso funcionara

y se lograra mantener muy lejos
al incansable buceador de cuerpos que lo único que quiere
es sumergirse entre las formas corporales
factibles de palparse sin hacer mucho distingo
entre figuras de verdad y figuras que carecen por completo

de estructura firme,
piel en estado de latencia que se extiende

como ese sustituto de la carne
que usan los fantasmas cuando vuelven

después de los desastres,
y que es tan pocamente táctil
que los dedos acaban por irse de sus manos a palpar,

bajo su propio riesgo,
las paredes más hurañas que puedan encontrarse
y todo se acostumbre a las ácidas maneras

en que los cuerpos se chamuscan,
queman ferreterías sin dejar un clavo indemne
o tornillos que deliran ante las formas opulentas

que les lanzan chispas ardorosas,

relámpagos un tanto neblinosos
que esconden sus pudores
ante tal provocación de cuerpos voluptuosos
y aceleran el crecimiento de la luz pero les duele la llovizna,
duele la esfera cuando el tiempo emite su brasa elemental,
su trombonazo seco,
el tiempo y su furor de excavadora destemplada
y su taladro suena sin mucha convicción
pero con mucha fuerza,
un ruiderio fríísimo que cae sobre los cuerpos fríos,
cuerpos que no acaban de formarse como cuerpos
y se quedan
como ser a medias entre imagen que empieza
a reconstruirse y algo que, de lejos,
pareciera servir como demostración de que lo real existe
por sí mismo de manera autónoma,
sin metáforas o símbolos
que le otorguen cierto aire de elegancia
o sonrisa almibarada que promueva el entusiasmo
de sus fieles seguidores y, a cada día,
sea más real y el peso de su propia realidad
la impulse a destazar su idealidad
y quede como un móvil espantajo que camina empujonado
por su propia inercia
en forma de hosca manera anticipada de la muerte,
la muerte que arde como cosa y suena como cuerpo
y cuerpos suenan como redoble de tambor
o suenan como cansada letanía
que se aburre de decir siempre lo mismo
sin causar ningún efecto porque ningún milagro llega,
aunque sí una aguja enfebrecida que se clava en carne propia
y la deshuesa,
una ventana que se cierra y huye, espantadiza,
lóbrega,
con ciertas llamaradas que azulean el gris oscuro
de los cielos

o fumarolas que ciertamente se despiden
con un cántico que se desdobra en los espejos de la luna,
de otras lunas seguramente sólo imaginadas
o deseadas,
más que irreales,
otra palabración de las palabras
que sepan celebrar las magnas ceremonias
con que los cuerpos inauguran su viaje por la tierra,
cuerpos frescos recientemente horneados,
comienzo de otras lenguas o idiomas apenas farfullados,
inicios del retorno pero culminación
de los vocablos siempre usados,
nuncamente formas de decir lo nuevo
con palabras vejestorios que ya no dicen nada,
no designan nada que no sea la misma historia
repetida tantas veces
que todo suena a palabral desajustado
con lo irreal del mundo,
lo irreal del inframundo
y sus cavernas habitadas por pequeños monstruos coléricos
que asumen el papel de seres desdichados
a quienes no comprende nadie,
lenguaje de los lobos,
de los ritos como posible explicación de lo ilógico
y del atroz comportamiento de los cuerpos cuando huyen
y se llevan lo lógico del mundo,
tan hermosos,
pero tan poco lógicos que, en ocasiones,
no hay modo de entenderlos,
captar sus sentimientos más profundos,
su inclinación a cierta forma de tristeza
o de estatua somnolienta que regresa y se detiene, fija,
descentrada,
fugaz como una sombra o, más bien,
como un recuerdo vago de la sombra
o casi luz a punto de extinguirse,

lengua muda que comienza por cerrar un círculo,
estrecarlo,
dejarlo al borde de la asfixia por falta de alimento espiritual
que venga envuelto en forma de botella con alcohol adentro,
lengua astrosa,
idioma del deshaucio,
del desalojo inoportuno que llega cuando más
se quiere quedarse en ese sitio en el que está
y no moverse nunca,
en las afueras del afuera y adentro de todos los adentros
que sea posible conseguir
para obtener la gracia de los cuerpos,
bendiciones sumas que los cuerpos entregan
muy graciosamente a los felices poseedores de las claves
que permitan ingresar
al paraíso individual de cada cuerpo sin muchos requisitos,
muy pocas exigencias para que el réprobo disfrute a plenitud
los goces que los cuerpos brindan a los dotados
por una bienaventuranza eterna
y vuelvan las andanzas del intruso
que regresa después de la rotura del tonel que guarda
un sueño invertebrado que dejó sus vértebras
en sépase qué partes
de qué abismo al que se fue a buscarlas
y encontró unos cuantos huesos que el viento se llevaba
y un espejo entre dos aguas que bordean la locura,
sorbe cloro,
manifiesta engrudo
a partir de un complejo sistema audiovisual
que le permite tomar importantes decisiones
que conciernen a los cuerpos en un plazo muy breve
y, también, en lo que toca a la muy larga duración
en la que el tiempo ejerce su dominio
y aniquila a cuerpos más que hermosos
pero angustiadamente lívidos,
medianamente aéreos como las cosas cuando arden,

vociferan y se hunden como formas sólidas,
como fulgores en busca del desastre,
como ciclos históricos a punto de vencerse
y regresar al punto de partida,
una espiral que se enrolla y desenrolla
según las apetencias del goce material
y acaba por hundirse por tanto ser espurio
que la usa como una escalinata para evitar que los acusen
de agitar las almas de los muertos como si fueran cascabeles
agridulces
que inducen a pensar que la existencia es una sucesión
de artríticas líneas cadavéricas
que asumen un papel preponderante en asuntos del amor
a pesar de que son bastante inútiles
en lo que toca a conocer
los misterios que los cuerpos guardan,
no revelan por ningún motivo,
ocultan en forma desmedida las miradas
que el insomne dirige
a las estrellas en busca de respuestas,
a los tornos en busca de respuestas
y a las grúas en busca de algo parecido a una respuesta,
a las criaturas de la noche que quedaron mudas del espanto
cuando supieron que había algo que llamaban "los misterios"
que debía ser muy misterioso
porque todo el mundo preguntaba por el tal misterio
y nadie conocía respuesta que pudiera resolverlo,
ni los cuerpos que son como el origen del misterio
sabían de qué se estaba hablando
o jugaban perfectamente bien al disimulo con el cuento
de que eran cuerpos en estado virginal de la inocencia,
seres puros,
pero idos,
como mujer que se devuelve en busca de cordura,
de agua encalacada para alejar a los fantasmas

que la empujan a ingresar en las perversas regiones
que el demente defiende
como última porción de vida que le va quedando,
mujer con un soplete que quiere chamuscar a los fantasmas
y volverlos humo,
disolverlos para que formen parte de la nada
y no se vuelvan causales de algún remordimiento,
algún mínimo pecado que provoque insomnio
y salga a caminar
por los jardines a la hora en que los ebrios manifiestan
su alegría por estar vivos,
mero alambre al borde del suicidio,
hombre solo que acogota su dolor y bebe un signo oscuro,
una señal indescifrable que aparenta
ser un poema repleto de incoherencias
o una carta que debió escribirse pero no hubo tiempo
porque no hubo modo de dar con las palabras
que debían decirse,
no aparecieron las palabras necesarias por ninguna parte
y la hoja de papel se puso lívida del terror
de no encontrar lenguajes que expresaran el vacío
que, de repente,
se abrió ante los ojos desollados que buscaban encontrar
un cuerpo,
un rostro,
una sonrisa,
pero no,
todo se perdió como se pierde todo cuerpo,
cuerpos se descrean y se convierten en trenes pequeñísimos
o esferas machacadas por el tiempo,
carne triste como si hubiera cesado el movimiento
de las cosas y los objetos se hubieran vuelto rígidos,
inmensamente fríos,
extrañamente pálidos,
esqueletarios desechables que deambulan por el mundo
sin nadie que los tome en cuenta,

considere su extremada situación de huesos

sin anclaje alguno,
muelle en donde reposar después de tantos largos viajes,
tantos mapamundis que hubo que surcar en busca
de qué circunferencias inauditas que llegaron a destiempo
o cuando el tiempo ya era una furia desatada
que no paraba mientes en destruir

lo que estaba a punto de destruirse sin socorro ajeno,
piedad ajena que acaba por llevarse los restos

del naufragio
y los ahoga en un espejo roto
y los fragmentos del espejo fueran parte

de un cuerpo adolorido,
una imagen golpeada por un sueño

que se arrastra como un serio reptil
que busca los restos de la carne para sentarse en ellos
y meditar en las vanas esperanzas

de que pudieran reencarnar
en su total belleza y recorrer, de nuevo, las viejas avenidas,
los buenos viejos tiempos idos,
los pasos dubitantes del farero

que da por concluida su misión
y elige el viejo faro como el lugar ideal para colgarse
entre el furor del mar y los vientos desolados

que se encargan de que de él no quede ningún rastro,
huella perceptible alguna de su eterna errancia,
los huecos perdularios que lo fueron socavando

hasta dejarle el cascarón sin nada adentro,
nada afuera sino las cáscaras rodantes

que aleteaban en un frustrado intento
de volar hasta una altura en que pudiera verse de una ojeada
el tiempo transcurrido de la infancia al fin de la vejez

y entrada a los sepulcros de las formas muertas,
las cabezas cercenadas y lo flotante de los cuerpos

que se queda como un recuerdo leve,
un levísimo sonar de las campanas que llaman al difunto

a correrse la última parranda,
el último grito de apoyo a la lujuria
antes de entrar a los beaterios
y dedicar su vida a repudiar la muerte
que promueve el uso de factores cárnicos
como medio de que los cuerpos desarrollen al máximo
sus espléndidas virtudes,
sus ínsulas extrañas rodeadas de misterios
imposibles de aclarar y, mucho menos, de entender
conscientemente,
explicar por medio de razón o sinrazón humana
los múltiples causales que los llevan a enredar
de un modo fatigoso todo lo que tocan,
lo que no tocan y lo que ni siquiera pudieron concebir
que debería tocarse,
aniquilarse como el chirrido de los goznes en las puertas
que padecen de una irritación profunda
y actúan con toda brusquedad
para el que quiera entrar y salir por ellas
en el mismo instante,
entrada por salida tan rápida que el tiempo ni se entere
del pésimo servicio que prestan
las puertas entrampadas con los cuerpos
que lo único que quieren es salir
y se atascan con las puertas
que solamente quieren estar adentro de sí mismas,
nunca afuera, porque afuera está
la vasta dimensión ocupada por los cuerpos
que no dejan ni el más mínimo lugar
para que quepan las puertas
o el amante que golpea las puertas pidiéndoles permiso
para entrar porque es adentro donde él cree
que están los cuerpos esperando su llegada
al hueco lleno que se admira de su gran vacío,
su propia sombra disminuida que vive del vacío,
se nutre de vacío,

se hincha de vacío y se expande

como un globo terráqueo ahito
al grado de recibir la extremaunción mucho antes
del colpaso pero después, mucho después, de haber nacido,
haberse disfrazado con ropaje ajeno,
sombrero como un copón divino,
guantes de señor que arma cuerpos

que se fueron desarmando poco a poco,
poco a poco se les fueron cayendo las clavículas
y hubo que ponerlas en manos de un experto

que pudiera darles nuevo uso,
formas poco conocidas de lograr que se articulen

de modo diferente
las partículas carnosas que quedaron suspendidas
en un salón de baile poco iluminado
en el que alguien irrumpió, con toda brusquedad,
para expulsar a los escasos músicos que todavía sabían

tocar trombón desafinado y algo ebrio
que diese un toque de tristeza a la alegría

que se acostumbra

demostrar en tales ocasiones

en que el espacio no quisiera ser tan sólo un hueco ilimitado
sino un zaguán repleto de recuerdos,
un territorio ilimitado de añoranzas

o una eternidad un tanto fatigada por no acabarse nunca,
seguir eternamente con el mismo cuento siempre,
la misma historia que cuenta el merolico

desde que era un recién nacido
para hacer que las incautas compraran pastillas
para alcanzar la trascendencia por la vía más rápida

y abandonen su esencia material lo más pronto posible
sean el puro espíritu dichoso de entregarse a la lujuria

y a la vida airada que a diario recomienza,
hace de las suyas cada vez que quiere,

sin ningún impedimento
u ordenanza que prohíba hacer tal o cual cosa o ninguna,

si les viene en gana como cuerpos objeto del deseo,
el apetito siempre insatisfecho,
el paso lento de los lobos cuando acechan el pasar
de las jóvenes gacelas,
el tiempo que parece extrañamente detenido,
absorto ante tanto

volumen de belleza
que aparece junta como en día de fiesta
pero midiéndose a sí mismo como tiempo
que tiene que cumplir con su tarea de desgastar
los cuerpos, el irlos convirtiendo en polvo diminuto,
rostro en desaparición acelerada,

senos disminuidos,
muslos en trance de convertirse en hojarasca seca,
en impostura disecada,
fantasmas algo acartonados,
algo lúgubres,

que silban,
musitan extrañas confesiones,
hablan lenguas sin raíz alguna,
palabras amorosas pero sin sustento alguno,

sin substancia,
desdichadas,

palabrerío en que el amor sale perdiendo,
termina derrotado,

muestran que hablan sólo para entretener al tiempo,
llenarlo de sonidos,
enruidarlo y hacer que se le olviden sus afanes

de llegar a tiempo a todos sitios,
no demorarse en concluir sus malas obras,

desmandar a cuerpos,
empaquetarlos en pequeñas urnas,
desglosarlos en párrafos aislados

de manera que no puedan entenderse nunca,
distribuirlos en cantinas como una forma acelerada
de ebriedad continua sólo apta para locos,

más memoria que círculo entumido pero más círculo entumido
 que cercanía del paraíso,
 los cuerpos silban
 y sostienen linternas apagadas con las uñas
 que susurran quedamente como espinas
 o avecitas que aletean y trinan,
 despiadadas,
 repletas de congoja,
 trine y trine los pobres pajaritos cubiertos de tiniebla
 que arde y muge tenebrosamente,
 fuego fatuo fantasmal que se chamusca, tímido,
 como un inválido que no puede caminar y, sin embargo,
 llega a todas partes
 y saluda a los opuestos polos que siempre se entrecruzan
 y resulta una fórmula compleja por la cual los cuerpos
 aparecen como estrellas muy distantes a la espera
 de que alguien los descubra
 y tome posesión del musgo nuevo,
 el deleite de la tierra recién humedecida,
 nunca hollada,
 el disfrute de los cuerpos como disfrute de aceitunas
 o uvas recientemente trituradas,
 deleitación de las aguas que bajan del espejo
 cuando el espejo encuentra la perfecta calma
 y goza con la próxima llegada de los cuerpos bellos,
 del resquicio dejado por las honduras del diluvio
 y la soberbia empapazón dejada,
 el delirio en la mañana que se torna en noche
 y se deshace nuevamente en lluvia,
 torrente desbordado que no culmina nunca,
 que no cesa de fluir como agua ardiente,
 estrépito lluvioso,
 origen diluvial de los abismos y los cuerpos
 o infinito que se torna mundo que se vuelve espejo
 que recibe a cuerpos que diseñan
 sus formas apenas contenidas,

formas desbordadas,
imagen que renace luna de improviso y crea el desasosiego
en todos los jardines que ya estaban demasiado quietos,
casi adormilados,
como en una extraña frustración arbórea
que los hizo caer en una baja de presión
que parecía que no iban a florecer más nunca,
quedarse en la tristura que acomete a los ferrocarriles grises
cuando saben que llegó su hora
y parten en un viaje sin regreso,
transportación que se interrumpe contra toda lógica
y no hay naufragio porque la ilógica impide que se violen
sus propios mandamientos,
las grúas siempre amantísimas
del peso tan leve de los cuerpos,
su levedad que se asemeja en mucho al aire
cuando llega lento,
bien calmado,
sin ninguna prisa,
con su ágil gracia como cuerpos húmedos que vuelan,
que se alejan,
que huyen y dejan una sensación de mar
al que le falta el agua,
carece de sonidos,
no se escucha ni el canto de los náufragos
con el que intentan despedirse de todo lo que aman,
decir adiós a todo lo que amaron,
isla en actitud de convertirse en firme desarraigo,
tierra de sutil dureza donde los cuerpos establezcan casa,
se establezcan amorosamente sólidos,
bien concretos,
como cemento suave que se arraiga
y queda firmemente detenido
pero acepta que una mano roce la piel estremecida,
el rostro acariciado levemente y suavemente muslos
que abren nuevas rutas a los barcos

y amplían los horizontes navegables,
 cuerpos náuticos,
 cuerpos navegantes con su gran velamen,
 sus farolas encendidas que logran desplazar la oscuridad
 a otros territorios,
 a otra dimensión distinta del mundo de la esfera,
 cuerpos algo furia aunque envuelta en la tristeza,
 hiel o destierro de la luna como señal de que la culpa
 trisca cerca,
 afina sus clases de moral enteca,
 paliducha,
 remueve los escombros que dejan los culpables
 como muestra de su mal comportamiento,
 lanza manchas de color negruzco sobre los gestos agrios
 que el réprobo produce
 como un indicador de que, después de todo,
 el pecar es una cosa buena
 y debe continuarse con la mala vida para fomento
 de la especie humana,
 aunque la culpa desperdigue trocitos de ceniza
 como destrozos que el pecado esparce
 sobre cuerpos que no son
 pero siguen estando como cuerpos en alguna parte
 como madera ansiosa de ser incinerada
 o fogón que hierve a borbotones,
 mar sin cuerpos pero fundido por sí mismo
 en la absoluta sequedad que impide cualquier acercamiento
 a las islas que se encuentran alejadas de cualquier taberna
 que pudiera suministrar el alcohol y el tabaco necesarios
 para llegar a un horizonte que parece que se aleja
 a una velocidad terrible,
 un pánico tremendo hacia los cuerpos que se beben
 su imagen que quedó refleja en el final del agua,
 principios de la nada,
 de la estación de las violentas amapolas,
 de la llegada del espanto y su disfraz benevolente,

amable como un circo o una pista de baile en pleno regocijo
de cuerpos que se trenzan,
se hacen nudo,
se desnudan o se visten con la precipitada antelación
que se usa para alcanzar
la última corrida del tranvía que parte a la región indecisa
de la estatua y llega
en el instante mismo en que la estatua se convierte
en sombra
o jardín en donde yacen las nieblas corrosivas de las estatuas
que partieron antes,
sólo trozos de un fragmento mayor que se quedó adherido
a las esferas
que giraban como cuerpos cuando están alegres,
cuerpos como esferas o enterada golondrina de los misterios
del amor que no contesta ningún interrogante,
resuelve duda alguna de las muchas que atormentan
el desvelo
del insomne que degüella vendavales
en procura de respuestas
que le den los elementos necesarios
para sentir cierta seguridad de que pisa tierra firme
y no una tembladera capaz de sumergirlo en bronco mar
o indócil temporal que se lo lleve a padecer
los extremos rigores del infierno,
asilo para réprobos,
hogar para fantasmas que se asustan de sus propios vicios,
hombre solo atosigado por el tiempo huido,
de pie sobre la línea temporal al borde de quebrarse,
de soltarlo al tiempo que empieza la caída
y dejarlo sin sostén alguno,
andamio previsible que pudiera evitar el golpe rudo
que llega con el final impredecible
que no se sabe cuándo y cómo
lanzará la dentellada que lo lleve a la desmembración
de su edificio corporal

y ya no pueda ni siquiera imaginar los cuerpos bellos
que siguen existiendo como si no pasara nada,
los cuerpos tan volubles que transitan con plena indiferencia
a todos los derrumbes
como mujer que se despide en un atardecer lluvioso,
tañe tirrias o da masticación a las campanas para que ardan,
se consuman y suenen a metal quemado,
chisporroteo de los sonidos que relatan
la historia de los cuerpos y las aves migratorias,
los peces circunspectos,
los erizos ligeramente temblorosos por el frío
que sale de los cuerpos y traspasa las paredes,
entra en dormitorios previamente fríos,
sube hasta tinacos congelados que despiden
un vaho calenturiento
que suprime todo intento de salvar al alma
de su pésima costumbre de meterse en donde no la llaman,
su maniaca intrusión en sus deseos de salvar
a todo mundo del castigo que a cada quien le corresponde,
perdón que toca sólo a cuerpos conmovidos conceder
a los osados navegantes que buscaban explorar lo inédito
que cada cuerpo tiene como historia propia,
aparte de la historia vista como historia general,
dogmática y corrupta, de cuerpos y de cosas
que, a pesar de su carácter irascible,
también tienden a pasar por la pena de morirse,
mujer que se distiende en busca de su cuerpo,
imagen de lo ido,
lentitud en las miradas que registran la experiencia
dejada por lo ido,
imagen quebradiza que denota
la situación de los amantes escindidos
por una forma arisca de ternura,
el agrio olor de los limones hoscas,
las noches espantadas que saben como a azufre,
preservación de la memoria,

agua en estado de total sofoco,
 túnel que se ahonda sin tener salida,
 la conciencia como un depósito de herrumbre
 muy mal aconsejado
 peor iluminado,
 jamás dispuesta al sacrificio
 que los cuerpos ameritan se hagan en honor suyo,
 cuerpos festejantes de su función amorosa sobre el mundo
 o mundo anticipado en el crujir de sus primeros elementos,
 los vacíos aún carentes de toda forma y fondo,
 aún sin nombre,
 sin reflejo,
 apenas un vislumbre de que los cuerpos llegarán más tarde
 y tratarán de dar cierto orden al desorden
 que se crea en lo increado,
 esguince corporal al borde de fractura,
 sonata como pulsada levemente por un agua lejana,
 levedad del agua,
 transformación de la materia en historia de los cuerpos,
 formas,
 líneas,
 círculos,
 esferas que pretenden detener al tiempo,
 sustraer a los cuerpos del efecto tiempo,
 del espacio y sus peligros de que los cuerpos caigan
 por sus extensas zonas despobladas y se pierdan,
 no encuentren el camino de regreso a pesar de que los cirios
 iluminan hasta bastante más allá de donde acaba lo infinito,
 comienza lo finito,
 la raya temporal que usa cuchillos en lugar de uñas
 para trozar la piel de los que cruzan el foso que divide
 el ciclo en que se está
 del ciclo en el que nadie pueda estar
 sino es condición de fría mortaja,
 la sábana mortuoria en la que sólo los difuntos
 tienen libre entrada

y ocupan un lugar de privilegio en los diversos espectáculos
que se organizan para solaz de los inquietos

seres perdularios que gustan de probar la carne ajena,
cuerpos como de ángel a punto de emprender el vuelo
pero sujetos a la tierra con espinas,
médulas,

trompetas,

desgarrones,

flautas lúgubres,

ausencias que se van de modo intempestivo

y dejan la presencia de otra ausencia
que se azora con tanto desconsuelo

que dejan las ausencias,
las protervas formas que el *no-ser* utiliza

para insinuar que está, de algún modo, presente,
aunque no lo esté de ningún modo,

sea entelequia,

sujeto simulado que no llega a simular siquiera objeto
o forma que tuviese alguna semejanza con las formas reales,
huecos sonoramente aparatosos pero, en el fondo, simples,
sin forma estructural y sencillísimos de armar o desarmar

según se quiera usarlos o no usarlos
en su armazón constitutiva frágil y algo deletérea,

esencia de lo roto,

lo que es inexistente y dura mucho tiempo

porque a la muerte no le importa lo que ya está muerto

o no tiene interés en convertirse en muerto,

ser fallido,

lo totalmente distinto a lo carnal como la primacía

de lo instituido como amor,

también como llovizna,

como vivir atenazado por el peso que se desprende

de la noche

y cae sobre la bóveda terrestre que participa del terror
de que los cuerpos y las cosas cambien de lugar
en el espacio como cambian de opinión,

sin dar aviso de ello,
 sin piedad para los últimos vestigios que aún galopan
 en busca de un amor que se perdió de pronto,
 cuerpo ido de modo irremediable,
 irremplazable,
 cuerpo que aparece en el último intento
 por llegar al puesto de socorros,
 estado terminal,
 cura de urgencia,
 exhalación en los finales del espíritu
 que exhala las últimas boqueadas,
 los clamidos que se atorán en sí mismos,
 se trasvasan como substancia propia pero, a la vez ajena,
 de otro,
 de los otros,
 los ajenos,
 la perrada masticando incendios,
 los espinazos fieramente degollados que regresan,
 el rostro espeluznante de la duda y sus dientes cacarizos,
 sus pálidas ojeras que se ríen a carcajada abierta
 del iluso que creyó
 que se podía conquistar un reino fácilmente,
 una mujer con sólo el uso de conjuros mágicos
 y apoyos de una luna solitaria,
 una estrella que no encontró lugar en el espacio
 y descendió con el único objetivo
 de mirar de cerca un cuerpo ensimismado,
 los difuntos que mastican frío y que pululan, ululantes,
 como emisarios del final del tiempo
 y de la historia de los cuerpos
 que se volvieron cuerpos fuera de la Historia,
 consumación como empujada hacia el olvido,
 vuelta olvido que amasija todo,
 funde todo en los calderos de lo helado
 o en esferas palidísimas que arden
 como cuerpos ardían antes

y, después, se apagan en un vacío menesteroso,
 muy vacío,
 muy sin nada que dote de materia la imagen
 que cruje en el espejo,
 lo desgarrar y termina por quebrar las juntas
 que tenían al suicida atado de algo,
 sujeto a una determinada indecisión
 que tuvo en jaque todo el tiempo al que estuvo
 y ya no está pero medita
 en que el estar ha sido bello pero triste,
 dulce pero amargo dejar tanta cuestión inacabada,
 tanto círculo roto,
 tanta esfera que concluye en condiciones lamentables,
 tanta duda parecida al daño y tan pocas certezas
 que, igual, terminaron bien dañadas,
 tanta fragilidad en la caricia y tantos rostros
 que quedaron sin ser acariciados,
 labios no besados nunca que se hicieron témpano,
 guitarra endurecida que encalló en medio de la nada,
 tanto diálogo que terminó en soloqu coasto,
 lenguaje de lo trunco,
 lo no comunicable por más gritos que quisieran salir
 de la garganta,
 pero es sólo el silencio el que toma la palabra
 y queda como en pasmo,
 lechuza aguijoneada por el miedo de quedarse sola,
 sin su sombra y sin que se oigan ulular sus letanías
 que mascan la luz que ya se fue,
 la oscuridad que se avecina y cierra el paso
 a toda construcción que no se venga abajo de inmediato,
 aliente a los próximos derrumbes a seguir su ejemplo
 a toda prisa,
 dérrumbe tras derrumbe hasta un derrumbamiento general
 de cuerpos y de cosas,
 cuerpos idos y cosas poco amables,
 nada objetivas en las causas que hicieron que el amor

598

costumbre del noctívago en su traslado a las cenizas
que dejan las fogatas,
ser ceniza o rito del comienzo,
doloración de los pellejos como signo de lo ido,
lo perdido,
cuerpos arden y sombras suenan como sombras enlutadas
que escrituran nombres de mujer que se volvieron leve brisa,
niebla tenue,
luz amortiguada por el agua,
agua tan quieta como luz ensombrecida o vela que se apaga,
luz perpetua pero claramente oscura,
poco diáfana pero muy aparatosa
en sus maneras de cegar la luz,
volverla opaca como el agua eterna
pero siempre melancólica,
cubierta de tristeza,
de carne picoteada inútilmente,
pero dulce,
tierna,
alegre
pero encarnada en los espejos,
fundida por completo en los espejos que completan
su vuelta en torno de los cuerpos
y se funden y confunden entre ellos
cuerpo/espejo y espejo que es un cuerpo
que llega como derrumbe sin aviso previo
y desbarata, sin disculpas, puertas y ventanas
como demostración de que el amor termina, casi siempre,
de mal modo,
fatalmente,
certeza o circunvalación de las esferas que acaban
casi exhaustas por tanto giro sin ningún sentido,
consumidas,
secas como el final de las festividades circulares
que giran, en sentido inverso,
hacia sus propias fuentes de ruptura,

su explosión interna,
 su desaparición como factor importante en lo amoroso,
 corporosidad que no regresa sino en líneas generales
 o apuntes para formar, de nueva cuenta, un cuerpo,
 el mismo,
 pero sale otro,
 demencia de los muertos que deambulan
 como única razón de su existencia
 y se establecen en el fuego,
 crepitan como fuego,
 pero son insomnes personajes que divagan en el sueño
 que los busca en los estrechos pasadizos de la ausencia,
 sueño insomne que tacta sólo formas huecas,
 ceniza varias veces machacada pero que son como retazos
 que olvidó el olvido,
 fragilidad de los desastres que culminan en un *Cero* absoluto,
 la forma de la *nada*,
 la *nada* como rostro,
 como cuerpo anonadado por la *nada* pero cuerpo vasto
 como mundo vasto,
 pero hendible,
 de hecho, nada,
 pero cuerpo penetrable como una fundición en llamas,
 un incendio,
 como cristales que revientan y hacen ruido
 de campana muerta cuando apenas amanece,
 cuando los círculos se sienten como aire
 y vuelan como pájaros
 o mínimos espejos que esconden su ternura
 detrás de los espejos grandes,
 protectores,
 como cuerpos que salen del espejo echando chispas,
 furia conmovida,
 casi alegre,
 casi taciturna,
 casi manera de la piel a punto de sentirse erizo,

espina amorosísima o clavo que desgarrar con algo de piedad
 las últimas luciérnagas,
 los primeros principios que rigen el mundo de las cosas,
 el desorden que priva entre las cosas,
 las personas que suenan como objetos pero hablan,
 tienen manos y cabeza, dientes y uñas,
 pero son encargo mercantil,
 cosas y no cuerpos esplendentes,
 cuerpos rutilantes sino cosas,
 sí rectángulo que se dirige a lo cuadrado
 y choca con el orden numeral,
 los reglamentos varios y diversos
 que hacen de la vida un entierro amargo,
 sin ninguna gracia,
 ningunas ganas de morir con tanta lata
 que le dan a uno de morir en un estado sano,
 imposible colgarse sin que llegue algún requerimiento
 por querer alterar el orden público,
 el desorden público,
 el caos que se presenta cuando los cuerpos
 hacen acto de presencia
 y el universo todo se proclama en huelga,
 personas objetales como un código civil mal ensamblado
 o un permiso de exportación/importación
 para llevar/traer objetos aparentemente serios,
 carcajientas cosas deletéreas
 vestidas de personas terriblemente serias,
 la clase dominante y las clases dominadas,
 el amo y los esclavos,
 la urbanidad y las maneras de comer los alimentos,
 las grandes construcciones,
 las altísimas finanzas,
 las masacres,
 los señores ministros y los señores presidentes,
 las damas liberadas pero tontamente presas,

la historia entendida de modo general
como historia de las cosas,
no la de los cuerpos,
no las fogatas inclementes
o la pasión que es la forma que asume la locura
cuando construye demenciales catedrales,
fosas o jardines en medio de las calles,
puentes que autorizan a los ríos
a que pasen por encima de ellos
y sea el viento el que impulse a las esferas a cruzar abajo
como barcos que trasladan saltimbanquis
al lugar donde los cuerpos juegan a la magia,
se divierten dibujando mapas que no señalan rumbos
sino extrañas disposiciones de la luna
encaminadas a impedir que el orden se subvierta
y el espacio se convierta en algo tan pequeño
que los cuerpos carezcan de lugar
donde exponer sus formas bellas
a las miradas expectantes del calor
que sueltan las estufas
cuando sienten apetito de probar los sabores distintivos
que cada cuerpo trae como marca de su origen,
su destino,
fidelidad extrema al *humus* del origen,
los huesos primordiales,
la historia de los cuerpos como forma
que asume la demencia
como muestra de que, a veces, conserva algo de cordura
y resiente la errancia de los cuerpos que se vuelven
como un planeta frío,
deshabitado,
que flota en un vacío de agua estupefacta y muda,
ardor friolento,
zona de tinieblas,
luz espesa como un fogón
que apenas comienza a comprender

su devoción a carne que sólo hacia sí misma se contempla
como carne,
se palpa como carne en la mejor disposición de darse entera,
entendimiento de lo ávido que lleva a los alambres
a ejercer presión sobre los cuerpos
y asumirlos como cosa propia,
lo deseante con la fuerza que anuncian los crepúsculos
en previsión de que la noche llegue demasiado pronto
y los destierre,
los convierta en sólo bellas formas apropiadas
por el mundo o estrellas que agonizan,
signos muertos o hablas que, a duras penas, hablan solas,
sin escucha alguna,
sin diálogo siquiera dicho en la penumbra sorda,
palpitación como con algo de vitriolo adentro
o canto inusitadamente triste,
luz en trance de agarrar su flama e irse a iluminar
distintas propiedades,
otros asilos para cuerdos
o demencias tranquilas que se arropan
en un sopor de hielo que prohíbe cualquier intromisión
del fuego,
cualquier delirio que persiga la posesión total de cuerpos
que no huyan,
falsedad del mito,
falsedad de los dioses que cuelgan de los árboles,
pía mentira que se arrastra, triste, y llora,
hasta poco antes del final,
cuando no queda casi nadie en buen estado
y se pueda platicar de la añoranza de los cuerpos
que ya están en plena mortandad en vida,
pleno desajuste que prescribe
la no habitabilidad de las regiones celestiales,
la vida ultraterrena acompañada eternamente
por el chirrido de las flautas y las arpas,

los tamboriles que soplan,
tañen,
amartillan pequeños querubines,
serafines,
majestades, tronos y potencias,
ángeles y arcángeles rodeados
de todas las bienaventuranzas posibles de reunir
y que gozan de excelente salud espiritual y física,
goznes en perfecto estado de conservación
a pesar del tiempo transcurrido,
vértebras erguidas a pesar de tanto peso
que soportan con el tiempo recargado en sus espaldas,
cúmulos y cúmulos de tiempo soportado sin protesta alguna,
patetismo por la fuerza sobrehumana
que han tenido que llevar siglo tras siglo,
milenio tras milenio,
eternidad sobre otra eternidad de cuerpos sobre cuerpos
que llegaron antes,
hicieron largas colas para abordar
las largas filas de camiones
que debían llevarlos a través del tiempo que venía en reversa
y dejarlos donde estaban antes,
región maravillosa de cielos lípidos
y azules pulcramente azules,
hastiadamente bien vestidos de azul caballeresco
como el que usan los cuervos que van a una parranda
que, se sabe, va a acabar con varios oficiantes muertos,
varias máscaras con la nariz cortada por una guillotina terca
en borrar todas las huellas que pudieran conducir
a dar con el rostro verdadero del culpable en malograr
la existencia venturosa de los cuerpos
en un planeta muy dado a clavar en buena forma
las espinas que trastocan
los conceptos básicos de amor y desamor
en algo sumamente despiadado,
vía dolorosa que no ofrece alternativas para huir

en busca de un lugar un poco menos desolado
 que el que habitan
 las sombrías figuras que dejó el recuerdo
 como única esperanza
 de que lo malo tiene, casi siempre, muchas posibilidades
 de hacerse aún peor y, entonces sí,
 troncharle el esternón a cuanta imagen se escape del espejo
 y quiera recuperar su autonomía
 de ser en puridad de sombras,
 esqueleto en ciernes,
 posible posibilidad de alcanzar rango concreto,
 furibunda criatura celestial
 o vestimenta para los días en que la carne está algo escasa,
 cuerpos sanos casi como sagradas escrituras
 o testimonios de que el amor puede mover montañas
 pero, también, ponerse a escriturar los testamentos
 que los muertos por sus propias culpas,
 no tuvieron ánimo de hacer por propia mano,
 los réprobos incluso,
 los dementes
 y los habitantes del espejo que beben de las aguas
 caídas del espejo,
 agua frotada entre los muslos de la luna,
 lamida por la luna,
 exquisitez de lo muslar lamido lentamente,
 preponderantemente lo muslar como el lugar perfecto
 de fijar la residencia y ahí quedarse
 entre los cuerpos sometidos a presión creciente
 como olla de presión que explota y suena como el ruidal
 que asciende del infierno y deja a todo mundo sordo,
 ciego por el clamor de las esferas que no entienden
 que no son únicamente esfera sino senos magnos,
 pechos nutritivos,
 carne sazónada entre agria y dulce,
 oscura o blanca,
 pálida o ardiente como un sol que redobla sus fervores

y quema la piel suave hasta dejarla al rojo vivo
y dar a formas algo tímidas la audacia que requiere el placer
 cuando aparece con sonido calmo,
rostro del sonámbulo que amansa sus furores
hasta ver que el desnudo toma formas de cuerpo consagrado
 como delicia momentánea y bien lejana,
 como todas las delicias,
como aguarrás bebido como agua salutaria
 y dadora de todas las virtudes,
perennidad casi garantizada de los cuerpos y las almas,
resurrección a plazo fijo y en cómodos abonos,
trompetas para el día del despertar definitivo
 pleno de indulgencias,
todas las precisas para llevar una vida repleta de pecados
y caer en tentación ante casi cualquier cuerpo
 que nos pase cerca,
 alas para vagar entre lo etéreo,
divagar entre exquisitas oriflamas
 y huesos que presumen de su buen estado,
certeza en que el espejo sólo ofrece la imagen verdadera
de todo aquel que quiera ver su identidad falseada
y que la mustia y arrugada cara que aparezca
sea la auténtica antesala en que el difunto tiene que esperar
a que pase la carroza y se lo lleve,
 con toda propiedad, a su final morada,
el *requiescat* vagabundo que se suele murmurar
 al oído de los muertos
cuando no hay peligro de que vuelvan
y estertoren sus deseos de beber los últimos mezcals
 antes de hacer el equipaje,
recoger el tilichero que todo buen difunto
debe de llevar consigo para no quedarse demasiado solo,
tener alguna amena compañía que lo distraiga
 en tanto tiempo muerto que lo espera,
tanta añoranza de los cuerpos
 como habrá de corroerle lo mustio de los dientes,

el estropicio de los órganos internos
que entran a un proceso acelerado de destrucción inexorable,
doble muerte,
la materia corruptible y el espíritu que se harta
de gritar en el vacío sin que nadie le conteste
y busca un poste, pero ya no hay postes,
se tira a lo vacío y encuentra a sus gemelos
en trance parecido,
dando vueltas buscando sus mortajas,
se sucumben a sí mismos con el gusto que eso implica,
ser su propia muerte,
no la ajena,
la devoción que se precisa para que lo insólido
se asuma como víctima y victimario de su ser etéreo,
su gemelo espectral que lo mantuvo en vilo
tanto tiempo como fue preciso
para estar en guerra permanente muchos angustiantes años
con algunas temporadas de solaz
y borracheras más o menos tétricas
con trombón como añadido imprescindible,
el seco trombonazo que clausura puertas y viste traje negro
y acompaña a cuerpos
que inauguran el descenso del peso corporal
que les daba un bello aspecto físico
y los invita a que acudan a cursos de cosmética,
práctica asidua en embalsamamiento de cuerpos
que tienden a perder el cuerpo en tiempo breve,
descuerparse y perder la encarnación rápidamente,
bellos aún pero belleza un tanto estropajeada,
poco bella,
poca satisfacción a los deseos acumulados largo tiempo,
lo fallido,
las furias galopantes que quedaron rezagadas,
la perrada que ladra en los adentros del demente,
troza,

masculla maldiciones,
 culpas de diversa índole y variado origen,
 remordimientos que destazan con violencia
 la visión del mundo,
 casi poemas,
 como la imagen de María omnipotente
 que no cesa de estar aunque no esté presente,
 nunca vuelva,
 nunca destelle en el jardín donde los cuerpos permanecen
 como si el tiempo no existiera
 y los cuerpos no se fueran nunca,
 tan perfectos como lo es la adoración del mito
 de la cruel belleza de los cuerpos que se vuelven mito,
 que relumbran pero cavan fosas,
 enormes cementerios para siniestras pesadillas
 que no encuentran consuelo,
 refugio en ningún sitio,
 ninguna circunstancia que prohíje el regreso de la esfera,
 la vuelta de los círculos en los que el tiempo vuelve
 a comenzar su recorrido como si no pasara nada
 y todo prosiguiera como estaba antes,
 como quieto,
 como algo deleitable que abre las ventanas
 y la luz recorre las zonas del desastre
 y las convierte en morada perpetua
 para los santos e inocentes cuerpos tan terribles,
 tan demonios que acaban con toda lucidez
 y dejan todo a oscuras,
 furor de las tinieblas que se envuelven en mayor tiniebla,
 mayor capa protectora para los degollados
 que estuvieron siempre entre el vicio y la pureza,
 la santidad y el crujimiento de los huesos,
 la lengua desgarrada y sin sonidos que pudieran
 dar la impresión de alguien que quería barbotar algo
 desde el final de los toneles huecos,
 la sangre que barbota la cal de las paredes,

el salitre de los barcos que se hundieron sin dar tiempo
para una mala vida al azorado navegante
que no esperaba recibir la salazón que dejan los naufragios
cuando el náufrago se ve a sí mismo
hundirse en el metal que da cierto carácter serio
a los espejos que, de otro modo,
olvidarían que su misión fundamental
es ofrecer un salvavidas al ahogado
que pugna por hallar un objeto al que pudiera asirse
y esperar a que una tabla-salvación
pasara por sus huesos y los llevara a un sitio menos triste,
al delirio que da el saberse vivo con cuerpos de mujer al lado,
la copa de mezcal, los cigarrillos,
la buena o mala compañía de los cuerpos
aunque no estén ya los cuerpos
pero sí la memoria de los cuerpos
que es como la palpación inalcanzable
de lo que ya no es palpable,
viabilidad de los fantasmas cuando duermen en la alfombra
y estrujan las cortinas,
los fantasmas que sustituyen a los cuerpos
pero son bastante más delgados,
como muchacha con anemia o esfera a dieta rigurosa,
casi planos o puramente dimensión imaginaria,
truco de los magos para crédulos que crean
que alguien los saluda,
ofrece su amistad, pero lo impío ejecuta sus cabriolas
y se burla del trombón que, vanamente,
intenta hacerse oír en medio del desastre,
agradable platicación de los fantasmas que dialogan
sobre asuntos de fantasmas,
los cuerpos idos antes de que llegaran los fantasmas
a arruinarlo todo,
hacer que las cosas se cayeran de su sitio
del modo como caen los clavos cuando están enamorados
y los sueltan con mucha brusquedad

que garantice un buen servicio posterior

al accidente que causó tanto desastre,
mujer a la deriva cubierta por salitre
que parte hacia la ausencia y allí se recompone el cuerpo,
crea figuraciones novedosas

de figuras un tanto amorsomadas,
dóciles criaturas que no aparecen
en ningún manual de pedimentos de auxilio

o no dejar pendiente alguna culpa caída en el olvido,
no fantasmas, pero sí seres un tanto neblinosos,
como lluvia o destierro que se acerca a otro destierro

más lejano y luego a otro, más lejano aún
porque cumple el papel de un desterrado de sí mismo

que no sabe que la luz no existe
y no hay ninguna posibilidad de que a alguien se le ocurra

la loquera de inventarla,
robársela a los cuerpos y entregarla a los míseros mortales

que viven en la sombra
y mueren debido a las gélidas temperaturas

en que las sombras pueden darse consistencia,
desarrollar sus pensamientos hasta darles

una estructura sumamente lógica,
una coherencia que les puede permitir entrar al mundo

de lo abstracto
e imaginar que lo real puede prescindir, en lo absoluto,
de las formas que, aparentemente, se ocupan en llenar a todo
espacio que se baje del camión en una esquina
y traiga su hermosa vaciedad como único equipaje

y no requiera de ningún volumen que le quite espacio,
lo atarante con su parla interminable,
el hable y hable eterno de las formas cuchicheantes

incapaces de guardar silencio
y dejarlo que musite por su adentro los diversos menesteres

que le quitan mucho tiempo el tenerlos quietos,
atareados en buscar a cuerpos que no existen

o en detener la acelerada destrucción de lo lunar,

puesto en crisis por las muchas dudas
 que la luna tiene sobre si es o no hecho concreto,
 objeto sólido o mera adoración
 de los amantes
 que la ven como parte imprescindible del amor
 y sus escuálidas fogatas,
 los desiertos donde aúllan los profetas
 y no hay sentido de lo lejos o lo cerca porque todo es pérdida,
 abandono,
 amor y desamor como una sola cuestión árida,
 carente de respuestas
 o acciones que sirvieran para asumir una actitud correcta,
 algo que lo saque a uno del marasmo que produce
ser/no ser en el mismo momento del conflicto
 y en los años subsecuentes,
 lo venidero del pasado que se enterca
 y no se va por más que se le arroje
 de todo vecindario donde habite la mujer amada,
 lo lunar casi siempre enaltecido pero frío, apático,
 poco amable y poco dado a componendas
 que no tomen en cuenta las predicciones del astrólogo
 que ve las cosas mal aunque, tal vez, pudieran componerse,
 no del todo, pero sí a partir de los goznes
 de las puertas que permitan el acceso
 a los funestos vigilantes de la noche que se encargan
 de que nadie escape ileso
 o vayan para peor,
 porque las acechanzas que se ponen
 para que caigan los amantes al abismo de las dudas
 que el amor plantea como acertijos insolubles
 sobre qué tanto hay que arriesgar en esa apuesta
 en que es el todo o es la nada lo que está en juego,
 enteridad de los andamios
 o sólo la apariencia de que hay andamios por ahí
 y llegarán por la bondad del cielo,
 lo cruel de los infiernos que quieren conseguir

el máximo terror posible en los adeptos a la luna,
 casi siempre conflictiva, pero amena, en muchas ocasiones,
 femenina como mujer en plenitud del abandono,
 del deseo entre el estar y el ya no ser
 sino figura huidiza o venada que sale de su sueño
 y se refugia en los espejos
 y su sonámbula función de sólo ellos reflejarse en ellos,
 de meditar que es su mismidad la causa de que su imagen
 se desdoble,
 se vuelva otra y, después, se multiplique en otras,
 múltiples y múltiplos de imágenes de espejos
 que son pero no son
 o fueron o serán o no serán ni fueron pero aparecen,
 así sea como un reflejo turbio
 o imagen que no devuelve nada sino una sensación vacía,
 un cuerpo opaco que no trasluce nada,
 un adormecimiento que jadea y cesa
 pero de cuando en cuando, como cuerpo,
 como vestigio mineral o lámpara con algo de funesta,
 como presagio de que las cosas nos dominan rudamente,
 de manera artera,
 como recuerdo de lo que no-es pero tampoco es
 sino hundimiento de los barcos o mínimos desastres
 o cuerpos que regresan a los círculos
 para escapar del tiempo,
 circular enteramente las esferas,
 enfiebrarse,
 palidecer de cólera o de amor porque no llueve
 o porque llueve
 y el viento clama en la ventana y nadie la abre,
 cuerpos llaman,
 crecen en piel desmesurada y suavemente masticable,
 cuerpo y espíritu en su punto para ser masticados,
 triturados,
 saboreados hasta la última gota
 que los cuerpos guarden de licor

para calmar la sed que hace a los sedientos
unos seres irascibles que miran con despecho
a los que la tristeza de las aguas
basta para no beber pócima que no les llegue
por manos conocidas,
no de las entrañas tenebrosas de los antros
donde toda virtud encuentra un vicio que la afrente
y la deje como virgen libre de pecado original
y de toda clase de pecados secundarios,
cuerpo y espíritu carnables,
encarnables,
resurrecibles como una pesadilla en que los cuerpos
aparecen como una distorsión del cuerpo real
que no termina de asumir ninguna forma
que contenga semejanza con algo conocido
o que pudiera semejarse a otra distorsión que vino antes
y uno pudo intuir, aunque de modo vago,
como alguien que había sido saludada antes,
amiga muy cercana o amante que cargó sus bultos
y se fue sin siquiera dejar una lámpara prendida,
un retrato al cual devotamente saludar todas las noches
cuando el vino trae un amargo sabor a chamusquina
y las manos ruidan como una corcholata
que no halla otra manera de expresar la tristeza general
que invade a las personas que, habitualmente,
carecen de disfraz que les permita que no sean
tomadas muy en cuenta,
muy grandilocuente la sombra de los cuerpos
que suenan y resuenan como todo metal que se subleva
ante su estricta condición silente
y trata de sonar como los cuerpos que resuenan y acarrea
en su sonar, muy desastrosas consecuencias,
muy terribles penas al que escucha
el sonido del lóbrego trombón que irrumpe, sin piedad,
en los escasos domicilios que quedaron en la curiosa
situación de estar, al mismo tiempo, más bien llenos

pero, también, más bien vacíos,
sin nadie adentro, pero con la pésima intención
de insinuar que sí había alguien allá adentro
que subía las escaleras o usaba el ascensor
para ir de adentro a afuera,
pero no era cierto,
nadie tenía linternas en los dientes que pudieran rasgar
la oscuridad
y penetrar en la densa materia impenetrable de los cuerpos
que se fueron, pero dejaron demasiada sombra,
llamas con tétrico sonido de lechuza arisca
que no permiten ver un tanto más allá
de los ojos del señor que escruta el porvenir
y ve un manchón que se aproxima y otro y otro
y resuelve que es mejor dejar que el porvenir
se acerque del modo que prefiera
y tome su tranvía y se regresa a donde estaba antes
de que a los cuerpos les diera por llegar
y complicaran buenamente la existencia,
completamente amor como el asombro cuando viene
con mirada alegre
o se trasquilan las campanas o alguien bala lejos,
lejanísimo de cuerpos o de sombras alguien bala
o se sucumbe
a sí mismo en la *otredad* indiferente que ve caer
al clavo enamorado como porción inútil de sus huesos huecos
que inútilmente se conciben cuerpo o memoria corporal
de los huesos que alguna vez tuvieron cuerpo,
cuerpos que destellan y esferas estallantes
que oscilan con una levedad pasmosa
pero vanamente, también,
ilusamente creen que pueden empujar
a crisantemos y cristales,
rayos y centellas,
truenos y relámpagos,
freidoras de lo frío y frialdades de lo ardiente,

da lo mismo porque, a fin de cuentas
son nimiedades bien concretas,
vislumbres de lo abstracto pero expuestas
a los peligros que emanan de la luna,
la luz lunar y sus terribles riesgos de ser aniquilado,
ser sorbido por las orillas de la luna,
los bordes mismos donde dormita la demencia,
la locura en vigilia con su cara de ojos grandes,
espantosos,
y su mirada de palmípedo algo serio aunque algo trastornado,
afuereado,
no en sus cabales sino muy afuera de ellos
alelado,
como demencia que se escruta gravemente,
con toda seriedad,
que se examina cuerdamente en tanto ser demencia
y no catarro o substancia insubstantial,
sino demencia santa y buena,
bien demente,
razón de la poesía
y demencia apasionada por los cuerpos
que son la otra razón de la poesía,
cuerpos que son vida y cuerpos que son causa de muerte
o de agonía que no termina nunca
y el agónico persigue a su agonía
y su agonía persigue al que agoniza
sin hallar el término de tanto afán de muerte
o misericordia que no asume su papel de dama triste,
señora con lagañas que camina muy despacio
y jamás llega a manotear en lo cercano
como signo de que alguna posibilidad
de que se calmen las gargantas y cesen de aullar tanto,
gritar tanto, que llamen la atención de los transeúntes
y decidan imponer un fin tajante
a las diversas manifestaciones del amor
como causantes de tantísimo disturbio,

tanta perturbación que causa la lividez característica
 de los amantes que se saben cuerpo
 pero, también, se extrañan cuerpo,
 razón irrazonable y vastedad desesperada,
 inmensa,
 sin consuelo que le permita soportar
 las furiosas embestidas de la luz
 que no se arriesga a perder ni un ápice de sus regiones
 algo tenebrales
 cuando no hay alguien que proteja al caminante
 de los peligros que aparecen cuando lo claro
 excede en mucho
 la proporción de sombras necesarias
 para que el suicida encuentre
 un punto de equilibrio que le permita descolgarse
 sin perder del todo la razón que lo llevó a desmenuzar
 sus débiles junturas,
 los andamios que quedaron sueltos
 y no hubo modo de ensamblarlos
 de manera que alguien pudiera caminar sobre ellos,
 invitar a cuerpos a estar descolocados al abismo
 y no caer sino en sentido figurado,
 mantenerse al borde y no encontrar guarida
 sino en lo más abstracto del espejo,
 lo más hueco que contienen los espejos
 y que es lo que les da
 cierta apariencia de ser objetos reales,
 no reflejos de un reflejo que olvidó qué imagen resguardaba,
 qué rostro de mujer quedó adherido a sus fragmentos
 de memoria en trance de irse
 y olvidar que, alguna vez, los cuerpos fueron
 los únicos objetos
 que poblaron mundo y fueron como cuerpos
 radiantes de belleza
 cuerpos bellos heridos por la niebla,
 llevados por el viento de un círculo a otro círculo

hasta perderse en lo lejano de las aguas tenebrosas,
 distancia inaccesible para el náufrago
 que fue perdiendo su razón de vida
 y halló en la sinrazón razón de muerte,
 la lívida demencia,
 el súbito relámpago que junta los recuerdos
 y les prende fuego,
 el espasmo que aletea en la memoria de los cuerpos
 y su memoria de cuerpo recorrido,
 cuerpo amado,
 cuerpo ansiante en forma indetenible,
 fuego en perpetua condición quemante,
 perennidad de los ardores,
 de la continua combustión interna de los cuerpos,
 del sofoco que se queda después de los fragores
 del abrazo con los cuerpos,
 de la respiración entrecortada,
 los jadeos,
 el alma en desencaje, iluminada pero oscura,
 cuerpo en sí pero dejado lejos, como en sueño,
 arrumbado lejos,
 bajo el brillo que despiden los amantes
 cuando las cosas enloquecen y huyen
 y los amantes permanecen fieles, como eternos,
 como navegación en alta mar,
 como sistema cartográfico,
 como artefactos náuticos o mapas extraviados
 en el fondo del espejo,
 ser del mundo en cuerpo caluroso,
 cuerpo ansiado,
 imágenes que salen del metal y se regresan al metal
 después de un largo recorrido y ansían,
 desesperan,
 llaman o no llaman pero se oyen voces,
 crujimientos,
 rasgaduras,

vidrios a punto de caer
que buscan ubicar la condición del viaje,
el uso del silencio,
la flotación debida a la caricia,
el sexo ensimismado hacia el origen,
la cavidad por la que se desciende hasta el origen,
la palpación de la sombra de la *nada*,
la *nada* humedecida
como un cuerpo que llega en el comienzo de las aguas,
en las primeras marcas dejadas por la luna,
la luminosidad que nace de la luna
y crece en la nostalgia siempre relativamente incierta,
pero dura,
duradera,
como fantasmas un poco desdentados, serios,
como los cuerpos cuando el tiempo les pasa por encima
y los convierte en cosas terriblemente serias,
casi insoportables,
los magulla la mala fe del tiempo que les abre
socavones en la carne,
les magulla la carne apergollada,
descarnada,
a veces deshuesada,
triturada,
tiempo en brama y cuerpos en la bruma,
vuelos bruma pero, también,
alcohol refrigerado
o golondrina que no vuela pero canta, inmóvil,
no canta y se perfila cuerpo que habita en la memoria,
la sosiega,
la comprime,
la abandona en estado lastimoso,
la enfurece,
le pierde los recuerdos,
le esconde la añoranza,
desestructura los rostros bien amados

y los traspasa a formas neblinales difícilmente conocibles
que, de inmediato, muestran foscas fauces,
muerden,
se atiborran de huesos y cochambre,
no hay sosiego,
cauteria las heridas,
las abre nuevamente pero más heridas,
más piel en sobresalto que flores o cuchillos,
qué ternura,
qué vacío como forma constituida el que se acerca
y rompe los cristales como si hubiera
cuerpos constituidos dentro,
cuerpos que regresan pero adentro del vacío
o afuera del vacío,
no se sabe porque no hay paredes que distingan
lo afuera de lo adentro,
pero están los cuerpos con su inmenso ruido
o, a lo mejor, sólo está el inmenso ruido
y las volutas de humo que se escapan de su enorme boca,
su continuo sonido de vapor que suena
como un camión que se retira del servicio fúnebre
y arrastra, en su pesar, con viejos restos,
rostros antiquísimos,
cuerpos añejados largo tiempo
como prueba de que el olvido es cosa real,
concreta,
ligeramente olvidadiza,
distráida,
sutil como la atmósfera de un amanecer de invierno frío,
congelado,
pero quema como quema el olvido un tiznadal
y se convierte
en un cómodo sillón que transporta muertos
indudablemente muertos
pero todavía inseguros de estar muertos
y convertirse en circunspectos pajarracos

en el momento de abolir el vuelo y dedicarse al sueño,
graznar en un silencio inmóvil,
crepitar a modo de ardedura ardiente
de clavo que se zafa y cae en forma ríspida,
enojada,
pero amor abarca mundos y mujeres,
magias sapienciales,
juegos de prestidigitación que dejan con la boca abierta
a las lechuzas siempre titubeantes
acerca del valor de los prodigios que llegan del origen
y, después, se pierden,
se extravían y, a veces, se encuentran de nuevo
los amantes
como flamido o extensión recuperada al agua,
ser en otro, incluso en la otredad del ser del otro,
porque el orden del mundo se trastorna cuando se ama
y todas las campanas llaman a la obtención de los delirios,
el incremento de los goces,
el vaciamiento de los cuerpos,
lo insondable,
los balbucesos con que se expresan los que aman,
inintendibles por lo ardientes
pero ardientes porque son las hablas
de lo que no puede decirse,
verdad elemental que gira siempre alrededor de su principio,
comienzo que termina y término que da la vuelta
y comienza a desandar lo andado,
idéntico a sí mismo como esferas girando en el vacío,
incoherentes
lúcidas,
no las cosas que arden y se extinguen,
sí los cuerpos que arden
como hornos con potentes llamaradas que bajan de la luna
con sus lenguas ávidas,
sus manos abrasivas como una pulsación
de luz ensimismada,

que huyen,
que cortan como espadas
o galopan sobre una mariposa negra
en un cielo de color de azufre
que despide amorosas vaporadas,
muerden,
sudan,
fiebran los amantes,
soldan magias o realizan encantamientos
levemente delictuosos,
delirios como forma de saberse lanzados al espacio
sin ningún impedimento de cruzarlo de un extremo a otro,
escapar del tiempo,
detenerlo y hacer que se regrese a un tiempo ido,
un no-tiempo en que las cosas se quedaron quietas,
algo solas,
algo solicitud expresa del dolor que deja un amor ido,
una desesperanza que no acaba de encontrar
los modos bruscos que el olvido tiene de mostrar sus dientes,
cuerpos por fuera de este mundo,
espíritu absoluto ya saciado,
en conmoción aún,
entristecido porque el amor es como una fiesta triste
o un velorio alegre,
como el gemido que se vuelve ansia que se vuelve carne
y se chamusca como miel la carne,
se rostiza,
pero levemente,
como los magos cuando queman endebles construcciones
o hacen salir chispas de la nada,
luminarias concebidas desde el principio de los cuerpos
fuegos fatuos pero ardientes en sus pésimos modales,
fogosidad de los amantes como juegos pirotécnicos
que toman por asalto el cielo,
lo dominan,
le arrancan a pedazos sus virtudes teologales,

expulsan a ángeles y arcángeles,
tronos y potencias,
graciosos querubines,
impertinentes serafines castos
que huyen de cuerpo de mujer como del diablo
y se persignan ante la sola mención de la palabra sexo
o la mera presunción de que los cuerpos arden cuando aman,
los expulsan de los reinos celestiales
que ha de ser, de ahora en adelante, el reino de los cuerpos,
materia combustible,
no lugar para salmistas o ácidos sermones
sobre las delicias de la vida beata
pero sí morada para fuegos restallantes,
cruentas quemazones de cuerpos que destierran
al Pecado Original
a un pequeño espacio en los confines del espacio grande
adonde ni siquiera llegan las luciérnagas
después de que se mueren pero tampoco llega nadie,
ni los fantasmas cuando se deshuesan
ni el deshuesadero que dejan los fantasmas
cuando dejan de oficiar como fantasmas
y se vuelven partículas de nada,
nadie llega,
pero los cuerpos se desnudan en el cielo
y lo convierten en llanura líquida,
océano para navegación deliberadamente lenta
como la eternidad o un poco más lenta, si es posible,
para que no termine nunca,
siga imperturbable por los siglos de los siglos
hasta que el *Todo* se consuma
y no quede ni asomo de pasión sobre la tierra
y sólo esté el recuerdo de la demencia
y su ferviente devoción a los amantes cuando lamen
la cicatriz dejada por la sombra,
beben sombra que arde como lámpara
con cicatriz dejada por la luna

el pelo encanecido por el miedo,
 las situaciones-límite en que los cuerpos se amontonan
 y padecen,
 parece que padecen pero liberan santidad de cualquier modo,
 con el agua a cuestras,
 con el mar a cuestras y sus barcos que transportan náufragos
 de una isla a otra,
 diseminando la piedad como si fueran corcholatas
 o tambores,
 pedazos de jardín,
 trozos de alfombra,
 madera disfrazada de virtud pero con ansias de pecado,
 rotos artefactos para extinguir incendios a bordo de navíos
 que se quemaron hace tiempo,
 cuerpos que escaparon de sus cuerpos
 y dejaron sólo memoria de los cuerpos,
 tiritación friolenta,
 desventura que sube a los andamios
 y fomenta el acabose de los últimos destrozos,
 los finales que carecen de toda posibilidad
 de volver a sus principios,
 los dictámenes que ordenan la clausura
 de todos los comienzos
 y el inicio del cerrado universo del suicida,
 la difunta señora de los muertos que entra sin llamar
 a donde quiere y avasalla
 y dice adiós a cuerpos y costumbres
 y organiza los ritos funerarios,
 remacha los resquicios por donde puedan escaparse
 los últimos fantasmas que todavía mantienen
 viva la esperanza de que los cuerpos quieran regresar
 antes del fin del mundo
 y encuentren al ausente que los busca
 desde mucho antes de que el mundo fuera mundo
 y tomara forma de cuerpo que, también, se ausenta
 y no se encuentran nunca,

sólo giran como esferas en estado
de agonía o pájaros negruzcos
que hacen un ruidero enorme
pero en nada contribuyen a la búsqueda de un infinito
capaz de contener a tanto hueco
que se fue quedando rezagado
y no encontró, después, ningún lugar en ningún sitio,
no había sitios
o estaban ocupados malamente por distorsiones
que lo real consideró preciso ejecutar
para que nadie disfrutara del placer
considerado como una especie de virtud mal informada
acerca de los riesgos que el pecado carnal arrastra
como un nefanda payasito
que no logra que sonrían las estatuas que juegan
a ser cuerpos
o esbocen, tan siquiera, un rictus de tristeza,
un encendido de pasión, así fuera momentáneo,
que hiciera suponer que las estufas se encuentran todavía
dispuestas a generar un poco de calor que obligue
al frío a retirarse un poco más allá de sus frialdades
y obtener la concesión
de congelar a cuanto cuerpo quisiera detener el tiempo,
hacerse eterno,
contener las mascaduras con que el tiempo
distrae su tiempo libre
y convierte a los cuerpos en campo
de batalla con todo y sus trincheras,
los grandes tanques de cemento armado
que aplastan, sin piedad alguna,
a indefensos cuerpos que lograron
alcanzar algo semejante a un tiempo extra
que podían disfrutar aunque por poco tiempo,
brevísimos instantes en que el *ser*
empezaba a perder su consistencia
pero no entraba, aún, a lo fatal inconsecuente

que se vuelven los *no-ser* cuando perciben
que las cosas dejaron de existir y no hallan modo
de ponerlas en el lugar en donde estaban antes,
sobran,
o se fueron por los canales de lo ingrátido
que flota y desemboca en túnel,
coladera o esmirriado agujerito,
desaguadero donde fluye un agua calcinada,
casi polvo,
casi orfandad del agua y la ceniza,
cuerpos en completo desencuante,
rotos,
tritución de lo infinito hasta volverlo nuevamente polvo,
materia inmaterial,
océano seco,
liquen,
pez desvertebrado sin conciencia que lo guíe camino al Bien
y no la senda que maldad ocupa y vitupera a cuerpos
por sus formas bellas,
prepotentes,
para uso de los locos solamente,
los dementes que agradecen a sus hados bienhechores
los dones recibidos,
la milagrosa aparición de cuerpos que no son, exactamente,
cuerpos corporales,
pero se parecen mucho a los cuerpos de verdad
y el demente disimula el desencanto
que le causan las réplicas
y no el sentido original de la existencia,
pero logra conmoverse hasta el punto de llorar amargamente
cuando una imitación tropieza con sus propios pasos
y se parte,
en un pedacerío que no hay manera de rehacerlo,
forma que no tiene forma alguna
o carencia radical de cualquier cosa que parezca cosa,
inútil vanagloria de este mundo

o recaudo de indolentes que no quieren nadar
contracorriente,
usan anteojeras para no ver ni un metro más allá
de su vidrioso mirar
que, en realidad, no miran sino sólo aquello
que les causa espanto,
les da risa o los hace bailar al ritmo majestuoso
con que bailan en la cuerda rota las personas
sumamente
serias que padecen forma de molusco espástico,
de carcamal al que le cruje la andadera,
lo disforma y lo deja como forma escindida de su fondo
y de su forma,
sin idea de que es preciso tener forma
para ser considerado un *algo*
o un *alguien*, cuando menos, que semeje bulto
u ornamento, aunque inútil,
que dé algo de color a la negrura
imperante en los más bajos fondos del infierno,
conciencia desgarrada que, por fin, asume conciencia
del desgarre y la ruptura consiguiente
que cruje el desgarrón consigo a solas,
rota en dos,
conciencia e inconciencia que no saben
en qué recintos de terror ha decaído su ser accidental
en calidad de mero objeto,
mera especulación acerca de la dicha y la desdicha
que, en cuestiones del amor,
el azar trae siempre escondidas bajo manga
y las saca a la menor provocación que se haga,
rompe todo y actúa como esfera golpeada por la muerte,
como círculo al que se le quiebran de pronto las juntas
y se convierte en línea zigzagueante,
en círculo parchado como moral en crisis de existencia
como razón de lo ético que duda entre vicio y virtud,
el Bien y el Mal,

el caos y el orden,
 amor y desamor como cuestiones que caminan juntas,
 lo tan bello que casi es una infamia
 que exista sobre el mundo,
 los cuerpos amadísimos que siguen siendo cuerpos
 aunque carezcan ya de cuerpo y sean memoria palidísima,
 imagen devorada por el tiempo,
 frío borroso
 manutención de la palabra,
 verbo reencarnado,
 diálogo de sombras que siguen siendo cuerpos
 que baten los tambores porque la muerte llega
 con ruido de trompeta o de trombón cansado,
 quiebra esferas,
 colecciona rostros de difuntos,
 sorbe médulas,
 construye monumentales edificios con las vértebras
 que se quedaron
 sin ningún motivo para seguir estando erguidas
 y de un soplido las avienta al suelo
 y las pateas mientras medita en lo breve de la vida,
 lo extenso de la muerte,
 melancolía atrapada entre las brumas
 indecisa entre el olvido y ser hospitalaria,
 dulce,
 buena, como las cosas cuando caen y arden
 o cuando sueltan a los clavos y éstos caen en la tristeza
 que el desamor provoca,
 cuerpos solos en la violencia de las aguas,
 pero puntuales,
 pero erigidos fundamento,
 base,
 cimentación profunda,
 sólida estructura,
 techo,
 campanario para cobijo de las aves,

faro que horada en el silencio y que taladra sombra,
que escruta en el espejo y llama a cuerpos,
duda,
plantea el desasosiego como norma,
el desorden como línea de conducta,
cree y no cree,
razón que se reparte, equitativa,
entre lo crédulo y lo incrédulo,
ecuánime, pero azorada, ante la nulidad de todo,
a falta de respuestas,
lo poco racional de lo que dicen que es lo real
pero no es sino la forma fantasmal en que las cosas
se aparecen,
se deforman o se ocultan como sombra de las cosas,
cuerpos en zona de alto riesgo de derrumbe,
la vocación de los suicidas ante las bocanadas de la muerte
y de sus grandes ojos que miran desde afuera de su cara,
muy lejos de sus cuencas,
los grandes armatostes que se arrastran
por debajo del cortejo de difuntos que siguen a la muerte
y cantan sus larguísimas blasfemias con tono plañidero,
voces de congoja,
pronunciación del alfabeto de los mudos,
amor,
deprecación y santidad y muerte,
tiempo y muerte,
devocionario del amor y de la muerte,
los cuerpos como reflejo de lo abstracto y lo concreto,
como caer en la demencia plena,
cuerpos suenan como brújulas o agujas de marear
o diarios de navegación con datos no del todo ciertos,
un tanto inverosímiles como invención
de los amantes náufragos,
de destinos que se perdieron con el tiempo,
desolación enfatasmada suena a cirios, trombas;
lenguas desmenuzadas,

bailes,
 velorios agridulces
 como el avance táctil de los que no conocen mundo,
 amor,
 desesperanza,
 júbilo,
 timbales,
 señoras enlutadas,
 pajaritos que trinan con locura sórdida,
 tiemblan como farolas en estado de ebriedad
 o aviones a punto de caerse,
 raspan como lija,
 como manera de metal o tubo enfermo
 o poeta sentenciado a muerte por hereje,
 cuerpos que no cantan pero altamente subversivos,
 endemoniadamente peligrosos,
 pero bellos,
 escandalosamente bellos,
 revueltos contra el orden, algo ariscos,
 algo caballo suelto en la pradera
 o imagen de grandes golondrinas cargadas de ternura,
 vuelan,
 como errantes golondrinas o llovizna,
 pero alto,
 en lo más leve del aire,
 entre lo más distante de lo aéreo,
 cuerpos lejos que se esfuman,
 vuelven nube o material difícilmente cognoscible,
 carne en lontananza,
 pero el cuerpo también,
 los rostros,
 las miradas que como que se salen del espejo
 pero no se salen,
 se hunden más adentro
 (violines, violonchelos, violas),
 ardíferos

ardiente
 vasos que tienen sed y sed que se complace
 en su estado de sediento,
 su miedo por el agua,
 por los cuerpos que no cantan pero ligeramente sufren
 por las penas del amor
 y musitan cánticos que van del llanto a la alegría
 sin hacer paradas intermedias,
 bailan,
 pero fundan territorios en el aire y vuelan
 se estremecen y estremecen la densidad del mundo
 con su vuelo y vuelan con paisaje encima,
 con horizonte acumulado encima,
 con guitarra encima,
 con trípode o ceremonia encima,
 con espejo que bifurca la dirección de sus reflejos
 y se ve a sí mismo como espejo alterado de los nervios
 que ven como se alteran sus reflejos
 y nadie reconoce a nadie en esa profusión
 de rostros masacrados
 que saludan sin saber si hay alguien que los vea
 del otro lado del espejo,
 alguna ofrenda o un rito que propicie
 la formación de la neblina,
 el regreso de los cuerpos
 y detenga este proceso de desgaste que prosigue,
 la lenta corrosión,
 el peso de la noche que se cae como certeza
 de que el tiempo lo devora todo,
 lo convierte en aceite de linaza
 o aguarrás para la despedida de los muertos,
 sombras pesan como demonios sueltos por el mundo,
 tiempo, muerte y cuerpos en desplome lento
 como incapacidad de las estatuas para el sueño,
 roedumbre de los huesos asombrados
 ante su propia involución al polvo,

ser-se en polvo eternamente,
polvo ríspido pero, aunque los cuerpos llamen,
poco capaz de estar enamorado
cuerpo en frío,
sin materia,
sin estructuración sentimental,
como espíritu disuelto entre formoles,
desintegrada calavera de sonrisa hueca y ligeramente cursi,
desdentada como un jolgorio de difuntos,
licor ácido y danzón para los muertos,
vals para las quinceañeras fenecidas,
tango para el consuelo de las viudas,
anís para las damas en edad vetusta,
ron para los distinguidos caballeros
que habitan un subsuelo aletargado,
somniafero de larga duración que cae sobre pellejo seco,
inoxidable,
que se adensa en sombra densa y ruidosa ruidoso denso,
de cadáver,
de acumulada forma de estropicio
que murmura contra tanta muerte contra un cuerpo solo,
cuerpos muerden,
toman fiebre y esquirlas de ceniza,
se consumen,
pero trizan fuego,
alborean, pero les cae la luna encima y los chamusca,
los vuelve caracol en llamas o sombra bajo el agua,
imagen del destierro,
sombras de sí mismos como agujas,
como sublevación de lo amoroso ante lo frío,
como carnalidad desamparada
o forma de guarecerse ante la noche,,
lo calor como manera de salvarse de lo helado,
espacio del reencarne de los cuerpos lastrados por el tiempo,
desbielados,
como violados por una forma ajena pero intactos

en su forma lunar,
 tan comedidos,
 tan perfectos,
 diurnos, briznas de agua un poco atormentadas por el frío,
 pero deleite de lo helado,
 lo anhelado,
 consumación de lo amoroso,
 ruidero en la región del terremoto,
 los grandes temblorines,
 los vacíos,
 la adecuación al tiempo que no cesa
 y que acumula líquenes sobre los cuerpos nuevos,
 su ser como relámpago en situación de trueno,
 ser sonido o esfera un tanto envejecida
 círculo que pone fin a su final sombrío,
 casi rutinario,
 sólo el círculo salva como materia en combustión perpetua,
 no corrupta sino exacta,
 casi lo perfecto,
 casi esfera,
 cuerpo amado,
 reproducción de lo insondable como espejo
 o la pureza inserta en la memoria,
 sólo infierno o ruido sideral que arrasa cuerpos,
 nieblas,
 asuntos demenciales,
 manías ambulatorias,
 dientes,
 sombra envuelta en muy pequeños trozos
 que pueden masticarse lentamente,
 masticación entre jadeos,
 cuerpo móvil,
 movilidad del cuerpo como alambre frágil,
 lo cortante, porque los cuerpos y las cosas arden
 y se acaban,

mueren de amor o desfallecen de cuerpo insatisfecho
 pero ahíto,
 saciado por la lumbre,
 maneras de llover lluviadamente
 como barcos en justo vencimiento,
 espíritu que corta y desvencija vislumbres de lo eterno,
 aguda recepción de lo que no es tocable,
 rostros en que el espacio se refleja,
 fe en los habitantes del subsuelo,
 mundo de los ciegos,
 los videntes para el día de las trompetas,
 las trompetas para el Día del Juicio,
 el último,
 acabamiento general de cuerpos y de cosas
 y amor, entonces, esplenderá magnífico,
 brillante,
 aún después de que el trombón occise,
 fenezca su sonido para siempre y sea el silencio
 el que hable con los muertos,
 derrumbe las paredes y construya un muro de silencio,
 una cansada procesión de todos los silencios
 que andan solos
 y se juntan en un silencio enorme
 y pasan por ahí con un ruidero
 que no deja dormir a los sonámbulos
 que cuidan los semáforos
 que deberían de detener el paso de los cuerpos
 cuando usan las líneas de transbordo
 y se asan y restituyen el ardor
 a los metales que estaban ya un tanto fatigados
 por la constante frotación a que estuvieron sometidos
 sin tener ninguna culpa en el desgaste de la materia corporal
 que algunos cuerpos empezaron a sufrir
 de un modo acelerado,
 ruinosa rapidez que parecía empujarlos
 a un final sin esperanzas de mantener algo de carne

arrejuntada al hueso,
como muestra de que tuvieron, de verdad,
algo atractivo que mostrar en tiempos en que el hambre
era frecuente,
y los cuerpos desbordaban a sus cuerpos
hasta doblar el tamaño del espacio
y hacer del infinito una bastante reducida porción
de un habitáculo pequeño,
un cuarto demasiado chico para que quepa
la esperanza de los cuerpos en silbar alegremente
y poner de manifiesto su aptitud para actuar
como cuerpos seductores entre grandes depósitos de lava,
enormes humaredas,
cenizas extraídas de limones un tanto cabizbajos
que no osan ni siquiera mencionar
que la belleza de los cuerpos
los distrae de sus labores cotidianas
y los vuele limones que galopan,
brincan limoneros tristes como velas
que creyeron que su oficio era el de traer algo de luz
que disipara lo oscuro de la noche
pero no hubo nadie con un cerillo a mano
que pudiera darles fuego,
la bronca chispa necesaria para que ardiera el universo
y los cuerpos entraran al campo de batalla,
formularan peticiones serias o, al menos, bien fundamentadas
sobre el papel que juega el sentimiento
en los momentos decisivos
en que todo parece estar a punto
de volverse cuestión irresoluble,
drama teórico,
argumento metafísico para una historia novelada
del fracaso del amante
que no logró consolidar una estructura
que durase lo que tardó su construcción
y no se derrumbase desde antes de iniciarla,

como recuerdo de la herida que dio comienzo al mundo
o viaje acicateado por el tiempo,
acorrallado por el tiempo,
pulveridad de los espacios que dio origen al agua
o al musgo en que nació la historia de los cuerpos
que comienza con el fin del mundo
y cuerpos que amanecen como formas básicas,
ideales,
esencia que no toma aún conciencia
de lo que significa ser esencia,
forma pura que aún no tiene forma y constituida después
que los espejos absolvieron sus culpas de no ser de verdad
sino de ser lo *otro*,
lo reflejo impropio,
sin lenguaje,
sin memoria,
sin la carne apropiada para el gozo,
formalidad estricta y rígida de lo llamado espíritu,
lo que le dicen alma,
entendimiento del amor
o afirmación de que el amor es algo complicado,
se desarma fácil y es difícil ajustar, de nuevo,
las piezas que casi siempre faltan,
no funcionan,
craso error de que los cuerpos pueden comprenderse
cuando arden,
sueltan flamas,
se calcinan,
pero quedan,
de algún modo se instalan en los huecos
y se quedan como ácidos flameantes o vitriolo que se escapa
por las puertas rotas y corre por las calles,
pregonero de la mala suerte,
augur de todas las desgracias que pactan una tregua
y resuelven constituirse como una gran desgracia sola,
una desdicha que la Historia escriba con mayúsculas

y sea solemnemente recordada cada día y cada noche
en que un cuerpo desnudo de mujer se muestra
como soñada por la bruma,
demenia de la luz cuando enloquece furiosamente
y besa cuerpos
y se calma nuevamente y se extravía
y palpa, con la avidez de lo insaciable,
cuerpos y los incita a convertirse en ruinas o vías férreas,
noches trastocadas por la velocidad que alcanzan
los fantasmas cuando huyen a los círculos de fuego
a los que huyen los cuerpos
cuando quieren liberarse del peso de los muertos,
del delirio que cunde en las esferas y las hace naufragar
entre arrebatos de cólera
y una tristeza desmedida que no acaban de explicarse,
una rabia sorda que lastima a los sonidos
que aún quisieran ser oídos
por algún oído que pudiera interesarse en escuchar
no lo que dicen sino lo que dejan sin decir
por miedo a que él acabe por destruir las palabras
que, quizás,
pudieran decir algo que no sonase a muerte retumbante
que se acerca golpeando sus tambores,
lo funeral hociconeando rostros,
máscaras,
cuerpos de mujer desnuda que vagan por el mundo
como barcos en deriva,
solos,
en la inercia del tiempo,
lo fugaz
lo que sucede y pasa sin dejar ninguna huella,
en la solicitud de los desgastes amorios,
en la ebriedad del sueño que se aleja en busca del delirio
y las causales del difunto que lo llevaron a morir de tristeza,
muerte en vano,
porque tristeza no produce muerte sino olvido

que se resigna a ser memoria percutiva y hosca,
triste,
que atambora y que masculla nombres,
fechas,
rostros,
historia de los cuerpos como relato de abandonos,
de nostalgias que fomentan la invención de otras nostalgias,
otro olvido que no acaba de creer
que su función es olvidarlo todo
y no dejar indemne ningún rastro,
ningún signo de que hubo enormes movimientos,
desequilibrios
que cayeron sin tomar en cuenta ninguna consideración
sobre las causas que hicieron que el mundo se viniera abajo
y no dejara hueso en el lugar acostumbrado,
osamenta claveteada firmemente en su postura original,
erecta,
móvil,
bien visible,
mustia rabia por la cancelación del Paraíso
y caída en el negror de los infiernos,
y los cuchillos caen pero se espantan como desolación
o extraña forma de lo que no es misericordia
o piedad así fuera en dosis muy pequeñas,
cuentagotas de piedad que no sirven para mucho
pero ayudan
a calmar a los demonios que atosigan la mente desquiciada
del demente
que supone que las cosas rotas pueden repararse,
rehacer mundos que se fueron deshaciendo
sin que nadie pudiera darse cuenta
y tener que lamentar el daño cuando ya las grietas
eran lo único que no se había desmoronado,
sí vacío,
sí la sensación de nulidad que acompaña
a todo signo o símbolo

de osamentas roídas por el tiempo,
cuerpos que son la mera vaciadora de las formas llenas,
cuerpos remotos como ángel destructor

que los muertos dejaron a su paso
y lentas lanzas caen sobre los cuerpos idos,

ruido de modo claramente perceptible,
el ruido de los cuerpos cuando caen

de plano en el vacío
y queden bailando en la llenura que contiene lo vacío

para que no se venga abajo y quede como más vacío
o hueco que se incrusta adentro de otro hueco que, a su vez,

está metido en otro hueco
y, así, hasta que no haya nada que buscar en parte alguna,

como perderse en el espejo que está atrás del espejo
que le abrió la puerta a los sonámbulos

y había otro espejo atrás y otro espejo más atrás y otro
y los cuerpos fueron disolviéndose hasta acabar

disolvencia de agua, pero cuerpos, también, colgando en algo semejante al agua,

del alambre,
bailando en el alambre,

columpiándose colgados de los múltiples alambres
que el amante

dispuso para evitar que se cayeran demasiado rápido y se perdiera la noción de que hubo cuerpos,

formas bellas,
los cuerpos giratorios a punto de irse a lo vacío,

más origen,
causa primera de que los cuerpos vuelvan o no vuelvan,
inventen lenguas no intentadas antes que, por fin,
susurren algo inteligible,
carne o llaga o jugo de limón en sus inicios,
lengua de la sombra,
raíz amasijada,
aventazón de los desastres de la historia,
los escombros,
el tiradero de la Historia,
memoria hecha pedazos,
rota,
no memoria si no fisura de las aguas,
imagen del espanto que se adueña del mundo,
del espanto y su andar lento y levemente majestuoso,
causa espanto,
se tiritita de espanto cuando llega el espanto
y se establece como huésped fijo,
domina lo espantable,
puro miedo y sombra dominan sobre el mundo
y faltan cuerpos que den aliento al mundo,
sol al mundo,
agua a los desiertos
donde claman los profetas por el fin del mundo,
reino de los muertos,
de los espíritus siempre encabronados con los vivos
y los muertos,
los fantasmas yéndose por las alcantarillas,
los cuerpos quedándose atorados en su cuerpo,
como mito o entendimiento que no comprende nada
y acepta su ignorancia,
lo parco del lenguaje,
su *otredad*, considerada como incierto reflejo de sí mismo,
imagen del que vuelve en busca de su sombra
y no la encuentra
y se hace el perdedizo de su sombra original

y se convierte en sombra que escribe testamentos,
 cartas de desahucio en signos difícilmente descifrables,
 palabras que llegan de la noche como muy distantes,
 como silencio que habla,
 jerigonza de círculos y cuerpos que se atraen,
 se repelen,
 se desmandan como esferas incapaces de girar
 sobre su propio eje,
 su curvatura reflexiva que no piensa demasiado
 en los eventos que están próximos a suceder
 y son causa y efecto de la terrible distorsión
 que sufre el mundo de lo esférico,
 y que lo hace circular muy lentamente
 o detenerse ante las fábricas de hielo
 o las calderas que dan clases de calor
 a los lejanos témpanos corpóreos,
 ciertas melancolías decentemente vigiladas
 para que no expresen sus verdaderas emociones,
 cuerpos en la sombra como cuerpos muertos
 vestidos de amarillo y con sombrero verde,
 guantes blancos y sonata a bordo de los barcos
 ligeramente ebrios,
 tempestuosos,
 barcos arriscados que buscan los naufragios
 como cosa propia,
 asunto que colinda en lo amoroso de los cuerpos bellos,
 los cuerpos amantísimos que pliegan y despliegan
 sus encantos según el viento venga arisco
 o levemente tierno,
 muertos que optaron por vestirse de morado
 y canturrear canciones no del todo exactas,
 imprecisas en el fondo e irregulares en la forma
 con que observan los hechos del tiempo ido,
 lo pasado que se integra a lo presente pero se aleja del futuro
 a grandes trancos,
 pisadero recio de volúmenes un tanto lastimados

que deciden escapar del orden temporal y se refugian
en la vasta soledad en que el cemento levanta sus defensas,
 escribe sus memorias,
prohíbe el paso a todo aquel que no disponga
 de los medios necesarios
para cerrar el paso a los intrusos
 que solamente quieren perturbar
el espeso silencio en que los cuerpos dialogan con su sombra
o entran al espejo en que dejaron su cuerpo resguardado
y se lo ponen por un rato y saludan al dudoso ser
que parece que aparece, dudante todavía,
 en los rescoldos del fogón
y monologa con la sombra que dejó de responder
 desde hace mucho,
no resuelve duda que le sea planteada,
 lo confunde todo,
usa los bisílabos como su forma de mostrar enojo,
nombrar las cosas que no debían nombrarse
 porque aún no tienen nombre,
y hay batallas contra cuerpos y lenguas y esferas de metal
 y dudas y gestos inquietantes
y palabras que se caen como ebrios argumentos
 y covachas y naufragios
y dientes que discuten sobre las ánimas del Purgatorio
 que cumplen su condena entre vapores turbios,
ángeles lanzados a la vida disipada
que quisieran encontrar algún consuelo en las borrascas
que el alcohol dejó como una bendición en los espíritus
 caídos en desgracia,
conciencias enviadas al destierro por causas no muy claras
pero que hicieron del sujeto un excelente cuidador
de sombras broncas o demonios desatados
 en una olla de presión
que está a punto de explotar por falta de agua
y el termómetro que marca siempre por debajo
 de los cero grados,

tiempo congelado y cuerpos como estatua,
casi fecundación de lo infecundo
para llegar a lo absoluto y henchirlo de belleza,
nacimiento, pero sólo para asirse a los tumultos,
los objetos varios,
las cosas distraídas en su cósmica materia de perder la vida,
la materia como depreciación de lo que vale
para la salvación eterna penetrando un cuerpo,
desgarrando un cuerpo,
sorbiéndole la sal,
cremando las clavículas que afeaban su presencia
en otro mundo
los mapas dispersantes que obligan a los barcos
a cambiar de rumbo a cada rato
e invalidan su firme voluntad de arribar a un puerto
que cobije a cuerpos
y no los empedrados caminos que llevan al infierno,
timbrado del infierno que anticipa la llegada de los náufragos
y suena a maquinaria rota,
trombonazos secos,
aguas tan pastosas que los muertos caminan sobre ellas
con fervorosa devoción a lo ácido,
triste destino el de las grúas tan solas,
detenida explicación de las locomotoras
y su aire de tristeza enorme,
su vaguedad respecto al punto de llegada,
su incertidumbre sobre el tiempo y el dolor
que causa en los pobres fugitivos
que quisieran detenerse por un rato
y ubicar alguna situación geográfica
que les permita establecer un campamento para nómadas
con cierta vaga aspiración
de constituirlo en morada permanente
o casa para expulsos con intenciones poco consistentes
de volverse gente seria,
irreprochables personajes que reniegan del pasado y buscan

expiación perpetua,
perdón a los pecados, aun a aquellos
que no se cometieron pero fueron maquinados largamente
con las peores intenciones de llevarlos
a una práctica concreta,
canción de la lujuria
o señas del constante deterioro que se sufre cuando
la luna asume posición de mando
y los cuerpos se desnudan gravemente,
ofrecen sus delirios como una vocación irreprimible
al desenfreno del insomne que da vueltas montado
en una esfera que cavila acerca de los riesgos
que ofrece la pasión como una bienandanza
que puede terminar como catástrofe
y el juego se detenga como una aspiradora que llegó al final
de sus manías por no dejar un cuerpo sin sorberlo
enteramente,
intensamente absorber a cuanta forma
se desplace en medio de la noche
y crujan los altos arbotantes que logran desplazar un poco
a las tinieblas que se esfuerzan para ser el único objetivo
que persigan los amantes que acabaron con la sombra rota,
la mente desquiciada y por fuera de sus órbitas estrictas
que indicaban la ruta que debía seguirse y no los otros
caminos desvirtuados que conducen a escenarios
lamentables
donde sólo hay ruinas o pedazos de carbón deshilachados
y poco útiles para encender el fuego,
brasas últimas que no llegaron a prender
en la profunda dejadez con que la luna maniobra
con sus móviles figuras lo quedado
que acabó por irse después
que los fragmentos se fueron desoldando poco a poco,
se oxidaron,
fallecieron de muerte calamitosa y algo fúnebre,
aunque no del todo

porque asistieron los trombones y celebraron
 tan infausta fecha con mucho ruido y alcohol a borbotones
 en el velorio y asistencia rigurosamente restringida,
 escasa concurrencia y ubicua situación de los espejos
 en medio de la nada,
 semiocultos,
 sin dar nunca su cara verdadera,
 su doblez de siempre,
 su rostro mortecino que esconde la vergüenza que les da
 el ser muy poco hospitalarios con quienes quieren adentrarse
 en ellos,
 los absorben a los que quieren visitarlos y, luego,
 los trasquilan,
 los devoran, como si fuera la cosa más normal del mundo,
 para que nunca puedan contemplar su rostro hinchado
 de terror en el momento mismo
 en que la muerte empieza a masticarlos,
 los convierte en un reflejo que no refleja nada,
 que están ciegos,
 no ven ni tan siquiera los gritos que escapan
 de sus ojos huecos,
 estación terminal para suicidas
 que no hablan ni suplican algo,
 lo que fuera,
 suplicación de suplicantes que ya no esperan
 ni el más mínimo recurso de llegar a la otra vida,
 tiempo muerto pero espejos, también,
 donde los cuerpos se articulan cuerpo,
 cuerpan,
 claman,
 trazan curvas o esqueletos que dejó la geometría tirados
 en su prisa por llegar a un sitio inexistente,
 no llegar,
 pero hacerse la ilusión de que las formas
 seguirían estando vivas
 y el conspicuo personaje que quería poseerlas arribó, por fin,

al reino de los cielos,
 reino del averno,
 da lo mismo,
 lo dispar se junta y no hay contradicción entre contrarios,
 mundo plano,
 sin fisuras,
 sin grandes aspavientos que demuestren la cólera
 que los objetos sacros
 sienten por los cuerpos cuando lloran
 y empapan al espejo con cierta furia fresca
 o concepción del universo como un señor atolondrado
 que busca con todo desespero en todas partes
 sin saber qué es, exactamente, lo que busca
 y para qué lo
 busca, qué obtendría, en caso de encontrarlo pero,
 igual, que perdería,
 si se topa con la muerte y ésta le arranca el espinazo
 y se lo lleva para tener un rato de sano esparcimiento,
 una manera entretenida de mirar a la muerte
 jugando en los billares a la hora exacta
 en que crujen los maderos
 o los cuerpos emiten sus dictámenes
 que señalan al amor como causante
 de un dolor quizás justificado,
 pero, siempre, muy poco soportable,
 poco adicto a bromas o albuces de cantina,
 no jueguista
 sino estirado caballero que usa lentes negros y rebosa un aire
 melancólico que hace que cualquier bebida se convierta
 en algo estropajoso,
 bebida para seres que perdieron la apariencia
 de ser seres y quedaron hechos añicos,
 ser en trozos,
 desmenuce de argumentos a favor y en contra
 para argüir si la pasión es cosa buena
 o despiadadamente mala,

crudelísima con los sujetos que deciden abordarla
y pierden pie
y quedan en los torvos brazos de una dama impía
que sólo reconoce las formas pasionales de ejercer justicia,
corta lenguas en trocitos para que no se hable demasiado
de las virtudes del amor
y trocetea los rostros que fueron objeto de pasión
para que sirvan
de escarmiento a cuerpos que quisieran sostener opiniones
algo libertinas,
fiebre que sí arde y acaso los convierta en llamas
o convulsa flama pura que produce un ardor
que no puede soportarse,
cuerpos demenciales que operan en medio del secreto
y maquinan artilugios,
fábricas modosas que utilizan cuerpos que fallecen,
resucitan,
vuelven y se van camino al aire como un planeta originario
que no conoce aún sus fundamentos
y carece de problemas graves que aquejen su existencia,
abstrusas cuestiones metafísicas que agobien
el gozo delirante de estar vivo
y prefiera disfrutar del sueño eterno,
cuerpos-vida como carbón metido en las entrañas
funebra que funebra y ruide que te ruide su chirrido,
cuerpos chirrían,
crujen, noctámbulos,
espíritu que asume la forma material
y causa estragos,
crea el desasosiego a la manera de una imagen biendiciente
que no habla,
sólo bisbisea,
sólo discurre sus discursos y se queda callada como esfinge,
muda escarcha,
muda definición de la palabra
como lo que es difícil de aprender a pesar suyo,

pesar de los pesares que no hay modo
de captar ningún significado,
siembra dudas como espíritu burlón
que mueve el piso a la espera
de que los que pasan caigan en los pozos y se ahoguen
en su atroz silencio de cuerpos reflexivos,
serios como un dolor de mundo,
un animal punzocortante que se aloja al interior
de los espejos
y bloquee toda visión que no se muestre enfurecida
con las sombras que disfrutan ocultando rostros,
cuerpos que son, de cualquier modo, un júbilo terreno,
pleno gozo o plena libertad a lo volátil,
a lo eterno,
la sensación de ser lluvia o neblina,
la certeza de ser, siempre, cuerpo entero,
uno, indivisible,
solo, pero húmedo,
pero tibio,
pero lleno,
bello, pero extraño, entre lo abstracto y lo concreto,
forma y fondo ajenos, pero cerca,
forma y fondo míos, pero lejos
pero eternos

Cuerpos

con un tiraje de 1000 ejemplares, se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2011, en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S.A. de C.V. (IEPSA), San Lorenzo núm. 244, col. Paraje San Juan, Iztapalapa, D.F. El cuidado de edición estuvo a cargo de la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

CUERPOS

PRÁCTICA MORTAL



MAX ROJAS

Tras más de treinta años de silencio poético, el autor de *El turno del aullante* y *Ser en la sombra* —libros que lo convirtieron en un escritor de culto en la década de los ochenta— presenta *Cuerpos*, poema monumental que crece, se contagia de sí y no conoce aún el punto final. A partir del tercer apartado, el lector puede no leer de principio a fin, sino más bien de forma azarosa, comenzando desde una coma hasta otra cualquiera. Así, *Cuerpos* resulta no ser un poema, sino una infinidad de ellos.

En el poema se aborda la experiencia desde lo corpóreo y se construye una poética con tintes metafísicos que discurre entre la visibilidad y la sombra. Con un lenguaje de ruptura y vanguardia, *Cuerpos* encarna la eterna pugna entre lo decible y lo innombrable, entre el grito y el silencio, entre presencias que se evocan y la Nada que aparece. Es también una batalla incesante con el tiempo, un afán de frenar inútilmente el deterioro y desgaste de aquellos *cuerpos vueltos sombra*.

Con esta obra, Max Rojas se confirma como una voz original y reveladora y como una referencia obligada en la poesía contemporánea mexicana.

GOBIERNO
FEDERAL

Dirección General
de Publicaciones

CONACUETA



ISBN:978-607-455-750-3



9 786074 557503